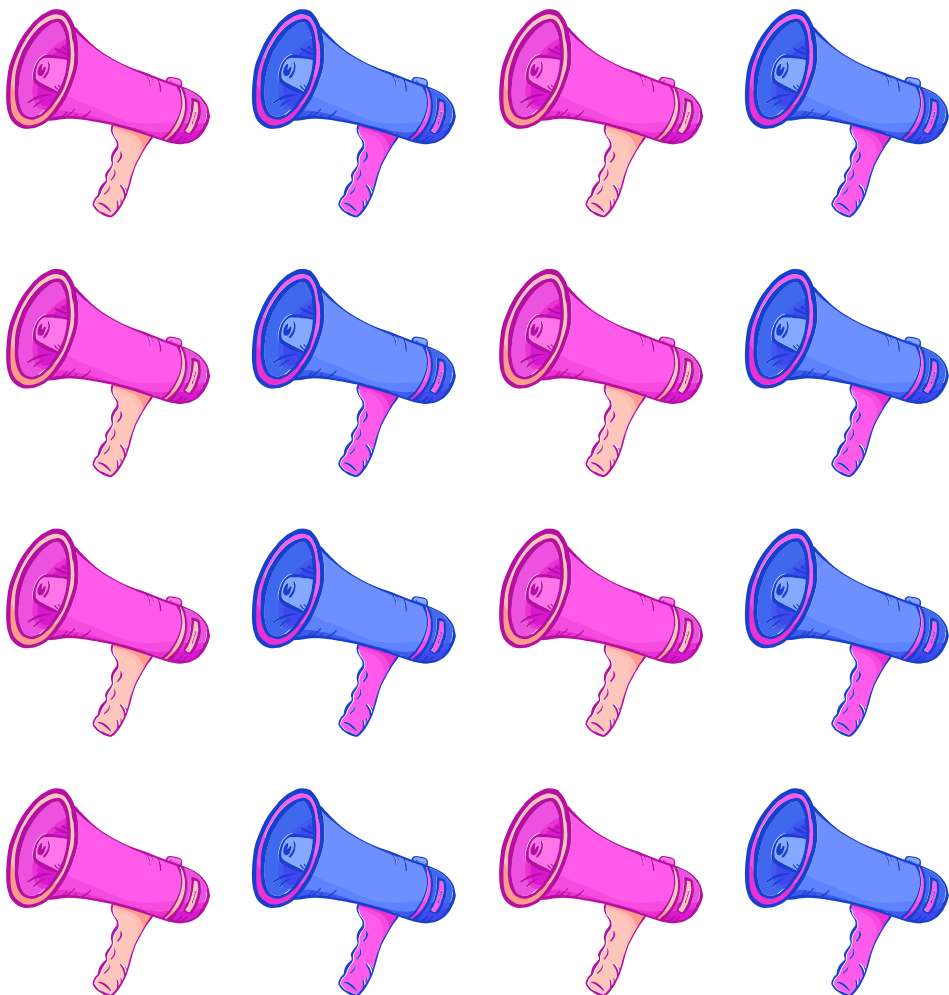




A MUCHAS VOCES

Escritura desde la maternidad

Agradecemos a todas las voces que nos han acompañado,
confiado, inspirado, recordado, estremecido.

A muchas voces. *Escritura desde la maternidad*

Primera edición en versión digital 2020

© Todas las participantes

Corrección: Isabel Zapata y Martha Bátiz

Seguimiento de edición: Isabel Zapata y Mara Rahab Bautista

Distribución libre y gratuita

NOTA INTRODUCTORIA

*Su cuerpo me pidió nacer, cederle el paso,
darle un sitio en el mundo,
la provisión de tiempo necesaria a su historia.*
- Rosario Castellanos

Surgido en tiempos que sumaron más obligaciones a las mujeres, subrayando la desigualdad de género y la disparidad en las labores de crianza, “Pequeñas labores. Escritura desde la maternidad” fue un taller replicado en tres ocasiones entre mayo y octubre de 2020, impartido por Isabel Zapata y gestionado por Traspatio Librería. Desde su concepción, este espacio tuvo como camino común la confianza, apoyo y acompañamiento mutuo. Ha sido también un motor para hablar de las maternidades en plural: las no romantizadas, las no absolutas, las reales, las particulares. Una oportunidad para hablar, escucharnos, enunciar, escribir, reescribir, recordar, reflexionar y expresar.

La idea de *A muchas voces* surge como un ejercicio de generar y activar tribus, sororidad y empatía a través de la palabra. En ese contexto, este libro se gestó para darle voz a mujeres que queremos hablar sobre cómo ejercemos la maternidad, un proceso cargado de juicios sociales, morales y éticos, y lleno de expectativas de todo tipo.

Leer es ya un ejercicio de acompañamiento y esperamos que ésta sea una herramienta que lleve a la reflexión. Gracias Isabel, gracias amigas y compañeras de “Pequeñas labores” por todo lo compartido y por el viaje que, estoy segura, no termina acá.

Mara Rahab Bautista L.
Morelia, Michoacán, México
2020

PRÓLOGO

En el último párrafo de *Las ciudades invisibles*, de Italo Calvino, Marco Polo le responde a Kublai Kan con las siguientes palabras: “El infierno de los vivos no es algo por venir; hay uno, el que ya existe aquí, el infierno que habitamos todos los días, que formamos estando juntos. Hay dos maneras de no sufrirlo. La primera es fácil para muchos: aceptar el infierno y volverse parte de él hasta el punto de no verlo más. La segunda es riesgosa y exige atención y aprendizaje continuos: buscar y saber quién y qué, en medio del infierno, no es infierno, y hacerlo durar, y darle espacio”.

Esta sentencia cobra especial relevancia en 2020, el año de la Gran Pandemia, en el que tantas cosas hemos perdido. Durante estos meses en que el infierno de los vivos ha puesto a prueba la imaginación y resistencia de un planeta entero, las mujeres que participamos en *A muchas voces* hemos repensado el mundo desde una posición distinta, a partir de la experiencia compartida de ser madres durante la crisis (con las exigencias físicas y emocionales que eso implica).

A manera de introducción, hemos decidido incluir nuestro “Manifiesto de madres en pandemia”, un texto escrito de manera colectiva durante la primera edición del taller, que se llevó a cabo durante los meses más álgidos de la crisis. En él, alzamos la voz para derrumbar el mito de la madre perfecta y cuestionar la maternidad idealizada y su mandato de ternura radical. Al manifiesto le siguen una serie de textos de diversos géneros —en su mayoría diarios íntimos, cuentos y crónicas, pero no exclusivamente—, que son resultado de varias semanas de trabajo arduo y retroalimentación en los distintos grupos. Estos relatos, incluso los que están

construidos a partir de la ficción, constituyen una muestra de algunas experiencias que hemos vivido a puertas cerradas: al interior de una casa, sí, pero también al interior de nosotras mismas. Si “Pequeñas labores” tuvo como objetivo crear las condiciones para que habláramos –lo cual es ya un acto revolucionario–, esta antología es un esfuerzo por lograr que nuestras voces sean escuchadas.

Las palabras, dice Rebecca Solnit, son instrumentos con los que protegemos y definimos nuestras vidas. Nuestras palabras, juntas, toman fuerza y cuentan historias que son signos de posibilidad. Ésta es entonces la memoria no sólo de un taller de escritura, sino de un largo diálogo entre mujeres que buscan deshacerse de ideas y prejuicios que juegan en contra de una maternidad más gozosa y libre, menos solitaria.

Cada sesión del taller fue para mí una lección de solidaridad y admiración que encuentra continuidad en las historias que componen este libro y en los afectos que con ellas se tejen. Hoy tengo más claro que nunca que la escritura que me interesa se construye en compañía y que la compañía es un extraño fenómeno que puede darse a pesar de la distancia física. Si estas palabras llegan hasta otras madres y logran iluminar sus horas más oscuras, el propósito estará cumplido. Viajen pues estas páginas como una forma de resistencia y de amistad.

Isabel Zapata

Ciudad de México, octubre de 2020

MANIFIESTO DE MADRES EN PANDEMIA

Hoy más que nunca, la cuarentena ha puesto en evidencia lo indispensables que son las labores de cuidado. Con los hogares llenos, lo doméstico, lo íntimo, lo que sucede tras puertas cerradas, es fundamental para la supervivencia de la especie y el mantenimiento del tejido social. Una vez más se confirma que lo personal es político: en plena emergencia sanitaria, son en su mayoría mujeres las que se encargan de que los hogares contengan y abracen a la población que lo necesita.

En este contexto, queremos hablar de la importancia de la voz de las mujeres para contar las poderosas historias de las madres en confinamiento. Sólo repensando el papel de las labores que realizamos las mujeres, en particular de las que ejercen la maternidad en sus múltiples formas, será posible mirar hacia un futuro que luce todavía demasiado brumoso.

El tiempo (ese pesado paréntesis) se ha convertido en una sustancia elástica, una convención arbitraria y relativa que se expande y se contrae al ritmo de las necesidades de nuestros hijos. Las horas se sienten apretadas y a veces el día se reduce a una serie interminable de tareas que hay que conciliar para encontrar el equilibrio entre lo profesional y lo doméstico: trabajar sin descuidar a los hijos y cuidar a los hijos sin descuidar el trabajo. Aguantar la respiración. Encontrar el orden en el caos. Estos meses de encierro nos han mostrado nuestra verdadera fuerza y resiliencia, confirmando que la maternidad es una experiencia singular, no universal, en la que cada una hace lo que puede según

su circunstancia. La madre perfecta no existe, lo sabemos, pero a veces es necesario repetirlo en coro, llevarlo escrito en el cuerpo para no olvidarlo. Hablar de las dificultades de la maternidad, sobre todo en tiempos de crisis, es un gesto de valentía y generosidad. ¡Abajo la maternidad idealizada!

Cada día queda más claro que la costumbre de la crianza en solitario que se instaló con la incorporación de la mujer al mercado laboral no responde a nuestras necesidades. La soledad es enemiga de la maternidad. Las madres tejemos redes de apoyo entre nosotras, sobre todo durante el periodo de crianza, un momento de alta exigencia física y emocional. Maternar se conjuga en colectivo: escuchar nuestras voces, compartir experiencias y exigir nuestros derechos fundamentales al Estado es esencial para construir una colectividad femenina fuerte, capaz de resistir la crisis.

Nos encontramos todavía atravesando el túnel de la pandemia, y en esa oscuridad nos reconocemos y acompañamos unas a otras. Nos descubrimos pacientes, creativas, capaces de desarrollar códigos de comunicación que respondan al momento que estamos viviendo y que les permitan a les niñeces construir su propio proceso de asimilación. El confinamiento, con todas sus dificultades, nos ha obligado a mirar hacia dentro y a reforzar que las labores de cuidado deben ser compartidas. Para ser tomada en serio, la “nueva normalidad” tendrá que empezar por reconocer que es prioritario cuidar a quien cuida.

Aunque hay muchas maneras de maternar, juntas somos más fuertes. Nuestro cuerpo, embarazado o encargado de la crianza, es un cuerpo colectivo que florece en la hermandad y en el diálogo, no en el aislamiento y el silencio. Proteger y contener a una madre es proteger a les niñeces, y con ellas a la sociedad completa. Por eso crear espacios colectivos como mujeres en tiempos de pandemia es un acto de resistencia y justicia para aquellas que han vivido maternidades

confinadas física y simbólicamente en otras épocas. Sólo levantando la voz podremos construir un futuro más libre que nos incluya a todes.

A MUCHAS VOCES

Escritura desde la maternidad

CAMBIO DE PLANES

Abida Ventura

El sol me llega de golpe a la cara, obligándome a cerrar los ojos y a fruncir el ceño. Un mes sin poner un pie afuera de casa. Subo al Uber y sentarme resulta toda una odisea. El coche avanza, siento el bochorno en el pecho y un calor extremo en los pies que, desde hace meses, sólo caben en sandalias. El cubrebocas y la careta me hacen sudar de inmediato. Por la ventana veo a gente que va por la calle sin protección, otros que comen sin temor alguno en un bajo puente de Tlalpan, algunos que se arremolinan en los comercios abiertos.

Es 18 de junio. La cifra de muertos por Covid 19 en el país suma 19,747. Hay 165,000 contagios, pero allá afuera todo parece normal. La angustia se apodera de mí.

El coche se incorpora sobre Municipio libre, avanza lento en un cruce y, por unos segundos, mis ojos se detienen en el letrero de un establecimiento: “cambio de planes”. Pestañeo, vuelvo la mirada al rótulo: “cambio de paneles”. Tantas cosas se han alterado en los últimos días y hay tanta incertidumbre en mi cabeza que ya encuentro mensajes subliminales por todos lados.

Una llamada de mi madre el día anterior me tiene preocupada; la cita médica a la que nos dirigimos me pone nerviosa. Después de tres meses de confinamiento a causa de ese virus que puso de rodillas al mundo entero, debería tener claro que todo es incierto y que por más planes que tengas todo se puede descomponer en cualquier momento. Debería tenerlo claro desde hace tiempo: esta pandemia es tan impredecible como el día a día de la maternidad.

Estoy en la semana 35 de embarazo y mi vientre es una calabaza gigante que a ratos hasta me hace perder el equilibrio. Estoy a punto de anunciarle a mi ginecóloga que hemos decidido cambiar de médico. La complicidad femenina me hacía pensar que sería la indicada para atender el nacimiento de mi hijo, pero conforme se acerca la fecha empiezo a dudar. Ariel y yo hemos tenido que insistir que queremos un parto respetado, sin intervenciones innecesarias, donde sea yo quien tome las decisiones, a lo que ella sólo accede con reservas. Yo quiero parir en agua, ella insiste que está desaconsejado por riesgos de infección.

Llegamos al consultorio. La revisión de rutina indica que todo está bien. Al final, le anuncio nuestra decisión. Salgo de allí aliviada, pero ahora tengo otra preocupación: estamos sin médico. Será mejor que esta misma tarde logremos agendar con el que nos han recomendado. Todo eso me deja con la boca seca y un antojo de helado que llevo varios meses reprimiendo. Ariel propone buscar en el centro comercial cruzando la avenida. En la entrada, el policía me barre la panza con la vista:

- ¿A dónde va?
- Queríamos ver si hay alguna cafetería o heladería abierta.
- Todo está muerto.

Llega un mensaje. El nuevo médico nos cita para el día siguiente. Respiro.

Ya en casa debo resolver otro asunto: cambiar el vuelo de mi madre. Desde principios de año decidimos que estaría con nosotros cuando el bebé naciera. Cuando llegó la pandemia, pensamos que en aquel rincón de la sierra chiapaneca donde vive no pasaría nada, pero hace un mes comenzaron a llegar noticias poco alentadoras.

Perdido en un punto del mapa en la frontera de México con Guatemala, Motozintla es un municipio de unos setenta mil habitantes. En el mercado los comerciantes están molestos por las medidas sanitarias impuestas. No conciben que un virus, para ellos inexistente, les cambie todo de la noche a la mañana. Incrédulos a lo que sucede, convocaron a una concentración en el hospital del IMSS para pedir a los directivos pruebas de que las tres personas diagnosticadas con Covid 19 que han muerto allí realmente estaban contagiadas, pues ellos insistían que todo era politiquería y un complot del gobierno para matar a la gente.

Días después, una ola de fiebre y gripe se esparció en todo el municipio. La casa de mis padres, en una aislada comunidad rural, no estuvo a salvo. Aún no está claro si llegó a través de las obstinadas visitas que la abuela recibió el 10 de mayo o con vecinos que, al quedarse sin trabajo en la frontera norte, volvieron a su lugar de origen.

– Sólo es gripe, tu papá se resfrió y nos contagió –, insistía mi madre para no preocupar a su hija embarazada.

En un par de días, hasta el gato de la casa había perdido el maullido. En el hospital del municipio sólo atendían casos graves y el único laboratorio autorizado para las pruebas en todo el estado está a 8 horas en camión. Mis padres y mi hermano no pasaron de síntomas ordinarios, lo sobrellevaron con tés y paracetamol, incluso mi madre diabética. Ahora debo cambiar su vuelo y tronarme los dedos pensando cómo le haré para cuidar a un recién nacido sin ella.

Al día siguiente estamos en un nuevo consultorio que se anuncia como defensor del parto natural. El ginecólogo viene de atender un parto que lo mantuvo ocupado 24 horas. Aun así nos dedica tiempo para conocer mi caso: un embarazo que incluye útero bicornue, una malformación congénita que me pone en estadística de riesgo.

En toda su carrera, confiesa, sólo ha atendido un caso como el mío y no lo supo hasta que el bebé estaba por nacer.

“Las cifras dicen que casos como el tuyo se presentan una vez entre 1000, yo he atendido unos mil 400 partos, así que supongo que ya me toca”, declara con una sonrisa que apenas distingo detrás del cubrebocas. Su voz afable me da seguridad. Al final de aquella primera y única cita me sugiere que vaya pensando cómo quiero dar a luz: en la tina, parada, sentada, acostada.

*

Un chorro de agua me despierta de golpe. Mojé toda la sábana. Veo el teléfono. Son las 6 de la mañana del jueves 2 de julio. Me paro con dificultad para ir al baño. Me detengo en la puerta de la habitación porque otro chorro termina de mojar mi pijama.

Huele a desinfectante. Recuerdo la advertencia de mi ginecóloga: el líquido amniótico huele como a cloro.

¡Se me rompió la fuente! Quiero gritarlo, pero en la otra habitación Ariel está a punto de unirse a una reunión en Francia que debe interpretar. Está apurado, cruzamos miradas antes de que cierre la puerta pero no entiende mis gestos. Le escribo por Whatsapp.

Las losetas verdes y blancas del piso del baño ahora están inundadas del líquido que anida a mi bebé desde hace nueve meses, se escurre por la coladera por chorritos. Por ahí se empieza a ir también mi anhelado plan de parto. A estas alturas ya debería saber que nada es como una lo prevé.

Emmanuel está por llegar y no estoy lista. No tengo ni la maleta preparada. Me lo había imaginado de muchas maneras, pero no así. Mi hermana y mi sobrino llegaron ayer, ahora duermen en la habitación de abajo. Su visita,

después de cuatro meses agobiantes sin vernos, le devuelve un poco de vida a esta casa y a mí el cobijo que tanta falta me ha hecho. Hemos disfrutado cada momento: terminamos de lavar la ropa del bebé, comimos cuscús, reímos, jugamos. Puedo sentir cómo esa alegría penetra hasta mi vientre: Emmanuel se mueve más que otros días.

¿Habrà sido esa explosión de oxitocina lo que provocó la ruptura del saco amniótico? ¿Mi cuerpo creyó estar listo?

Los médicos aún no se ponen de acuerdo respecto a las posibles causas que provocan que un 15% de mujeres rompamos aguas sin labor de parto de por medio. Pero ahora mismo no busco explicaciones, solo indicaciones de qué hacer. Aviso a Bety, nuestra doula, y al médico. Me piden estar tranquila y esperar a que llegue la labor de parto.

Al mediodía vamos a revisión. Todo está bien, salvo que no tengo muchas contracciones ni dolor. Nos mandan de vuelta a casa. Si para las 10 de la noche no llega nada, deberán inducir el parto con oxitocina sintética. La sola idea me aterra. Recuerdo el relato de una tía que describe el nacimiento inducido de uno de sus hijos como el momento más traumático de su vida: “Duele horrible y es como si las contracciones nunca pararan”.

En casa sigo todos los consejos que la doula me sugiere por Whatsapp para ayudar a mi cuerpo: relajarme, rebotar en la pelota, comer o beber chocolate y hasta darnos besos. Las contracciones empiezan a llegar pero son muy esporádicas y nada dolorosas.

Horas pasaron. Son las 10 de la noche. Todo sigue igual. No quiero irme al hospital, quiero parir en estas cuatro paredes que en los últimos tres meses han sido mi refugio. Demasiado tarde. En el Sanatorio Durango nos espera una habitación equipada para parto humanizado. En nuestra búsqueda de hospitales descubrimos que es uno de los únicos tres que

en la Ciudad de México ofrecen esa alternativa. Una de sus áreas atiende a pacientes con Covid 19, principalmente a trabajadores del metro, pero a estas alturas...

En la entrada del hospital no hay más que el habitual filtro sanitario, toma de temperatura y aplicación de gel en las manos. No nos pidieron prueba Covid 19. Apelan a la responsabilidad de las pacientes y sus acompañantes; yo, a la misericordia del Espíritu Santo. Llegamos a la prometedora sala equipada. La recordaba más acogedora. Luce fría, demasiado iluminada; reviso cada superficie asegurándome que está limpia, el olor a desinfectante me marea. La tina que ocupa media habitación está vacía, desalmada.

Entra la asistente del doctor y hace el primer tacto: dos centímetros de dilatación. Han pasado 18 horas desde que se rompieron las membranas del saco amniótico y consideran que ya no hay mucho tiempo que perder. Pasamos a otra habitación y aplican la oxitocina sintética en suero. Apenas fluye por mis venas y ya siento una cascada de pinchazos de alfiler en el vientre, en las caderas. Me tiemblan las piernas. Ahora sí las contracciones tienen ritmo.

Me paro de la cama con dificultad; Ariel camina a mi lado por la pequeña habitación empujando el atril porta suero, lo abraza en cada contracción. Cada vez son más intensas. Me distraigo adivinando cuál será la siguiente canción de la playlist que preparamos para ese momento “mágico” que me empieza a saber amargo.

Llegó Bety. Necesito esos masajes que me prometió. En cada contracción dirige mi respiración y me toma de las caderas. Siento alivio. La limpieza de la habitación ha dejado de ser una obsesión. Paso de rebotar en la pelota a refugiarme en el baño, sentada en el retrete, apoyada sobre el lavabo dejando que cada gemido se vaya por el desagüe.

Amanece. Aparece el ginecólogo. Dice que las cosas van

avanzando, pronto podré meterme a la tina. Mientras, Bety me sugiere probar la ducha. Los chorros de agua caliente caen como caricias sobre mi espalda y cadera, alivian el dolor, me conducen a un estado de trance: me veo en Londres, en el parque cercano al mini cuarto donde, cinco años atrás, Ariel y yo vivimos unos seis meses. Ahí lloré un embarazo que no fue. Creía haberlo superado, pero aquí estoy, llorando de nuevo, justo ahora. Pido a Ariel poner “London Calling” de The Clash y vuelvo a sumergirme en esa catarsis.

Por fin me dejan probar la tina. Ahora sí la sala empieza a tener el aspecto que imaginé: cálida, a media luz, se respira un olor a lavanda; la tina está llena, Ariel y yo listos para sumergirnos. Las contracciones ya no paran y cada vez son más intensas.

Ya es mediodía. El médico hará otro tacto. He oído tantas historias de horror en torno a esta manipulación que cada que la mencionan me da escalofríos. No siento más que una pequeña molestia. Estoy en casi nueve centímetros de dilatación. Me falta uno, ¡uno! El bebé está bien; tan cómodo ha de estar que aún no se mete en la pelvis.

– ¿Dónde quieres dar a luz? ¿quieres seguir ahí? –, pregunta el doctor.

Me aferro a la tina, a los brazos de Ariel, y a partir de ahora, las contracciones y el dolor me conducen a las profundidades de una oscura cueva inundada. Ni las respiraciones controladas ni los masajes en la cadera me ayudan a sortear las rocas afiladas que chocan contra mi cuerpo. Pero ya falta poco. Mis gritos ahogados ahora resuenan más allá de la habitación. En esta etapa del proceso, dicen, un buen número de mujeres ruegan por el bloqueo epidural. Me niego a pedirlo. Puedo soportarlo, me digo a mí misma.

Pasan las horas. El médico vuelve para monitorear el avance. El cubrebocas oculta cualquier expresión en su rostro, pero

su simple mirada me alerta que las cosas no van bien. Todo se ha atorado. Emmanuel sigue sin encajar. Me sugieren probar una silla maya, colgada en un rebozo, posiciones diferentes para ayudar al bebé a encontrar su camino. Intentamos todo, pero ya solo doy alaridos y no quiero una gota más de oxitocina.

El anestesiólogo entra a paso firme, toma el control de la situación, me explica lo que hará, me da un resumen rápido de los beneficios de ese líquido que prepara y que deseo como un adicto a su droga. “Tardará cinco minutos en hacer efecto”, dice. Un frío recorre mi columna vertebral y me dejo ir de inmediato.

No sé cuánto tiempo ha pasado pero ya siento la cabeza fuera del agua. No más oscuridad ni rocas afiladas. Ariel platica con Bety. Lo noto triste y desamparado. En su rostro advierto que ha visto al tren que nos llevaría al anhelado parto vaginal desviarse por una ruta que durante nueve meses quisimos evitar a toda costa: la cesárea. Meses de lecturas y búsquedas de información, pláticas nocturnas para decidir lo que queríamos, discusiones con médicos para defender a toda costa un parto no medicalizado, masajes perineales, ejercicios de respiración, todo va quedando atrás. Ya van 33 horas desde que rompí aguas, el tiempo se agota. El último tacto confirma lo que tememos. Nos desviamos por el salvaje y terrorífico camino.

La ruta al quirófano sucede entre puertas que se abren y se cierran, una sucesión de rostros cubiertos con cubrebocas. De pronto pienso en las terribles consecuencias que implica una cesárea. En nueve meses jamás me preparé para estar aquí, sobre una camilla rumbo a una sala de operaciones. Ahora sólo tengo unos minutos para despedirme de la idea de sentir y ver nacer a Emmanuel entre mis piernas.

Un ejército de personas espera en la sala, listos para desvestirme, manipularme. El anestesiólogo busca entretenerme.

Bromea, dice que después de esta operación tendré un vientre de avispa. Yo fijo la vista en las lámparas que me alumbran, parecen falos apuntándome a la cara. Ya no siento las piernas ni mi vientre. Soy como una persona atrapada en una botarga a la que van a cortar a la mitad, no siento dolor, solo cosquilleos y maniobras extrañas.

A mi izquierda, con un aspecto de derrota, Ariel me toma la mano; a la derecha, Bety y la pediatra tratan de distraerme con una conversación que olvido de inmediato. En seguida, el médico pregunta si quiero poner alguna canción en especial para recibir a mi hijo porque está a cinco minutos de nacer. Dejo que el modo aleatorio de Spotify elija. Suena una de Tom Petty o quizá una de Orchestral Manoeuvres in the Dark. El video de ese momento me confirmará después que cualquier ruido de fondo es ahogado por los llantos agudos de Emmanuel.

“¡Manu, mi Emmanuel!”, lloro de emoción al verlo entre las manos que lo envuelven en una tela blanca. Le sacan los mocos y le limpian la cabeza para ponerlo inmediatamente sobre mi pecho. Tiene una piel tan suave y dulce, unos ojos enormes y bien abiertos, y un gran apetito que, cuando la pediatra lo coloca en mis senos para que succione, se prende como una sanguijuela. No sé qué sucede detrás de esa tela azul que cubre a los médicos, no siento nada allá abajo. Los cosquilleos ahora se sienten en mis pezones. Somos él y yo en una burbuja.

Las enfermeras van y vienen. Es nuestro tercer día en el hospital y apenas caigo en cuenta de la cantidad de personas que entran y salen de la habitación. Una enfermera está parada junto a la cuna para el monitoreo de rutina del niño. Lo toma en brazos. Me invade un pánico tremendo: ¿cuántas personas han manipulado al bebé en las últimas 24 horas? ¿Y si hay algún riesgo de contagio? Quiero arrancárselo de los brazos, tomar la maleta y salir huyendo de ese hospital.

Intento sentarme por mí misma. Me incorporo. Un terrible ardor en el vientre me devuelve de golpe a la cama. Y hay quien cree que con una cesárea no se siente nada...

*

Es una tarde lluviosa. Emmanuel ha dormido bastante este día, sólo despierta para comer. La herida de la cesárea me duele, supura un líquido extraño que me asusta. El médico dice que es normal. Apenas han pasado seis días desde el nacimiento, mi cuerpo sigue cansado. Entonces recuerdo que no he enviado a la pediatra los estudios de sangre que le hicieron a Emmanuel hace dos días.

Su respuesta es inmediata y preocupante: “¿Puedo llamarte?”

Ictericia, le llaman: Un exceso de bilirrubina en la sangre provocado por incompatibilidad sanguínea entre la madre y el bebé. Después de especializarme nueve meses en obstetricia, ahora debo hacerlo en inmunogenética.

Podría ponerse amarillo pero se quita con baños de sol, había dicho la pediatra el día después del nacimiento. Estaba tan agotada que olvidé su explicación sobre el tema. En mi recuerdo no era tan grave. Ahora los estudios indican que además de tener la bilirrubina muy alta, desarrolló una sobreproducción de glóbulos rojos que retardan su flujo sanguíneo. Es urgente someterlo a fototerapia, un tratamiento mediante radiación ultravioleta que le ayudará a eliminar bilirrubina.

Allá afuera cae una lluvia torrencial. Los nervios están a flor de piel, el cansancio nos consume. Camino al hospital me desmorono, las gotas de lluvia en el cristal del taxi se confunden con las lágrimas que escurren por mis mejillas. No quiero regresar a mi bebé a ese frío y angustiante lugar.

Entramos por el área de urgencias, después de unos minutos

nos conducen a pediatría. Las coloridas paredes y los dibujos pintados en muros y puertas pretenden disimular la frialdad de ese espacio. Me deprime.

La habitación que nos asignan es pequeña, sin ventanas. Emmanuel sigue dormido, lo desvisten para revisarlo, su cuerpo está todo rojizo. Estuvimos tan atentos a que no se volviera amarillo que nunca reparamos en que el rojo también era señal de alarma.

Calculan 24 horas para que todo se normalice. Ariel se va a casa a descansar, yo debo quedarme con el niño porque tiene que comer cada dos horas. De cualquier manera no pensaba dejarlo, de aquí no me mueven.

Emmanuel duerme plácidamente en su pequeña cama solar, los rayos UV bañan su cuerpecito desnudo, unos lentes de felpa protegen sus ojos, como si estuviera en la playa. Yo no puedo apartar la vista y me quedo horas parada junto a él. Parece tranquilo, sin ningún dolor, pero yo siento el corazón apachurrado y me disuelvo en lágrimas.

Pasé la noche en vela, sin poder acomodarme en el sillón destartalado que debía servirme de cama. Me duelen los pies, la espalda, la herida en mi vientre punza y arde. Nuevamente enfermeras entran y salen de la habitación. Recuerdo algo: en la libreta de registro en la entrada de urgencias vi únicamente firmas de empleados del metro, uno de los grupos más afectados por la pandemia en la ciudad. ¿Y si estuvimos expuestos? La paranoia se apodera de mí otra vez.

Anhelo el abrazo de mis hermanas, de mis amigas. Están a la distancia, con mensajes de ánimos, de fortaleza. En una situación normal sé que estarían aquí conmigo, me traerían de comer algo rico, no la comida insípida de este lugar. Para la tarde, las pediatras dictaminan que el bebé debe quedarse una noche más. Mi presencia ya no es necesaria porque

van a canalizarlo con suero para acelerar el proceso. Se lo llevan a otra habitación y yo siento como si me arrancaran el corazón. Estoy muerta de cansancio, pero no quiero irme.

Volvemos a casa y el silencio es sepulcral. Todo me hace pensar en Emmanuel. Apenas toco la cama y duermo 7 horas de un tirón.

Al siguiente día dan de alta al bebé y el alma me vuelve al cuerpo. De camino a casa, entrando a la colonia Doctores, descubro un llamativo cartel amarillo con letras negras indicando que estamos en zona de alto contagio. La advertencia se reproduce en las paredes y puertas de restaurantes, abarrotes, talleres, vecindades; los anuncios también saturan el paisaje de la Obrera. El coche avanza y cruza Tlalpan. Llegamos a casa. Quiero cerrar todas las ventanas y no salir de ahí nunca.

*

Llevamos un mes durmiendo en el sofá cama que acomodamos en la estancia para las visitas porque aún no me atrevo a subir y bajar escaleras. Extraño mi cama, mi rincón. Aún no termino de sentirme en casa. Emmanuel sigue con horario desfasado y nosotros somos unos sonámbulos transpirando leche.

Mi madre está por llegar. Al final sólo decidimos retrasar el vuelo mientras se recuperaba y cumplía la obligada cuarentena. Cuando la veo entrar quiero correr a abrazarla, ella quiere tomar inmediatamente al bebé en sus brazos. Cuánta emoción contenida. Va directo a la ducha. Después del baño obligatorio me quita al niño, lo inspecciona, lo reconoce.

La veo con él en brazos y un impulso repentino me hace querer arrebatárselo al niño. ¿Y si todavía puede contagiarnos? ¿Fue buena idea que viniera? La paranoia me carcome.

Emmanuel llora y aprovecho para decirle que sería mejor darle de comer. Lo tengo en mis brazos, ya no quiero dárselo. Ella me observa fascinada, sus ojos brillan al verlo lactar. Yo quiero correr a sus brazos. ¿Desde cuándo veo a mi madre como un peligro? ¿En qué nos has convertido, maldito virus?

Un mes después de la llegada de mi madre, el niño duerme en su espalda. Es feliz con ella, también con sus tías que se turnan para ayudarnos. Ariel sigue siendo un zombie desfasado por sus horarios laborales nocturnos. Yo doy mis clases virtuales de español, leo y escribo mientras Emmanuel duerme, pero la mayor parte del tiempo deambulo con él en brazos. Aquí está, siempre con los ojos bien abiertos y curiosos, unos ojos que me invitan a ver el mundo de otra manera. Casi podría olvidar que allá afuera hay una pandemia.

MALA MADRE

Adriana Pacheco

Es complicado ser madre cuando perteneces a varios mundos. Eso lo aprendí muy bien cuando mis hijos comenzaron a ir al preescolar y tuve que convivir con otras madres. Es increíble cómo los hijos pueden hacer que te rodees de gente tan distinta a ti (aunque, de hecho, me es muy complicado decir quién soy yo). Sin embargo, mi propia experiencia me decía que esas mujeres eufóricas, sonrientes, selectivamente saludadoras, perfectamente arregladas, enfocadas en organizar las mejores fiestas de cumpleaños para sus hijos, eran muy diferentes a mí. Había en ellas una especie de complicidad de la que me sentía excluida. Y no es que fueran descortes conmigo, al contrario: si algo las caracterizaba era esa calidez que me parecía a veces excedida y esas ganas de marcar diferencias que después intentaban hacer menos evidentes con una sonrisa. El juego siempre era extraño para mí. Por un lado, esa idea de sororidad que la maternidad te da, y por el otro, la continua presencia de una arrogancia fraterna.

Verlas cada día a la salida del pequeño colegio me recordaba un término que leí en *I Don't Know How She Does It*, de Allison Pearson, una de las primeras novelas de inicio de siglo con un tinte feminista que buscaban incluir a más lectores en su público y que después llegaron a Hollywood, igual que *The Devil Wears Prada* de Lauren Weisberger, ligeramente endulzadas para conquistar todos los gustos, aunque con ello se perdiera la verdadera intención de sus autoras. Afortunadamente el poder de Netflix y Hulu enderezó el camino y llevó a la televisión otras obras de ese tinte, como *Big Little Lies*, de Liane Moriarty, que muestran de manera más fidedigna el espíritu de los personajes originales.

Pero les decía —es increíble esa extraña inclinación de la

mente a la divagación cuando se escribe y lo complicado que es mantener los pensamientos en cintura—, el término del libro que venía a mi mente era el de “mufias”, una genial fusión de dos palabras en inglés, *mothers* y *mafia*, y que nombra de una manera sincrética los clanes, alianzas o grupos que las madres hacen para demostrarse unas a otras que son “buenas madres”. Debo confesar que este término siempre me ha causado problemas, y cuando en alguna conversación alguien se autonombra así, no puedo resistir la tentación de preguntarle a qué se refiere. Se sorprenderían con las repuestas que he escuchado.

Lo que es un hecho es que en mi caso específico, tenía la sensación de que estas mujeres en su papel de “Madres”, así, con mayúsculas, buscaban incansablemente la manera de enseñarme cuáles eran los atributos a los que debía aspirar para lograr validar mi existencia en el consagrado papel que me había sido conferido con el nacimiento de mis hijos. Lo que ellas desconocían era mi nulo interés en sumarme y reconocirme como parte de su grupo, pero siempre agradecía las recetas de cocina, los remedios para la gripa y las referencias de pediatras y otros médicos. Tampoco sabían que una vez que dejaba a mis adorados hijos en la escuela, mi vida era otra, una muy lejana a sus conversaciones sobre las actividades del día, del café o el partido de tenis. Era, en cambio, una especie de claroscuro de la raza humana en donde la idea de una “buena madre” me parecía tan absurda como remota.

En el mejor de los casos, mi día empezaba con una llamada de la oficina del DIF, para preguntarme si podíamos recibir en la casa cuna que había fundado con un grupo de voluntarias, a un bebé o un niño encontrado en la calle. Otras veces, era la magnífica noticia de que una pareja quería adoptar a unos hermanitos que teníamos viviendo con nosotros. Las llamadas a las que más temía eran las que se daban en situaciones complicadas, y me pedían ayudar en

una negociación con padres o tutores para lograr la custodia de menores en peligro. Es de uno de esos días que quiero hablarles hoy, pues se ha convertido a lo largo del tiempo en un evento que recuerdo frecuentemente.

La cita fue en las oficinas desvencijadas del Juzgado de Protección a los Menores. Ahí se esperaba que conversara por varias horas con una mujer que había dejado permanentemente ciega a su hija de cuatro años por continuos golpes en la cabeza. Recuerdo bien el nombre de la niña: Maricarmen. Lo recuerdo porque su vida y la nuestra estaría entrelazada durante muchos años. Del nombre de la madre no me acuerdo, tal vez lo olvidé para protegerme emocionalmente de todo lo que escuché durante esas horas con ella. El procedimiento era de lo más rudimentario, claro, estamos hablando de los años noventa, un tiempo en el que las políticas para proteger los derechos de los niños y los miembros de familias en situaciones de violencia estaban prácticamente en los inicios.

No puedo negar que un cierto nerviosismo recorrió mi cuerpo cuando entré al cuarto. No era la primera vez que recibíamos a un niño golpeado, pero sí la primera que se esperaba que yo lograra lo que una psicóloga y varias trabajadoras sociales por meses habían intentado sin éxito. La vi sentada en una silla con los ojos viendo al suelo y retorciendo en sus manos un kleenex impregnado de lágrimas y mocos. Cuando levantó su cara respondiendo a mi saludo, vi sus ojos hinchados de llanto y una fisonomía que no correspondía a los veinte años que decía el reporte ella tenía. Era más o menos mi edad. Yo ya había leído su largo historial de violencia hacia sus tres hijos y las denuncias hechas por los vecinos en diversas ocasiones. Los abuelos habían logrado quitarle a los hijos mayores, pero se negaban a recibir a Maricarmen por su ceguera. Además, la madre no había permitido que le quitaran a la menor, pues temía que su marido la abandonará por ya no tener hijos con él.

La conversación se fue desarrollando sin prisa ni formalismos, y tal vez esa diferencia con las otras personas con las que había hablado la animó a contar su propia historia, cosas que tal vez no le había confiado a la mujer de traje oscuro que había salido del cuarto antes que yo. Para suavizarla, le conté lo que hacía, le hablé del refugio, de los niños que teníamos y de cómo estaban creciendo contentos y protegidos. Le dije que yo misma había tenido que aprender mucho y confesé que no tenía todas las respuestas ni todas las soluciones para cuidar a los hijos de otras madres, pero que las cosas se estaban dando bien. Cuando al final logramos llegar a un acuerdo, ella aceptó buscar ayuda, denunciar al esposo, conseguir una orden de restricción y, temporalmente, dejar a su hija a nuestro cuidado para que no fuera a una institución pública en donde no podría ser bien atendida. Después, se atendería para recuperar a sus hijos. Su única condición fue que le permitiéramos visitar a la niña frecuentemente. Como pasa en muchos de estos casos, los buenos propósitos duraron poco tiempo, pero lo que nunca me imaginé es que nunca más supiéramos de ella y que a los pocos meses firmaría un documento otorgando total libertad jurídica para que diéramos a su hija en adopción. Con esto, la vida de Maricarmen cambió de muchas maneras y muchas veces. Tuvimos la dicha de encontrar a una pareja extranjera que la adoptó y prometió rehabilitarla, aunque después de unos meses se arrepintió y decidió devolverla a la institución como si fuera un par de zapatos de la talla equivocada. Nunca más dejó la casa. Vivió ahí hasta su adolescencia, alegrando con su risa a decenas de hermanitos, de voluntarias y trabajadoras.

Cuando salí de las oficinas, el sol de un día caluroso de primavera me pegó en los ojos. Me dirigí a mi coche con la cabeza aturdida y un nudo en la garganta. Todo alrededor estaba ausente. El tráfico, el cruce peatonal, la gente, se veían borrosos atrás de mis pensamientos. Mi mente en un loop incesante veía la cara de desesperanza de esa mujer, la

imagen de sus brazos y cuello con las quemaduras de cigarro que recibió durante años desde que era niña y la carita de Maricarmen con sus ojitos ciegos, perdidos en la nada.

Manejé directo al preescolar justo a tiempo para recoger a mis hijos. Busqué dónde estacionarme y en la reversa, sin darme cuenta, golpeé el coche de atrás. Las madres me rodearon en un instante, algunas más furiosas que preocupadas por mi distracción, otras murmurando entre ellas. Creí escuchar a alguna decir que era yo una mujer rara, que pobres de mis hijos. Yo, sin hacer caso a lo que decían, cerré el coche, caminé hacia la entrada, pedí por mis niños a la maestra que me veía atónita. Cuando salieron tomados de sus manitas, yo, su mala madre, no pude más que arrodillarme para darles un eterno abrazo en un mar de lágrimas.

VOLCÁN

Andrea Guerrero

¿Por qué me tienen aquí sola? La naturaleza no es quien me mantiene en este lugar. Tiemblo, pareciera que mi cuerpo se convulsionara, científicamente estoy sufriendo el temblor postanestésico con el que mi cuerpo trata de regular su temperatura después de la influencia del cóctel de drogas epidurales con las que no sentí dolor en la cesárea. Tirito de frío debajo de una montaña de cobijas azul marino del hospital Médica Sur Lomas de la Ciudad de México, las frazadas nunca serán suficientes ni adecuadas y menos, justas. Es un frío que esencialmente viene de otra parte. Estoy totalmente consciente de eso. Conmoción. Dentro de un quirófano de apenas 16 metros cuadrados, sin ventanas, de techo bajo, con una puerta que cierra casi herméticamente, en un espacio de por sí claustrofóbico, experimenté en una hora todos los sentimientos y emociones que había probado a lo largo de treinta años, pero esta vez en caída libre, violentos, caóticos, agigantados. Desde mi vientre surgió un volcán que erupcionó abruptamente, sin previo aviso, rocas de emociones calientes que caían y me quemaban. Un volcán como la abertura de la corteza de mi feminidad que permitió el escape de rocas explosivas y escombros de mi propia historia con la maternidad. Ocupó todo el lugar como un imperio que se instaura con absolutismo. Estruendo. La lava, mi lava, lo cubrió todo para luego endurecer y dejarme atrapada dentro de la oscura piedra volcánica, mi propia piedra volcánica, en la que no podía verme pero sí reconocer que respiraba e identificar que mi cuerpo estaba. (“Estar, el verbo que nos hace humanos”, Brenda Navarro en *Casas Vacías*). Ahí atrapada, metida en mis piedras maternas comenzó el diálogo interminable y sofocante conmigo

misma, ¿qué fue lo que pasó? ¿qué fue eso? ¿qué siento? ¿por qué lo permití? ¿qué es mi cuerpo? ¿estoy herida o bendecida? ¿soy valiente o débil? ¿qué nos hicieron? ¿fue violencia? ¿qué siento por mi bebé? ¿qué habré sentido yo al nacer? ¿qué sentía mi mamá cuando yo nací? ¿es amor o instinto? ¿responsabilidad? ¿soy víctima o victimaria? ¿o seré víctima y victimaria a la vez? ¿quién soy ahora? En unas cuantas decenas de minutos yo había cambiado, mi interior se volvió mi frente. La cadena que ahora se veía sobre mi pubis marcaría un cisma en mi propia línea del tiempo.

Ahí estaba yo, un yo que apenas conocía pero “yo”. Empezamos juntos –Lorenzo– juntos y tal vez iguales, regulando nuestra temperatura, tú en una incubadora neonatal, yo en la sala de recuperación, los dos solos, alejados, con nuevas sensaciones, asustados, buscándonos, insertados en un mundo médico preestablecido. Intrusos.

Seguido me pregunto si tu carácter tiene relación directa con la forma en que naciste y lo que viviste en tus primeros días en el hospital. Nunca lo podré responder con certeza. No te gustan los apapachos largos, los abrazos prolongados, las caricias contigo son cortas y rápidas, te mueves, “te me mueves”, siempre has preferido dormir solo en tu cama, te enojas mucho, te sientes agredido fácilmente, eres desenfrenadamente apasionado, en tu interior gira una bola de llamas encendidas, gritas, lloras muy fuerte, ríes con euforia, en ti no hay aguas quietas. Vives una misteriosa afinidad con los toros, sueñas con un toro que entra a la casa de madrugada. Los cuernos que perforan. Tienes los ojos de fuego, no es de extrañarse que tu color favorito sea el rojo. Cuando se trata de algo controlado y estable, te desubicas. Detestas las despedidas.

“Trata de dormir”, me decía una enfermera que aparecía de vez en vez en la sala de recuperación. ¿Cómo iba a poder

dormir? Acababan de secuestrar mi instinto para ponerlo al servicio de los protocolos médicos que no entienden de maternar. Me abrieron y se apropiaron de un cuerpecito mío. Mi suelo se había hecho aire. Ahí pausada o desechada me peleaba con el mundo humano y todo su sistema, ¿y quería que me durmiera?

Yo era el único ser vivo en medio de esa sala enorme y deshabitada. Suspendida la madrugada, la una, estaba ahí como la única en todo el hospital que venía de una cirugía, no se escuchaba ni un solo ruido exterior lo que hacía que en mis recuerdos retumbara el primer llanto de mi bebé incrementado por el eco de esas paredes vacías. Cerraba los ojos e inmediatamente veía su cara con esa boca carnosa y cuadrada que gritaba intensamente. Me enfocaba a su cara, su boca, su boca, su boca y no a la cobijita blanca que envolvía su figura ni al gorrito con rayas rosas y azules con el que me lo presentaron (me-lo-presentaron: ¡qué tontos!).

Quería ver su cuerpo húmedo y pegajoso, verlo entero, tocar su pelo, sentir su piel con la mía.

Desesperación. Querer salir y no poder mover la mitad de mi cuerpo, mis piernas, que eran las únicas que me podían sacar para volver a unirme a Lorenzo, estaban dormidas, no me respondían. ¡Les había entregado a mi hijo que no conocía más mundo que mi cuerpo, mi olor, mi voz, el correr de mi sangre, mis ruidos orgánicos, mis latidos, el sonido y el movimiento de mis pulmones! ¿Por qué se lo llevaron? ¿¡POR QUÉ SE LO LLEVARON SI NACÍÓ COMPLETAMENTE SANO!?! Guerrera que no defiende. En un cunero él no está bien, estoy segura. Sufrimiento. Nos cortaron el cordón físico, pero no nuestra simbiosis animal. Yo lo necesitaba, él me necesitaba mientras todos afuera infectados por la falsa erudición. Pestilentes.

Pobrecito de mi niño, pobres de los dos, me decía hacia mi interior sin cesar, como loca, en medio de ese manicomio que fue para mí la sala de recuperación. En vez de sentir paz, pegado al que siempre fue su universo, está allá, solo, perdido. Me imaginaba el interior de su cerebro: las líneas eléctricas entre neuronas que empezaban a conectarse con las primeras experiencias de vida relacionando el exterior con miedo, la posibilidad de ser arrebatado, una agresión permitida, lo primero que sintió al nacer fue un gran susto prolongado, quedaría eso en lo más profundo de su inconsciente. El nacimiento no dura un instante.

Las madres también tenemos electricidad.

Doctorcito coronelito, que te querías sentir grandioso al destruir, ultrajar mujeres, que te encantaba usar la palabra “operar”... ¿crees que no me di cuenta? Te sentías con el derecho de provocar contracciones, partos falsos, a pesar de los instintos de las madres, tus pacientes, para saberte poderoso. Todas terminamos en cesárea con la ilusión de que un parto inducido haría que el bebé pudiera aguantar un parto vaginal con los pulmones bien oxigenados provenientes de placentas que aún se veían jóvenes. Arrastrada. Permití que metieras tu mano para romper los machetes¹ de las paredes de mi útero que defendían a mi bebé. Y ahí estaban, cientos, puntiagudos, filosos, con la empuñadura incrustada y las puntas alerta, las tropas erizadas de mi aparato de gata, zorra o loba.

Para salir ya de la espiral de titubeos que me acosaron por horas, propios y de otros, de gente cercana o lejana, laberínticos, vomitivos, sudorosos, recurrentes, inconclusos, me subí hastiada a la cama ginecológica, puse la piel abierta y dispuesta, las viscosidades bajo su propio mandato. Con su mano entera dentro de mí, me concentraba en su cara en medio de la V que formaban mis muslos, quería

¹María Auxiliadora, Cuerpo

que sus ojos se encontraran con los míos para descubrir en ellos un rasgo de bondad que me diera paz. Él jamás me vio, miraba hacia otros lugares intentando visualizar lo que sus manos tocaban. Haciendo muecas con los labios los rompió, mis machetes fueron doblegados, uno a uno, vencidos, como cuando irremediablemente un tallo es doblado y pierde su fuerza sin volver a sostener. Ellos tenían inteligencia propia. Aguantar.

Ocho horas de contracciones aparentes, apenas, sin elasticidad ni fluidez. Cayeron las tropas pero las paredes seguían endurecidas, Lorenzo no bajaba, nada por dentro suavizado ni resbaladizo, me aferré a la pelota para hacer movimientos pélvicos –¡encájate en mi pelvis!–. Obsesiva, desesperadamente. Contracciones duras, forzadas, feas. Lorenzo-taquicardia, Lorenzo-sufrimiento fetal, Alfonsina-Cesárea, Alfonsina-ya no decides. Doctor Teniente Coronel, decido yo.

La luz del quirófano, gigante, blanca fosforescente, no dejaba ni un espacio a ocultar. Tendida e iluminada toda, la valentía me llegó así, cuando todo está expuesto y nada en las manos no queda más que afirmar.

Dos cuerpos en posición fetal. “Salte”, le dijo el doctorcito a mi esposo, no te vayas a desmayar por ver el tamaño de la jeringa epidural. Yo escuchaba todo. Girada y encorvada me aferré a sus manos, si su bondad no la había encontrado en sus ojos, tal vez estaba en sus manos. “No me aprietes tan fuerte que si no no te voy a poder operar”. Operar, operar, operar, yo también la digo y se evapora. Lo solté.

En medio de una vida sin golpes, amenazas ni culpas, para mí era inconcebible que se me advirtiera amarrarme si movía los brazos. Ya acorralada, cuando negarme y simplemente irme no era física ni racionalmente viable, miré los ojos de mi esposo. Contuve. Conscientemente pensé en mi dignidad para no permitirlo. Pensé expresamente en ella, también en mi orgullo, así como en el recuerdo que me quedaría de la historia de mi parto si movía los brazos.

Cuando sin mirarte escuché tu llanto, me estremecí completa, sí, fue dicha, un espasmo en medio de todo, una gran obertura operística abría tus primeras respiraciones, fue un momento triunfante, grandioso, me sentí indispensable dentro del misterio de crear vida, un ser vivo salió de mí, una creación vital, un organismo perfecto y precioso. Celebré con fuertes palpitaciones acompañadas por una gigantesca sonrisa. Gritabas intensamente con los pulmones llenos de aire. Te vi por primera vez en las manos del neonatólogo, me enamoré de tu boca carnosa, abierta, gigante, ruidosa, casi dramática. Te acercaron a mi pecho cerca del esternón, llorabas tan fuerte que te dije tranquilamente con mucha ternura “aquí estoy, soy yo”, en ese instante paraste de llorar. Luego, entre lentos parpadeos, me buscaron tus ojitos deslumbrados. ¡Me viste por primera vez! Lentamente levanté uno de mis brazos que tenía casi dormidos, con hormigueo y una sonda de plástico intravenosa dentro de la palma de mi mano, levanté tu gorrito para acariciar tu cabecita perfecta. En esa postura anatómicamente incómoda para los dos, te di un beso que te alejaría de mí hasta después del amanecer. Te seguí con la mirada lo más que pude hasta que herméticamente volvió a cerrarse la puerta contigo y tu papá camino a los cuneros.

Cuando el júbilo terminó, todo ese espacio ensanchado se redujo, el aire endureció, quedamos en silencio, yo no quería hablar, tampoco tenía más que decir. Volví hacia mí, empecé a darme cuenta de la herida que me seguían suturando, me percaté que no podrían sepultar el árbol de roca ígnea que había emergido desde mi matriz. Sus orillas todavía calientes seguían arrastrándose sobre mi piel. A través de sus exhalaciones podía oler los fermentos aún burbujeantes que reposaban desde hace más de treinta años. Me había invertido. Con esa otra piel saldría al mundo, con ella tal vez hasta mi muerte. Después de dos días, di un primer paso fuera del hospital con el sol de frente y un niño pelirrojo en mis brazos.

MATRIOSHKA

Bárbara García Hoyo

El único momento en el que una mujer no está sola es cuando lleva en el útero a alguien más: una persona dentro de una persona: una matrioshka. El embarazo es un acompañamiento temporal, nunca permanente. Y silencioso, como la metamorfosis que ocurre en nuestro cuerpo. Así, el día que nacen los hijos, además de recuperar la individualidad, constatamos nuestra soledad. El parto, aunque se trate de dos, es una labor solitaria. Para ambas personas. Como el resto de nuestra vida: el inicio, el final y el gran paréntesis entre ellos.

La adultez tiene una peculiaridad: lleva consigo el duelo de las expectativas y nos regala, a algunos por primera vez, un principio de realidad. A la adultez no se llega con la edad. Por lo menos no en mi caso. No en mi historia. A la adultez llegué el día que me convertí en madre. La noche que entendí que mi historia ya no se trataba (sólo) de mí. Aquella madrugada que supe que ya no orbitaba alrededor de mis relatos: había dejado de ser mi centro, mi periferia, mi eje y mi horizonte. Y la mañana que miré, por primera vez, más allá de mis narices: vi a mi hijo representar al universo y al universo estático, sin significado y sin palabras. Ahora era nuestro universo, nuestras palabras y, sobre todo, nuestro silencio. El día que nació mi hijo entré al gran paréntesis de mi vida: acompañada de él, y sola. Amándolo con la certeza (y la esperanza) de que un día, al dejar de necesitarme, partiría. El parto es una llegada, pero también es el anuncio de una partida.

La matrioshka más pequeña (y la única entera: la única que no ha sido mutilada para guardar a otra) se construye primero porque es la encargada de darle forma a la siguiente, y así hasta llegar a la más grande: a la madre. Nicolás, mi pieza más pequeña (y la única) se encargó de darme tamaño y forma. Yo soy, también, producto de su gestación.

Somos hijos de nuestros hijos. Somos hijos nuestros. Somos nuestros padres. Sí. Al final, la adultez se trata de convertirte en tu propia madre.

¿SÚPER MAMÁS?

Bertha Gutiérrez

Siempre he pensado que las mamás son súper heroínas. Empecé a sospecharlo hace muchos años, una tarde que no encontraba mi libro para ir a la escuela. Lo había buscado por toda mi recámara, en la sala, en la cocina, en el auto ¡hasta en el baño! y no encontré nada. Mi mamá me vio caminar de un lado a otro y me dijo: “¿qué buscas, hija?” y yo contesté gritando: “¡mi libro de literatura!”. Ella me dijo: “¿ya buscaste en tu repisa a un lado de tu cama?” y pensé: ¡pues claro! Pero le di el beneficio de la duda y fui pensando en que perdería más tiempo... y ¡allí estaba! Prometo que lo había buscando una y mil veces. ¿Será que tiene el súper poder de la memoria o se puede teletransportar rápidamente a otro lugar?

Otra día, mi mamá entró al cuarto de mi hermano y con solo inhalar aire sabía que había algo echándose a perder. ¡Y sí! era una naranja dentro de la maleta que usaba para entrenar. ¿Cómo le hace?

Decidí contarle mi sospecha a mi mejor amiga y resulta que ella también lo creía de su mamá. Me dijo que el otro día ella estaba muy preocupada por sus calificaciones, pero que decidió no contarle a nadie y esperar la boleta. Su mamá, con sólo verla a los ojos, le preguntó si algo le pasaba, ella dijo que nada, pero su mamá insistió hasta que se lo contó, ¿acaso sabían leer mentes?

Acordamos aquel día mi amiga y yo hacer una investigación. Compramos un helado y nos fuimos al parque donde está lleno de mamás con sus hijos. Nos sentamos a verlas y ¿qué creen? ¡Podimos ver más súper poderes! una mamá cargando

a su bebé (y se veía bien pesado), la pañalera en un hombro, un biberón en la mano derecha y el celular y llaves en la mano izquierda, ¡wow! Otra mamá que adivinó la caída de su niña que intentaba subir un escalón y antes de que cayera ¡la mamá ya la había agarrado de un brazo y no le pasó nada! Otra mamá que calmó a dos niños que estaban peleando porque se querían subir al mismo columpio y estaban a punto de golpearse cuando la mamá llegó a platicar y no sé qué palabras mágicas les dijo que al final los niños estaban jugando juntos y ni al columpio se subieron.

Recuerdo que aquel día mi amiga y yo pensamos que quizás esos súper poderes mágicos te llegaban cuando salía tu bebé de la panza. Pero vimos a nuestra vecina, que tenía a un niño pequeño que nos habían dicho que no había salido de la panza, si no del corazón, y vimos que ella también tenía el súper poder del mega oído porque estaban muchos niños juntos y su niño lloró y ella les dijo a las demás mamás: “es el mío”. ¿Cómo le hizo para reconocerlo, si estaba lejos y todos los bebés lloran igual? Ese día mi amiga y yo acordamos no contar nada de nuestro gran descubrimiento, sería nuestro secreto.

Hoy hablé con mi amiga por teléfono, recordamos juntas nuestro gran secreto con mucha alegría y nostalgia... en este momento estoy parada frente al espejo, cargando a mi hijo en brazos y me pareció ver el reflejo de una súper heroína.

LIFE IS WHAT HAPPENS

Brenda González Solórzano

Para poder contar el desenlace de algo tiene que haber por lo menos un inicio, un nudo de amarre inaugural para tejer desde ahí. Aun cuando ese final resulte ser no otra cosa que un franco espejismo; recién el verdadero comienzo del andar.

¿Mío? ¿tuyo?

¡Qué más da!

Intuí estar embarazada días antes de la ausencia de mi periodo. Algunas manchas blanquecinas inusuales en mi ropa interior, ganas de orinar que me hacían levantarme de la cama hasta tres veces por noche habiendo bebido únicamente una cerveza e insufribles agruras fueron el pitazo. Llegaron y me pasaron de largo los días de la esperada regla, encontrándome temblorosa y llena de dudas. Mi pareja y yo llevábamos una muy joven relación hasta ese momento. Yo había vuelto unos días antes de Colombia, en donde estuve un par de semanas por un congreso; él tenía los mismos días viajando por Japón y allá seguiría por lo menos un mes más. Al parecer, la noche previa a que ambos tomáramos nuestros respectivos vuelos había sido una intensa despedida con un claro desliz (¿inconsciente?) de que no lo fuera. Quería aferrarme con toda mi fuerza a esa idea y encontrar algo de consuelo en ella. La realidad es que estaba sola en la duda y la espera.

¿En qué momento entre los mensajes de whatsapp desfasados por los husos horarios opuestos y la pésima recepción telefónica, una suelta un nada casual “Oye, creo que estoy

embarazada” ¿Qué estómago aguanta la fría respuesta del muy posible “¿Qué dijiste? No te escucho”, por la señal entrecortada, de no ver su rostro al decirlo? Decidí esperar y en cuanto los días fueron suficientes corrí al laboratorio. A esas alturas mi cabeza ya no aguantaría los amplios márgenes enloquecedores de falsos positivos y negativos de las pruebas de farmacia. Tras las debidas horas, ahí estaba yo, caminando de un lado a otro en mi balcón, fumando el que en el fondo sabía que sería mi último cigarrillo en mucho tiempo, antes de abrir el sobre con los resultados confirmatorios. Positivo, leí, y brinqué de un salto de mi silla. De impacto, de felicidad y de miedo. Todo al mismo tiempo. Algo de la noticia tardó bastante en asentarse, aún cuando un par de días antes había decidido hacer las paces conmigo y por fin dar por cancelado ese artículo que recién había iniciado para enviar como respuesta a la convocatoria del congreso psicoanalítico del siguiente año. No iría. Había hecho cuentas y para ese entonces, a diez meses de aquel día, seguramente mi vida sería otra y no incluiría estar sentada presentando un trabajo en Buenos Aires el verano siguiente, como hasta hace unas semanas había sido el plan.

La ansiedad, las agruras, las ganas incesantes de orinar y los días siguieron su paso aplastante por mi cuerpo. Con alguna que otra mentira piadosa logré sacar de mis amigas más confiables los datos de médicos de su confianza. No estaba lista ni dispuesta a ventilar mi secreto con ninguna otra alma antes que con la de aquel “compañero de crimen” que aún se paseaba ingenuamente por Japón. Tampoco me parecía correcto. Imaginar la situación desde ese lugar me resultaba hasta ofensivo; que otra se enterara antes que yo de que sería madre, ¡impensable!

Días después acudiría con uno de esos médicos. Entre llanto de felicidad, de perplejidad y de miedo, escuché el corazón de mi bebé por primera vez y pude ver que efectivamente nuestra semilla estaba ahí. Pregunté todo lo que pude,

ventilando más de un detalle innecesario sobre mi relación a ese desprevenido doctor quien amablemente se ofreció a decirle él mismo a mi novio la noticia si yo así se lo pedía. Jamás olvidaré ese gesto.

Tuve suficientes días para componerme un poco. Escribí varias versiones sobre los posibles desenlaces de mi situación al volver E. Para cuando eso sucedió, después de recogerlo en el aeropuerto, una obligada visita familiar y algunas horas de descanso, fuimos a comer a un pequeño local de asado argentino que hacía no tanto había sido testigo de nuestra primera cita. Las lágrimas salían de mis ojos intermitentemente sin decir agua va. ¡Ja! Sólo atinaba a decirle que estaba muy feliz de verlo. Salimos enseguida a caminar por el barrio y después de un preámbulo tan amoroso como temeroso, le anuncié que seríamos papás. Haciendo trizas mis peores pesadillas, en el acto me tomó del brazo, luego me abrazó para asegurarse de que había entendido bien lo que le había dicho: “¿Estás hablando en serio, flaca? ¿Estás embarazada? ¿Voy a ser papá? Venga, pues nos mudamos juntos, ¿no?” Y así, al cabo de unos segundos, la zozobra de semanas cedía. Pasé de la incertidumbre total a tener un proyecto y una ilusión compartida. Pálida y frágil como semilla que recién germina pero suficiente para volverse la más robusta raíz.

A la segunda cita con el médico, fuimos juntos. Me sentía muy feliz de no haber requerido sus servicios adicionales ofrecidos anteriormente y de volver a tan cálida atención.

Ahí mismo decidimos que esperaríamos a tenerte en nuestros brazos para saber cómo llamarte. Por lo pronto serías nuestro frijolito y nos bastaba con imaginarte infinito de posibilidades. Con el tiempo, en medio de una lluviosa carretera de regreso de la playa a la ciudad, nos decidimos por Matías o Anna Inés, como nuestras opciones para ti.

Pasaron los meses y mi embarazo “amarró” sin mayores

achagues. No devolví el estómago ni una sola vez, las agruras se fueron tan rápido como llegaron y tanto mi casa como mi cuerpo se dispusieron para la nueva vida en puerta.

Ese año, pocos días después de compartir con el resto de la familia y amigos que venías en camino, lo despedimos en el sureste mexicano entre pirámides, aullidos de mono y una nostálgica cita en el Bar Revolución a la que invité a tu papá. Pienso que es quizá por aquel largo viaje aun en mi vientre que disfrutas tanto la carretera.

Hicimos varios viajes más antes de conocerte.

Por aquellos días, nuestras visitas a la playa y al ginecólogo iban casi a la par. A mediados del séptimo mes, justo el último día del curso de preparación para el parto que tomamos, acudimos al médico precisamente para elaborar nuestro plan de parto. Aquel día, la revisión de rutina revelaría que ese ligerísimo dolor de cabeza que yo venía sintiendo y atribuyendo a un mal rato por el que había pasado esa mañana, era en realidad síntoma de mi presión arterial elevada. En ese mismo momento, ya entrado en la revisión, el médico observó mis pies y pudo constatar que efectivamente, su hinchazón ya no era algo “normal”, cosa que yo venía intentando hacerle notar días antes vía whatsapp, y a lo que él respondía que recordara elevarlos veinte minutos cada noche. Volvió a decirme que pasara con la nutrióloga pues estaba subiendo de peso más de lo ideal y me ordenó una serie de estudios para el día siguiente. Uno de ellos en particular era incomodísimo, pues tenía que orinar por las siguientes 24 horas en un bote, sin desperdiciar gota alguna. Afortunadamente desde hace años mi consultorio está en casa y ello permitió la hazaña sin verme obligada a ir por ahí cargando un fétido bidón.

En verdad ¿afortunadamente? ¿Por qué seguí trabajando? ¿No debió alguien decirme que parara, que ya era tiempo? ¿Debí de haberlo investigado o intuido yo sola? Ese aumento de peso

inusual y apresurado, ¿podría haber sido un aviso, de haberme alguien escuchado repetir cita tras cita que no estaba comiendo de más? Ni siquiera recuerdo antojos intensos ni caprichosos.

Los resultados ahora mostraban algo mucho menos alentador. Preeclampsia recién entrada la semana 34 de embarazo. Finales de abril del 2017. Como dije, seguía trabajando, aún me faltaban montón de cosas por tener listas en casa, ni siquiera la maleta de parto para llevar al hospital había alcanzado turno. A partir de ese momento me indicaron varios medicamentos para controlarme la presión arterial y la groserísima tarea de monitorearla por lo menos tres veces al día, llevar registro fiel y localizar al médico en caso de variaciones. ¿De qué margen? ¿Cuándo ya fue mucho? ¿Qué pasa en las noches? ¿Y si me sube en la noche mientras duermo y no me doy cuenta y morimos los dos? Mi ansiedad rebasó el techo. Pienso que algo de negación jugó a mi favor y en el mismo momento en el que tecleé la palabra preeclampsia en el oráculo-buscador (google) cerré la computadora de golpe. Algo sí que alcancé a leer: “padecimiento que puede ser mortal”. Ello fue suficiente para no querer leer más, no querer saber y concentrar todo lo que quedaba de mí en estar lo suficientemente entera para lo que viniera.

Pedí una segunda opinión más para cotejar intervenciones que diagnóstico. Con ese no había nada que hacer. Con lo que me topé fue con una recomendadísima e impasible doctora que hablaba de los niveles más altos de presión arterial y de medicamento que el cuerpo puede aguantar. Todo para decirme en pocas palabras que aún podía ponerme mucho peor antes de la cesárea que ella anunciaba ineludible. En aquel momento yo seguía empujando por un parto natural. Mi médico me seguía permitiendo conservar la ilusión de ello en el horizonte, a un ladito de la del parto en agua que formaban parte del plan de aquella desafortunada visita.

En los días que siguieron el medicamento hizo lo suyo y al parecer me estabilizó. Los estudios del laboratorio ahora eran cada tercer día y se había hecho cotidiano encontrar aquel incómodo bidón al lado del bote de leche en nuestro refrigerador. En realidad estábamos comprando tiempo. Dando el mayor margen posible para que nuestro frijolito siguiera desarrollándose sin necesidad de intervenciones químicas. Por aquel entonces, sus ojos y sus pulmones eran los que más chamba tenían por hacer.

Así transcurrieron las siguientes dos semanas y los baby showers largamente planeados. El día posterior a uno de ellos en particular, que sucedió mientras E se iba a la playa con sus amigos a manera de despedida de la no-parentalidad, lo dormí entero. Atiné a irme a casa de mis padres y por más que lo intenté, no pude levantarme de la cama. A lo lejos los escuchaba hablar por teléfono con mis tíos –tres de ellos son médicos y viven fuera del país– preocupados por mi situación y por la larga postergación del parto, a su modo de ver a la distancia. Era domingo. La siguiente semana aún trabajaba. –¿Por qué?!– En mi mente por fin había decidido que sería la última; daría aviso a mis pacientes de ello y de que nos veríamos de nuevo dos meses después del alumbramiento de fecha cada vez más incierta. Más de una voz querida por esos días expresaría también, “¿Qué están esperando?” “Ya, ya, eso no es cualquier cosa”. Al martes siguiente aun conduje la primera charla del mes de El Bar de Freud. No sé cómo ni porqué. La negación me tenía presa y ciega. Sin embargo, su estupefaciente efecto se evaporaba constantemente, las noches eran largas y crueles, la realidad se imponía. Moría de angustia. Intentaba dormir sentada pero la acuciante tarea de vigilar mi presión arterial no me permitía el descanso.

Un día después celebrábamos el día de las madres de aquel año. Ese idílico primer festejo porque ya eres madre pero no lo eres aún realmente, pero sí porque tu bebé ya está en

la panza y en teoría a punto de salir pero justo cuando te corroe hasta la médula el miedo de que algo le pase y muera. Él, o tú, o ambos. Re feliz día que fue, ¡no tienes idea! Yo tenía hinchada hasta la nariz. Al día de hoy no tolero mucho ver fotos de aquellos días.

De hecho, creo que la angustia, el ideal caído y mi propia exigencia –que sin duda fue ahí donde la traicionera negación encontró dónde apuntalar– fueron las gotas que terminaron de derramar mi vaso. O mi riñón, literal y más acertadamente. Y por supuesto, el silencio de algunos y mi dificultad de ver y escuchar a otros.

No es que tenga una necesidad infantil de echar culpas pero, ¿no debió mi médico haberme puesto en reposo? ¿No debió haberme indicado que ya no trabajara? ¿Por alguna razón dio por hecho que yo lo sabría o lo haría? ¿Que conocía o investigaría todo sobre la preeclampsia? Quizá sí, quizá como mujer preparada me faltó tomar más al toro por los cuernos, pero cuando el toro tiene además por toda la cara rasgos de muerte, es difícil que uno no desvíe la mirada. Pienso que en un momento de fragilidad y de dependencia así –porque un embarazo y más uno de alto riesgo, es así–, todas necesitamos que alguien se dé el tiempo, nos “tome de la mano” y por lo menos apunte hacia lo que en otro momento podrían ser obviedades en el camino.

Sin advertirlo antes, sé ahora que éste es el corazón y la raíz de ENCUENTROS.

Como cuando alguien ve una catástrofe sucediendo frente a sus narices y asume que la ayuda llegará en cualquier momento porque asume que otro, presa del mismo impacto, habrá llamado ya pidiendo dicha ayuda. Está comprobadísimo que lo primero que se diluye es tal acción. Se asume que las riendas han sido tomadas para atender lo obvio ahí justo donde el peor error es tomarlo como tal. La amenaza de la muerte impacta fuerte en todas direcciones.

Requiere de la sensibilidad de uno solo para mitigar la magnitud de las réplicas.

El día siguiente lo inicié en el laboratorio del que ya era asidua. Volví a casa, trabajé un poco, le envié al médico los resultados que iban llegando. E había salido a trabajar. Estaba sola en casa y logré dormir un poco. Algunas horas más tarde me despertó el timbre de mi celular. Mientras intentaba incorporarme pude registrar que los vecinos escuchaban John Lennon. Beautiful, beautiful, beautiful, beautiful boy, llegaba coralmente a mis oídos desde lo lejos. El doctor llamaba para darme respuesta sobre los números que le había enviado. Era momento de ir al hospital. Colgamos. Me sentía nerviosa.

Sin voluntad, me sumergí en la canción aún sonando a lo lejos como tantas veces en carretera mientras escuchamos precisamente ese disco, el máximo favorito de tu papá. Decidí confiar. En la melodía algo me hablaba, diciéndome fuerte que todo estaría bien, que llegarías. Jamás pasó antes ni ha pasado después de ese momento, que algún vecino ponga de nuevo ese disco por acá.

Hice algunas llamadas. La primera, por supuesto a E. Vino directo a casa. Cancelé las citas que aún tenía esa semana, llamé a mis padres, hice la maleta para el hospital sin mucha cabeza y con bastante prisa. Alrededor de las 4 de la tarde estábamos registrando mi ingreso al hospital. Momentos después se nos unieron el doctor, N y C, mis entonces doulas y ahora grandes amigas. Después de revisarme, revisar a mi bebé y constatar que ambos estábamos bien, él me dijo “Tranquila. Ya vas a conocer a tu bebé”. Aun cuando evidentemente el recibimiento temprano en el hospital marcaba el inicio de una larga cascada de cambios de planes –no sólo porque a mi panecito aún le faltaba por lo menos un mes más en el horno, sino porque además mi recibimiento en el nosocomio fue con una canalización que clausuraba la

posibilidad de intervenciones o parto no medicalizado y de libre movimiento—, sus palabras alcanzaron a tranquilizarme un poco y agradecí la invitación a mirar la situación desde esa perspectiva. Por lo demás, había que estar preparados y lo entendía.

Las siguientes horas son borrosas y confusas, se compactan en mi recuerdo como si únicamente hubieran sido 5 y no las cerca de 34 que fueron. El plan ahora era la inducción por medios sintéticos. Mi presión había seguido subiendo aun con el medicamento y ya no podíamos dar más tiempo. Afortunadamente, las dos semanas de turbulencias que habíamos pasado habían sido suficientes para que mi bebé completara su desarrollo ocular y pulmonar y dentro de los males o riesgos, al parecer seguíamos ganando terreno.

Entraba N, entraba el médico, algunos enfermeros iban y venían, me pusieron la primera inducción vía vaginal. Me paseaba por todo el hospital y sus jardines arrastrando mi suero y mi pesado monitor, tratando de ayudar a la dilatación y a que la inducción artificial hiciera sus efectos. E caminaba conmigo en todo momento. Monitoreos intermitentes, recostarme de nuevo para otra revisión. La inducción no estaba funcionando. Amaneció de nuevo, mi bebé seguía dentro de mí y E yacía torcido e incómodo tras su primera noche en el sofá de la nada hospitalaria habitación de hospital.

j...!

Todo el día siguiente fue igual. Mi médico, su suplente, N, luego C, luego N de nuevo, enfermeros, E a mi lado y de repente salía a comer algo o a despabilarse un poco y luego volvía. Una inducción más por la misma vía, otras dos más tarde vía intravenosa. Todos esperábamos un huracán de contracciones en cualquier momento. La tina estaba lista para que yo pariera, según me dicen. Nunca la vi siquiera. Seguía deambulando por el hospital con mi aparato aquel

en un afán de ser de utilidad. Sin embargo, entre mi riñón ya de por sí comprometido por la preeclampsia y las más de 24 horas que para ese momento llevaba ya canalizada y con suero entrando gota a gota a mi cuerpo sin parar, mis pies y mis piernas desde el dedo más pequeño hasta las ingles, eran francamente enormes y de semejanza innegablemente paquidérmica. No había pasado de los cuatro centímetros de dilatación. El dolor era muy soportable aún.

En este trajín nos encontró la medianoche otra vez y fue ahí que el tono y el semblante del médico cambiaron. Recargado en uno de los muros de nuestra habitación recomendó cesárea de emergencia. Los líquidos seguían acumulándose en mi cuerpo y en aquel punto, no había forma de adjudicar la tos que me había asaltado quién sabe cuántas horas atrás al común efecto secundario que produce el medicamento para la presión. Agua en mis pulmones era la alternativa.

El doctor salió de la habitación. Nos quedamos solos por unos minutos E y yo. No muchos, los suficientes para abrazarnos. Lloramos juntos por la ilusión caída en ese momento y por la angustia que nos aplastaba. Y vaya que E es optimista con cada una de sus fibras. Una de las cosas por las que me enamoré de él; sus ojos no pierden el brillo que delata un corazón lleno de sueños y de deseo encendido por vivir la vida, a pesar de las fuertes adversidades que lo han cimbrado. Del abrazo surgió una oración y agradecimiento. Le siguieron algunas llamadas importantes. A mis padres, a su madre y a mi analista, quien no había dejado de estar al pendiente de nosotros en ningún momento. Estaba nerviosa. Cada uno fue llevado por separado a prepararnos para entrar al quirófano. Cubrieron mi cabello, me pusieron las medias “para evitar trombos”, me comunicaron los enfermeros sin ninguna necesidad de endulzarme lo que sucedía. Mi corazón latía rápido. Tenía mucha sed. La ansiedad siempre seca la boca. Hacía frío. Quería dejar de temblar. De pronto, me rodeaban de nuevo caras conocidas. E, sonriente y

entusiasta me esperaba ya ahí, con mi ipod corriendo uno de mis discos favoritos de Bob Marley. N tomaba mi mano y acercaba frecuentemente a mi nariz el aceite de lavanda que recibí en aquel agotador baby shower. El doctor entró después con su equipo, todos igual de cálidos y respetuosos, para fortuna mía. E bromeaba con el anestesiólogo, quien ya no me dejó tomar agua: no podía arriesgarse a que una gota se quedara en mi garganta y me hiciera toser de nuevo o de más mientras perforaba mi columna vertebral. Procedió.

Veo todo. En un parto humanizado las manos están libres y no hay campo que obstruya la visión de todo lo que va sucediendo allá del otro lado de la montaña que en ese momento aún es mi barriga. Siento todos los jalones, oigo sus voces, observo sus miradas, el vaivén de sus instrumentos. Chupo mis labios aferrándome a ellos como me aferro a estar presente en este momento. Creo asegurarme así de que no se me seque la garganta por completo. N ahora toma fotos. E sujeta mi mano. Mi vientre está abierto. Veo sangre y escucho que me dicen, “Empuja hacia afuera, ayúdale a hacer el esfuerzo”. Empujo y veo cómo mi bebé va saliendo poco a poco. Pasan unos segundos y escucho su llanto delicioso, quizá al unísono del médico que grita “¡Es niño!”. E grita también, él de felicidad. Yo sonrío. Sonrío completa con la mitad de mi ser pues la otra mitad sigue allá en la batalla, aún abierta. Con el cordón umbilical todavía en mis entrañas me muestran a mi bebé. Su diminuto cuerpo arrugadito, tapizado en vermix, no disimula sus tonos rojizos y morados.

Noté enseguida la parte alta de tus orejitas un poco apachurrada hacia abajo. Imagino que con ellas hacías presión en mi pelvis pues tenías mucho muy bien acomodado en posición de salida. Ese tierno apachurramiento de tu orejita se convertiría en los siguientes días en mi brújula reaseguradora de que efectivamente eras tú, mi hijo, el que regresaban a mis brazos después de que las enfermeras

atinaban a separarte de mí para algún breve procedimiento rutinario.

E sigue sonriendo. Aguantando los nervios se acerca a cortar el cordón que acaba ahora sí de salir completo, cuando el médico se sorprende. En el extremo que faltaba por salir, encuentra un nudo verdadero, “Esto sí que es peligroso”, le escucho decir mientras me enseña un franco nudo ciego en el cordón umbilical, cuyo recuerdo al día de hoy me deja helada. Agradezco con todo lo que soy que no se tensó jamás mientras mi hijo estuvo dentro de mí.

¿Cómo no agradecer que las inducciones, cuatro inducciones químicas, no hayan funcionado? De haber sido parto natural en aquella tina alejada del quirófano, sin anestesiólogo en la puerta como usualmente es ¿pudo haberse tensado por física básica? ¿O quizá por un simple tema de espacio de haber seguido creciendo en mi matriz, sin atajos, rumbo a la semana 40 de gestación? No me parece imposible y no dejo de agradecer el no haber tenido que averiguarlo. Cruzamos como funambulistas por lo que pudo haber sido un verdadero infierno. No me atrevo a tocar nada, a cambiar nada, ni en mis pensamientos. Ni la velocidad del aire ni su temperatura ni la tensión en la cuerda ni ninguna de las cosas que funcionaron o las que no funcionaron. La cadena de ilusiones caídas resultó la mayor bendición.

Life is what happens, indeed...

En cuanto te sacaron de mí, te recostamos sobre mi pecho. En el acto rodeaste con tus manitas mi cara y pegaste tu boquita a mi mejilla. En bajito yo te hablaba, te olía, te veía aun incrédula. Te di la bienvenida y tu parecías responderme con un beso.

Del quirófano salimos juntos directo a nuestra habitación. Sin incubadoras, sin terapia intensiva ni por sus apenas 36, casi 37 semanas de gestación, ni por mi maldita/bendita

preeclampsia. Quizá por la “buena madera” a la que el médico suplente, muy sorprendido, se le escapó atribuir mi favorable respuesta ante el nada favorable cuadro que recién parecíamos librar. Quizá porque el deseo sabe bien empujar y afianzarse a la vida o quizá porque Matías trae en la sangre esa fuerza y ganas de vivir de las que está hecho su padre.

Tres días después salíamos juntos del hospital para ir a nuestra casa.

Recién aquí el nudo inaugural, dijimos al inicio.

SÓLO QUIERO UN CAPUCHINO

Brenda Morales Muñoz

Desde que nació mi hija, cuidarla se volvió una prioridad incluso por encima de mí misma, de mi cansancio, de mi salud o de mis actividades. Aunque a veces me he sentido mal, no he podido parar de estar atenta a sus necesidades. La pandemia ha llevado los trabajos de cuidados y de crianza a niveles extenuantes. Ahora que lo pienso, ese cansancio-sin-pandemia me parece un poco ingenuo. Con el confinamiento, además de ser su mamá, me he vuelto cocinera, enfermera, profesora, psicóloga, cuentacuentos, coach de primera infancia, bailarina, cantante y compañera de juegos y experimentos las veinticuatro horas del día. No siempre me pesa, ya casi me acostumbro, pero hay días en que me quedo sin energía, en que me pongo de malas porque tengo demasiado trabajo que hacer y parece que siempre estoy en una carrera contra el tiempo.

Nunca me había detenido a reflexionar sobre los cuidados, propios y ajenos, hasta que me convertí en madre. Una parte fundamental de los cuidados maternos gira en torno a la lactancia. Cuando estaba embarazada investigué qué es lo que debía tener para amamantar a mi bebé. La mayoría de las listas coincidían en que, además de los productos para obtener y guardar la leche (como sacaleches o bolsas de almacenamiento), debía tener ropa especial (brassieres, pijamas y blusas de lactancia, esas que tienen una abertura estratégica que permite sacar el pezón en cualquier momento), accesorios (cojines, protectores, mantas para cubrirse “en caso de lactar en público” porque parece que hay que esconderse) y productos para cuidar la parte de mi cuerpo que iba a producir esa leche: pezoneras, pomadas, parches de hidrogel y cremas hidratantes.

Se han inventado muchos productos para “hacerle la vida fácil” a las madres. Desde la aparición de los pañales desechables en la década de los cincuenta, impensables para nuestras abuelas, hasta monitores y columpios eléctricos. Las madres son un mercado muy importante, pero muchos de esos productos no son necesarios, aunque los vendan así. Para poder dar leche materna sin estar “pegada” a los hijos, existen también los sacaleches eléctricos en los que una bomba succiona la leche a través de dos mangueras, como las vacas. La decisión de lactar es totalmente privada pero las mujeres siempre son juzgadas. Si optan por lactar, si optan por lactar poco, si optan por lactar mucho o si optan por dar fórmula. Y muchas de estas decisiones ni siquiera son personales, una mujer puede desear amamantar, pero quizás no tenga suficiente leche o su bebé sea alérgico, por poner dos ejemplos. El punto es que siempre hay culpa, como si se fuera mejor madre o más madre haciendo tal o cual cosa. Cuando estaba embarazada decidí que quería hacer lactancia a libre demanda con mi hija, pero una madre nunca puede decidir antes de tiempo.

*

Dos días después de parir, volví a casa con mi hija y comenzamos el periodo de lactancia. Me quedé en casa tres meses con sus días y sus noches cuidando a mi bebé que no lograba ganar peso. Yo era su esclava, mi leche siempre estaba disponible para ella. No sabía cuándo terminaba un día y empezaba otro. Me volví supremamente paciente, no me desesperaba su llanto, no me importaba no dormir o no comer, era un zombie. Tampoco leía ni veía películas porque no podía concentrarme, confieso que la serie de Luis Miguel me salvó del aburrimiento en esas madrugadas interminables.

Cuando mi bebé cumplió un mes, la pediatra me dijo que apenas había subido cien gramos. Nada, ni un vaso de agua.

Lloré en el consultorio por la frustración. Tanto tiempo y esfuerzo invertido para cien gramos. No podía creerlo. No había ninguna señal de que mi leche le hiciera daño, pero la pediatra me dijo que por prevención debería pensar en dejar lácteos, café y chocolate “por si de casualidad tal vez pudiera ser” alérgica. Salí de la consulta directo al café de la esquina a comprar un capuchino. Me acompañaban mi esposo y mi mamá. Los dos me miraron sorprendidos, me dijeron que “obviamente” no podía ir por ese café: “¿qué no escuchaste a la pediatra?”. Me enojé, pero no dije nada, los ignoré y disfruté mi capuchino. Cuando terminé les dije que no iba a dejar el café, era mi único gusto en el día y no había nada que probara que mi hija fuera alérgica. Si fuera el caso, lo dejaría sin dudar.

Mi hija ganó peso a los tres meses, durante los cuales tomé dos tazas de café al día. Cuando fui a la siguiente consulta la pediatra me dijo “¿ves? ¡Qué bueno que dejaste el café!”. Asentí mientras me saboreaba el frapuchino que me iba a tomar a la salida. Le mentí a la pediatra porque no encontré en ella ningún apoyo para mí, el centro de todo era mi hija.

Mi madre me dio fórmula, me lo confesó después del episodio del café. Por su exigencia pensé que ella había optado por la lactancia materna, nunca me detuve a pensar en lo que significaría para ella lactar a gemelos y tener aparte un niño de 3 años. En esa época era lo que “más se usaba”. Me dijo que veían mal a las mujeres que se descubrían los senos para darle leche a sus bebés y que lo normal era que los pediatras recomendaran la fórmula directamente. Nunca se le había ocurrido insistir en lactar, el trabajo de cuidados que hizo con los tres era demasiado agotador.

*

Después de los primeros tres meses del terror, salí a presentar una ponencia en un congreso de literatura muy importante. No sé cómo lo logré. En lo único en que podía

pensar era en que no se me escurriera la leche. Planeé todo muy bien: escogí una blusa de color claro (no me iba a arriesgar usando algo negro) me puse protectores especiales y lo último que hice antes de poner un pie fuera de casa fue amamantar a mi bebé. Diez minutos después ya sentía que los pechos se iban llenando. No hubo ningún accidente, no dejé que sucediera. En cuanto terminó mi mesa volé a casa, no saludé a nadie, por más que había esperado el momento de hablar con adultos de los temas que me interesaban, el dolor y el temor de que la leche se desbordara fue mayor.

Sin embargo, tener tanta leche me hizo sentir muy bien. Deseaba poder tener una buena lactancia, pero el comienzo no fue el ideal. Ahora sé que en la maternidad no hay ideales. A mi llegada al hospital, había pedido que no le dieran fórmula a mi bebé y que me la entregaran de inmediato para el contacto “piel con piel”. Ninguna de estas dos peticiones se cumplió. Mi hija nació baja de peso y, tras varios estudios médicos, no podían esperar a que se decidiera a mamar, debían alimentarla con fórmula de manera urgente. Horas después la llevaron al cuarto y la enfermera me dijo que intentara darle de comer, me explicó que los bebés succionan de inmediato por instinto. Eso tampoco sucedió. No quiso mi leche mientras estuvimos en el hospital.

Habíamos comprado un biberón y una lata de fórmula para que mi hija comiera en caso de ser necesario, pero no las usamos. Apenas llegamos a casa intenté amamantarla y succionó. A pesar del dolor me sentía muy feliz. Había leído cosas terribles respecto a la lactancia: que no bajaba la leche, que dolía mucho, que daba fiebre, que se agrietaban los pezones, que los bebés podían ser alérgicos. Afortunadamente no tuve nada de eso. La lactancia para mí fue una experiencia esclavizante, pero muy dulce. Tenía muchísima leche y nunca tuve ninguna molestia. Incluso pude hacer mi banco de leche en el congelador y prolongarla el tiempo que quise. Me daba mucho gusto que gracias a mi

leche mi hija creciera y se recuperara. Eran momentos de mucha paz, en los que podía leer y descansar un poco. La interacción que empezamos a tener fue mientras le daba de comer, conscientemente me tomaba de la mano, me veía, me hacía gestos. Y durante la lactancia me dio sus primeras sonrisas.

*

Parecería que la imposición de ser madres o la dificultad de compaginar la vida laboral con la maternidad sigue siendo un cautiverio para las mujeres, para robarme las palabras de Marcela Lagarde. Incluso ahora suele aceptarse que las mujeres deben ser madres y cumplir con ello un rol específico en la sociedad. Además, se les exige no sólo convertirse en madres, sino ser buenas madres, hacer lactancia prolongada, colecho, crianza con apego, entre otras cosas.

Uno de los temas que más me impactaron de *Contra los hijos*, es la lactancia. Lina Meruane la ve como una exigencia, como un retroceso en el camino del feminismo. Por el contrario, como ya he mencionado, mi experiencia personal fue muy dulce y práctica, pues era la forma más fácil, ecológica y económica para darle de comer a mi bebé. Me asombraba cómo mi cuerpo era capaz de adaptar la producción de leche de acuerdo con las necesidades de mi bebé, cómo era diferente la leche diurna que la nocturna y, sobre todo, me encantaba sentir que era capaz de producir el alimento de mi hija yo misma sin gastar dinero, fuera de las lógicas del capital. Incluso pensé en donar parte de esa leche para una casa cuna que la solicitaba, pero una nimiedad burocrática lo impidió. Me pensé como donadora y no como nodriza. La práctica de amamantar hijos ajenos es muy antigua, se hacía en Mesopotamia o en la Roma Imperial, pero en esos casos era una actividad que contaba con cierto prestigio y era remunerada. Sin embargo, en las colonias americanas las esclavas, negras o indígenas, eran obligadas a amamantar a

los hijos de sus patrones e incluso eran obligadas a criarlos. Esto responde a que muchas madres morían en el parto, pero también a que muchas otras no querían maltratar su cuerpo, si sus esclavas se encargaban de lactar a sus hijos ellas no tenían desgaste físico y podían cumplir con sus compromisos sociales. Las nodrizas fueron cruciales para que los niños crecieran sanamente. Eran llamadas las “amas de la leche” y me impresionó saber que no prohibieron esta práctica por el maltrato al cuerpo de las mujeres o porque representaba un trabajo forzado para ellas, sino porque se pensó que podían transmitirles sus ideas y costumbres a los niños blancos.

La aparición de la leche en polvo también contribuyó a que esta práctica cayera en desuso. A mediados del siglo XIX se inventó la fórmula para lactantes a base de leche de vaca, cereales y agua, pero su consumo se popularizó después de la II Guerra Mundial. La industria de la fórmula láctea defendía la idea de que era mejor que la leche materna y que contribuía a la liberación de la mujer, pues ya no tenía que estar atada al bebé, cualquier persona podía alimentarlo. El primer punto es falso, el segundo tiene parte de razón. En la posguerra, cada vez más mujeres comenzaron a hacer trabajos remunerados y la presión de los patrones por no “perder tiempo” tras la maternidad impulsó el consumo de la fórmula.

En los años sesenta, Nestlé, en busca de nuevos mercados, introdujo este producto en América Latina pero la contaminación del agua y de los biberones provocaron miles de muertes de niños por enfermedades y malnutrición. La culpa no fue de la fórmula, pero se le estigmatizó. En medio de todo quedaron las madres. Hoy se defiende que la lactancia materna es el mejor alimento para los bebés, de manera exclusiva hasta los seis meses y como complemento de la alimentación hasta los dos años, aunque la decisión de dejarla debe tomarse entre la madre y el hijo. Me enteré

que hay “fiestas de destete” en las que se hace una especie de ceremonia cuando los niños de más de 5 años dejan de lactar. Me dio pánico saberlo, yo quería hacer lactancia prolongada pero no convertirme en Lysa, de la casa Tully. Esa etapa terminó en este encierro, pasan los días y mi hija crece sin importar lo que pasa afuera, ahora ya es más niña que bebé.

ELEGÍ CONOCERTE

Daniela Avilés

Lunes 27 de junio de 2016

Calle San Borja, Col del Valle Centro, Benito Juárez, CDMX

Cita semanal del último mes de gestación con el Ginecólogo Roberto

No sé si hacía mucho calor o era mi bochorno de embarazada. De algo sí estaba segura: el estrés me hacía sudar aún más. Para entonces Matías ya tenía 41 semanas dentro de mí, y hasta este día no había ninguna señal de que quisiera salir.

Las palabras de Roberto me angustiaron aún más:

“Si esta semana no pasa nada, el sábado tendremos que inducir el parto, no hay más opciones”. Inducir el parto significaba una inyección de oxitocina, la hormona que provoca las contracciones, por ende el parto. Significaba también restarle la naturalidad deseada.

Dos meses antes comencé clases de yoga para prepararme. También me había asesorado con Mónica y Lore, mis doulas y compañeras de este viaje. Ellas me hablaron del parto natural y sus ventajas, como una recuperación más rápida y menor traumatismo para el bebé.

También resolvían mis dudas, no crecí con una mamá a la que pudiera interrogar hasta el cansancio y tampoco tenía amigas con hijos. Lore y Moni calmaban todos esos miedos que por las noches no me dejaban dormir. Cómo saber si el bebé estaba bien ahí dentro, cómo saber si algo llegaba a pasarle.

En cuanto salí de la cita con Roberto llamé a Lore, le platiqué la situación. Como buena Doula, defensora del parto 100% natural (con 100% de dolor), comenzó a enojarse y a contagiarme cierta indignación. Me recomendó agendar inmediatamente una sesión con Mónica para darme un masaje, que, de acuerdo con lo que me habían dicho, inducía el parto con la misma eficacia que la oxitocina. En caso de que no funcionara, seguía la opción de acupuntura. Hablé con Mónica y acordamos vernos el miércoles; en caso de ser necesaria, la acupuntura el jueves.

Después le avisé a Javier, el papá de Matías. Como siempre, estaba trabajando, le platiqué mis opciones y me sugirió esperar al sábado para que me provocaran el parto, pues él quería estar ese día sin sus pendientes de cada semana. Me negué. Para mí, tener un bebé no era agendable como una comida con otros periodistas.

El miércoles asistí puntualmente a mi cita con Mónica. Me pidió desvestirme. Para mi sorpresa, ese día supe que los puntos que desatan las contracciones están en los talones.

Esa misma noche le dije a Javier que pensaba que lo mejor era que cancelara todo en los próximos días: Matías nace mañana, le dije. La verdad es que aún no sentía nada físicamente, pero sabía que el jueves sería el día. Esa noche no pude dormir. Comencé a inquietarme, me movía de un lado y al otro de la cama. Me levanté por agua a la cocina, a revisar la maleta del hospital, que el cuarto del bebé tuviera todo listo. El síndrome del nido un día antes.

Jueves 30 de junio de 2016

07:15 horas: La primera contracción

Le pedí a Javier avisar a nuestras personas cercanas, familia y amigos que ese día, como había presentado, era el día. Yo

le avisé a mi papá y a Lore, quien para ese entonces ya era mi persona favorita del embarazo. Ella me respondió que trabajara con Javier los ejercicios, respiraciones y masajes practicados en el curso psicoprofiláctico donde ya me había preparado física y mentalmente para este momento. Pero yo no me acordaba de nada y Javier, menos. “Avísame cuando tus contracciones estén cada 30 minutos para ir contigo”.

Estuve dentro de todo tranquila, haciendo respiraciones. Hasta ese momento, nada dolía tanto como me lo había imaginado. Me tiraba en cuatro patas y gateaba. Me senté de mariposa y respiraba. Javier intentaba hacerme masajes, pero yo a la única que quería era a Lore (y a Matías, por supuesto).

Por orden de aparición llegaron a mi casa: mi papá, los papás de Javier, mi cuñada con su hijo y, finalmente, Lore. No entendía qué hacían todos ellos ahí, pero estaban, solo viéndome parados sin saber qué hacer. Me encerré en mi recámara con Lore a hacer respiraciones, ejercicios con la pelota, cantos, inciensos. Solo escuchaba a Javier diciendo que “el olor a Coyoacán” (por los inciensos) no lo dejaba concentrarse. Él estaba avisando en nuestros trabajos, a todos nuestros amigos, y claro, a los médicos del hospital.

Siempre pensé que las contracciones serían dolores casi mortales, pero no me estaba pasando a mí. Tal vez estaba en un estado similar a cuando consumes drogas naturales: una concentración jamás imaginada.

No sé por qué, pero sentí la necesidad de bañarme. Según yo aún estaba tranquila y el agua caliente me relajó. Salí de la regadera, me vestí. Los papás de Javier ya se habían adelantado al hospital, pues el abuelo paterno sería el pediatra que recibiría a mi hijo junto con Roberto, mi ginecólogo y tío putativo. Toda la familia Risco y uno nuevo en camino en una sala de hospital, vaya hazaña.

Por mi mente solo cruzaba la historia de la abuela de Javier. Me contó una vez que había perdido un bebé porque ella nunca sintió las contracciones. Así es, ella aseguraba que nunca sintió absolutamente nada, con ninguno de sus cuatro hijos. Pensaba también en lo mucho que amaba a todas las personas que me rodeaban, el olor lleno de incienso “a Coyoacán”, y que no podía estar teniendo mejor experiencia de labor de parto que en mi casa a mi manera.

Todo empezó a cambiar aproximadamente a las 16:00 horas, cuando comencé a sentir los verdaderos dolores. Ahí ya no soportaba que nadie más que Lore me tocara, y ella solo decía: “si tú quieres tenerlo aquí, venga. Estoy lista para todo”. La verdad no me había planteado la idea de tener un parto en casa 100% “natural”. Me aterró. No respiré.

Me recuerdo caminando por toda la casa, agarrándome de los muros, almohadas y muebles cada que sentía venir una contracción. Veía a Javier con su cara de horror, casi como cuando veíamos películas de terror, él siempre cerraba los ojos y me pedía avisarle cuando la parte fea hubiera pasado.

Pero en esta película, la escena era real y tenía que verla.

Javier, con voz cortada y desesperado, me pedía irnos al hospital. Se mordía el interior de los cachetes, signo de su verdadera preocupación. Yo casi como cassette rayado repetía: En el hospital me van a conectar mil líquidos y aparatos. No voy a poder moverme libremente y me van a obligar a hacer cosas que no quiero. Estoy segura que mis doulas estaban orgullosísimas de escucharme en ese momento. Pero sesenta minutos después comencé a llorar inexplicablemente y sin más pedí irnos al hospital. Estoy segura que para entonces Lore ya no estaba tan orgullosa.

Traía puestos los únicos pants grises que aún me quedaban y un suéter grandísimo. Me negué a comprar ropa de embarazada, pensaba que dentro de todos los gastos que un

bebé implica, eso era innecesario. La verdad, también me parecía ridícula.

Estaba lloviendo. Bajamos los cuatro pisos por el elevador y me costó muchísimo trabajo subirme al coche. No aguantaba estar sentada. El tráfico, por supuesto, era un asco.

Llegamos al hospital. Entré caminando. Un R1 (doctores primerizos de los cuales ya se me había hablado infinitamente por ser malvados, que casi disfrutaban el dolor, me habían contado) me dijo que Javier se tenía que quedar llenando papeles y que, a partir de ese momento, nadie más podría acompañarme. Lo último que vi fue a nuestras familias diciéndome que todo iba a salir bien, pero eso no me hizo sentir más tranquila. Lore me susurraba en el oído (para no herir susceptibilidades en un hospital lleno de doctores) que pasara lo que pasara no me dejara poner la epidural, la anestesia que evita que sientas de la cadera para abajo, pero esto tampoco me dio tranquilidad. Según Lore, la epidural no me permitiría encargarme de mi parto y entonces todo quedaría en manos de los doctores.

Caminé sola hasta un primer cuarto muy pequeño, en que que había una cama, un sillón y un baño. Apenas cabíamos mi enorme panza y yo ahí dentro. De nuevo llegaron varios R1, ¿Comiste?, ¿Defecaste?, ¿Por qué estás llorando?, ¿Podemos revisarte? Necesitamos hacerte un lavado. Me pidieron quitarme toda la ropa y ponerme la bata. No paraba de llorar y sus preguntas sólo me agobiaban más.

Siguiente recuerdo: Una enfermera poniéndome el líquido para lavar los intestinos y que no fuera a defecar durante el parto. Una de las peores sensaciones hasta el momento. Comenzaba a sentir que odiaba a todos los que me rodeaban, odiaba el olor del hospital e incluso odiaba al ser que me había embarazado y que hasta ese momento no se había aparecido a mi lado. Creo que comencé a llorar cada minuto más fuerte, más descontrolado, más desesperada de dolor.

Sólo pedía ver a Javier. Ya estaba conectada a una bolsa de suero, eso me hizo pensar por primera vez que el parto ya no estaba bajo mi control.

Necesitamos que ya te acuestes para poder revisarte. Me dolieron los dedos de una R1, muy joven y bonita. Ella entró con agresividad por mi vagina, también la odié. SIETE DE DILATACIÓN, gritó, y todos festejaron. Parecían no creerlo, todos se asombraban, como si no tuviera cara de poder aguantar eso en mi casa antes de llegar al hospital o cosas peores.

Necesitamos monitorear y que nos digas si vas a querer la epidural y que nos firmes aquí. Si firmas aquí, viene inmediatamente el anesthesiólogo y todo el dolor terminará. Lloraba más y más fuerte. Me creía incapaz de seguir adelante sin Javier, incapaz de tomar sola esa decisión. No sé cuánto tiempo más pasó, solo sé que me sentí presionada y firmé. Perdón, Lore. En menos de un minuto me estaban pidiendo acostarme de lado. Respira, vas a sentir un gran dolor, después vendrán dos contracciones, probablemente las dos más fuertes, y después no más. Efectivamente así fue.

¿Por qué no había permitido ponerme la epidural desde el segundo en que llegué? ¿A quién sentía que le estaba fallando al hacerlo?

Después de todo eso, vino otro momento de paz. Ya no sentía el dolor aunque mi enorme panza se seguía poniendo dura con cada contracción que venía. Realmente fue muy poca la espera hasta llegar a los diez centímetros de dilatación, pasaríamos al último nivel: pujar hasta que nazca, pujar hasta que crea que no pueda más aunque todos insistan que sí. La cara de Roberto era de indiferencia, él ya no podía recordar cuántos partos había atendido en su vida.

A las 19:00 hrs estábamos en sala de parto. Un cuarto gigante, frío, muchas máquinas, al menos ocho desconocidos ahí

dentro. No sé cuántos pujidos fueron, sólo recuerdo a Javier viéndolo todo otra vez con la cara de película de terror. Yo le preguntaba qué está pasando. Nada, todo bien, repetía casi por inercia.

Todo se me fue a negros por un instante. Juré que me había muerto. Estaba casi segura que así era la muerte. Tampoco sé cuánto me tardé en reaccionar. Escuchaba a Matías llorar lejos. Y en ese momento renací.

Jueves 30 de junio de 2016

Hora oficial de nacimiento: 19:22

Lo pusieron cerca de mí, los dos llorábamos. Vi su cara hinchada llena de pelo negro y su cabeza deformada por la expulsión vaginal. No era físicamente parecido a lo que me había imaginado durante nueve meses. Estaba asustada de verlo, de reconocer que jamás volvería a estar sola. No supe qué decirle. Solo lo miré, se veía tan pequeño en esa inmensidad. Lo que sí recuerdo es su olor. Olía a nuevo, indescriptiblemente a nuevo.

Algunos de los desconocidos ahí presentes me decían que era de las labores de parto más rápidas que hubieran visto, que se notaba que me había preparado aunque en ese momento, la verdad es que no pensaba en absolutamente nada más que pujar con todas mis fuerzas. Todos decían pujaste muy bien y yo me preguntaba, temblando (literalmente temblando) cómo sería pujar mal.

Lo vi salir por la puerta del cuarto, que yo sentía cada vez más frío, en brazos del pediatra, que también era su abuelo, acompañado por Javier. De nuevo estaba sola en un cuarto inmenso con un ginecólogo, que también era el tío abuelo de mi hijo, enseñándole a un R1 a coser la episiotomía (esa pequeña cirugía que corta el espacio que existe entre la vulva

y el ano) y que me habían practicado sin mi consentimiento. De la cual me enteré hasta que me informaron que pasarían a limpiarme la sangre y coserme.

Tampoco me enteré que durante los 22 intensos minutos que me tardé pujando utilizaron fórceps (esa herramienta metálica en forma de tijeras gigantes que ayuda a sacar a los bebés de forma bastante peligrosa) ya que Matías venía boca arriba y no boca abajo como todos los bebés.

Roberto me lo hizo saber de manera romántica al explicarme que mi hijo era especial porque había nacido viendo al cielo y no al suelo. Matías corrió muchísimo riesgo de nacer de esa forma. Y yo no me enteré hasta un día después. También me pregunto si saberlo hubiera influido en mi desempeño para pujar y expulsarlo tan rápido.

Me quedé dormida por dos horas. Cuando me desperté, me llevaron al cuarto, ya más parecido a una habitación de hotel caliente, con una cama, dos sillones y una tele. Una enfermera me preguntó si quería ver al bebé o prefería seguir descansando.

Elegí conocerlo.

EL ENCUENTRO

Diana Morán

Después de cuatro horas y media llegamos a Tancítaro. Íbamos a visitar a los padres de F., que querían conocer al bebé. El niño tenía apenas diez días de nacido y aunque a mí me parecía muy pronto para viajar con un bebé en pleno invierno, F. consideraba que ya habíamos demorado bastante el encuentro.

Tancítaro es un municipio al oeste del estado de Michoacán, a las faldas de un volcán. Es un pueblo pequeño, pero bien desarrollado. La mayoría de las personas que viven ahí se dedican a la producción del aguacate. Su plaza principal tiene vista al volcán, el cual en los meses de invierno puede cubrirse de nieve dándole un aspecto navideño al pueblo. La temperatura en estos meses, durante las noches, no sube de los 5°C. Si alguien buscara en internet datos sobre este municipio, además de encontrar videos sobre las nevadas en el volcán, la importancia de su producción de aguacate y el registro récord del guacamole más grande jamás servido, encontraría datos históricos de violencia y delincuencia. Hace algunos años, el crimen organizado invadió este territorio y ocasionó que decenas de personas fueran secuestradas, asesinadas y extorsionadas. Muchas familias huyeron del municipio y abandonaron su hogar. La policía y el Estado nunca respondieron ni acudieron, así que la gente de Tancítaro tuvo que organizarse para defender sus hogares. Crearon barricadas y formaron su propia policía comunitaria, “la autodefensa”. Lo primero que uno ve cuando entra al pueblo son esas barricadas, que siguen ahí como una cicatriz histórica de resistencia y unión.

Lo primero que hicimos al llegar fue estacionar el carro en

casa de la hermana de F. y dejar las cosas que traíamos. La casa era de dos niveles y el piso de abajo se encontraba en remodelación. En ella vivían su hermana, viuda hace algunos años a raíz de los eventos violentos que habían azotado al pueblo, y sus cinco hijos. Su esposo fue secuestrado y después asesinado, casi al año de haber parido su quinto hijo. Una tragedia. Nos recibieron amablemente, saludaron al bebé y dejaron todo el piso de arriba para nuestra pequeña nueva familia. Nos instalamos y bajamos del carro por las cosas que traíamos, después nos fuimos caminando a casa de su mamá, a dos cortas cuerdas de ahí.

La casa de su madre se encuentra cerca de la plaza principal, es una casa pequeña de un piso y vieja, pintada de color azul verdoso con un portón de color rojo cobre que siempre se mantiene abierto y unas veinte macetas con diferentes plantas a la entrada. Cuando llegamos, entramos tan solo jalando la manija de la puerta, no hay candados ni llaves puestas. F. entró primero a la casa, yo lo seguí por un pasillo. La primera persona que apareció fue otra de sus hermanas, una mujer un poco más grande que él que vive en casa de sus padres. Ella, al verme entrar con el bebé en brazos, se acercó a pedirme que le dejara verlo, y me lo quitó de los brazos. Me quedé con los brazos vacíos y sentí el corazón agitado.

Escuchamos una voz que venía de la cocina y caminamos hacia ella. Entramos a la cocina y ahí estaba una señora de ojos grandes y bonitos, con pelo negro y algunas canas, piel morena, estatura baja y el cabello largo y trenzado. Era la madre de F., la abuela de mi hijo. De inmediato dirigió su atención al nieto y pidió que le dieran al bebé. Lo tomó en brazos para conocerlo. Era el más pequeño de todos. Lo miró y le gustó, “Qué bonito está”, dijo. Comenzó a hablarle con palabras tiernas y con una voz muy amorosa, lo meció y empezó a cantarle canciones. Finalmente, se dirigió a mí:

–Siéntate, siéntense, ¿ya comieron?, ¿cómo les fue en el camino?

El viaje había sido tranquilo. Contamos que esperábamos que el niño se quedara dormido durante todo el viaje pero a los pocos minutos de haber avanzado ya estaba pidiendo sus tomas de leche. También relatamos que el bebé se hizo del baño subiendo el cerro antes de llegar, y al no podernos orillar en tanta curva, le había tenido que cambiar el pañal sobre mis piernas mientras F. manejaba. Lo conté como un logro.

Nos disponíamos a comer cuando el bebé, aún en brazos de su abuela, comenzó a incomodarse. Producía un sonido muy particular, preliminar al llanto, acompañado de muecas y movimientos de la cabeza. Tampoco había comido desde que nos habíamos bajado del carro y no me costó trabajo adivinar que ese gesto era un signo de hambre. Me levanté de la mesa, y me acerqué a la señora dispuesta a tomar a mi hijo.

–Tiene hambre– avisé.

–Siéntate–, me dijo ella –primero come tú, y luego come él. ¿Cómo le vas a dar de comer si no has comido tú?

Mi hijo no tomaba biberón, yo lo amamantaba. Instaurar las tomas de pecho había sido un proceso difícil, acompañado de frustración y pezones agrietados. Persistí a pesar del dolor, convencida de que sería lo mejor para los dos, y opté por alimentarlo con una modalidad conocida como lactancia materna exclusiva a libre demanda, la forma más bonita de esclavitud.

Volteé a ver a F. tratando de que secundara mi intención de alimentar al niño, pero el gesto que recibí fue uno que indicaba que estaba de acuerdo con la indicación de su madre. No quería contradecir a nadie, tenía muchas ganas

de agradar a su familia que por primera vez me recibía. Así que sin más remedio, me senté a comer. Sentí que me tragaba los pedazos casi enteros con tal de terminar pronto mi plato y poder acudir a mi hijo. No alcancé a terminar de comer cuando comenzó a llorar. Su hambre fue más feroz que la mía.

Tal vez lloró por dos minutos que se sintieron como una hora. Pese a los arrullos de su abuela, y sus constantes “sh, sh. sh...”, el niño no se calmó hasta que al final pude tomarlo en mis brazos, sacarme el pecho y alimentarlo. La tranquilidad llegó a la casa y a mi cuerpo. La lactancia se convirtió en tema de conversación. A mi suegra le sorprendía que un cuerpo pequeño y delgado como el mío pudiera producir leche. “Para que puedas seguir amamantando al niño tienes que tomar mucha avena y atole”, me aconsejó, y en seguida se puso a preparar una avena para mí. Mientras cocinaba, me dijo también “y mírate cómo vienes de destapada. ¿No te dijo F. que aquí hace mucho frío? Así como andas te va a dar un aire y se te va a secar la leche. Tienes que taparte los oídos para que no te dé un punzada. ¿No trajiste gorro?”

Apenas me disponía a responder la pregunta cuando por la puerta entraron otra de sus hermanas junto con su esposo, un hombre que formaba parte de la policía comunitaria. Se acercaron a ver al bebé, su hermana lo abrazó y nuevamente me quedé con los brazos vacíos.

—Se me hace que te vieron la cara, cuñado. Este niño no se parece a ti.— Comentó el marido.

Era verdad. F. era un hombre moreno, el más moreno de su casa, cabello ondulado negro, ojos grandes y redondos. El niño en cambio era rubio, casi imposible de encontrar sus cejas; su piel, aunque era más amarilla que rosa, no era morena, sus ojos eran iguales a los míos.

Así continuó transcurriendo la tarde. Más familiares llegaron, a todos los atraía la curiosidad por conocer al bebé. Lo veían, le hacían algún cumplido y le buscaban parecido con alguno de sus familiares. Que si se parecía al tío que se fue a la frontera o al hijo de la tía Martha, al primo que tiene la huerta o al hermano del abuelo, el más rubio de todos. También se ponían a hacer bromas sobre la paternidad. Hacían comentarios sobre si F. dormía, que si él le cambiaba los pañales, que si se levantaba en la madrugada a darle el biberón, que si cuando creciera se lo llevaría al trabajo. De vez en cuando, compartían también los recuerdos de cuando sus hijos eran pequeños.

Por fin llegó la noche, y con ella el frío. Nos sentamos a cenar. El bebé estaba dormido y acostado en el cuarto de los padres de F. el cual se encontraba a un lado de la cocina. Comí poco nuevamente, pero esta vez a razón de un dolor que comenzaba a parecerme muy parecido a un cólico menstrual. Al poco tiempo me empezaron a temblar las piernas. Sentía que el frío me había humedecido la mezclilla negra de mi pantalón. También me provocó ganas de orinar, así que me levanté de la mesa y me dirigí al baño. Ya ahí, me bajé el pantalón, después la faja que además de faja era short, después mis calzones, que tenía una toalla sanitaria nocturna, de ésas muy grandes y absorbentes. Todo estaba manchado de sangre, la suficiente para que una toalla “absorbente” no hubiera podido contenerla y ésta hubiera atravesado tantas capas de ropa.

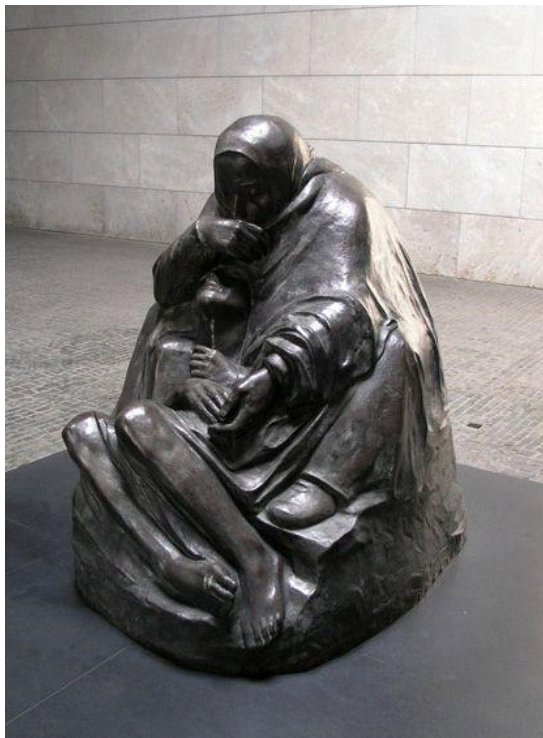
Me apresuré a salir del baño y regresé a la mesa. Le dije en secreto a F. que quería irme, que estaba cansada y que tenía cólicos. Me dijo que él me alcanzaba al rato. Avisó que nos retiraríamos el bebé y yo. Su madre le dijo a F. que hacía mucho frío y le pidió que me diera su chamarra. Me despedí de todos con un “hasta mañana”, tomé al bebé y me retiré.

Regresé caminando a la casa de su hermana, con el bebé en brazos y la sangre entre las piernas. Entré e inmediatamente me dirigí a la planta de arriba. Dejé al bebé sobre la cama para poder desvestirme. Si hubiera estado en mi casa, me habría bañado con agua caliente, limpiado la sangre y llorado abajo del chorro de agua. Tal vez hubiera llamado a mi madre o a mi hermana. Pero no era así, estaba en otra casa, con gente que apenas conocía pero a la cual ya debía llamar familia.

Me puse la pijama y me abrigué lo más que pude. Me metí a la cama con el bebé y nos pusimos debajo de las cobijas para agarrar calor. Él estaba despierto y me veía. Yo le daba mi dedo para que lo tomara con su mano pequeña, le di el pecho para alimentarlo y comencé a cantarle. Ahí, abajo de las cobijas, con un bebé en brazos, el pecho goteando y el cuerpo sangrando, me quedé dormida.

EL CÍRCULO DE LA MUERTE

Edith Llamas Camacho



Käthe Kollwitz (1867-1945)

Mother with her dead son (Mutter mit totem Sohn)

Hoy lloverá agua de muerte.

Tu hijo yace en tus brazos, prisionero del frío de su cuerpo.

No hay retorno, ese aliento envenenado ha cesado,

las memorias se hunden en su cabeza inerte.

La piedad de tu imagen fabrica gritos estridentes

y recorre el cuerpo de los desolados.

Contagia miradas vacías de almas atrapadas

en lugares sin sentido que agrupan pies desnudos.

Hoy lloverá agua de muerte,

con lágrimas de flores asfixiadas y gases incoloros,

sobre cuerpos malolientes de insurgencias malogradas,

en pasos que rechinan de una procesión de madres torturadas.

Hoy lloverá agua de muerte,

almas bailan en cenizas,

vientos silban marchas fúnebres

a alas sangrientas sin futuro.

Tu torso caído en el vientre de tu madre,
hilvana vidas secuestradas de una ópera inacabada,
en un cielo que despierta luces apagadas
caen gotas coloradas.

Tú estás apagado, yo sobre ti me recargo,
el calor de mi aliento empaña la frialdad de nuestra unión.
De entre mis piernas lloraste vida,
y ahora, con melancolía, tus restos estáticos en mi regazo
descansan.

Hoy lloverán lágrimas en mis manos,
y cuando salga el sol, no secará tu rostro
porque tu vida se ahogó
en agua de muerte.

HIPO

Eréndira Olivera Benítez

Has logrado que la bebé se duerma. Dudas brevemente si es momento de ponerla en la cuna. “Voy a dar diez vueltas más, por si acaso”, piensas. La bebita es un bagaje pesado de casi 8 kgs. Debiste hacer más ejercicio, hasta compraste las pesitas para tener brazos más fuertes y poder cargarla, pero sólo las usaste una vez antes de botarlas al lado de la bicicleta fija de la que ahora cuelgan las toallas húmedas.

Das vueltas en la habitación oscura, piensas en el tigre que viste hace dos años en el zoológico, él también iba de un lado a otro. Se le notaba desesperado pero conforme, durante un momento sus miradas se cruzaron y el tigre te lo dijo todo: estar en esa jaula era peor que estar muerto. Te dieron escalofríos y seguiste a ver a los elefantes. Ahora tú eres el tigre y la jaula invisible es tu hija. Se mueve, temes que se despierte, haces un sonido *shhhh shhhh shhhh* que suena a plegaria, lo haces largo *shhhhhhhhhhhhhhh* y suena a mar. Hablando del mar, ¿hace cuántos años que no vas a la playa? ¿Cuándo podrás volver a ir? Piensas que la bebé es muy chiquita y además tienes muchos gastos, ni siquiera has terminado de pagar el parto. Y además está tu cuerpo: tus piernas gordas con celulitis, tus tetas de leche infladas y caídas, tu panza abultada y una cicatriz horrible, cortesía de la cesárea. Seguramente ninguno de tus trajes de baño te quedarían, tal vez es mejor quedarse en la jaula, al menos hasta que la beba ya vaya a la guardería y tú puedas volver a correr en las mañanas y ponerte en forma, como dicen (¿en forma de qué?). Tal vez también podrás escaparte al restaurante ése donde hacen el café como te gusta. De pensar en el café te da hambre, se agitan tus tripas, tratas de recordar qué fue lo último que comiste y recuerdas en

voz alta "Me comí un pedazo de pastel que estaba guardado en el refri desde hace 15 días". Piensas que cuando acuestes a la bebé te harás un sándwich de atún, aunque tu mamá diga que comer atún en las noches es lo peor que puedes hacer porque te da mucha energía. Hace tanto que no tienes energía que un poco no te vendría mal.

En la sexta vuelta por la sala te tropiezas ligeramente con el zapato de tu esposo, el piloto. Piensas que él la tiene fácil con sus turnos de 36 horas volando. En su nueva ruta México-Los Ángeles-Hawái se queda en Hawái dos veces a la semana, en un hotelito cerca del aeropuerto que según él, "apenas y tiene vista al mar". En cambio tú con vista a la avenida gris y al Domino's pizza de la esquina. A veces te trae regalitos. Las cremas y los jabones artesanales de cortesía que le dan en el hotel huelen a coco y a sal. Las guardas en el estante del baño y te prometes que pronto dejarás a la bebé con tu mamá y te meterás a la tina con tus pequeños obsequios (pero *pronto* no parece llegar). Pateas el zapato y en la oscuridad apenas iluminada por la luna, te das cuenta de que tu casa es un tiradero. Piensas en Marie Kondo y no puedes evitar odiarla, ¿cuál pinche minimalismo con un bebé? ¡Es imposible! Las cosas de la nena están por todos lados, se acumulan los trastes y la ropa sucia. Cuando por fin logras limpiar, todo parece explotar y tienes que volver a empezar. Es un ciclo eterno y agotador, piensas que el sábado te armarás de bolsas negras de plástico y lo tirarás todo, absolutamente todo, sólo así el orden reinará de nuevo y podrás pensar con claridad.

La bebé se retuerce brevemente, te da pavor. Son las 3 am y sientes que no has dormido ni un minuto (y no, no has dormido desde que nació, dormir es lo que más extrañas de tu vida pasada, ojalá hubieras dormido más), arrastras los pies y vuelves a hacerlo *shhhhhhhhh*, una ola cálida entra a la sala y moja tus pies. No, no es una ola, es la bebé que se ha hecho pipí, de seguro le pusiste mal el pañal, todos tus años

de estudio, toda tu experiencia de vida, nada te preparó para poner bien un maldito pañal. Piensas que debes cambiarla pero está dormida profundamente, ya hasta puedes oír su adorable ronquido. Ya vas en la vuelta 9, casi toca ponerla en la cuna. No, no vas a perturbarla, es la única oportunidad que tienes para descansar un poco. Vas a ponerla en la cuna y vas a taparla bien. Dormirá unas 3 horas y cuando despierte la cambiarás y quién sabe, tal vez hasta le pondrás el pañal como es debido.

Te acercas sigilosa a la cuna, como si fuera una bestia que tienes que esquivar o convencer para que te ayude a velar el sueño de la criatura que tienes en brazos. La observas ahí, estática y fría, con su colchón de bambú y sus barrotes de madera fina. Después miras a la bebé dormir plácidamente en tus brazos adoloridos y piensas *por qué carajos nadie ha inventado una cuna en forma de brazos*, tal vez tú lo harías si tuvieras tiempo, si fueras la tú de antes, la que duerme, come y se baña cuando quiere. Aunque por otro lado, fuiste esa tú durante mucho tiempo y tampoco inventaste nada entonces.

El momento ha llegado: respiras y sostienes el aliento mientras bajas torso, brazos y cuello al unísono, como una de esas grúas de construcción bajando una columna de acero para construir un edificio. No haces ni un sólo ruido, has dominado el arte del silencio. La cabeza de la bebé toca el colchón primero, después bajas el resto de su cuerpecito cálido y húmedo. ¡Lo lograste!, todas esas horas dando vueltas y amamantando y dando más vueltas, han funcionado. La bebita está dormida, recuerdas que debes ponerle una manta encima para que preserve el calor (sí, ya sabes que a los bebés hay que dormirlos en una superficie plana, boca arriba y sin cobijas porque es peligroso que se enreden y se asfixien y *bla bla bla*, pero honestamente también sabes que nadie sigue esas recomendaciones). La manta está en el sillón, a un par de metros de distancia,

planeas cómo llegar hasta ahí y de regreso. Con astucia ninja tomas la afelpada cobija en tus manos y la colocas sobre la bebé. Ahora sí es momento de festejar tu victoria, te observas triunfadora en la cima del mundo. Nunca nada en tu vida se había sentido tan bien. Das la vuelta y apenas un par de pasos, cuando de pronto un ruido ensordecedor brota del interior de la pequeña. Sí es lo que escuchaste, un espasmo repetitivo e involuntario que retumba desde su minúsculo diafragma, compruebas con horror lo que ya sabes: el hipo la ha despertado.

Temes acercarte a ella por miedo a que te vea, te huela y te reclame, entonces te sientas derrotada en el sillón, tomas tu celular y buscas ¿Cómo quitar el hipo? La primera respuesta del Dr. Google indica que es bueno contener la respiración. Te planteas la posibilidad de taponarle la boca y la nariz sólo por un momento, pero descartas la idea ante el temor de que se te pase la mano. Sigues leyendo, comer una cucharada de crema de cacahuete; ojalá tuvieras crema de cacahuete en casa y helado de vainilla y crema batida; entonces te prepararías una malteada y te pasarías el resto de la madrugada viendo a la bebé consumir al hipo como si nada. Tus tripas demandan alimento, te duele la cabeza. Te das cuenta de que tu búsqueda no sirve porque es para quitarle el hipo a un adulto, buscas cómo quitárselo a un bebé, el internet deja de funcionar. Un dinosaurio T-Rex en la pantalla te pide disculpas y te ofrece jugar con él mientras se resuelve el problema: *hip hip hip*, te preguntas si el dinosaurio también puede resolver tu otro problema. Le das refresh, el dinosaurio sigue ahí, entonces aceptas su oferta y juegas, vas brincando obstáculos, son como ovejas saltando la cerca, uno, *hip*, dos, *hip*, tres, *hip*... Te quedas dormida.



Despiertas aturdida, como aquellas veces que te pasabas de copas y tardabas en reconocer la realidad en la que te encontrabas. Ves el celular, sólo dormiste un par de horas, el cielo afuera sigue negro, la luna ya casi no ilumina. Caminas de memoria hacia la cuna, notas que el *hip hip* ha parado, no hay ronquido tampoco, no se oye la respiración ni el latido, el silencio nunca se ha sentido tan absoluto y durante un brevísimo y efímero momento sientes paz.

ADIÓS, DIENTE TRES

Gina Jaramillo

Hoy se le cayó su tercer diente a mi hija Javiera, de seis años.

Minutos antes del gran momento le pregunté:

¿Nena, podrías definir en tres palabras qué se siente tener un diente tan flojo?

Esto fue lo que respondió:

1. Dolor: Siento dolor, porque seguro no te acuerdas pero es muy doloroso eso de traer el diente flojo.
2. Emoción: Siento emoción por el intercambio con las hadas y la venta con el ratón, también tengo curiosidad y emoción por conocer al diente nuevo y eterno.
3. Amor: Siento que soy un poquito más grande, siento amor, mami, por el diente viejo y por el diente nuevo que algún día también será viejo.

REGISTRO DE PEQUEÑOS RITUALES

Jael de la Luz

Escribir

Tengo una amiga colombiana que es periodista cultural y madre de dos pequeños varones. Nos hicimos amigas cuando me mandó una invitación por Facebook. Al visitar su muro, me llamó la atención ver que produce un programa de radio donde entrevista a escritores y escritoras latinoamericanos que viven en Reino Unido. Sus programas son en inglés y tiene muy buenos contenidos.

La conocí personalmente un día que estaba en un café colombiano en Elephant and Castle. La vi entrar con Elliot, su hijo de entonces un año. Yo estaba embarazada de mi tercer hijo. Inmediatamente me reconoció y nos sentamos juntas a tomar un café con pan de bono. La plática giró en torno a libros, mujeres escritoras y lenguaje. Poco a poco la conversación fue tan cómoda que fuimos hilando temas hasta llegar a nuestras experiencias sobre maternidad y escritura. Cuando le pregunté cómo es que había armado su proyecto sobre literatura, me dijo que había comenzado cuando estaba maternando con Elliot.

“Fue un proyecto que nació de la necesidad de no perder mi espacio, mi individualidad y la pasión que me mantenía viva. ¿Cómo puedo vincular el periodismo, los libros y seguir con el inglés, pero que sea un proyecto que me vincule con la comunidad latinoamericana? Creí que el programa de radio era lo ideal. Fue un proyecto donde no vi mi límite como madre y pude darle un sentido creativo a esa ansiedad que te produce el verte nuevamente amamantando a un bebé entre los brazos”, me dijo ella con serenidad.

El tema de la maternidad y la creatividad me calaron hondo. Hasta ese entonces, en las pláticas que había tenido con otras madres todo giraba alrededor del trabajo, de cómo procurar un bienestar familiar y como siempre, poner en primer lugar en tu vida a los hijos y la familia. La mujer-madre, en anteriores charlas, vivía en relación con los otros, tratando de no perder su individualidad en los afanes de la vida.

Al finalizar nuestro encuentro, mi amiga me dijo:

—Oye, pásame un ejemplar de tu libro para entrevistarte, ¿no? La entrevista sería en inglés. ¿Cómo ves?

—Me parece buena idea, pero será más fácil dar a luz a este tercer hijo que terminar alguno de mis proyectos de escritura—, le contesté

—¿Qué estás escribiendo ahora?— preguntó.

—Tengo tres proyectos avanzando a la vez: un libro de cuentos cortos, otro de ensayos sobre lo que he pasado como madre migrante y otro sobre ensayos publicados en *Feminopraxis*.

Mi amiga sonrió y a manera de despedida, me dijo:

—Muy bien, Jael. Entonces cuando estés lista, yo también lo estaré. ¡Me encantará leerte en papel!

Yo también muero por volverme a leer en papel, me decía a mí misma mientras sobaba mi panza de siete meses de embarazada.

Migrar

Siempre digo que soy de esas migrantes que no quería vivir fuera de México, mi país de origen. Pero por cuestiones familiares, aquí estoy con Alex, mi esposo, mis tres hijos, mi suegra con Alzheimer y mis dos gatos. Hace cinco años que vivo en Londres, pero mi historia personal se inserta dentro de una política global de hostilidad hacia las personas migrantes y refugiadas en Reino Unido.

Las restricciones a la migración familiar fueron anunciadas al Parlamento inglés desde el 2012 por Theresa May cuando era Ministra del Interior en Reino Unido. Las nuevas normas entraron en vigor el 9 de julio de 2012 permitiendo que sólo los ciudadanos británicos que ganan más de £18.600 y tienen un ahorro mínimo de £16.000 pudieran traer a su cónyuge o a sus hijos a vivir a este país. Esas reglas fueron introducidas por la back door (puerta trasera) del lobby político conservador sin un debate adecuado y fueron criticadas por ser arbitrarias, ya que dividieron a muchas familias que no lograron cumplir con los requisitos. Al poner en práctica estas leyes, el Grupo Parlamentario de todos los partidos realizó una investigación sobre migración basada en la evidencia sobre el impacto de las normas, y concluyó que las reglas estaban causando un estrés profundo a niños muy pequeños que al ser separados de sus padres, se veían de la noche a la mañana privados de la compañía de uno de ellos. Lo más grave es que con esa política se podría exiliar a ciudadanos británicos desde el Reino Unido. Pese a esas recomendaciones, las separaciones de familias por motivos económicos siguen dándose e incrementado incluso con mayor fuerza en el ambiente político del Brexit.

Mi origen social es de los sectores populares. Nací en el municipio de Nicolás Romero en el Estado de México. Mi infancia y adolescencia se fueron entre la casa, la escuela y la iglesia cristiana evangélica que me formó. Se puede decir

que mi origen social me condicionaba a no llegar más allá de la secundaria. Así que desde niña supe que la educación me podría salvar de ese destino anunciado a mi alrededor. Acceder a la universidad me permitió hacerme de un capital cultural y conocer a otras personas que difícilmente hubiera conocido dentro del ambiente en el que crecí.

Conocí a Alex en una fiesta universitaria y desde entonces llevamos 14 años juntos. Sin embargo, Reino Unido no estaba en mis planes. Entre Alex y yo pensamos que lo mejor era venir a vivir a Londres, su ciudad de origen, cuando supimos que su mamá fue diagnosticada con Alzheimer mientras Alex vivía en México. En verano del 2013 él se dio cuenta que su mamá ya no podía vivir sola. Como hijo único sintió un gran peso por la situación que estaba por enfrentar. En verano de ese año él se fue a vivir a Londres y luego lo alcanzamos mis hijos y yo.

Salí de México en enero del 2014 sin hablar inglés y sin conocer la cultura inglesa más allá de lo que mis cursos de Historia Universal me enseñaron como parte de una cultura general. Mucho menos sabía del sistema migratorio. Llegué a Londres con una visa de turista junto a mis dos hijos: Thawale de seis años y Makeda de cuatro años. Seis meses estuve aquí con visa de turista y después tuve que regresar a México para tramitar la visa de esposa. Recuerdo que el día de mi vuelo sólo pude despedirme de Makeda, porque Thawale estaba en la escuela. Mi hija lloró y para consolarla, le dije que sólo iría por un mes y volvería pronto; que le diera un beso a su hermano de mi parte, fue lo último que le dije antes de ir a la sala de abordaje.

Estando en México apliqué dos veces a la visa de esposa y pagamos más o menos \$140,000 pesos en total. El gobierno británico me negó ambas veces la visa diciendo que mi esposo no podía “mantenerme”. Alex había ejercido como periodista freelance durante su estancia en México, y claro

que sus impuestos los pagaba en México. A pesar de ser propietario de una casa en Londres y de que mi suegra e hijos estaban viviendo en condiciones extraordinarias sin mi presencia, el gobierno británico no tomó en cuenta esos elementos. Desolación, dolor y depresión se apoderaron de mi vida porque en esos trámites y esperas no pude estar con mis hijos por un año y dos meses.

Era una violencia de Estado: el gobierno británico nos estaba obligando a vivir una separación forzada porque en sus criterios económicos mi vida no tenía valor suficiente. En esos momentos cuestioné mucho Reino Unido y todas las falsas ideas que se tienen sobre el respeto a los derechos humanos. Después de ver la negación a la visa por segunda vez, quise hablar con el embajador del Reino Unido en México y explicarle que mi caso debía ser calificado con base a derechos humanos por ser esposa de un británico y madre de dos hijos nacionalizados británicos. Ante su negativa a recibirme, decidí hacer una huelga de hambre y dormir afuera de la embajada por una semana. No tenía nada que perder.

Durante esa semana, como un conjuro, las experiencias más tristes de mi maternidad se apoderaron de mí. Me prometía una y otra vez que si volviera a tener a mis hijos a mi lado, todo sería diferente. El embajador de Reino Unido en México finalmente logró que me volvieran a revisar la documentación. Me dieron mi visa y tomé un vuelo lo antes posible. Soñaba con la reunificación familiar. Cuando volví, me sentía rota por dentro.

Recuerdo que mis hijos fueron al aeropuerto por mí, y no querían abrazarme. Varias noches en mi ausencia, mi hijo Thawale llegó a preguntar a su papá si yo me había muerto. En la escuela mis hijos vivieron racismo y discriminación porque llegaron sin hablar inglés, por ser “huérfanos de madre” y constantemente cuestionándoseles si su papá

era inglés porque no lo parecía (Alex es *mix race*: su padre era de Malawi y mi suegra es francesa). Cuando mis hijos me volvieron a ver, no sabían qué hacer... yo sólo sentía una tremenda culpa por “haberlos abandonado”. Y a veces sigo pensando que los he abandonado, yo también me he abandonado.

Exchange language

Desde hace dos años comencé a notar que Thawale y Makeda son adolescentes. Como niños que van socializando parte de la cultura en la que viven, pocas veces se dejaban abrazar. Todo el tiempo se comunican entre sí y su papá en inglés y conmigo hablan su español todo torcido. Ha sido todo un reto que hablen diariamente en dos idiomas, por lo que a veces su acento y las cosas que dicen me da risa. *Ya sepo*, me decía Makeda para decir *ya sé*, o cuando le pedía hacer algo a Thawale, me decía *orrita* para decir *ahorita*. El idioma a veces es un tirano que no sabe de tolerancia. Muchas veces caí en desesperación por intentar decirles cosas que no entendían. Muchas veces lloré por no poder comunicarme ni siquiera con mis propios hijos en ningún idioma; muchas veces sentí que hiciera lo que hiciera JAMÁS lograría ser madre *enough*. Ahora en este encierro, Thawale bajó el app de Duolingo a su celular y sé que diario está practicando español porque lo escucho, aunque él no me dice nada.

Todos los días eran como un ritual familiar, nos sentamos en el sofá a ver las noticias de la BBC a las 6:00pm. para saber la cifra de muertos por Covid-19 en Reino Unido. Yo dejé de ponerle subtítulos en inglés a la televisión el día que se dio la noticia que Boris Jonhson había contraído el virus, días antes de ser padre. Ese día pensé que ya podía entender mejor el acento inglés.

Maternidad deseada

En septiembre de 2018 estaba en una cena con amigas

muy entrañables, todas migrantes. A Yahel, venezolana, el gobierno británico no le extendió la visa y se fue a vivir a Barcelona donde ahora la está haciendo en grande. Ana María, otra venezolana, nos preparaba una sopa de su región y enseñaba a Makeda a hacer arepas con Harina Pan. Claudia, nuestra anfitriona, es una bella afroboliviana que no paraba de ofrecernos botana y vino, mientras que Betty, venezolana también, nos contaba sobre su experiencia como becaria en Nueva York.

Ese día me sentí tan cobijada y alegre de tenerlas a mi lado y compartir ese momento, que dije: “hoy me voy a embarazar”. Todas me miraron y me dijeron que por qué. Yo recuerdo haberles dicho que empezaba a ver a mis hijos como adolescentes y sentía que había perdido algo en mi proceso de ser mamá, por la visa, por la premura de sobrevivir en este país y que deseaba tener un tiempo para mí, darme una oportunidad de sanar como madre. Les dije también que había tenido un aborto cuando Makeda tenía dos meses de vida, y que había cosas que aún sentía no resueltas dentro de mí.

Ellas pensaron que estaba bromeando o que el vino ya me había hecho efecto, porque cuando volvieron a preguntarme al finalizar la cena si yo estaba hablando en serio, les volví a decir que yo quería un bebé. Ana se rió y pensó que ese deseo fue efecto secundario de la sopa. Un mes después les dije con alegría que estaba embarazada.

Encierro

Hace un poco más de dos meses toda la familia estamos encerrados en casa por el coronavirus. En realidad yo ya llevo diez meses encerrada. Mi tercer bebé nació el 2 de julio del año pasado y desde entonces estoy en cuarentena. Mi cuerpo está cansado, muy cansado. Llevo ya más de veinte meses sin una noche entera de sueño. Desde que me embaracé tuve problemas para dormir por la carga laboral

que comencé a tener. Así que cuando el bebé llegó tres semanas antes de lo planeado, yo no había logrado descansar lo suficiente como para tener la energía de maternar *full time*.

Ahora en el encierro, el bebé sigue despertando de dos a tres veces por noche. Entonces me pongo a pensar en los días que llevamos encerrados, en los días de sol que tanto esperamos en Londres después de los largos otoños e inviernos y que sólo los podemos ver por la ventana... pienso que mis últimos meses antes de volver a la oficina los he pasado en el encierro más largo de mi vida...

Mientras espero a que el bebé despierte, doy vueltas en la cama y evito el aliento de Alex. Me recojo a mi lado derecho mirando la cuna, a menos de un metro de distancia, y me hago mil preguntas: ¿Debería levantarme y lavar el baño aprovechando que todos están durmiendo y asegurarme que las toallas estén extendidas bien en los radiadores para que se sequen y no guarden mal olor?, ¿debería separar la ropa sucia por colores y meter una tanda a la lavadora para que al siguiente día, sólo salga al jardín a secarla?, ¿debería hacer algunas abdominales y estiramientos en el piso sin salir del cuarto, sin prender la luz y sin hacer ruido?, ¿debería agarrar el libro que estoy leyendo desde febrero y que no he podido terminar porque cuando leo en inglés necesito total concentración y silencio? Mientras esas posibilidades me asaltan, al final siempre sigo en la cama dando vueltas, no tengo voluntad para salir de mis pensamientos. Siento que pierdo la batalla...

Mis pensamientos se interrumpen por el ya anunciado llanto del bebé. Meso la cuna y él no se calma; busca mi mano y me entierra sus delgadas uñas. Hago un hueco en la cama y pongo al bebé, que no abre los ojos pero entra en ansiedad moviendo su cuerpo y buscando mi pecho. Mientras le hablo casi en susurros, me levanto la playera de tirantes que uso

como pijama para hacer más accesible el amamantamiento. Primero el pecho izquierdo empieza a ser succionado, luego el pecho derecho mientras le acaricio la espalda para que vuelva a dormir. Cuando suelta la teta y siento su cuerpo flojito, espero entre dormida a que pasen como 30 minutos, lo tomo entre mis brazos con mucho cuidado y lo deposito nuevamente en su cuna.

Rutinas

En enero, antes del coronavirus, me estaba haciendo el hábito de salir diariamente a caminar con el bebé en su buggy. Por las mañanas la casa era tierra baldía: la cocina hecha un lío porque los niños desayunaron rápido y salieron a la escuela dejando platos, vasos, botellas de leche, cajas de cereal y cosas de la escuela en la mesa. Luego la estufa salpicada de grasa y trastes por dondequiera. A veces veo parte del desayuno que Alex preparó antes de tomar el tren de las 9:45 am al centro. Casi a diario salía a caminar con la carreola y el bebé a la calle principal de Eltham. Yo vivo en New Eltham que es un pequeño town en la zona cuatro de Londres. En mi barrio, por así decirlo, no hay nada más que un parque público, tres iglesias de diversas tradiciones cristianas, una primaria, una biblioteca pública, una estación de tren que me conecta al centro de Londres y una población en su mayoría blanca donde no tengo amigos (más que mi amiga Marta, colombiana, que vive a diez minutos caminando de mi casa). El clima nublado y triste del invierno inglés me hace sentir más sola. Para salir de ese desolador territorio, un buen abrigo, bufanda y botas, junto a una Oyster card, me hacían sentir lo suficiente lista para tener tres horas libres diarias antes de las tres de la tarde.

En esas tres horas, tomaba el bus e iba a Eltham por un almuerzo o café, unas compras breves al Sainsbury's. Luego pasaba a ver las novedades en la biblioteca pública donde tomaba tres o cuatro libros para leer en casa (a veces saco

libros sólo por el gusto de leer un libro nuevo). Regresaba a New Eltham a las 3:00pm. para ir por Makeda a la primaria. Llegábamos a casa y mientras Makeda y Thawale cuidaban a su hermanito, yo hacía la comida y ponía ropa a lavar. Mientras la ropa estaba en la lavadora, movía la comida e iba por la aspiradora. Aspiraba el pequeño pasillo de la puerta principal, el cuarto de mi suegra que parece cuarto de hospital lleno de sillas de ruedas, andadera, pañales, cama de hospital y cables por doquier; pasaba al baño y me detenía a darle una tallada a la taza y al lavabo. Luego me seguía aspirando al *living room*, mientras iba recogiendo juguetes, calcetines y envolturas de dulces debajo del sofá. Por último, pasaba la aspiradora en la cocina (tengo un piso blanco que parece mármol y que lo odio porque cuando llueve, siempre se ensucia) y me detenía a apagar la estufa, y ver qué me faltaba para que la comida estuviera lista. Terminaba rápido de aspirar y a veces daba una trapeada rápida al piso por donde los gatos habían dejado huellas de lodo de su visita al jardín.

En ese transcurso, puede que me tocaran la puerta para recibir a mi suegra que regresaba de haber pasado la mañana y parte de la tarde en el asilo de ancianos del municipio. A veces mi suegra regresaba de buen humor y como no habla inglés, sino un francés ya muy incoherente, era fácil meterla a la casa sin andadera. Pero cuando regresaba enojada, se aferraba a su andadera y era difícil quitarle el abrigo. En ambos casos, la llevaba directamente a la mesa a comer. Mientras uno de mis hijos ponía la mesa, el otro todavía cargaba al bebé. Yo trataba de comer con el bebé pegado a mi regazo. Terminando de comer, de nuevo encargaba el bebé a los hijos y sacaba la ropa de la lavadora para tenderla en los radiadores de la casa. Esas eran mis rutinas que con el tiempo se convirtieron en rituales.

Más tarde, casi al anochecer dos cuidadoras de origen somalí llegaban a cambiar a mi suegra y ponerla a dormir

en su cuarto, mientras me preguntaban cómo está el bebé, cómo estoy yo. Cosas para pasar el tiempo de encontrarnos en el espacio común de los cuidados. Y después, si tenía un poco de tiempo, me sentaba en el sofá lleno de juguetes, pañales, toallas de limpiar y pomada anti rozaduras a ver algún programa de la BBC sobre comida o viajes, algo que no implicara poner mi atención ni seguir el hilo de una historia. Algo para pasar el tiempo mientras Alex llegaba de trabajar y otros ritos y rutinas se repetían (la cena, la breve charla de cómo nos fue en el día, mandar a los otros hijos a bañarse, que cenaran algo rápido, mandarlos a la cama, aguantar sus peleas preadolescentes, leer el cuento, apagar la luz, luego tomar un té ambos tirados en el sofá, mientras él cuidaba del bebé) hasta la medianoche. Luego mi pareja se subía a dormir mientras yo me quedaba con el bebé en mi regazo.

Por el cansancio y la rutina, diariamente me enojaba, gritaba; quería tener el control de todo a través de la limpieza y el orden. Había días en que me daba por vencida, pero mi mal humor era tan notorio que a veces los fines de semana prefería no salir de mi cuarto, aunque tuviera hambre. Mi pareja e hijos entendían: se llevaban al bebé y me subían un desayuno para seguir en mi espacio, aunque fuera para pasarlo en la cama, de Facebook a Instagram, de Instagram a Twitter, de Twitter a Gmail, de Gmail a Wordpress y finalmente al libro en turno. Pero el bebé siempre ganaba la batalla cuando pedía ser alimentado. Y el rito del amamantamiento volvía...

Los miércoles eran y son diferentes porque le pedía a Alex que llegara antes de las 7:00 pm para salir corriendo a mi club de lectura en Feminist Library. Al regresar, como a las 10:00 pm, me quedaba de nuevo a solas con el bebé en el *living room* esperando a que diera la 1:00 am, 7:00 pm hora México, para conectarme vía zoom a tener mis talleres del diplomado en teología feminista. Y por esas horas que pasaba en el club de lectura y en el diplomado, sentía que

volvía a ser yo, esa mujer inquieta, ávida de platicar, con ganas de vivir.

En cuarentena mi vida cotidiana no ha cambiado mucho de lo que era antes del encierro global. La diferencia es que ahora siento un poco más repartidas las labores de la casa, los cuidados del bebé y de mi suegra. Hablo muy seguido por Whatsapp con mi mamá y hermano en México, quienes están al pendiente del crecimiento del bebé. Todos los días a las 7:00 pm. me conecto por zoom a las comunidades que me acuerpan y me abrigan en tiempos de pandemia: los lunes tengo un taller de poesía y crítica poética; los martes tengo conversatorios con otras mujeres migrantes igual que yo que en diversas partes del mundo compartimos nuestra experiencia del encierro; los miércoles me conecto al taller de lectura de Feminist Library y por la madrugada, a un taller con escritores y escritoras mexicanas; los jueves un club de lectura con escritores, editores y lectores latinos aquí en Londres, los viernes a mi taller de cuentos y relatos cortos y finalmente los sábados al mediodía a mi taller de cómo escribir mi experiencia de maternar.

Diariamente cuando tengo algunos minutos o media horas repartidas al día sigo editando entradas o manejando alguna red social de Feminopraxis, revista digital de la cual formo parte y que ha convocado a que otras mujeres compartan sus experiencias de cómo están viviendo el encierro. Trato de hacer donaciones a espacios y proyectos colectivos que promueven la ayuda mutua y el bienestar para todos y hago algunos collages que quiero regalar a mis amigos cuando nos volvamos a abrazar. Así puedo controlar la ansiedad, la soledad, la incertidumbre.

El mal humor ha bajado mucho, ya no siento ni quiero tener el control de tener la casa limpia y todo en orden. Puedo disfrutar más de mi familia y querernos un poquito más. Ya no me siento llevando los cuidados y limpieza

cotidiana. Increíblemente, en este encierro físico he logrado un equilibrio entre mi inquietud de escribir y mi experiencia de cuidados y matenar. Las noches siguen siendo interrumpidas por el bebé, pero la diferencia es que me siento más completa, con tiempo real para mí sin salir de casa. Y aunque no lo crean, mis reuniones por zoom, los libros, las lecturas en colectivo e individuales, y los collages son y serán por siempre mi salvación.

¿Y qué de Makeda y Thawale? En el jardín tenemos un brincolín. Abarca casi todo el espacio libre. El brincolín es la salvación. Ahí salen a brincar cuando están aburridos, cuando se pelean y quieren gritar, cuando compiten de ver quién da el salto más alto o cuando quieren tomar el sol con su bebé.

Toda la familia en estos tiempos de encierro estamos buscando alguna actividad, alguna rutina, algún ritual que nos mantenga vivos, que nos haga llevadero el día a día, mientras vemos cada tarde por la televisión cuántos muertos por Covid-19 lleva Reino Unido. Todos los jueves a las 8:00 pm los vecinos abren sus puertas y puedo escuchar ese aplauso que dan por cinco minutos a los médicos, enfermeras y quienes están “cuidando” a la gente más vulnerable. Mis hijos y Alex salen y forman parte de ese público agradecido. Pienso que ese es un ritual que van a recordar porque aunque sea cotidiano, el simple hecho de salir, aplaudir e intercambiar unas cuantas palabras con los vecinos, les hace sentir que pertenecen a este lugar. Yo aún no sé si quiero o debo pertenecer. Este ritual cívico es *too much for me*.

Escribir y contar mi historia

Para sobrevivir en Reino Unido, se necesitan lecturas de escritoras que escriben tanto en inglés como en español, según sea su lengua madre. Y luego crear tus propias formas de escribir. Antes del encierro comencé a pensar en la importancia de escribir lo que es ser mujer y madre migrante de primera generación. Esa sensación de desarraigo y de no pertenencia al nuevo lugar que habitas, puede ser muy desolador. Quisiera saber si otras mujeres se sienten como yo.

Con el encierro, me di cuenta que los libros, las lecturas y la escritura me estaban dando herramientas de resiliencia para combatir la soledad que comenzaba a habitarme sobre las preocupaciones de maternar. En mi jornada personal, siempre me veo con libros y cargando libretas con plumas de mil colores. Todo cambia en mi vida, pero esa imagen de libros-libretas-plumas es la constante, como la estrella que ilumina mi camino.

Tengo una libreta en particular para estas notas dispersas de maternidad. Escribir este tipo de *Diario de maternidad* me ha permitido decir cosas que nunca me había atrevido a decir sobre mis experiencias, sobre cómo miro y me explico a mí misma ciertos procesos. El encierro por Covid-19 volvió a ponerme frente a miedos colectivos. Como madre criando en pandemia, no había tenido un momento de parar a reflexionar sobre el sentido de la vida, ni ver de manera clara las desigualdades y violencias en las que vivimos hasta que el encierro nos orilló a ello. Y así comencé a pensar más en relación con el tipo de presente y futuro que queremos construir como madres, no sólo para nosotras como mujeres sino para nuestras familias, comunidades y sociedades.

El miedo a lo desconocido, a perder a seres queridos, a que el poco bienestar social que tenemos colapse y que nuestros derechos sean restringidos o eliminados, me puso en alerta.

Por eso ha sido relevante documentar y darle nombre a mis sentires y pensares; porque el cuerpo tiene memoria. El ejercicio de escribir me permite reconectar conmigo misma y darme cuenta de lo que ya está sanado y lo que falta trabajar. Creo que esto es lo que llamaríamos *be kind with yourself*.

Yo creo que al salir del encierro esa será una de las grandes metas por cumplir: ser pacientes con nosotras, con los nuestros y con las sociedades a las que pertenecemos. Espero que los rituales creados para sobrevivir nos permitan adaptarnos al cambio o ponerlos como cimientos para una vida diferente.

EL DÍA DE LA MARMOTA

Jessica Delgadillo Siordia

Ella siempre quiso tener una hija. Tenía un cuarto lleno de muñecas y flores, pintado de rosa, preparado para recibirla. Después de parir cinco varones y luchar contra un cáncer que la dejó sin senos, desistió. Fingía sentir que los hijos que tenía eran suficientes e intentó convencerse de que quizá algún día tendría una nieta que habitara el espacio de la hija que no tuvo. Trató de calmar ese deseo como quien intenta apagar con agua el incendio provocado por un gas; no calmó nada, sólo lo avivó.

Yo llegué a ocupar esa habitación, que nunca dismanteló, un día de 1986. Me empezó a decir Bombón. Tenía dos años y unos cachetotes que me merecieron el apodo. El último de sus hijos estaba cursando la universidad y sentía huecos los brazos, que ya no recordaban la última vez que arrullaron.

Se ofreció a cuidarme cuando escuchó que mi mamá se lamentaba de no encontrar quién se quedara conmigo mientras ella y mi papá trabajaban en diferentes hospitales los mismos turnos, prácticamente todo el día. Mi madre no estaba dispuesta a quedarse en casa más de los tres meses de licencia por maternidad que le correspondían en el trabajo. Y mi papá ni siquiera se planteó a sí mismo esa posibilidad. No había razón para rechazar el ofrecimiento de mi tía Zoila. Lo que terminó de convencer a mis padres no fue solamente que mi papá era el primer hijo y el preferido de doce que tuvo mi abuelo, único hermano de mi tía; sino que el ofrecimiento abría una oportunidad para evitar que yo creciera en esa colonia de la que mis padres habían estado intentando huir desde que se conocieron.

Mi tía Zoila era la única que tenía dinero por haberse casado “bien”. *Se agarró un hombre rico*, decían las hermanas de mi papá con una mezcla de coraje y envidia. A ellas nunca les tocó nada. Mi tía parecía haberse olvidado de sus raíces y se daba ínfulas de haber nacido en cuna de oro. A mi papá era el único que invitaba a disfrutar de su inmenso jardín para jugar con sus hijos y sus galgos afganos. A ella y a su esposo, mi abuela y sus otros once hijos les parecían corrientes, pobres, incultos, débiles, tontos. Mi tío había conseguido que ella despreciara todo lo que antes había sido suyo y la envolvió en una puesta en escena que allá afuera parecía envidiable: una familia estable, una gran casa, autos, lujos, perros finos, cenas elegantes, amistades poderosas, joyas, el “club”. Él hacía todo lo posible por mantenerla embelesada de lo material. No le negaba nada que tuviera que ver con dinero, pero desde que ella perdió los pechos, no se le acercaba, la hizo a un lado como pareja.

Mi papá creció entre sus padres, sus once hermanos y esta otra familia. Iba y venía entre aquella casa donde cohabitaban catorce personas en tres cuartos y esta mansión a la que le sobraba todo. Entre levantarse a las cinco de la mañana a ordeñar una vaca antes de ir a la secundaria y pasar una tarde de domingo tomando jugo en el jardín. Durante todos esos años de convivencia cercana, mis tíos le habían sembrado la idea del “echaleganismo”, esa idea que tienen los más privilegiados de que con un simple cambio de actitud se pueden borrar desigualdades estructurales y cambiar el entorno. *Si le echas ganas, si no dejas de estudiar*, le repetían. *Échale ganas*. Y se volvió su credo. Le echaba tantas ganas que el tiempo siempre le faltó. No había duda de que la casa de mi tía Zoila era el mejor lugar para mí. Ella me esperaba con el corazón urgido, y mis papás descansaron en la confianza los miedos propios de la crianza.

En un año, la jornada de cuidados pasó de cuatro a catorce horas, de lunes a viernes. Cada día, mi mamá me dejaba a

las 7:00 de la mañana, dormida y envuelta en cobijas, sobre aquella cuna que llevaba años esperando albergar una niña. Y me recogía también dormida, ya bañada y empijamada a las 9:00 de la noche. Lo único que recuerdo con precisión de ese lapso de tiempo es la combinación de su humor y su perfume *Eternity* en el cuello, ahí donde se acumula la identidad aromática de las personas. Ahí donde me sumerjo cuando no quiero olvidar. Mi vida entera circulaba por esas paredes, por ese cuarto tan bonito, por ese jardín, todo eso era lo que sabía mío. Cuando empecé a hablar, a todos les hacía gracia que a ese lugar le dijera “mi casa de mis tíos”.

Al principio seguramente nos extrañábamos, no lo recuerdo. Intuyo que no fue fácil para mi mamá perderse algunas de las primeras veces de su primera hija, no tener claro cuál era su comida favorita o lo que era hacer la siesta juntas, trenzadas de piernas y brazos, como lo hacíamos mi tía y yo. Quizá por eso, durante los fines de semana mi mamá trataba de reivindicarse, frente a mí y frente a ella misma. Envidiaba a mi tía Zolia. No hacía nada más que estar conmigo. Ella cuenta a manera de reclamo, que me tardé mucho en decirle mamá. No dudo que sufría(mos) nuestra separación diaria, pero hubo un momento en esa línea del tiempo en que la cotidianidad hizo lo suyo y normalizó todo. Mis dos casas, mis dos habitaciones y mis dos pares de papás.

Todos éramos felices. Mi tío podía irse el día entero sin dar explicaciones y mi tía Zoila ya no lo sufría. Ella me regalaba el amor que se le desbordaba. Me peinaba y vestía como esas muñecas del cuarto rosa. Me presumía frente a sus amigas del club, *esta es mi Bombón, es mi nieta*, decía para sentir que nuestro vínculo sanguíneo era más cercano. *¿Verdad que está hermosa?* Mi mamá, además de disfrutar de tiempo y espacio para realizarse en su profesión, aprovechaba las ventajas de pasearse por el club y jugar canasta los jueves en la noche con mi tía y sus amigas. También ella estaba encontrando la puerta hacia otro mundo, uno que brillaba

y la deslumbraba. Mi papá, por su parte, vivía para sus pacientes, esos que durante mucho tiempo envidié porque pasaban más tiempo con él que yo. Nunca lo dijo, pero dudo que le quedaran ganas de tener hijos después de hacerse cargo de once hermanos. El trabajo era su escape. Estaba constantemente ausente pero tranquilo, sabía que todo alrededor estaba funcionando mientras él le echaba todas las ganas. Y yo, yo me dedicaba a existir, porque eso es lo que toca a las niñas. Todos éramos felices.

Hasta que llegó el día de la marmota, como el que vivió Bill Murray en aquella película del mismo nombre en la que se encuentra atrapado en un ciclo de tiempo, repitiendo el mismo día una y otra vez. Así para mí, ese día se repitió exactamente igual por años. Ese día está intacto en mi memoria, aunque no podría asegurar que fue el primero. Debía ya tener unos 6 años porque me recuerdo en uniforme, en ese jumper rojo con verde del colegio de monjas. Estaba en el cuarto de la tele viendo algo en Cartoon Network cuando mi tío apareció en la puerta y preguntó *¿Dónde está mi Bombón?* Me sonrojé, él casi nunca estaba en casa y no tenía ese trato empalagoso hacía mí. Bajé la mirada para no verlo a los ojos y le dije: *aquí estoy*. Entró al cuarto y se sentó en el reposet, se inclinó un poco y me dijo, *ven, siéntate conmigo*. Dudé porque no cabíamos los dos en ese sillón. Me dijo, *aquí, en mis piernas, como cuando eras bebé*, y extendió la mano para ayudarme a subir. Creo que fue ese momento donde se me fue el habla, no recuerdo más diálogo, solo su monólogo, muchas imágenes y voces de personajes de caricatura al fondo. Yo sentada de lado en sus piernas, él acariciándome. Me bajó las calcetas y desde el pie subió su mano lentamente por debajo del jumper y por dentro de mi calzón. Recuerdo cerrar y apretar los ojos para ver si así desaparecía, él o yo. Mi tía estaba en la cocina, la alcanzaba a escuchar acomodando cosas y dando instrucciones a la cocinera para que pusiera la mesa de prisa porque el señor había venido a comer. Me intenté bajar, quería correr hacia

ella pero sacó rápido la mano del uniforme y me juntó los cachetes para que no hiciera ruido, pelé los ojos cuando lo vi acercarse cada vez más. Me abrió la boca con su lengua y como serpiente se metió y husmeó por debajo de la mía, por el paladar, por mis dientes. Sólo salía de mi boca para decirme al oído, *qué bonita mi Bombón*. Los minutos que duró esa eternidad sigo sin comprenderlos, pero tengo clavado el olor rancio de su boca, sus manos grandes y frías en mi vulva, su saliva ácida y su lengua bífida con sabor a moneda. Cuando se escucharon los tacones de mi tía, me aventó al sillón de enfrente a donde caí hecha bolita. Ella entró de golpe sin percatarse de nada, no había rastro. *Te dije que te quitaras el uniforme para sentarte a la mesa, Bombón*. Y me sacó el jumper de un golpe por arriba mientras me acercaba el vestidito que debía ponerme en su lugar. Él sonrió.

A partir de ese día todo cambió de color. El cuarto ya no era rosa, era negro, oscuro. Las muñecas y los adornos ya no me sonreían. Ya no quería ver la tele en ese lugar donde mi tía me obligaba a esperar mientras se servía la comida y a donde llegaba él. El jardín ya no me parecía tan grande y los perros dejaron de llamarme la atención. Ya no quería quedarme dormida, prefería esperar a mi mamá despierta. Pero nadie lo notó.

Más de una vez fingí estar enferma para quedarme en casa con mi mamá. Sólo así con los pulmones cerrados a base de provocarme la tos pegada al ventilador, me fugaba de la posibilidad de que aquella escena se repitiera. Cuando estaba enferma, mi mamá mostraba paciencia, devoción y amor indescriptible para curarme del malestar físico. Se quedaba conmigo, en casa, en nuestra casa. Así que constantemente tuve ataques de asma que requirieron oxígeno, desnutrición que aseguraba una canalización en la vena y migrañas intensas que me incapacitaban por días. Además de huir, usaba ese método para acercarme y asegurar el abrazo que no sabía pedir. Pero nadie lo notó.

Duré dos años más viviendo en esa casa, en mi día de la marmota, envuelta en vergüenza y confusión. Más callada pero quizá no lo suficiente para ser una preocupación para los otros. Deseaba que una de ellas dos, mi tía o mi mamá, me salvaran de tener que subirme a sus piernas, pero no supe hablar a tiempo. Muchas veces pensé que en realidad no me querían tanto. Pregonaban amor desmedido, una para no sentirse culpable por el abandono consciente y voluntario, y la otra para cubrir su revuelta e inconclusa maternidad. Pero su amor era ciego, como todos los amores. ¿Por qué no aprendieron a leer mis ojos que suplicaban me sacaran de ahí? ¿De verdad necesitaba explicar algo que no entendía? ¿No bastaba simplemente observar con verdadero interés? ¿El silencio también habla?

Para ese tiempo, mi hermana menor tenía dos años y nos mantenían separadas durante el día, bajo la misma rutina. A ella la cuidaba mi abuela paterna, entre otros diez nietos, mientras yo iba a la primaria y regresaba a pasar la tarde a “mi casa de mi tía” a la espera de la noche en la que volvía a prenderme del cuello de mi mamá y podía respirar tranquila. Me preguntaba en silencio por qué, pero tampoco había respuesta. Es muy difícil encontrar eco cuando no hay sonido. En el fondo creo que mi mamá intentó hacer lo mismo que las venadas cola blanca cuando paren gemelos. Los mantienen separados por kilómetros durante los primeros meses de vida para protegerlos de los depredadores. Mi mamá, ingenua, intentó salvar al menos a una de sus crías. Ella creía que estaba sacrificando a mi hermana exponiéndola a criarse entre tanta gente, con tan poca atención entre la “chusma” de la colonia. El sacrificio valía la pena porque al menos me estaba salvando a mí, brindándome acceso a otros privilegios que de algo habrían de servirme en la vida. Nunca se dio cuenta que en realidad la presa siempre fui yo y la muerte de mi inocencia esperaba en las garras del león.

Un día, papá llegó temprano por mí. Eran como las cuatro de la tarde cuando lo vi entrar con su bata blanca por el jardín. Se me iluminó la cara porque esas sorpresas no eran cotidianas. Corrí fuerte para colgarme de su cuello y me dijo en secreto, *ya nos entregaron nuestra casa con jardín, ¿quieres conocerla?* Mi tía había preparado una maleta con mis dos muñecas preferidas, unos vestidos con los que le encantaba verme y una cajita con jabones Maja que siempre le robaba. Solo tomé los jabones. *Me los llevo porque a esto hueles tú, tía, te quiero.* Y por fin me fui.

La mañana siguiente no la recuerdo. Quisiera decir que sentí una paz en forma de rayo que iluminaba mi cuerpo y que alcanzaba a tocar todo, como cuando el mar toca el cielo, pero no la recuerdo. Quisiera decir que me sentí liviana y amparada, que el cariño de mis padres y hermanos era suficiente para hacer más sencillo el acto de contar lo que sucedió ahora que el verdugo no estaba cerca, pero fui incapaz de entender que era necesario validar mis sentimientos y hablar. Más bien fue como si hubiera sufrido una abducción de seres extraterrestres, en la que me secuestraron y me llevaron en su nave espacial donde borraron mis recuerdos y me escupieron después de un tiempo sin fin, en la que ahora era mi realidad (que acepté gustosa), permitiendo que aquello innombrable se mezclara con otros recuerdos, donde mi cuerpo dejó de pertenecerme porque alguien lo hurgó sin permiso. Fue tal la revoltura, que se convirtió en una masa amorfa y sin sentido de imágenes y olores, retazos de diálogos imposibles de armar, distantes uno de otro, que encontraron su lugar en lo más profundo del hipocampo en mi cerebro. La negación me acompañó como escudo y arma por treinta años. Quizá olvidar fue, para mí, la paz.

Durante esos años, la evasión de visitar “mi casa de mis tíos” fue constante. No sabía explicar por qué sentía un profundo coraje. Pleitos y reclamos se hacían presentes cada que expresaba que prefería no verlos, porque no

daba razones. *¿En verdad no quieres ver a tu tía?, ¡no lo puedo creer, ni los animales hacen eso!* gritaba mi madre, y así comenzaba un maratón de chantajes en donde siempre perdía yo. No pude zafarme de escogerlos a ambos como padrinos de mis “Quince años”, porque era lo que tocaba, ¿qué mejores padrinos que mis casi padres? *Ni se te ocurra salir con la idea de pedir que tu prima Caro sea tu madrina, porque ¿dónde voy a quedar yo frente a tu tía Zoila?, ¿Cómo voy a invitar a las del club sin que tu tía sea la madrina? ¿De verdad con esa grosería le vas a pagar después de todo lo que te dio? Estás loca,* remató. Mi madre no podía desprenderse ni de la sensación de deuda ni de la culpa. Tampoco pude huir por completo de navidades, cumpleaños y otras fechas relevantes hasta que tuve edad para aflojar el yugo de mi madre y realmente nunca volver. Dejé de contestar llamadas de mi tía Zoila, aunque me dijeran que me lloraba y se sentía abandonada, dejé de preguntar por toda esa familia. Fui una malagradecida cínica y consciente, como se refería a mí mi mamá frente a papá para acusarme. Los odiaba a todos. Más de una vez los imaginé muertos.

La caja de pandora se abrió cuando, durante un viaje con Ayahuasca al que recurrí, según yo, para sanar mi divorcio, me topé de nuevo con el sabor intenso a moneda rancia en la lengua y la sensación de intromisión en mi boca. Uno nunca escoge qué trabajar con la “abuelita”, ella me llevó con las serpientes. Las escenas comenzaron a aparecer como si fuera una obra de teatro en *timelapse*: televisión, sillón, él, jumper, manos, calcetas, boca, lengua, Bombón, risa, él, manos, calzón, Bombón, lengua, manos, cachetes, él, lengua, manos, lengua, manos, lengua. Y de repente me vi viéndome, espectadora y protagonista al mismo tiempo, con una lucidez tan impresionante que negar esa realidad era insostenible. Los sentidos se activaron durante la experiencia y sentí una avalancha de culpa caer sobre mi pecho, un conflicto no racional de haber hecho algo que estaba segura no debí haber hecho, pero que al mismo

tiempo no pude evitar. Miedo intenso por pensar que algo que hice pudo haberlo provocado. Mientras la escena se repetía como loop interminable frente a mis ojos, me vi de niña, dudando y callando. Había decidido enterrar y callar porque vivía en mí la sofocante culpa de que quizá, mi cuerpo de seis años reaccionó al ser estimulado, porque el cuerpo es cuerpo cuando no hay conciencia de su carga sexual, y eso me convertía en cómplice. La única que merecía recibir un castigo. Me sentía al mismo tiempo el objeto del pecado y la pecadora. ¿Cuánta culpa puede acumular el cuerpo de una niña como para borrarle la memoria? Entendí entonces el silencio prolongado y eso me dolió aún más. Lloré como niña y como adulta, a moco tendido hasta que hice un charco. Me bajé de la butaca, me acerqué al escenario y me abracé.

Después del episodio astral, caí al hospital por más de un mes. La olla de presión explotó y todo por dentro encontró una salida que me colapsó los órganos. Piedras en ambos riñones, anemia, completa ausencia de potasio y por ende parálisis muscular, fue el diagnóstico de mis emociones sintomatizadas. Un día, mientras mi mamá sostenía mi mano con las venas reventadas al pie de la cama, aprovechando el gesto maternal de devoción que le brotaba cuando me veía enferma, decidí confesar mi vergonzoso secreto.

Peló los ojos. Me apretó fuerte la mano. Sin hablar se unió a mi llanto hasta secarnos. Y nada más.

Escribo esto mientras mi hija de once meses juega con mi mamá en la sala. Cierro esta herida que sangró por tanto tiempo. Veo una cicatriz grande y queloide que me recuerda que lo que sucedió fue real, una cicatriz sobre la que decido empezar a reconstruir mi relación con mi mamá, verbalizándolo todo. Siempre seré su hija, pero ahora antes que hija, soy madre. Me niego a volver a olvidar, pero he preferido volver a su cuello y abrirle camino al perdón. Mi tía Zoila murió sin saberlo. Mi tío murió impune. Escribo

como denuncia: las niñas no se tocan. Escribo también para curarme. Las veo a las dos tiradas en el piso, escucho sus risas y me uno a ellas.

DIARIO

Laura de la Torre

2 de agosto

Dejo que Aurelia ordene los libreros. Conforme va creciendo, ha adquirido mucha destreza para saber que lo que necesitan las repisas no son libros, sino un pianito, un tambor, un xilófono de colores, una caja de destreza (con otro xilófono integrado, nunca se sabe cuándo será imprescindible activar las notas) y pequeñas cajas con innumerables retazos de juguetes, figuras geométricas y pedazos de libros (en su propia biblioteca, Aurelia ha cumplido mi sueño de escoger las mejores páginas de lo que lee; separarlas de las obras y llevarlas a todos lados; si es posible, comer un poco de ellas). Son objetos ordenados no por necesidad, sino por felicidad.

Hasta hace unos días, yo tenía una obsesión compulsiva por “guardar” todo y limpiarlo todo. Ella me ha enseñado que existe un orden secreto, más de constelación, que intenta transmitirme cuando los juguetes ocupan su espacio debido en el piso. Hay que entender que no es el azar lo que rige esta conducta, sino una primera manera de concebir el mundo y lo que lo habita.

20 de agosto

¿Ya es de día? No, aún está oscuro, pero ya está llorando. ¿Qué tan ayer será o ya es hoy? Quisiera que ya fuera la hora de su siesta o la hora en que empezamos la rutina para que se duerma: cenar, baño y dormir. Y entonces sí, que empiece mi día, tirarme en la cama y ver la pantalla una y otra vez. Aunque también cuando estoy con ella tengo esa horrible costumbre de sacar el teléfono, abrir aplicaciones, echar un

vistazo para sentir que estoy afuera con los otros. Diez, veinte segundos bastan para ver que todos disfrutan el encierro como un retiro espiritual. Duele, mejor lo guardo, aunque vuelvo a hacer el mismo ritual de manera intermitente a lo largo del día. ¿Por qué no puedo estar simplemente con ella? Estar y ya. Sigue llorando. En la noche se escuchan más fuerte sus gritos. Lastiman en los ojos y en los pies más que en los oídos. Me altero, quisiera respirar, entrar a su cuarto, cantarle una canción, pero solo logro decirle “¿Por qué lloras tanto?, ¿qué no ves que es de noche?” Desde sus casi dos años ella también me pide que sea más racional, que me ponga a llorar como ella, que las dos gritemos juntas nuestra inconformidad. Le daré una botella más, tengo que contar cuánta leche ha tomado, imposible acordarme. Sigue gritando. Quisiera que ya fuera su siesta. Si la cargo, ya no podré soltarla. ¿Por qué lloras tanto?

¿Sigue sin amanecer? Ojalá le siguiera dando pecho, ¿por qué tenía que pensar que yo era dueña de mi cuerpo? Si le siguiera dando leche, podríamos estar tumbadas en la cama, mientras ella me moldea, me da forma para darse forma a ella misma, formarnos ambas en la oscuridad y en el sueño compartido. Aquí con ella como mi único interlocutor quiero recordar historias terribles de otras madres, contadas en otros tiempos y a las que no les di el debido respeto. Ella dice “agua” y yo digo “Ustedes que dan a luz en limpias camas de maternidad”, ella responde “luz”, y yo le contesto, “y llaman ‘benditos’ a sus vientres preñados”, y ella aplaude mientras me replica con un “bravo”, eco de su felicidad, y yo termino, “quieran no condenar a los débiles perdidos”.

23 de agosto

“Aquí no pasa nada, no es más que la vida”, dice Eliseo Alberto. No, es Eliseo Diego. Eliseo Alberto puso una vez una gran “L” en mi libro, más grande que la tristeza de su mirada. Ambas se desbordaban por la página. Quizá era más

“L” de libertad. “Aquí no pasa nada, no es más que la vida” y es el único verso que alcanzo a leer antes de compartir mi pantalla con “las ruedas del autobús que girando van por toda la ciudad”. Hago una coreografía con ella mientras espero que amanezca, imitamos el movimiento de las llantas, ella ríe y balbucea, y yo en el fondo estoy triste de que nuestro recorrido por la ciudad sea una simulación. Calma, aquí no pasa nada.

2 de septiembre

Cuando nació Aurelia, alguien me dijo que después del parto las mujeres quedaban abiertas, y había que hacer un ritual para cerrar aquello que permanecía al descubierto. Esa era la causa de mi depresión, por ahí se me fugaba la felicidad o se me adentraba la tristeza. Pero yo creo que lo más adecuado es dejar que se expanda la herida, tanto que dé vuelta hacia sí misma, para que lo de adentro quede expuesto en su completitud. Eso quizá sería lo más cercano a darse luz a uno mismo.

El primero es un acto de reclusión. El segundo, apertura.

El embarazo es no tener miedo de que las aguas se adentren, pero tampoco retenerlas. Valeria List escribe sobre una forma del amor que es como “una felicidad que se levanta y luego desaparece, se seca. Quizá todo se vuelve arena, sin la posibilidad de ser otra vez una ola pero con la calma de no tener que elevarse, sólo dejarse mover. Y de vez en cuando voltear a ver el mar y sentir nostalgia de nuevo”.

Y me hace pensar en:

El útero

que recuerda

que fue mar.

Supongo que mi nostalgia está contenida en la sutura.

En la mayoría de los partos hay suturas. La mía no es herida, no es cicatriz de cesárea, sino boca muda. Cuando quise abrirla ya era demasiado tarde, cada punto fue final. Esta voz acallada encontró su propio lenguaje en lo corpóreo. Me gustaría decir que se manifestó como un río de leche por senos pródigos, pero fueron si acaso unas cuantas sílabas, y había que exprimirlas duramente como pequeños sollozos... A veces esta boca muda se abulta en el vientre, henchido en busca de a quién cobijar, a veces las palabras silenciadas suben hasta los párpados, retenidas en los ojos bien abiertos, de día y de noche, a veces se quedan pasmadas en los dedos sin saber a dónde dirigirse. Este es un primer intento de hacerla hablar.

OTRA VEZ EN LA SALA DE OPERACIONES

Mane Pérez Expósito

Otra vez en la sala de operaciones y no en la sala de parto. Otra vez esperando la anestesia. Otra vez en ese momento en el que el miedo y el dolor más intenso se intersectan bajo la advertencia de que cualquier movimiento en falso me podría dejar inmóvil de la cintura para abajo. Sentada en la cama, doblada hacia adelante abrazando una almohada, entre contracción y contracción me inyectan con una aguja gigante en medio de la espalda. El dolor físico es más llevadero que la primera vez, casi tres años antes, cuando Noah nació y pasé por este mismo lugar. Sin embargo, ahora siento otro tipo de dolor incluso más fuerte que las contracciones, uno que se me empieza a atorar otra vez en medio del pecho. Un dolor de culpa, frustración y desilusión. Mi cuerpo me volvió a fallar y yo le volví a fallar a Braydon y a mis hijos. Me siento completamente derrotada. Otra vez, después de más de 24 horas de trabajo de parto, doula, terapia, acupuntura, rebozos, quiropráctico, baile, meditación, yoga, tina, masajes, mantras, risas, lágrimas, una cesárea. Nada sirvió, Braydon se prepara mientras las enfermeras entran y salen. Cada quien hace lo suyo y cumple con su función, menos yo, que no pude hacer mi parte. Por mi cabeza pasan todo tipo de pensamientos; tengo miedo, tristeza, dolor, enojo. Estoy muy lejos del supuesto éxtasis del parto y la alegría de dar vida que tanto anhelé.

La doctora “bromeaba” y comentaba lo “fuerte de mi abdomen” mientras lo cortaba a la mitad, por segunda ocasión. Me molestó su comentario. Lo sentí como un irónico premio de consolación, ¿qué me estaba queriendo decir? ¿No sabe lo vulnerable que es una mujer ante ese tipo de comentarios, para empezar? ¿No pudo haber imaginado

cómo me sentía después de pasar más de un día intentando parir sin éxito, cuando se supone que el cuerpo de toda mujer está “hecho” para eso? Mi mente no paraba, los reclamamos tampoco. Jalaban mi cuerpo convertido en hilachos de un lado a otro como muñeco de trapo, como si me estuvieran revolviendo las tripas o como cuando las ardillas escarban la tierra para hacer su madriguera. Entre jaloneo y jaloneo insistía en que me dejaran verlo salir.

Noah nació en una cesárea de emergencia en la que todo fue tan rápido que no dio tiempo de pedir nada. La anestesia me cayó tan mal que durante toda la cirugía sentí que me ahogaba. De lo poco que me acuerdo era que le pedía a Braydon que no me soltara, no para que me ayudara a pujar como yo hubiera querido, sino para que me agarrara bien porque sentía que me desvanecía y me caía de la mesa de operaciones. No vi nada, no sentí nada, de pronto sólo lo escuché llorar. Cuando me lo dieron, tenía los brazos tan dormidos que Braydon tuvo que ayudarme a sostenerlo y a colocármelo en el pecho. Desde que lo vi por primera vez Noah me pareció un bebé precioso, era perfecto, sin embargo durante muchos, muchos meses, sentí que no era mi hijo porque “no lo había parido”, porque no lo había *sentido* salir de mí. No me pude quitar ese sentimiento y culpa de encima hasta que me volví a embarazarme y me parecía que la vida me estaba dando una segunda oportunidad.

Pero no. Ahí estaba otra vez resistiéndome a que la historia se repitiera. Lo único que logré es que esta vez sí pude ver salir a Luca de mi “fuerte abdomen”, retorciéndose como un animalito. Braydon cortó el cordón umbilical y lo oí llorar por primera vez. Estaba bien, completo, vivo. Guiado por la enfermera, Braydon le embarró algunos de los fluidos que previamente habían extraído de mi vagina para tratar de simular su paso por el canal vaginal y “cubrirlo” con mis anticuerpos. Un último intento de nuestra parte de hacer menos agresiva su llegada a este mundo. Me lo pusieron

en el pecho y enseguida se enganchó para comer. Podía comer. Después de tanto jaloneo, nos volvíamos a encontrar y a unir. Fue hasta ese momento que pude sentir alivio y amor. No sé si éxtasis pero sí algo parecido, que con Noah nunca sentí. Era momento de rendirme y aceptar que así habían mis hijos decidido llegar a este mundo. Al final, él estaba bien y quizá como todo el mundo me dijo muchas veces, eso era lo importante. Lo mío era “necedad”, decía mi papá. Pensé que con eso cerraba ese capítulo con suficiente material para los próximos meses de terapia.

Al día siguiente me empecé a sentir muy mareada. Los latidos del corazón me retumbaban en los oídos con tanta intensidad que empecé a dejar de escuchar casi cualquier otra cosa. El cuarto del hospital se llenó de manchones negros, como nubes que no me dejaban ver con claridad. Apenas y podía sostener a Luca. Una sensación muy extraña, como si me estuviera separando del mundo, de mi cuerpo. Nadie me hizo mucho caso hasta que no pude levantarme ni para ir al baño. Finalmente, la enfermera pidió que me hicieran un examen de sangre. Mi hemoglobina estaba bajísima. Mientras le daba de amamantar a Luca, me hicieron dos transfusiones. Sentía que me derretía en la cama y que mi bebé se derretía conmigo. Le tuve que pedir a Braydon que me ayudara a cargarlo porque se me iban las fuerzas. Me quedé dormida. Cuando desperté, como en un cuento, me sentía mejor. Por más que preguntamos nadie nos supo dar una explicación convincente de ese bajón y menos aún de dónde estaba la sangre que evidentemente había perdido. No había tenido hemorragias mayores, según la doctora había perdido la cantidad de sangre “normal” que se pierde durante una cesárea. Al día siguiente nos mandaron a la casa sin ninguna recomendación específica más que volver en un par de días a la revisión de Luca.

Me sentía mal. No podía definir si el malestar era producto de tanto analgésico, de los narcóticos para el dolor, la falta de sueño, la emoción, el cansancio. Dos semanas después empecé a tener fiebre, escalofríos y mucha angustia. Cuando llamé a la doctora me pidió que siguiera con ibuprofeno, que le bajara a la medicina del dolor y que seguramente era el reacomodo de mi cuerpo, la anestesia, y, otra vez... el cansancio. No hubo ninguna mejoría, la fiebre iba y venía en cuanto pasaba el efecto del analgésico. A los dos días fui a mi revisión de rutina. Se me había olvidado tomarme el ibuprofeno antes de salir y cuando llegué a la cita ya estaba temblando por los escalofríos. Como mi cicatriz se veía bien y no había rastro de infección visible, la doctora concluyó que la fiebre se debía a una infección urinaria. Su argumento no me convenció, pero no podía discutir. Me sacaron sangre y me mandó de regreso a mi casa a esperar los resultados de los análisis. Al día siguiente, llamaron para avisarnos que los glóbulos blancos estaban altos, o sea, sí había infección pero según los resultados nada grave, así que me mandaron un antibiótico leve, “breastfeeding friendly”. Por la tarde, cuando traté de ir al baño, un intenso dolor en medio del abdomen me tiró al suelo. En mi total negación, pensé que algo había comido y me había caído mal. Esperamos un poco, pero el dolor no cedió. Estaba asustada. Me dolía como si tuviera algo atravesado. Nos fuimos a urgencias con Luca y Noah se quedó con los vecinos, pensamos que era cosa de ida y vuelta. Mi mamá se había regresado a México una semana antes y no teníamos con quién más dejar a Noah. Después de varios estudios, y un *CT scan* de película, encontraron un hematoma de 13cm que se había formado en el lado derecho cerca del ovario. ¡Ahí estaba la sangre que misteriosamente había desaparecido! Por lo menos eso ya sabíamos, ahora había que rastrear el origen de la fiebre. Había que quedarse en el hospital y esperar al día siguiente para ver a mi doctora. Empezó la angustia por la logística de los niños. Luca no tenía ni un mes y no era lo más seguro mantenerlo en el hospital conmigo, pero tampoco había con

quién dejarlo y no me quería separar de él. Mi cuñado vino a cuidar a Noah y pasó su primera noche sin ninguno de sus papás. Era sábado. El domingo en la tarde decidieron que iban a intentar drenar el hematoma y si no, tenían que volver a abrir. La cuenta de glóbulos blancos seguía subiendo. Mi mamá ya venía en el avión de regreso para ayudarnos con Noah y Luca seguía conmigo en el hospital. Cuando cambiaron de turno la nueva doctora –nerviosa– dijo que no estaba de acuerdo en esperar más y que al día siguiente a primera hora me tenía que volver a operar. Su tono no nos dejó nada tranquilos. Creo que hasta ese momento ninguno de los dos, Braydon ni yo, había dimensionado lo que estaba pasando. Esa misma noche, después de que Braydon había regresado de dormir a Noah, sentí que algo chorreaba entre mis piernas. Cuando moví las sábanas había un charco de sangre alrededor de mí. Braydon corrió por la enfermera y a tratar de localizar a la doctora. Creo que nunca voy a olvidar su expresión cuando me vio. Me metió la mano y con sangre goteando entre sus dedos, gritó que había que operarme inmediatamente. Como de película entró al cuarto el “equipo de emergencia”. Me empezaron a picar por todos lados. Necesitaba una transfusión enseguida porque estaba perdiendo demasiada sangre. Mi cuñada vino por Luca y me llevaron inmediatamente a la sala de operaciones. Otra vez. Braydon me dio un beso y yo le aseguré que iba a estar bien aunque su cara y sus lágrimas me decían que quizá no. Nunca voy a olvidar esa imagen al momento de despedirnos.

Otra vez en la sala de operaciones, otra vez esperando la anestesia, pero esta vez la inyección no en la espalda sino cerca de la vena aorta. Había mucho ruido, mucho nervio. Esta vez no había chistes de mi abdomen ni me preparaban para dar vida sino más bien para evitar que se me fuera. Agitada, la doctora me explicó que iban a abrir y ver qué se podía hacer, si no se podía controlar la hemorragia me tendrían que trasladar en helicóptero a Sacramento. Entre las luces del quirófano, ahora sí, finalmente, me rendí por

completo y me fui a un lugar de mucha paz. Por primera vez dejé de pelear y de tener dolor. Recuerdo muy bien las instrucciones de la doctora porque, si bien estaba completamente sedada, tengo todavía *flashbacks* de mí en la ambulancia, sintiendo las ruedas sobre el pavimento y en mi viaje. ¡Ah, la cosa no debe de estar tan mal, porque no voy volando en helicóptero!

Cuando desperté estaba en terapia intensiva, en otro hospital y conectada por todos lados. Habían podido controlar la hemorragia pero el hematoma y la infección ahí seguían, como no queriéndome dejar. Ahora además también había el riesgo de que con la hemorragia la infección se hubiera expandido y estuviera aséptica, o sea, que la sangre estuviera infectada, algo que después entendí era muy grave. Mi mamá, que había aterrizado apenas unas horas antes, pegada a la cama me agarró la mano. Pude ver que había llorado. Braydon estaba del otro lado y también había llorado. Me dio un beso en la frente y me dijo que no intentara hablar porque tenía el tubo de la anestesia en la garganta. Me pidió que si necesitaba algo le escribiera.

“¿Qué pasó?”, le escribí.

– Te quitaron la matriz, dijo.

– Pero estás bien y te vas a poner bien –interrumpió Braydon.

– Luca y Noah están en la casa esperándote –agregó.

– Pero te dejaron los ovarios –agregó mi mamá. Tu papá y Leonel (mi hermano), vienen en camino. Any (mi hermana que volaba de Buenos Aires), llega mañana en la noche.

Lloré un poquito, de miedo, de tristeza, de alivio. ¡Putá madre! De embarazada a menopáusica, pensé. (Después ya me corregiría la doctora que no era tan así.)

Fueron días de mucha tensión y dolor. Seguían intentando drenar el hematoma y frenar la infección, cada vez que me trasladaban para una nueva prueba y me movían de camilla sentía que me clavaban algo en medio de mi vientre, ahora vacío de niño y de matriz. Creo que me dolía doble. Braydon y una de mis amigas que es doctora se turnaban para ayudarme a sacar la leche. Necia como soy, me aferré a que por lo menos no se me fuera la leche. Aunque la que me iba sacando la tuviera obviamente que tirar, la doctora me había asegurado que si seguía estimulando aunque saliera clarita clarita, mi cuerpo iba a seguir produciendo. Como a los tres días, los antibióticos empezaron a funcionar, la infección comenzó a ceder y la fiebre también. El hematoma se empezó a reducir poco a poco. Estaba fuera de peligro, según nos notificó el doctor. Hasta ese momento entendí que había estado ‘very sick’, como me decía el internista.

Diez días después volví a la casa, apenas y podía caminar. Estaba muy débil y por supuesto que no quedaba nada, nadita, del fuerte abdomen que la doctora tanto chuleó. No había visto a los niños durante todo ese tiempo. Noah me abrazó, me preguntó por qué tenía tantos “auchis” en los brazos, si me dolía y me pidió que no me volviera a ir ‘*please, mami*’. Luca, que gracias a mis amigas que habían juntado onzas de leche materna congelada no había dejado de comer, estaba más grande y sonrió cuando lo cargué. Me lo acerqué y con esa misma intensidad del primer instante, volvió a tratar de buscar mi pecho. Aunque no había tenido mucho tiempo de llorar mi pérdida ni de asimilar que me habían hecho una histerectomía, al final ahí estaba con mis dos hijos y con los pechos cargados de leche. Mi cuerpo no me había fallado del todo, pensé, había cumplido y estaba cumpliendo con su función más vital, mantenerme a mí y a Luca vivos.

LENGUA MATERNA

María Antonieta Mendívil

Recuerdo cuál fue su primera palabra: *hola*. Y recuerdo cuál fue la primera palabra que dejó de decir: *hola*. Después de eso, el lenguaje se fue desgranando, disipando, desapareciendo. Y no me di cuenta, o sí, pero lo dejé pasar. Porque la vida también se me iba diluyendo, escapando.

Yo misma me iba a desapareciendo. Y a quién decirlo. A quién confesarle que aquella vida que parecía perfecta y que no tenía nada malo no era suficiente. O que la vida, lo que yo quería de la vida, no era lo perfecto, lo que carece de todo lo malo. Yo quería significar algo en ese ensamblaje de personalidades, taras, afecciones, necesidades, reclamos, pérdidas que entrañaban esta nueva familia. Quería que lo que yo sentía fuera significativo. Pero cómo lograrlo. Cómo lograrlo si me deshacía como el tomento que se esfuma y nadie recuerda la flor que fue, ni su nombre.

Quería significar algo. Y no tenía palabras para que alguien las atesorara en su diccionario afectivo. Por eso no me extrañó que ella no tuviera palabras. Que las perdiera como ese tomento que nadie recuerda en flor. La belleza de lo efímero. ¿Qué tan difícil es decir sí?, ¿qué tan difícil es volver a decir no?, “¿qué tan difícil es volver a decirme papá?”, lo escuchaba a él. Y yo pensaba que eran celos. Porque sólo conservó una palabra: mamá.

Y en el fondo, en ese fondo que pertenece a los oscuros sótanos, a los mohosos sótanos, a los sótanos donde está lo más vivo y lo más muerto, ahí, yo me alegraba. Era mi significado. Yo era mamá. Yo era *su mamá*. Y para ella era lo único nombrable. Su palabra me pertenecía. Su significado

me pertenecía. Su misterio me pertenecía.

*

Buscamos a una terapeuta de lenguaje y nos sugirieron recibirla en casa. Tesa, mi pequeña, siempre tranquila, siempre de buen humor, de quien no conocía berrinche alguno, empezó a llorar como si alguien la amenazara, como si estuviera en peligro. Me abrazaba, le daba la espalda a la visita desconocida. No la quería enfrente. La terapeuta pidió que me retirara.

El llanto arreció. Ese llanto bruto, como una cascada incierta de rabia, agravios, reclamos. Esa cascada informe, cruda, como el llanto al nacer, resonaba en mi pecho. Si yo pudiera llorar así. Si yo pudiera gritar así. Lloré quedo haciendo mío ese llanto. Escondida en mi habitación, detrás de la puerta. Hasta que la terapeuta dijo mi nombre. “Me rechazó. Me rechazó a tal punto que soltó esfínteres”, me anunció. ¿Se orinó? “Sí, y defecó”. Creí. Pero busqué evidencias en el baño y no encontré. ¿Por qué mentiría? Yo, la no significativa, quién era para cuestionar a una terapeuta de lenguaje. Llamarian después para decirnos las decisiones a tomar.

Y llamaron decisiones. Y pidieron una entrevista. Y enfrente de mí y de mi pareja tuve a una psicoanalista de amplia experiencia, anciana, seria, con su prestigiado acento argentino. Y se arrellanó en su sillón, llevando sus manos a la barbilla, a la frente, en entrelazo, tamborileando, a una sien, a una rodilla.

Y mis palabras salieron como esa cascada de llanto. Y dije palabras informes, inconexas, absurdas, enmarañadas. Así parecía. Pero no: todo estaba conectado. Todo el dolor estaba conectado. Todos mis clamores eran uno solo. Estoy perdida. Me perdí. Y me ahogo manoteando para sobrevivir, y mientras manoteo tomo palabras y golpeo con otras, y me agarro fuertemente a unas, y suelto las demás mientras

veo cómo se hunden al fondo del mar oscuro. A mi sótano donde vive lo más muerto y lo más vivo.

“Usted está profundamente deprimida”, dijo. Y yo no me vaciaba en la cama. Y cada día despertaba a las cinco de la mañana para que mi hija mayor tomara a tiempo el autobús escolar. Y para despertar al hijastro para hacerle su desayuno favorito, por el que no me daba las gracias, para que se fuera a esas clases que odiaba en la escuela que odiaba. Y para trabajar desde temprano leyendo todos los medios para hacer un resumen de los temas de la agenda mediática. Y hacía boletines de prensa y contenidos para las redes sociales y las estrategias de comunicación y los posicionamientos y las infografías, para que la gente entendiera leyes intraducibles; y lidiaba con un jefe neurótico al que tenía que decirle qué decir.

Y yo no sabía cómo decir “Estoy perdida”. No estoy deprimida. O sí: estoy triste porque me perdí y no sé cómo volver. No sé si un día volveré a reconocirme en mi cuerpo, en mi mente, en mi estado de ánimo, en el espejo. No sé si un día podré salir del sótano, asida a lo más vivo, liberada de lo muerto.

“Usted está deprimida y la niña tiene una depresión solidaria”. Yo la deprimí, yo la silencié. “A la niña la depresión se le convirtió en un bloqueo emocional”. Cómo se desbloquea. Cómo volver atrás. Cómo liberarme de la culpa. Cómo decir que si me perdí es porque alguien quitó del camino las piedras y señales que dejé para poder encontrar el regreso. Cómo decir que no soy la única culpable. Que hay algo que no está bien y nadie lo nombra y eso solamente crece en el silencio. Cómo decir que ese silencio nos está aplastando a todos. Que no sólo es la pequeña. Que no sólo soy yo.

“Tiene que ir a terapia”, dijeron. “Tenemos que ir a terapia de pareja o de familia”, dije yo.

*

¿O sí tengo la culpa?

Dicen que sí, porque amamanté solo cuatro meses.

Dicen que sí, porque estoy deprimida. Dicen que estoy deprimida. Y cada día me levanto a las cinco de la mañana y me acuesto a las doce de medianoche. Y cada día lloro. Varias veces al día lloro. Porque me siento a oscuras, aunque veo todo claro: el jardín de mi bella casa, mi bella casa, mi cocina gigante donde cabe una familia reverberante y feliz, y no lo somos, y eso también puedo verlo claramente. No he hecho feliz a esta familia, aunque me levante a las cinco de la mañana y me acueste a medianoche empeñada en conseguirlo.

Todo lo tengo claro: pero me veo poniendo el café de la mañana, limpiando la cocina, regando las plantas, despidiendo a cada miembro de esta familia en el portón de la casa porque así lo hacía mi madre, y era mi símbolo de una familia feliz y amorosa: que te despidan sonrientes en el portón y te reciban sonrientes en el portón. Y aun así me sentía perdida, deambulando en mis pasos, lejos, muy lejos de mí, sin sentido. Porque entonces no lo sabía: ese no era el sentido. Ahí no estaba yo. Ahí no estaba nadie.

¿Tengo la culpa?

Golpearon a Tesa al nacer, con las pinzas de la cesárea. ¿No puede ser eso? Se me desprendió la placenta cuando tenía cuatro meses y medio de embarazo. ¿No puede ser eso? No se movía mucho en el vientre, porque después del desprendimiento de placenta se acostumbró a estar en un rincón, quieta, para no caerse, para no soltarse de mi magma mullido. ¿No será eso? No se movía porque le di el mandato: no te muevas, permanece aquí, permanece en mí.

Tengo la culpa. Oculté mi embarazo seis meses para que mi hija adolescente procesara la noticia de mi embarazo sin tener que enfrentarse a preguntas de otras personas, a señalamientos de otras personas, a comentarios de otras personas. Bastante era enfrentarse a las suyas.

Sí. Tengo la culpa. Recuerdo haber salido de casa para llevar a mi hija mayor a una actividad vespertina en la escuela; y recuerdo escuchar sus gritos adolescentes en el auto. Reclamos, como mi cascada informe e inconexa, y seguramente tenía un sentido, un porqué, pero yo era la culpable de esa rabia, de esa infelicidad, de ese vértigo existencial de mi primera hija. Y cuando descendió del auto, y por fin me dejó sola y en silencio y dejó de manotear en ese mar donde yo me ahogaba y me perdía, advertí que no estaba sola. Estaba mi pequeña, en su sillita de seguridad, en el asiento de atrás. En silencio. Con sus ojos enormes, quieta, viendo hacia la ventana. Y en mi mente, desde lo profundo de mi sótano y de mi entraña, le dije: Gracias por tu silencio. Déjame así, en paz. No te muevas, no me pidas, no me busques, no me necesites. Silencio. Shhh. Silencio. Porque no cabe en mí una demanda más. No cabe en mí ya nada. Estoy llena de todo y de todos. Y vacía de mí.

Yo tuve la culpa. Yo le pedí silencio. Shhh.

Por eso sólo dice mamá. El nombre de quien señala. El nombre de quien culpa. El nombre de quien tiene la llave para desatar su lengua.

*

Al mes de iniciar Tesa en Maternal nos llamaron para una cita. “¿Qué sucede?” No sabemos. (No mencionar depresión. Me avergüenza).

(No es depresión. Me perdí, ¿alguien me ayuda a volver? ¿Alguien me devuelve las mojoneras que dejé para regresar

a mi punto de partida? A ese punto donde estaba llena de ilusión, y lo único que deseaba era esta nueva vida, con una bella familia compuesta. Esto que somos. No somos).

La entonces guía Montessori de Tesa es, además de pedagoga, tanatóloga. Una mujer mayor, con una sonrisa sabia y perenne. Nos dice que, al perder el lenguaje, Tesa se desconfiguró internamente, y podemos ayudarla a reorganizar su interior nombrando todo lo que hagamos, tenemos que nombrar a las cosas y el orden de las cosas.

Por primera vez encuentro un camino. Por primera vez siento que nos ponen mojoneras a Tesa y a mí para emprender el regreso. Por primera vez siento que no lanzan la culpa sobre mí como una lápida donde poco a poco muero.

*

Hola.

Fue la primera palabra. No *mamá*. No *papá*. *Hola*. Antes que sus progenitores, estaba el deseo de comunicarse. Antes de la necesidad vital de mi teta, de la leche, de la comida, de su madre como proveedora de vida y alimento, está la necesidad de comunicarse, de tender puentes, de relacionarse.

Hola. Recuerdo el tono en que pronunciaba esta palabra. Recuerdo que quienes no la conocían le decían *la niña hola*.

Antes que necesitar estuvo el dar. *Hola*. Saludo, puente, ofrenda, prenda para recibir a cambio: un *hola*, un *saludo*, un *puente*.

¿Cómo es que dejaste de hablar?

Y quisiste dejarlo claro: suprimiste el *saludo*, minaste los puentes, desacralizaste la ofrenda. Dejaste de esperar a cambio el *saludo* de los demás, el *puente*. Estábamos todos

tan ensimismados, tan anegados, tan ajenos, tan ausentes.
Tanta y tanta decepción te provocamos.

Y todavía me pregunto cómo dejaste de hablar.

*

Había leído que con el control de esfínteres llega la explosión del lenguaje. ¿Cómo avisará si no habla? ¿Cómo llamar pipí a la pipí y popó a la popó? No sabía cuándo podría llegar ese momento y pensaba que entonces el lenguaje llegaría.

Pero en el fondo sabía que no sería así. La explosión sería en ella un proceso lento, un goteo a oscuras, del cual descubriríamos primero la humedad, la temperatura, el resuello, antes que la palabra articulada.

¿Por qué el control de esfínteres va de la mano con la explosión del lenguaje?, me pregunté e investigué: porque el lenguaje está regido por las neuronas motoras; el control de esfínteres marca la madurez neurológica motriz.

El control de esfínteres llegó sin explosión. Y aun así, a los pocos meses, Tesa pasó de maternal a preescolar.

Tesa no habla.

Tesa llora mucho.

Tesa qué tiene, qué es.

Hurgar en la herencia de la familia, el ambiente. Necesitamos descartar. Necesitamos un diagnóstico.

“Mutismo por bloqueo emocional con componente opositorista”.

Las terapeutas del centro al que llevamos a Tesa apresuraron de mala gana el diagnóstico. No queríamos una etiqueta. Aún

estábamos explorando. Pero la escuela necesitaba asideros para sentir que trabajábamos en conjunto.

No es mutismo selectivo. Se niega a hablar con todos.

No es autismo. Entiende el juego simbólico, hace contacto visual, hay en su mirada intención por comunicarse.

No es neurológico. Se le verían otros trastornos y retrasos. No los tiene.

Es emocional.

Trato de explicar a la guía de Tesa y me suspendo en el no entendimiento, en la nada, mirando la hoja en blanco en las piernas de la guía de Tesa, las notas en su bitácora, la raya donde debo firmar lo que no entiendo, lo que la guía no entendió, lo que no entendemos.

Ese era el nudo ancestral. Ese momento de caos cuando la luz y la oscuridad estaban unidas, y la noche y el día, y la tierra y las aguas, y el horizonte y los cielos, y lo tangible e intangible, y la vida y la muerte, y el bien y el mal, y la ignorancia y el conocimiento. Todo en caos. ¿Y cómo lo desataremos?

Primero fue el Verbo. Antes del caos fue el Verbo. Y si el Verbo está ausente, seguiremos en el caos.

¿Cómo desataremos lo que está anudado? “Con terapia de juego. Hasta que veamos intención de hablar”, dice la terapeuta anciana.

Y como madre, y aún en mi caos, me negaba: eso puede llevar toda una vida, eso podría no suceder nunca. Si es algo tan ajeno al raciocinio, busquemos algo paralelo a las corrientes racionales, le propongo a su padre.

*

Preparen todo sin grandes expectativas, recomendó la guía. Dibujamos un dinosaurio. Lo único que Tesa era capaz de emitir era su feroz rugido.

Nos sentamos entre todos los padres y todas las madres, para ese momento excelso en el año escolar en que esas criaturas de tres a seis años presentaban un tema, ante micrófono y con el apoyo de un cartel ilustrado sobre el tema, con padres, madres y abuelos como público.

El tema era animales en peligro de extinción. Hubo desde pandas a axolotes. Hubo niños que lloraban frente al micrófono y abandonaban la labor; hubo niñas que sufrieron lagunas y bloqueos de la memoria; hubo presentaciones impecables, como si un demonio juguetero hubiera poseído esos cuerpos diminutos.

Un dinosaurio no es un animal en peligro, sino ya extinto. Tesa hablará en público con micrófono, Tesa no habla.

Ella se levantó cuando llegó su turno, tomó el cartel que había elaborado, lo colocó en el caballete, se paró frente al micrófono y empezó a emitir un sonido gutural y soplado desde su garganta, imitando la entonación con la que articulaban sus pares. En una técnica impecable de oradora, miraba a todo el público, mientras entonaba la intención de su presentación. Palabras extintas, habla extinta.

Se hizo el silencio en el salón, impávidos ante esa niña, que por alguna extraña razón no hablaba, pero creía que hablaba; una niña que no era capaz de pronunciar otra palabra que no fuera mamá, pero que articulaba un discurso intencionado y sentido sobre los dinosaurios, que terminaba en un potente rugido antes de que los volcanes arrasaran con esas criaturas prehistóricas, antes de que cayera un meteorito, antes de que el grito del Big Bang sepultara con su grito esa creación

que había fundado, antes de que el silencio lo inundara todo en la entraña insondable de una niña de tres años.

*

Investigué sobre terapias no normativas. Tomar un pasadizo a oscuras para buscar respuestas. Me parecían invasivas y de efectos incontrolables. Patear un avispero. Encender fuego a una montaña seca. Abandonarme en una riada.

Abrir el umbral y traspasarlo.

Sentir otra realidad detrás de los muros, palpitante e inescrutable.

Sabía que mi compañero no aceptaría algo así. Su mente tan estructurada, tan científica.

Hasta que encontré una terapia que no habla de energía, sino de sistema nervioso central; que no provenía de ocultismos, sino de un médico alemán en posguerra.

La hermana de una amiga tenía una clínica de terapia craneosacral en la ciudad. Acudimos.

Hablamos brevemente de Tesa, de su pérdida de lenguaje, de su diagnóstico. Me pidió estar durante la sesión.

La madre.

El lazo.

La razón.

La sinrazón.

La culpable.

La cura.

Al terminar la sesión, la terapeuta me dijo: “Cuando un cervatillo es separado de su manada, y corre peligro, ya sea porque un cazador o un predador lo persigue, y el cervatillo consigue encontrar a los suyos, entonces lo rodean, y tiembla incontrolablemente; y entonces todos lo lamen hasta que desaparece el temblor, hasta que desaparece el miedo, hasta que desaparece la huella del peligro y del terror. Eso es lo que pasó hoy en la sesión”.

Salimos de la clínica.

Tesa y yo en silencio.

¿Qué te pasó, pequeña?

¿Qué te hicimos?

¿Cómo es que te pusimos en riesgo?

Esa tarde Tesa durmió una siesta de tres horas, tuvo fiebre y vomitó.

La terapeuta me confirmó que era efecto de la sesión. “Es normal”, aseguró.

Nada es normal. Nada es explicable. Pero no dejaremos de rodearte, de lamer tu terror. Cualquiera que sea.

*

El avance en lenguaje era lento. De la escuela nos pidieron evaluaciones, ya fuera neurológicas o cognitivas. Necesitaban algo sólido que les diera claves para apoyar a Tesa. Nos llamaron para darnos los resultados.

A nivel cognitivo, Tesa resolvía problemas de niños de 8 años o más.

La rapidez con que lo hacía, era superior a la media.

Entendía un léxico amplio, de una niña de 12 años.

Interactuaba constantemente con la terapeuta, buscando su complicidad y empatía, de manera expresiva.

Pero había otras baterías de pruebas en que su desarrollo era menor al de su edad cronológica.

Sí, lectoescritura.

Algo había destacado entre todo: su desarrollo psicomotriz tenía un destacable rezago. Falta de coordinación, no obediencia de las órdenes, una desconexión entre ella y el cuerpo, bajo tono muscular.

Era un foco rojo. Recomendaban biodanza. Quizá. Algo que trabaje el movimiento desde lo somático.

—¿Eso de dónde viene?

—Es una inmadurez neurológica.

Esperen.

Repito en mi cabeza que va a estallar: ¿Hay un subdesarrollo en la psicomotricidad?

—Sí. Tesa tiene un subdesarrollo en la motricidad.

—¿De origen neurológico?

—Sí, es inmadurez, totalmente reversible. No es un daño.

—Entonces si las neuronas motoras son las que rigen el lenguaje, ¿puede haber un componente neurológico en su mutismo? —pregunto y la terapeuta encoge los hombros.

—Podría ser. Recomendamos terapia psicomotriz, busquen reforzar con biodanza.

No.

Salimos de ahí y buscamos a otra puta terapia que no insista en que el mutismo de Tesa se debe solo a mi jodida depresión.

*

Tengo en mis manos las cartas que Tesa ha escrito para cada una de sus terapeutas, y sus compañeros de terapia. Tengo en mis manos el reporte donde, después de año y medio, la dan de alta en cada una de las terapias que emprendimos en otro centro terapéutico (de lenguaje, cognitiva, de desarrollo psicomotriz), con los resultados alcanzados.

Cada persona que estuvo en su proceso, cada error incluso, han sido parte de este camino en el que Tesa se encontró y encontró su habla. Y al ayudarla a encontrarse, me encontré yo, y aprendí a nombrarme y significarme.

“Cuando Tesa supere esto, porque lo superará, tendrá un hándicap que superar frente a sus pares, pero otras ventajas sobre ellos: un mundo interior muy rico y una sensibilidad superior, y algo bueno sabrá hacer con ellos”, nos dijo en su momento la terapeuta anciana. En eso sí tuvo razón.

UN PARTO QUE PARTE

María Paulina Guzmán Bedolla

31 de octubre de 1983

No hubo tiempo de imaginar cómo sería el parto. No hubo tiempo de preparar maletas. No hubo tiempo para nada. Un día después de su cumpleaños número 24, mi madre salía de casa durante las primeras horas de la madrugada rumbo a Irapuato, el lugar más cercano donde se encontraba un hospital público con una incubadora. Ese lugar más cercano estaba a más de dos horas de camino. Durante el trayecto, el miedo era un acompañante incómodo que no la abandonó. Han pasado casi cuarenta años y todavía vive el recuerdo como si fuera ayer.

Llegando, dos pasantes de medicina cuyo aspecto era de un par de adolescentes vestidos de bata blanca, recibieron a mi madre, que llegó con la dilatación avanzada. No le dijeron nada, pero ella recuerda que se encontraba ya *muy abierta*, le cortaron ese músculo que tanto les gusta cortar a los médicos o que les enseñan que es lo mejor, sin explicación, sin aviso, nada. De pronto mi madre no era ser humano.

José Francisco cumplía ese día seis meses de gestación. Nació a las 6 de la mañana. Desde lejos, mi madre lo escucha llorar, alcanza a ver a su hijo mover sus pequeños y diminutos bracitos, su mirada perdida regresa a esa escena del pasado donde puede ver nuevamente, desde la distancia, que su bebé tiene pelo negro y rizado. Los rasgos bellos y finos de su rostro determinaban un absoluto parecido a mi padre. Se le inunda la mirada cuando recuerda que a José Francisco no lo pudo oler, tocar ni besar, pues una vez que lo limpiaron se lo llevaron a la incubadora.

Los pulmones de José Francisco necesitaban más tiempo dentro del vientre de su madre. Seis horas después, a medio día, el primogénito de la familia murió. Mi madre recuerda con detalle este día gris. Recuerda el vestido que llevaba puesto. Recuerda sentir que vivía otra realidad menos la de ella. Mientras mi tía le ayudaba a vendarle el vientre, ella intentaba entender cómo su madre ya muerta pudo tener quince hijos y ella perdía el suyo.

Le entregaron a mi padre el cuerpo de su bebé envuelto en una manta azul. Mi madre apretó los puños, pues necesitaba la imagen de su hijo muerto para poder constatar que era real lo que estaba viviendo. No tiene la dolorosa imagen porque le impidieron verlo, aunque ella quería confirmar su realidad extraña. Se llevaron al pequeño José Francisco a la casa de la abuela, ahí lo velaron.

Al miedo le siguió la tristeza, el dolor, el enojo y la incomprensión. Cómo era posible que ella perdiera a su hijo ¿Había ella acelerado el parto después de un largo día de labores domésticas? ¿Fue la maldita cobija mojada y pesada que cargó el día anterior? Sin la posibilidad de enterrar a su propio hijo, mi madre lloró en silencio y ahogó sus reclamos, pues la culpa era otro sentimiento que no se le desprendía.

EN EL TAXI

Mariana Roca C.

Empieza el calor de la mañana, a pesar de que es otoño en la ciudad. Guadalupe, hija de tapatía y francés, con sus 23 añitos y la piel clara, toma agua en la cocina y piensa que algo de la cena debió sentarle mal. Decide llamar al médico, pero no lo encuentra. Lo llama a su casa, donde responde su esposa, quien le hace un par de preguntas:

¿Qué cenaste?

¿Cuántas semanas tienes de embarazo?

¿Cuándo fue la última vez que te vio mi esposo?

La esposa del doctor sabe que la cena tiene poco que ver. Guadalupe tiene ocho meses de embarazo y dos hijitas vivas, le duele la barriga como si algo le hubiera caído mal, la noche anterior salió a cenar, pero el dolor no suena como indigestión. ¿O puede que sí? Lo importante es que puede que no. Le sugiere que vaya al hospital y le asegura que ella rastreará al obstetra para que se encuentre con ella ahí.

Guadalupe no tiene un auto propio. Hace cinco meses, tratando de vender un auto, un supuesto comprador se lo robó del garaje de su casa y ahora debe moverse de otras formas. Se para en la esquina y le hace la parada a un vocho blanco con líneas amarillas que lleva encendido el letrero de “libre”. No lleva maleta, está segura de que lleva tiempo. Usted pensaría que la madre de dos podría distinguir una indigestión de los dolores de parto. Pues usted está equivocado, porque cada embarazo, incluso en el mismo cuerpo, es distinto.

El dolor empeora en el camino, se vuelve más agudo, y viene en oleadas cada tanto. Guadalupe se da cuenta de que no es indigestión. ¿Cómo pudo confundirse? Es como si, en vez de un bebecito humano, trajera dentro un monstruo que le muerde las entrañas, las muerde y luego las suelta. Y en esos descansos entre una “mordida” y otra, Guadalupe respira aliviada, como si el dolor no fuera a volver. Pero la siguiente mordida llega sin aviso, cada vez un poco más fuerte. No importa cómo se acomode, es un dolor que no cede. Al contrario. Dicen que lo ideal es moverse, pero Guadalupe está en un taxi y acaba de empapar el asiento con líquido amniótico. El conductor se gira para ver qué está pasando con esa mujer que entre gemidos de dolor ha liberado uno como de sorpresa.

— ¡Señito! Le voy a tener que cobrar extra por la lavada del asiento, no se puede quedar así.

Guadalupe se pregunta cuándo fue la última vez que el conductor se lavó la parte trasera que coloca en el asiento. En otras circunstancias habría esperado otro coche porque éste, en serio, huele mal. Pero no tiene fuerzas para discutir. Necesita llegar al hospital y llamar al padre de la criatura. Esto no puede estar pasando. ¡Todavía falta un mes!

Se le salen las lágrimas y, de pronto, grita. Un dolor que nace entre sus piernas y se expande por todo el cuerpo la desgarrar. No se parece a nada. Se recuesta en el asiento del taxi bocarriba, con las rodillas dobladas y no puede evitar pujar. Se está rompiendo. El taxista se gira de nuevo y grita:

— ¡Aguántate! ¿O te bajas de una vez?

Guadalupe trata de recordar cómo hay que respirar entre contracciones, intenta no pujar, quisiera contener las

lágrimas y contestarle al taxista. Con la mano izquierda aprieta la tela de su vestido, con la derecha busca su periné. Encuentra en su lugar algo húmedo y suave. ¿Pelo de niño?

Al llegar al hospital, una enfermera la espera en la entrada con una silla de ruedas, pero Guadalupe no puede bajar del auto. No sabe si son camilleros o enfermeros. No sabe si son dos o tres. No sabe lo que le dicen, pero la montan en una camilla y la llevan directamente a una sala de expulsión.

La enfermera que la esperaba en la puerta queda fuera de su vista. En su lugar, una señorita que viste un conjunto de saco y falda corre detrás de la camilla. Hace preguntas que Guadalupe no alcanza a responder.

En la sala de expulsión está el obstetra. Bendito sea dios, piensa Guadalupe, que desearía poder sonreír. Los jóvenes que la ayudaron a salir del taxi la acomodan en la cama de partos y colocan sus piernas en los soportes.

— Ay, madrequita, ¿pues qué se fue a bailar anoche? —bromea el obstetra.

Guadalupe libera un grito de dolor.

— Bueno, pues, vamos a terminar lo empezado —agrega el médico.— Puja, Lupita, respira y puja tan fuerte como puedas.

Guadalupe no sabe cuánto tiempo ha pasado, pero parecen segundos antes de que suene el dulce llanto de un recién nacido.

— ¡Es una niña!

Guadalupe no lo puede creer.

— ¿Está bien?

— Está perfecta.

Mientras limpian y examinan a la bebita, el médico continúa con la labor: hay que sacar cualquier resto de placenta. Guadalupe no puede controlar el llanto, una combinación de tranquilidad y ansiedad que no conoce.

— Te vamos a inyectar un analgésico para que no estés tan incómoda, Lupita. Fuiste muy valiente.

— ¡Valiente! —dice ella mientras alguien más coloca a la niña en sus brazos.

— Hay una señorita de admisiones allá afuera, Doctor.

— ¡Ay, la admisión! Dile que la busquen en su habitación en un par de horas. No te vas a ir sin pagar, ¿verdad, Lupita?

— Y dice que también la está esperando el caballero que la trajo. ¿Es el padre, señora? ¿Lo hago pasar?

Guadalupe levanta la mirada, incrédula. Se había olvidado del taxista. ¿De verdad la estaba esperando?

— Dígale, por favor, que vuelva mañana, ahorita no tengo cambio.

PARTO DE JOSÉ GABRIEL

Marien Villafaña

Ayer le pregunté a Gabriel si se acordaba de cuando estaba adentro de mi panza y me dijo que sí. Cada vez que le he hecho esta pregunta me ha contestado que sí. Sus respuestas han sido tan bonitas que ahora juro que me las inventé. Ayer cuando le pregunté de qué se acordaba, me contestó: “de que tú estabas triste y tú también eras chiquita y bebé”. Y sí, todo el embarazo me la pasé muy triste. A las dos semanas de enterarme que estaba embarazada murió uno de mis mejores amigos, Martí. Otro día Gabriel me dijo que todo estaba rojo (“llojo”) y que escuchaba ballenas. Otro día no me dijo nada, pero se subió su playerita para enseñarme su ombligo. Y hace unos días que puse la de “Querida” de Juan Gabriel mientras comíamos, le pregunté: “¿Te recuerda a algo esta canción, Gabriel?” Y me contestó: “Sí, de cuando estaba adentro de tu panza”. Y sí, Juan Gabriel murió el 28 de agosto de 2016 cuando yo tenía siete meses de embarazo, y para honrarlo y para celebrar mi cumpleaños que acababa de pasar, hice una fonomímica de “Querida” para mis amigos en la sala de mi departamento. Y sí, para que saliera bonita la escuché en repeat por varios días. La muerte de Martí me quitó peso y fuerza y me hizo más pequeña, y con esas nuevas dimensiones se me hizo muy difícil entender la vida que se había quedado igual. Y el embarazo sólo empeoró esa sensación. Yo estaba más ligera y al mismo tiempo mi panza no dejaba de crecer. Todo, de por sí, es muy extraño en el embarazo. Ese saber que es tu cuerpo, que eres tú la que lo está haciendo todo, y al mismo tiempo sentir cómo todo sucede y sigue sucediendo muy a pesar tuyo. O el escuchar un corazón chiquito a través de tu piel a la altura de tu ombligo. O el sentir, por dentro, una patada o un movimiento brusco

de alguien más que te toca algún órgano o algún hueso de la pelvis. Pareciera que es un proceso muy normal y natural, pero no lo es.

A los 7 meses de embarazo se me volvió a cambiar, esta vez mucho menos, la realidad. Amanecí con un dolor en el lado derecho de la panza, cerca de la ingle, que me impidió levantarme de la cama y caminar. No podía pisar con mi pie derecho sin que me doliera mucho algo. Después de unas horas la intensidad del dolor aminoró, el algo seguía ahí pero ya podía caminar y nos fuimos al hospital. La experiencia ahí fue muy mala por la atención de uno de los doctores, porque me sentí poco entendida y porque no me supieron decir qué tenía. Después de describirles mi dolor, como si algo se hubiera jalado y lastimado durante la noche en la parte lateral de mi panza, como cuando te despiertas con una contractura en el cuello por haber dormido en una mala posición, decidieron ponerme unos monitores y me hicieron un tacto y un swab para cerciorarse que no hubiera comenzado el trabajo de parto. El recuerdo de una de las doctoras metiéndome varios dedos en la vagina para asegurarse que mi cérvix seguía completamente cerrado está intacto, irónicamente, en mi cabeza. El corazón de Gabriel bien, el cérvix también, nada de la hormona que indica que ya estás en trabajo de parto, pero sí estaba teniendo contracciones. Así que me tuvieron ahí un rato. Yo no sentía nada, sólo empecé a notarlas al ver los picos de las gráficas que se iban imprimiendo. La doctora me decía: “ahí viene otra.” Y sí medio sentía algo, pero creo que fue más por seguirle la corriente. Después llegó un doctor imbécil, pero con el que ahora estoy muy agradecida. Ya olvidé muchos detalles, pero no he olvidado su trato despectivo, su tono de voz incrédulo y arrogante. No he olvidado esa sensación de estar hablando en vano, la certeza de que a él no le interesaba escucharme y que desde antes de entrar al cuarto él ya había asumido que yo estaba exagerando mi dolor. En algún momento me dijo: “usted no se va morir

de esto". Creo que hasta me reí. No es verdad, yo tengo un problema con la autoridad, y sólo guardé silencio. Pero sí pensé que era un imbécil y seguramente así lo miré. Nunca pensé que me fuera a morir, ni siquiera pensé que fuera grave, pero el día anterior yo estaba bien y ahora me estaba regresando a la casa adolorida y cojeando. Estuve ahí tres horas con ellos observándome y al final me dijeron: "todo está bien y ya te puedes ir". Antes de salir les pregunté a qué se debían las contracciones y me dijeron que tenía un útero irritable. Maravilloso, eso sí sonaba a mí. Regresando a la casa me puse a buscar un quiropráctico con experiencia en embarazadas y el teléfono de la partera que me acababa de dar su tarjeta hace unas semanas.

Un poco antes de que me doliera la panza al caminar me había inscrito a un taller de poesía. En la segunda clase llegó Kelly, que se iba a convertir en mi partera, y tuvimos una conversación muy corta sobre mi embarazo y no recuerdo de qué más. Tan pronto acabó la clase ella salió corriendo, aquí todo mundo corre y huye cuando se terminan las clases. Pero regresó y, como yo siempre he sido la más lenta, me encontró ahí guardando mis cosas, y me dijo: "nunca hago esto, ofrecer mis servicios así (¿así cómo?), pero aquí está mi tarjeta por si quieres platicar". Yo no regresé a las clases porque me costaba mucho caminar y subir y bajar escaleras, así que no la volví a ver.

Como, en general, yo estaba contenta con mi hospital, no había pensado con seriedad lo de un parto en casa. Además, ya me quedaban menos de dos meses de embarazo, pero la mala experiencia en el hospital, más el dolor físico, que nadie me sabía decir con certeza qué era, y mis tristezas, me hicieron llamarla. Bastó una cita con ella para enamorarme y convencerme de tener a Gabriel en nuestro departamento. Lo que terminó de convencerme es que, al planteárnoslo con seriedad, aprendimos que el seguro del trabajo de Armando nos cubría una gran parte del parto en casa y que además

incluía la renta de la tina especial para parir en agua. Y es por esto por lo que ahora estoy agradecida con el doctor del hospital, porque fue su trato violento el que me hizo llegar a Kelly.

Estas son algunas cosas de Kelly que no quiero y puedo olvidar. Ella se planta. En su consultorio o en tu casa, parece que está ahí para quedarse, para empezar a echar raíces, y que a lo único que se dedica es a escucharte. Cuando habla sobre el embarazo y sobre el parto, lo hace como si estuviera hablando de algo sagrado. Recuerdo que siempre que se iba del departamento, las últimas consultas fueron ahí porque el dolor no había cedido y porque vivíamos en un segundo piso sin elevador, me dejaba queriéndome más a mí misma y a mi cuerpo embarazado. Cuando le pregunté sobre los riesgos y la necesidad de transferirme al hospital, me dijo que siempre salía todo bien (hablando de embarazos sin riesgos) y que cuando no, se sabía con tiempo. “Hay tiempo.” Ahora entiendo más la importancia del tiempo en el embarazo, el parto y el postparto. Sobre la paciencia. Sobre la importancia de conocer y saber qué pasa y cómo se ve una mujer pariendo sin que la moleste o apure nadie. En su honor, Gabriel todavía le dice Kelly a Ely la de Pocoyo.

El parto

Gabriel nació un martes a las 9 de la mañana, el 18 de octubre de 2016.

Mi trabajo de parto empezó con el desprendimiento del tapón mucoso y cólicos a las 10 de la mañana del día anterior a que naciera Gabriel. Mi mamá había llegado unas semanas antes para acompañarme y ayudarme, y Gabriel nació en el día perfecto: justo a la mitad de su estancia.

Mi mamá. Mi mamá que, así como Kelly, es una experta en nacimientos. Mi mamá que se convirtió en doula a los pocos años de que nació. Mi mamá, que sin haberme intentado

convencer nunca de nada, estaba feliz con que yo fuera a parir en la casa. Mi mamá, que desde sus tres partos, que desde mi nacimiento, transformó la forma en la que parí yo.

Esa noche no logré dormir casi nada, tal vez porque mi cuerpo ya sabía lo que venía, tal vez porque dormir en los últimos días de embarazo es muy complicado o tal vez porque yo siempre he sido muy mala para dormir, pero para cuando nació Gabriel ya llevaba 48 horas despierta y me sentía más como trapo, es un gran cliché ese, como un trapo atropellado, que como humana, y mucho menos como una mamá nueva.

Durante el día las contracciones todavía eran irregulares y espaciadas y no tan dolorosas, y Armando y mi mamá me ayudaron sobándome mi espalda baja, poniéndome calor con una colchita eléctrica y haciendo presión en mis caderas. Los recuerdo tomando turnos y recuerdo las manos de mi mamá más sabias que las de Armando. Las recuerdo más fuertes y seguras. El dolor lateral de mi panza, que al parecer fue “el dolor del ligamento redondo,” me mantuvo de pie. En algún momento intenté sentarme en la pelota grande de pilates, esa que mi hermana ve con ojos de amor porque dice que ella así sobrellevó su trabajo de parto, pero al hacerlo sentí un dolor puntiagudo, como de agujas, en toda mi ingle derecha, y fue como si la misma pelota me hubiera ayudado, aventándome, a ponerme de pie. Ese miedo a cambiar de posición me duró hasta que nació Gabriel. Durante el día también recuerdo a Armando en la cocina haciendo quesadillas y a mi mamá poniendo agua a calentar para hacer té de hoja de frambuesa. Me recuerdo caminando despacio y sosteniéndome y agarrándome de los marcos de las puertas durante las contracciones. Ahora siento que yo sólo supe ayudarme respirando. También recuerdo a Armando instalando y llenando la tina de agua en nuestra recámara, al lado de la cama. En ese momento, el tiempo entre las contracciones todavía me permitía estar,

pensar, y me recuerdo pensando que todavía faltaba tiempo para que llegara Gabriel pero que todavía aguantaba. Más tarde, cuando empezó la noche, cuando las contracciones se hicieron más frecuentes y regulares, sentí que cedí una parte de mí, sentí a mi cuerpo dejando de ser mío, como si se empezara a abrir una grieta entre mi cabeza y mi cuerpo que con cada contracción se abría más y más. Me recuerdo hincándome con mis codos recargados en una mesa, en la cama, con los ojos cerrados, pero ya no recuerdo en qué pensaba mientras lo hacía. También recuerdo el momento en el que me metí por primera vez a la tina, la sensación del agua tibia en mi cuerpo, la sensación inmediata de ser más ligera. Fue como si yo y el agua hubiéramos hecho un pacto en el que yo siempre salía ganando, como si a cambio de darle un poco de mi peso, el agua me hubiera dado fuerza y poder. Además, el agua me permitió pensar otra vez, aunque haya sido sólo por un momento corto.

No me acuerdo en qué momento llegó mi amiga Laura, una amiga inglesa hermosa que, como mi mamá, también es doula, pero la recuerdo echándome aire con un abanico en la cara mientras yo tenía la cara apoyada en la orilla de la tina, yo agarrándole la mano. Después, en algún momento en el que sentí que ni yo ni mi cuerpo lo íbamos a lograr, le dije a mi mamá que llamara a Kelly. ¿O me lo dijo ella? No recuerdo bien el momento en el que llegó Kelly al departamento, pero sí recuerdo la tranquilidad que me dio su presencia, sentí que con ella me habían llegado un poco más de fuerzas para seguirle. Conmigo en la tina, la recuerdo escuchando el corazón de Gabriel con un Doppler resistente al agua diciéndome que su corazón se oía perfecto, que Gabriel estaba perfecto. Esto lo hizo varias veces durante mi trabajo de parto, y recuerdo bien la sensación de paz que me daba cada vez que la escuchaba decir “Gabriel está perfecto”. Al parecer eran las 2 ó 3 de la mañana y el departamento estaba en penumbras. Ahí estaba la luz de las velas del altar que puse y al que las contracciones y el dolor nunca me dejaron

llegar, ni acercarme un poco, ni pensarlo. Recuerdo muy bien la oscuridad, mi dolor y la luz de las velas. También recuerdo mi silencio porque en algún momento mi mamá me dijo que gritara, lo dijo en bajito pero yo la noté un poco desesperada, pero no pude hacerle caso. En ese entonces yo sentía que ya no podía decidir nada, mi cuerpo estaba exhausto y yo sólo tenía fuerzas para seguir respirando.

Ahí en la tina hubo un momento en el que Kelly echó un spray en el aire que olía a menta, ¿o a algún cítrico?, no sé bien, pero lo recuerdo despertándome, regresándome al departamento, a la tina de agua, a recordar el porqué del dolor y del agotamiento.

Hablando con Armando de este momento para este escrito, descubrí que el spray también lo despertó a él y que también le cambió el ánimo a uno más optimista. Después alguien, ¿habré sido yo?, pensó que era buena idea salir de la tina, caminar otro poco, y decidimos ir al baño a que me cayera el agua de la regadera. Me recuerdo cojeando, caminando muy lentamente y sosteniéndome de Kelly y de Armando, cada uno a un lado mío. Puedo volver a sentir mis piernas hilachudas y sin fuerzas, verlas temblando en la regadera mientras me caía el agua en la espalda. El cansancio no me dejó estar mucho tiempo ahí y quise regresar a la tina. Y en algún momento, estando ahí en el agua una vez más, sucedió algo que mi corazón ahora atesora: me vi y me sentí como una tortuga. Y también vi más tortugas a mi alrededor. Sentí que estaba debajo del agua y que metía y sacaba la cabeza dando grandes bocanadas de aire. Armando dice que él no me recuerda haciendo eso, metiendo y sacando la cabeza del agua. Éramos muchas tortugas y había muchísimas estrellas. En ese momento no pensé ni me cuestioné nada, pero al recordarlo lo siento y revivo como si me hubiera acompañado un pedazo de la naturaleza, ¿y qué mejor que un pedazo lleno de tortugas y estrellas? Ahí en la tina nos dieron las 5 de la mañana y por esas horas me empezaron

a dar ganas de pujar. Esa sensación de que empezaba otra etapa me animó mucho, nos animó a todos. Yo me animé mucho porque no sabía que todavía me quedaban cuatro horas de trabajo de parto y que esas últimas horas serían aún más oscuras y dolorosas que las que acababan de pasar. En algún momento en el que mi cuerpo me dejó pensar, consideré la posibilidad de irme al hospital para que alguien me ayudara y me pusiera la epidural. Pero sólo necesité verme, ver mi pobre estado adolorido, encuerado, sudando, para darme cuenta que apenas tenía fuerzas para quedarme ahí, al lado de la cama, en mi casa. Además, juré que Gabriel ya estaba por llegar.

Después de un rato Kelly decidió checarme al ver que no había mucho progreso y me pasé a la cama. El acostarme, el peso de mí misma junto con el de Gabriel en mi espalda, los espacios que se crearon en mis ingles, en mi pecho, en mi cuello, al estirar mi cuerpo, se volvieron espacios de dolor, como si el dolor ahora también pudiera abarcar el aire que me rodeaba. Kelly dijo que iba a alinear mi cuello uterino con mi vagina porque no lo estaban, no entendí nada, pero asentí con la cabeza. La maniobra fue muy dolorosa, ahora era un dolor local, de tejido y herida abierta, pero fue breve. ¿Habré gritado, gemido? Ojalá, pero no lo recuerdo. Después me puse otra vez hincada apoyada con los codos en la cama y ahí empezó una nueva etapa y empecé a conocer y sentir otro tipo de dolor. Uno más oscuro y profundo, como si su capacidad de contener y abarcar más cosas hubiera aumentado. Se llenó con pensamientos que, aunque no los recuerdo con precisión, sé que poco tenían que ver con lo que estaba sucediendo. No estaba pensando en lo que estaba a punto de suceder, no pensaba en que pronto conocería a Gabriel, en que pronto podría tocar y oler eso que ahora me habitaba y doblegaba. Pensaba en la muerte y en que no estaría tan mal morirme. Los dolores venían desde dentro, desde los huesos de mi pelvis, desde mi vientre, y subían por mi espalda hasta llegar a mis ojos y mis párpados, y se

repetían, lastimando todo en cada subida. Esos dolores me hicieron notar que hay un orden en aquello que nos compone, que primero va el cuerpo y que después va la conciencia, o eso otro que somos, y que ésta obedece y se somete a él. Esto lo pienso ahora que lo escribo, en ese momento sólo se me dibujaba la muerte como algo plácido y muy dulce. Y no era que mi cabeza pidiera morir, era un reconocimiento de mi tamaño y de mi estado agonizante y la sensación serena de no querer ganar. Como de estar luchando inútilmente con el mar y ese sentir, no ese saber, que la única opción digna es rendirte y dejarte llevar. Recuerdo la oscuridad que había, con mis ojos abiertos o cerrados. No sé cómo, pero pronto regresé a la tina. Ahora pienso que el agua me estaba llamando y esperando. Una vez adentro, después de un rato con todo mi cuerpo comprimiéndose y contrayéndose, sentí cómo estalló el saco amniótico. Sentí un globo interno reventándose y anunciándose. También fue evidente para todos porque el agua de la tina se enturbió un poco. Y poco después de eso (¿una hora?) empecé a sentir a Gabriel, ahí, atorado en mi vagina, empezando a esforzarse para salir.

Es imposible sentir la diferencia entre el esfuerzo del bebé y el esfuerzo de tu cuerpo, pero sí era muy claro que no era yo. Empecé a sentir cómo bajaba un poquito cada vez que mi cuerpo pujaba. Ahí Kelly me preguntó si quería tocarme y tocarlo y sólo le dije que no, moviendo la cabeza. Por dentro pensé que a quién se le ocurría preguntarme una salvajada así en un momento de tanto ardor y de locura, pero algo se me quedó porque, para el parto de Maia, mi segunda hija, tan pronto su cabeza y su pelo se asomaron un poquito, la quise tocar toda. Y así, hincada, recargada con los codos en un banquito que estaba dentro de la tina, casi en cuatro puntos, empecé a sentir entre mis piernas la cabeza de Gabriel. Mientras salía la cabeza pensé que tal vez para que él naciera tenía que morirme yo, pero no fue así y me quedé viva. Después su cuerpo salió ya con más facilidad. Kelly estaba detrás de mí recibéndolo y, por debajo del agua, lo

movió hacia enfrente, y yo me hice hacia atrás para pescarlo y sacarlo del agua.

Lo recuerdo chiquitito y mojado en mi pecho. Su olor. Su temperatura calientita. Sus ojitos abriéndose y, una vez abiertos, su esfuerzo por mantenerlos así. Recuerdo a Armando atrás de mí, afuera de la tina, dándome besos y abrazándome, intentando que el abrazo también envolviera a Gabriel, y a Kelly escuchando el corazón de Gabriel ya directamente en su cuerpecito, con él en mi pecho. Y este momento lo recuerdo con mucha nitidez porque Laura hizo un video y lo he visto mil veces.

Yo casi no podía moverme, sentía que me dolía el espíritu del espíritu, pero con la ayuda de todos Gabriel y yo llegamos a la cama, conectados. Gabriel conectado a su placenta que todavía estaba dentro de mí. Ya era de día y había mucho silencio. Habían pasado 23 horas desde que empezó mi trabajo de parto. En algún momento Kelly me preguntó si sentía ganas de pujar otra vez, para el alumbramiento de la placenta, y le dije que no. Pero un rato después sentí algo raro y me dijeron que me hincara. Lo hice y hubo más contracciones, pero ya se me olvidaron. Y así salió la placenta. Kelly la abrió y me la enseñó y pude ver el agujero por el que había salido Gabriel. Kelly la checó, la puso en un recipiente, y ahí se quedó un rato mientras todavía seguía conectada a Gabriel. Después, Armando quiso cortar el cordón umbilical y recuerdo que el primer esfuerzo con las tijeras fue inútil y que tuvo que reacomodarse para volver a intentarlo y lograr cortarlo. Después Kelly me checó y vio que sí me había desgarrado. Me dijo que podía escoger, dejar que la herida sanara sola, pero que sí me dolería y estorbaría por algunos días, o ayudarle a sanar más rápidamente cosiéndome dos o tres puntos. Me sentía tan rota que la imagen de unir dos pedazos, de reparar una herida, me atrajo más que la imagen de algo abierto y decidí que me cosiera. La recuerdo con una linterna en la frente y yo abriendo las piernas hacia las

tres ventanas largas y grandes San Franciscanas de nuestro cuarto para que me diera la luz del sol y que ella pudiera ver bien. Recuerdo cuando aplicó la anestesia local. Yo no podía creer que el dolor, con todas las formas nuevas que acababa de conocerle, todavía no cesara. Ahora ardía, y era rojo y húmedo. Quería dejar de estar en mí, aunque sea unos minutos, quería cerrar los ojos y descansar de mí y de la vida por lo menos unas horas, unos días. Quería cerrarme, envolverme. Pero no, ahí estaban todas las partes que me componen más presentes y expuestas que nunca.

Tengo una imagen impuesta, que nunca vi, pero que me contaron y que me encanta. La de cuatro mujeres dormidas o recostadas en la sala: mi mamá, Kelly, Laura y Michelle. Michelle es otra partera que, como protocolo, llega en la última hora para que en el momento del nacimiento una partera pueda checar al bebé y otra a la mamá. Cuatro mujeres llenas de recuerdos e imágenes de partos muy similares al mío. Cuatro mujeres expertas en el nacimiento humano. Ellas así y ahí, mientras Armando, Gabriel y yo estábamos en la cama de nuestro cuarto, en silencio, recostados.

La luz del sol que entraba por las ventanas estaba caliente y todo nuestro departamento olía al té de canela que mi mamá acababa de hacer. Todavía puedo ver y oler a Gabriel a mi lado, su cuerpo redondito, su pancita respirando profundamente, sus ojos cerrados e hinchados, su cabello negro, y también puedo ver la mirada tierna de Armando al verlo y verme. Esa que nació ese día y nunca se le fue. A mí me recuerdo tranquila pero queriendo llorar, pero llorar requería de una fuerza que yo ya no tenía. Ahí recostados pensé en Martí. En mis ganas de contárselo todo, especialmente lo de mi yo-tortuga en la noche estrellada. Y vi a Gabriel y pensé en su espíritu. ¿Será esa otra parte que nos compone? ¿Será que a nuestro espíritu lo componen los espíritus de las personas que hemos amado y que ya no están? Cuando pienso en el espíritu pienso en eso que se nos

queda, en nuestros recuerdos, al pasar los años. En eso que nos transforma o se nos transforma, a pesar de nosotros, con el amor con el paso del tiempo.

Nunca he sido muy fuerte, y después de parir me sentí más rota y débil que nunca, al menos durante los siguientes 4 meses. ¿O habrá sido más tiempo? Sin embargo, ahora, 4 años después de que nació Gabriel, el acto de recordar los partos de mis hijos se siente como dar bocanadas de fortaleza y de amor. Bocanadas de amor hacia mis hijos y también de un amor agradecido hacia mi cuerpo, bocanadas de amor y de agradecimiento que al darlas me llenan de fuerza.

ENVIDIA

Martha Bátiz

Quizá no debí contarle nada a mi madre, pero en aquella época nos hablábamos por teléfono a menudo y, como mi vida consistía de vivir todos los días el mismo día, cualquier cosa que rompiera con la rutina se convertía en noticia, incluso cuando no era buena. Vivíamos en un departamento pequeñito, de dos recámaras, en la planta baja, desde donde me era fácil sacar a pasear a mis gemelas de dos años de edad y a mis perritas y mi gata, que tenía desde que era soltera y se habían ido a vivir conmigo cuando me casé. Mi esposo viajaba constantemente y perdí la cuenta de los días que pasé sola, acompañada tan sólo por ellas cinco, sin cruzar una sola palabra con nadie que pudiera hilar una oración completa. Aquella tarde, sin embargo, mi esposo estaba en la ciudad y yo estaba alistando a las pequeñas para cenar y acostarlas. Si terminaba temprano, podríamos quizá platicar un poco él y yo. Ver algo en la tele juntos. Tener una vida de adultos —no, perdón, exagero, *unas horas* de adultos—, un respiro en medio del sofoco de las canciones de Barney, Dora la Exploradora, Disney, Cri Cri. Cada movimiento era parte de una coreografía que me sabía de memoria: bañarlas, darles de cenar, cepillarles los dientecitos, la rutina de acostarlas (que implicaba quedarme con ellas hasta que se durmieran), salir del cuarto a recoger la cocina, hacer la lavandería, lo que fuera necesario si estaba sola y, si no, tener un ratito aunque fuera breve de vida en pareja. Mis cinco minutos con la cabeza fuera del agua.

Desde que las niñas pudieron sentarse y caminar, las bañaba juntas en la tina y, al final, sacaba, secaba y vestía primero a una mientras la otra jugaba en el agua, y luego sacaba a la segunda y me ocupaba de alistarla mientras la otra jugaba

en el piso del baño a mi lado. Nunca las dejaba solas en una habitación si no estaban dormidas. Nunca las perdía de vista. Siempre estaban al alcance de mi mano. Esa tarde no sé qué pasó, pero mientras le ponía el mameluco a una, la otra se resbaló en la tina (¿cuándo se puso de pie?) y se golpeó en la carita. Cuando soltó el grito y me volví a mirarla, le escurría un río de sangre sobre el ojo.

Nunca he reaccionado más rápidamente. De inmediato la tomé en brazos (su hermanita ya estaba vestida), la envolví en una toalla y le revisé la cabeza, el rostro, los ojos, tratando de calmar su llanto y el mío y descubrir de dónde venía el torrente, pensando que debía llamar al 911. Tras limpiarla con algodones me di cuenta de que la sangre provenía de una pequeña apertura que se había hecho debajo de la ceja a raíz del resbalón. No parecía una herida profunda que requiriera puntadas, pero definitivamente necesitaba que la viera un médico. Ya no eran horas hábiles y en la ciudad donde vivíamos los servicios de emergencia tenían una lentitud burocrática a menos que alguien tuviera un ataque cardíaco, se estuviera asfixiando o desangrándose. Lo aprendí cuando pasamos casi diez horas en el hospital porque la otra de mis nenas, saltando sobre la cama y jugando conmigo y su hermana, tuvo una mala caída y se fracturó la muñeca. Incluso tuve que volver al día siguiente para que le pusieran el yeso. Con esa experiencia en mente, decidí explorar otra vía. El primo de mi marido era médico, así que lo llamé. Tuve suerte de encontrarlo en casa y le conté lo ocurrido. Me dijo que le llevara a la nena, así que de inmediato le avisé a mi esposo que nos veríamos en casa del primo y le expliqué por qué. Salí hecha una energúmena y una loca con las dos niñas en brazos, rezando que el golpe no fuera nada grave, que no le dejara cicatriz, que todo saliera bien. Y por fortuna así fue: a la nena le pusieron unas maripositas de tela adhesiva en el párpado, le dieron una paleta y se acabó la historia (pero no mi histeria). La que no dejaba de llorar era yo. No podía perdonarme que algo así hubiera sucedido. Primero

la fractura de la muñeca y ahora esto. Definitivamente era yo una pésima madre. Mi esposo llegó pronto y entre él, su primo y la esposa me explicaron que los niños a esa edad son proclives a lastimarse porque andan en todo, son inquietos, basta un parpadeo para que algo suceda. Yo no estaba convencida, me sentía muy culpable.

Al día siguiente le conté a mi madre en un email lo ocurrido. No sé qué estaba esperando que me respondiera, si nuestra relación ya era tensa, si ya me había dicho que las gemelas eran mi “para que veas lo que se siente”, si cuando iba a México de visita nunca quería ayudarme a cuidarlas ni quedarse con ellas y sólo me criticaba. “Yo a ti nunca te di Gerber, tus papillas siempre fueron frescas y tus pañales no fueron desechables sino de tela porque tenías la piel delicada”. (Sí, mamá, pero no tenías gemelas y sí una nana y una muchacha que te ayudaban a cuidarme. Yo vivo sola con mi marido, que trabaja todo el día y viaja mucho, estoy lejos de mi familia y a cargo de la casa, las niñas, las mascotas y todo lo demás, sin ayuda). Mentira, sí sé lo que estaba esperando: el regaño que sentía merecer ante el descuido. Que me dijera que era yo una madre descuidada y asentir, sí, tienes razón, soy la peor, no puedo con esto, es demasiado para mí. Esperaba que me dijera cualquier cosa menos lo que me escribió:

“Lo hiciste a propósito.”

Fue como si me hubiera clavado una espada por la espalda. ¿A propósito? ¿Cómo puedo hacer que se caiga mi bebita a propósito en la tina mientras seco a su gemela? La tina tiene un tapete de hule, el agua está a nivel bajo para que no haya riesgos, siempre estoy arrodillada junto a la tina —tengo las rodillas permanentemente adoloridas de tanto apoyarme en ellas o ponerme de cuclillas—, ¿cómo se hace algo así a propósito?

“Es que le tienes envidia. Envidias su belleza y la quisiste deformar, desfigurar.”

Lo peor de estar sola en aquel departamento con mis hijas y mascotas fue que no tuve a nadie con quien desahogarme tras leer estas palabras. Sentir envidia de la belleza de mi propia bebé era un concepto que ni siquiera se me hubiera ocurrido que fuera posible. ¿Envidia de una nena de dos años? ¿Deseos de “deformar” o “desfigurar” a mi propia hijita? Me costó mucho trabajo no gritar como el animal herido en que me convertí.

Aquella fue la primera gran ruptura en la relación con mi madre. La primera gran fisura que se fue extendiendo e infectando y desembocó en que me desheredara. Mentiría si dijera que esta última acción suya, tan definitiva, tan cortante, no me dolió. Me dolió, y mucho, pero no por lo material, que por fortuna no me hace falta, sino por la declaración tan abierta de rechazo. ¿No se supone que el amor de las madres es incondicional? Un mito más entre los muchos mitos sobre la maternidad.

Me tomó muchos años perdonarme por los accidentes que mis hijas sufrieron en aquella etapa de su infancia temprana, y no he logrado domar mi aprehensión (se burlan de mí o se enojan conmigo por ser tan preocupona), pero ahora que los retos con ambas son mayores, como ellas, he terminado por aceptar que no puedo controlarlo todo, que soy falible, imperfecta, y no por eso soy una mala madre.

Me tomó mucho tiempo aceptar que aquello de la envidia decía mucho más de mi propia madre que de mí, y liberarme del mal sabor de boca que aquel episodio me dejó. *For the record*, siempre supe que mi madre era mucho más hermosa y talentosa que yo. Todo el mundo lo sabía. Era la realidad: una realidad que, lo digo con toda honestidad, nunca me pesó. Mis hijas se parecen mucho físicamente a ella. ¿Lo que me dijo fue una manera de hacerme saber que creía que yo

la envidiaba a ella? Ojalá hubiera entendido esto antes, ojalá lo hubiera pensado en detalle a tiempo de decirle que no, que no la envidié nunca, al contrario. Admiraba su belleza, su enorme talento. Los admiro todavía, y lo haré siempre.

Me ha tomado tiempo reconciliarme con mi madre y su recuerdo, hacer el balance de los muchos años de buena relación con ella durante mi infancia y adolescencia, una relación que se agrió ya entrada yo en mis veinte y se terminó de fracturar tras mi matrimonio, mi partida del país, y mi convertirme yo misma en mamá, una mamá sin ayuda y con gemelas a su cargo, viviendo a miles de kilómetros de distancia. Ahora pienso que, de tener la oportunidad, hubiera hecho muchas cosas de diferente manera. Pero el imperfecto del subjuntivo no es más que eso, el tiempo verbal de lo imposible, de modo que tuve que optar por lo que sí estaba en mis manos lograr. Perdonarme. Perdonarla. Me tranquiliza saber que ella me perdonó a mí. Lo sé porque su pérdida de memoria le borró la cinta del rencor y la última vez que nos vimos, nos abrazamos como si nada hubiera pasado. Y es que, en efecto, ya todo había pasado.

Ahora cuando veo a mis hijas empezar a tejer el camino de sus vidas con toda la fuerza de sus diecinueve años, me invade un enorme orgullo, una felicidad que no podría envolver ni siquiera la corteza entera del mundo. Lamento tanto que mi madre no pueda verlas. Lamento que no haya visto las maravillosas mujeres en que se han convertido. ¿Envidia de mis hijas? Jamás de las jamasidades, como bien dice una amiga salvadoreña que pregona el “amor radical” que, ahora lo comprendo, es el mismo que yo siento, el que definiendo, el amor con el que me identifico. Porque un amor radical, en su exceso, puede herir, pero es también avasallador, y esa palabra define lo que me hincha el pecho cuando miro a mis tres hijos, y define también aquellas sensaciones que, cual rémoras, lo acompañan: el cansancio, el miedo, la rabia, la inmensidad, la claustrofobia, la preocupación, la angustia, la

(im)paciencia, la frustración. Todo eso que viene incluido en el paquete de ser mamá pero no se anuncia en ningún libro que hable sobre los embarazos y qué esperar después.

DÍAS DE PANDEMIA

Maya Morales

Estoy haciendo arroz con leche, no sé hace cuánto tiempo que no lo hacía, ni siquiera es un postre que se me ocurra hacer seguido, pareciera que la cuarentena y esta pandemia me invitan a cuestionarme mi amor por la cocina.

Mientras muevo lentamente el arroz para que no se queme, voy probando sorbitos, imaginando a mi bisabuela preparar la cena para diez: un arroz con leche, un bolillo o un pan de dulce... no sé si el gusto por la cocina sea realmente una lealtad con mi padre que amaba cocinar... nunca ha tenido un significado de imposición patriarcal para mí, creo que el único lugar en donde se me mostró la igualdad en casa era a la hora de cocinar. Es también mi momento de silencio, en donde las interrupciones son juguetonas. He cocinado más que nunca en este encierro: galletas, pays, wraps, pan árabe, pan de caja, dulce de leche... me he dado cuenta cuántos kilos de azúcar soy capaz de comer y he tirado por la borda todos los juramentos de no llenar de azúcar innecesaria a mis hijos.

La pandemia asoma las imperfecciones de mi propia maternidad, trae a colación a todos mis antepasados gritándome al oído, poniendo en duda mis decisiones en la forma de criar y confrontándola, rompiendo lealtades, fortaleciendo lazos.

Soy de esas mujeres que siempre deseó ser mamá, no sé si por un afán inconsciente de restaurar mi linaje, si por lealtades ocultas... supe que estaba embarazada después de un súbito antojo de menudo al despertar, lo disfruté con un tazcal de tortillas calientitas hechas a mano que

sigo saboreando ocho años después. Recuerdo claramente el último día de mi regla, el dolor infinito de mis pechos, el crujido de mis caderas y aquel dolor de espalda que me rompía en dos. Recuerdo con claridad cuando me dijeron que eras niño y con aquellas ganas de comer caldo de pollo, pensé: cómo haré para criar a un hombre dentro de una cultura que lejos de humanizarlos los coloca en lugares absurdos llenos de violencia... recuerdo el puerperio y ese cuerpo transformado que era mío pero que no reconocía, de saberte vivo y mío sin serlo, y yo prestada y presentada ante ti solo para ayudarte a ser únicamente tú y no perderme en el camino.

Los pechos adoloridos, calientes, las noches sin dormir, las miles de preguntas que aún en ese momento no sabía que tú serías capaz de responderme con los ojitos ávidos de conocer el mundo desde primer día; descubriendo ese amor que se gesta, que no es innato, que se da entre dos extraños entre el cansancio, dolor, caca, vómito y llanto... todas las dudas, todos los temores, todos mis asuntos sin resolver con mis propios padres despertando ante la llegada de un pequeño ser al que no debían tocar todos mis monstruos, los que la maternidad despierta muy quedito para no extinguirnos.

Ahí estaba yo, contigo en mis brazos sabiendo exactamente qué hacer después de darte leche, consumida por el cansancio, sostenida por todas las mujeres de mi pasado... y al mismo tiempo rebasada en silencio, delante de esa incapacidad de poder expresar todo lo que se carga cuando se es madre por primera vez.

Me convertí en tu madre hace siete años y en madre de tu hermana hace cuatro... los miedos se asoman de formas distintas con cada uno, ¿cómo hacían nuestras bisabuelas para criar a tantos? ¿O es que la ayuda de todas, de hacerlo en tribu, las sostenía y ahora se nos ha obligado a olvidar para desdibujarnos?

Hay días en los que aún cuando me queda claro que decidí ser mamá, no quisiera serlo. Hay que decir que esos momentos pesan, que la renuncia no es maravillosa, que con cada hijo ganamos risas y amores y perdemos una parte del cuerpo, de nuestra energía, que en lo cotidiano de cuidar y criar se escurre el tiempo para leer, para escribir, para coger... y hay que luchar en consciencia para que no se nos olvide quiénes somos, aferrarnos a los pedacitos de la propia esencia que se quedan queriendo ser apagados por el día a día que provoca cuidar a un otro completamente dependiente.

Ahora grita cada uno por cosas distintas, necesidades distintas: juegos, formas de pedir, de exigir, de dar, de comprender el mundo, de significarlo... acompañar a cada uno supone un reto mental y emocional distinto... y aquí estoy, con lo que puedo y tengo en medio de una pandemia a la que nadie me enseñó a enfrentar, obligada a hacerlo en soledad, entre cuatro paredes, intentando hacerlo todo a veces como si fuera una obligación histórica (¡qué estúpida!), rompiéndome a pedazos... ¿es que existe realmente un hombre que haya entendido de qué se trata la lucha por la igualdad? Mientras las mujeres reconocemos que la lucha es también propia, es cotidiana, es en los pequeñísimos detalles, ellos siguen esperando desde la comodidad de los siglos que todo cambie gracias a nosotras... criar en plena igualdad, en plena consciencia, información...¡carajo!

*

Con los hijos que vienen después del primero la advertencia sobre lo que probablemente se avecine es real: ahora ya has conocido el miedo a que se ahogue mientras duermes, intuyes que las noches sin sueño serán similares, sabes de lo que se tratan las popós explosivas, las pañaleras cargadas de cambios de ropa (mini mudanzas diarias), sabes que si has logrado mantener con vida a uno, lo podrás hacer con dos... tal vez. Olvidamos que cada ser humano es único, y de

nuevo la maternidad está lista para domar cualquier rezago de intolerancia si somos inteligentes para aceptarlo.

Con Carlota todo ha sido distinto, y aún cuando su carácter puede ser una tormenta, el camino que hemos trazado con su hermano ha facilitado mi manera de ser madre... Los mayores terminan siendo labradores y maestros, sin querer les entregamos un costal que viene lleno de piedras, experimentos, sueños y decepciones que no les tocan y que no deberían siquiera rozarlos, pero lo hacen...

Hay días en los que todo resulta abrumador, quisiera extender el minuto de silencio que me dejan, estoy demasiado cansada... son cinco meses desde que no van a clases, cinco meses de habernos convertido en un cuarteto que raya en la locura, que intenta por todos los medios mantenerse cuerdo... pero ¿ustedes qué culpa tienen?, junto con su papá buscamos los equilibrios entre los bordes en días como hoy en que lo único que pido es silencio, en donde no tengo ganas de criarlos, de atenderlos, no me quedan ganas para jugar y sólo escucho una vocecita que pide mi atención mientras escribo, se me rompe el corazón lleno de culpa y enojo porque tengo que sacar lo mejor de mí y hoy no tengo ganas.... Llegan los dos a sentarse a mi lado, sonrío cansada, exhausta... hacen todo por involucrarme en su juego, y tengo que dejar de escribir...

Estallé con Luis Adolfo, ¿vale la pena pedirle perdón cada vez que me equivoco?

Perdóname, hijo, porque hoy que te grité me di cuenta que estaba llena de frustración gritándole a mi padre y a todos los hombres irresponsables de mi historia, que gritaba por mi espacio, por una lucha que no es tuya... espero que algún día logres perdonar todas las veces que te he lastimado por la incapacidad de enfrentarme a mis fantasmas, por cada herida que se reabre o que a veces ni siquiera sé que existe; perdóname porque lo único que ha hecho tu existencia es

mostrarme los caminos para ser una mejor ser humano. Lo único que me ha mostrado tu presencia es renombrar el asombro.

Mamá, mamá, mamá, mamá mira, mira mamá, mamá, mamá...

Los días mejoran: hoy amanecí entre carcajadas, con tu manera dulce, ese es el momento en que deja de importarnos que te apropias de nuestra cama, e irrumpas nuestro descanso e intimidad... llega tu hermano con su pelo despeinado y sus ojitos hinchados para recostarse encima mío y abrazarme fuerte con un poco de vergüenza... es así, siempre más cauto, más reflexivo... quisiera poderlos abrazar mañanas enteras antes de que empiecen a gritar o que tenga que poner en marcha todo lo aburrida que me toca ser... me gustaría ser una mamá más divertida, dejar de sentirme cansada y reír más de las cosas simples. ¿En qué momento nos complicamos tanto?

Desperté y tu pequeña mano me sujetaba. Te vi durmiendo con tu chupón en la boca. Me quedé mirándote un rato... a veces no comprendo por qué me enoja con ustedes.

Un cuento cada noche, una meditación, los arrumacos, el ritmo que toma el encierro y los días en que bailo con ritmo suave a su lado... así todo funciona mejor. Parece que escanean cuando su mamá se siente cansada o frustrada... Adolfo ha regresado a la ciudad de México, de nuevo somos nosotros tres.

A ratos me enoja haber tomado la decisión de quedarme en casa y apoyar la carrera de su papá, dejar la mía en pausa. Por más plena conciencia no hay tal si no se vive, no hay tal hasta que te rebasa el hastío o el dolor de una casa que se viene encima con sus silencios, cientos de ropa que lavar y todo el aburrimiento que implica la crianza.... Soy experta en varios programas infantiles, me descubro atenta

y entusiasmada con alguna historia, me cacho cantando canciones infantiles y con poco espacio para ser adulta, para reírme con amigas despreocupadas. Me tiro en la cama mirando al techo esperando que las horas pasen como si estuviera resignada a una vida de encierro que a veces me ubica en el anonimato.

Pico la cebolla, respiro hondo, un sorbito al caldo de res, aquí no me importa el covid. Nos seguimos abrazando, protegiendo nuestra humanidad, nos llenamos de besos con babas y en las noches de miedo los acojo en mi cama sin importarme el cansancio...

AHORITA VENGO

Mónica Martínez Gómez

Dejé de fumar hará unos 10 años, pero “voy por cigarros” fue lo que me salió decirle a mis hijos desde la puerta antes de salir. No les extrañó en lo absoluto. Ni siquiera creo que hayan escuchado bien qué dije. Al fin y al cabo me la paso diciéndoles “ahorita vengo, voy a tirar la basura”, “ahorita vengo, voy a sacar al perro”, “ahorita vengo, voy a la tienda de la esquina”.

Empecé a hacer estas pequeñas salidas sin ellos hace ya un tiempo porque tratar de hacerlas con dos niños pequeños siempre resultaba, además de una batalla campal, una pérdida de tiempo. Llegó a tomarnos hasta una hora poder cruzar la puerta con la única misión de bajar tres pisos y tirar la basura en los botes del estacionamiento. Si no era que uno quería llevar consigo un muñeco que no hallaba y que era de vida o muerte encontrar para salir, al otro le explotaba el pañal justo en el marco de la puerta.

Así que un día probé dejarlos 5 minutos sin supervisión y bajar la basura corriendo. Muy pronto me encontré dándole una vuelta entera a la manzana a solas con el perro, sin tener que preocuparme porque mientras él alza la pata para hacer pipí, los dos escuincles ya doblaron la esquina a toda velocidad en su monopatín, quedando fuera de mi vista.

Conforme se cierra la puerta del elevador, pienso en cómo siempre he fantaseado con salir un día por la puerta y no volver nunca más. Ni se diga ahora, en medio de esta pinche pandemia: entre los trastes que nunca se acaban, una petición de lunch tras otra, las clases a distancia, las peleas, los gritos, y todo sin ayuda doméstica, sin tiempo

más que para ellos... Estas pequeñas incursiones al exterior por mi cuenta son una forma minúscula de huir de mis hijos, aunque sea por un rato.

Siempre me pregunto si realmente podría hacerlo del todo. No salir por la puerta, porque eso ya lo hago. Me refiero a no regresar. ¿Tendría el valor –o impulso irrefrenable– de volverme parte de las estadísticas que dan origen a ese mal chiste sobre los papás que un buen día dicen que van por cigarros a la tienda y nunca vuelven?

“Madre encierra a sus hijos en departamento y los abandona”, dirían las noticias. ¿Atenuaría un poco el impacto el hecho de sacar a cuento la pandemia? “Madre huye de sus hijos en plena pandemia”. No, creo que hasta suena peor.

“Buenas tardes”, le digo al vigilante con una sonrisa más expresiva de lo usual. Al salir del edificio pienso que al menos el temor de que empiece a sonar la alarma sísmica o a temblar mientras estoy fuera del departamento ya no puede carcomerme como antes. Haber salido huyendo de la Roma a una zona no tan sísmica después del último terremoto fue un acierto.

Antes de traspasar la frontera invisible que es la manzana donde está el edificio en el que vivimos, repaso mentalmente lo que hay en el refri y en la alacena: de hambre no se van a morir, aun cuando parezca que lo hacen cada dos horas. Puedo alejarme un poco más.

Camino un par de calles sin rumbo fijo, aunque definitivamente no iré a la tienda por unos cigarros. Ya hasta me dan asco. ¿En cuánto tiempo notarán realmente mi ausencia? ¿Les importará que no esté o disfrutarán su libertad como lo hago yo ahora? ¿Una sensación de libertad intensificada al saber que es furtiva?

Me siento extraña caminando a mi ritmo, con las manos

libres, sin los sentidos en alerta máxima, cuidando que los niños no choquen con alguien en la banqueta o se frenen en la esquina. Con la tranquilidad de que nadie va a subirlos a un auto sin que me dé tiempo de hacer nada más que gritar, intentar correr y ver cómo se los llevan.

Sacudo mi cabeza para ahuyentar estos pensamientos y recuerdo que ellos están en casa, lejos de esta pesadilla recurrente. En una esquina veo que estoy cerca de un pequeño café que me gusta mucho y por el que cada que paso anhelo sentarme a tomar un café caliente.

Estoy sólo a unas cuadras de casa. Si acaso han transcurrido quince minutos desde que salí, así que en lugar de pedir un americano para llevar, lo pido para tomar ahí. “Bien caliente y con un chorrito de leche aparte, por favor”, le indico al chico en la caja.

– Se lo entrego afuera señora, porque no trae cubrebocas –me dice.

– Ay, disculpa. Sí, sí, claro. No dormí muy bien y ando un poco atarantada.

Caigo en cuenta de que quizás por eso algunas personas me vieron con mala cara, no porque se me notara a leguas que había dejado a mis hijos solos en casa. Bueno, al menos traigo un poco de dinero. De haberlo pensado mejor, habría traído conmigo el libro que llevo meses intentando leer.

Mientras está listo mi café, saco mi teléfono y le escribo a F. para contarle mi pequeña travesura. Es la única de mis amigas mamás que no se escandalizará con esta escapada... O al menos no me lo diría. Digo, ella misma ha dejado a su hija, de casi 7, como mi hijo mayor, viendo la tele mientras baja a desayunar al restaurante que está a un lado de su edificio.

Me escapé de mi casa y dejé a los niños solos.

No es broma, le escribo.

El chico de la caja me entrega mi café. Estar sentada sola en una de las mesas de afuera, a punto de tomarme un café caliente, me parece un sueño. Contemplo la negrura única, con un poco de espuma, de un café recién servido y luego, el remolino que se forma conforme le echo el chorrito de leche. Qué ganas de sumirme ahí. Saco mi teléfono y le tomo una foto para subirla a Instagram. Dudo un poco antes de publicarla, pero al final lo hago. Nadie puede saber que estoy en un café mientras los niños están solos en casa por la foto de un café, ¿o sí?

Soplo un poco y le doy un primer sorbo. Me quemo. Claro, ya no sé ni lo que es un café caliente. Seguramente la última vez que tomé uno fue antes de la pandemia, en otra era.

¿Se habrán ya dado cuenta de que me estoy tardando más de lo usual? Dejo la taza para que se enfríe un poco. Hay gente en la calle, aunque no tan poca como hace unos meses. Tampoco tanta como antes.

En mi teléfono brilla un mensaje. Lo puse en silencio desde que tuve a mi primer hijo, para que no interrumpiera sus siestas y nunca más le devolví el volumen.

¿Qué envidiaaaa! ¿A dónde te fuiste?

Por un café.

¿Piensas regresar o vas a aparecer en las noticias?

Juar, juar. No lo sé aún.

Date valor con una chela. Te haría segunda, pero estoy hundida en trabajo. Cuéntame luego si huyes. 😊

Suelto una carcajada. F. es así... Siempre bromeando con nuestras oscuras fantasías maternas, aunque me pregunto si me pensará realmente capaz de no regresar. ¿O creará que todo es una broma?

A veces no puedo evitar pensar en cómo sería mi vida de haber tenido un solo hijo, como ella. Recuerdo que todo era mucho más fácil de resolver. Ha pasado poco más de media hora desde que salí por la puerta de mi casa, pero se siente como una eternidad.

Estoy siendo una mala madre, lo sé, y a la vez me siento como una adolescente disfrutando una salida conseguida furtivamente, esperando a ver a qué hora la cachan. Aunque, ¿quién me descubriría en falta? Mi familia vive en otro estado. El papá de los niños, mi ex, está trabajando, como siempre, y no hemos llegado al punto de ser amigos. Y por muy aliviado que sea, tampoco creo que se tomaría muy bien esto.

No hay nadie que me reprenda, en realidad. Salvo mis hijos. O mi vecina antiniños, si es que están gritando que están solos y pidiendo ayuda. Ella sí que podría llamar al DIF. Me imagino otro titular en las noticias: “Mamá deja a sus hijos encerrados para irse a tomar un café”.

Es sólo un café, no unos tragos, que sonaría peor. Estoy a unas cuerdas. Van a estar bien, como todas las otras veces, me digo para tranquilizarme. Sólo estoy tardando un poco más de tiempo. No los estoy abandonando, no están encadenados, tienen qué comer y no hay nada peligroso en la estufa o a la mano.

Cuando eran bebés solía pensar que conforme crecieran todo se volvería un poco más sencillo. Que en cuanto dejaran los pañales o se comunicaran más claramente, nuestra vida sería otra. La verdad es que aunque son más autónomos en ciertos aspectos, siguen necesitando mamá para muchas,

muchas cosas. Por supuesto, tampoco imaginé que después de que naciera el segundo, las cosas entre su papá y yo se volverían intolerables. Mucho menos que viviríamos una pandemia de este nivel y tendríamos que pasar meses (¡meses!) encerrados en casa.

Le doy otro sorbo a mi café. Aún está muy caliente. Qué curioso, justo ahora me parece que se ha tardado en atemperarse lo suficiente para poder tomar un sorbo tras otro, pero cuando estoy con los niños, pasa de caliente a frío en un pestañeo. Apenas le estoy dando un trago y alguno ya está desgañitándose porque no encuentra algo que está frente a sus narices, porque la tele no prende, la conexión de internet está chafeando, porque quiere lo que tiene el hermano. Siempre pasa algo y para cuando me acuerdo del café, ya está frío.

Qué ingenua fui al creer que ser una madre presente se me daría fácil simplemente por desearlo, por tener la convicción de ser diferente a la mía. Ser una madre presente y a tiempo completo es duro. Muy duro. Muchas veces, más de las que quisiera, me veo gritándoles y amenazándolos para que me hagan caso. Seguramente no extrañarían esto de mí. ¿Qué extrañarían? ¿Qué recordarían de mí si no volviera?

Veo cómo la gente va y viene. Caminando, en bicicleta, en auto... ¿Cómo la estarán pasando? ¿Cómo será vivir una pandemia sin hijos pequeños pidiéndote cosas cuando ni siquiera has abierto los ojos? Los que tienen hijos, ¿fantasearán también con salir corriendo? ¿Habrà quien ya lo hizo? Me resulta increíble que nadie lo haya hecho. ¿A dónde se habrá ido?

Me quedan sólo un par de tragos de café, pero aún no quiero volver. Me resisto a romper el encanto de este espacio robado a mis hijos para estar a solas, aunque es irónico haberlo hecho y estar pensando en ellos, sin interrupciones. Me pregunto si de no volver, pensaría siempre en ellos. ¿Su

ausencia física no evitaría que sigan tocando botones en mi mente?

Me arranco a caminar nuevamente. Recuerdo que hay una librería a unas cuantas cuadras y me dirijo hacia ella. Compró un cubrebocas en un puesto de revistas para poder entrar a curiosear... Hace mucho que no lo hago porque con dos niños, se siente como entrar a una cristalería con un par de chivos. Muy angustiante. “¿Mamá, qué nos vas a comprar?, ¿mamá, me compras esto?, ¿o qué tal esto?, ¿podemos abrir esto?, ¿me lees?”

Pero ahora no están. Disfruta, me digo. Me pongo a echarle ojo a la mesa de novedades. No estoy buscando nada en particular, simplemente levanto los títulos que llaman mi atención y leo sus reseñas, siempre tan prometedoras. Si la maternidad fuera un libro, ¿qué diría su contraportada?, ¿qué tendría que decir para no sentirte engañada después de leerlo?

Paso un buen rato recorriendo las mesas de libros. No sé bien cuánto tiempo, pero aún no es tan tarde porque hay luz afuera. De cualquier modo, seguro que ya se dieron cuenta que no salí nomás a la tienda. ¿Qué pensarán? ¿Qué estarán haciendo? ¿Habrán intentado salir? ¿Se habrán asustado al descubrir que están encerrados? La palabra encerrados gira y gira en mi cabeza e instintivamente me dirijo a la salida.

Recuerdo haberle dicho al vigilante “ahorita vengo” al salir, como si eso explicara todo. Afuera se escucha de pronto la sirena de una ambulancia. ¿Y si hubiera un incendio? Mi mente formula un nuevo encabezado de noticias: “Niños mueren en incendio. Su madre los encierra para ir por un café”. La inquietud me cosquillea. Mi corazón se acelera. Vuelve, me digo, vuelve.

Me enfilo hacia mi casa. Camino a paso un poco más apresurado, aunque no a trote. Realmente no he ido muy

lejos. Aún siento la inquietud que me generó la sirena de ambulancia. Espero no encontrarme a nadie conocido que me pregunte por los niños. No se me ocurre qué podría decirle sobre su paradero.

Al llegar a la esquina desde la cual se ve mi edificio, me detengo. No hay ningún incendio. No se oyen gritos ni se ve mayor alboroto. El vigilante está abriéndole la puerta del estacionamiento a un vecino, como de costumbre. Pero las ventanas de nuestro departamento que dan al exterior están en completa calma. Se me sume el estómago.

Este es el momento. El momento para no regresar. Puedo hacerlo: sólo tengo que darme media vuelta y caminar sin mirar atrás. Nadie podría impedírmelo.

No sé a dónde iría. No traigo cartera ni chamarra. No tengo claro a quién podría recurrir para que me ayudara sin que tratara de hacerme entrar en razón. Aprieto los puños. ¿Quién descubriría que salí sin regresar? ¿Cuándo? ¿Quién vendría a sacar a los niños? ¿Qué cara pondrían al comprender que no he vuelto? ¿Cómo sería su vida? ¿Cómo se verían de grandes? ¿Los reconocería si los viera?

Ahí parada, me doy cuenta de que he salido por la puerta pero voy a regresar. Irme no sería el escape con el que he fantaseado: seguiría siendo su madre. Sin su presencia física, seguiría pensando en ellos todo el tiempo. O casi todo el tiempo. Como durante esta escapada. Viviría con sus fantasmas.

Avanzo hacia el edificio y entro, sintiendo el café haciéndome efecto. El vigilante no me dice ni pío. Subo aprisa por las escaleras. En el pasillo que lleva a la puerta de nuestro departamento, contengo el aliento y camino rumbo a la puerta de puntillas.

Antes de abrir, pego la oreja a la madera: no se escucha ni un ruido. ¿Habrán encontrado el juego de llaves escondido y se habrán salido a buscarme? Me palpita el corazón de pensarlo, pero el vigilante me habría dicho algo.

¿Habrán gritado y llorado tanto tiempo que cayeron rendidos de cansancio? Meto la llave a la cerradura con cuidado y la giro despacio, procurando hacer el menor ruido posible. Tan pronto abro, veo que todo empieza a estar en penumbras.

Los llamo por su nombre, lo más tranquila que puedo, pero nadie me responde. ¿Me estarán jugando ahora ellos una broma? ¿Me habrán visto en la esquina desde alguna ventana? Inquieta, voy a cada cuarto, abro cada clóset, los baños... No están.

Observo sus cuartos, perfectamente ordenados y suspiro. Me siento en la cama tendida del mayor y siento que fue hace sólo un par de horas que los dejé, aunque en realidad ha pasado una vida. Extraño a mis bebés. Lamento no haberlos disfrutado más, no haber sido más paciente. Lo que daría a veces por regresar el tiempo y escucharlos gritarme “mamá, mamá” una y otra vez con sus vocecitas de niños pequeños.

Ahora sólo vivo con sus fantasmas, no precisamente aquellos con los que pensé que viviría de no haber regresado, pero sí con los que llegaron en cuanto ellos se hicieron adultos y se fueron.



Maternar implica sentirse sola muchas veces, aun cuando el bebé viva pegado a nosotras. Compartir con otras madres, hablar con ellas, escucharlas, leerlas... Son formas de sentirnos acompañadas en esa soledad, de darle sentido a la maraña de emociones que anida en nuestro pecho. Saber de otras madres, lo que viven, lo que piensan, puede salvarnos en esos momentos en los que nos sentimos una isla.



Ser madre te enfrenta cada día con un ser que vas conociendo y entendiendo, o al menos tratando de entender, siempre sobre la marcha: tu hijo. Al mismo tiempo, te encuentras con la niña que fuiste, la madre que tuviste, la que te hubiera gustado tener, la que te gustaría ser. Estas voces con expectativas disonantes, a veces feroces, terminan convergiendo en la que eres y puedes ser: la madre que tu hijo necesita.



A una le sale lo madre sin importar la edad de les hijos.

ÁLBUM DE FAMILIA

Noemí Martínez

Llevo alrededor de un cuarto de hora sentada en la sala de espera. La puerta del consultorio está cerrada. Pienso en que quizá transcurran los 45 minutos restantes y no me alcancen a llamar. No estoy segura de querer entrar. Aunque sé que necesito ayuda, sé también que no he aprendido a pedirla, como tampoco sé ofrecer disculpas. La puerta al fin se abre. Dos mujeres se despiden en un abrazo largo y sostenido. Una agradece, la otra me observa de soslayo. La primera atraviesa el umbral para ocupar mi lugar, mientras la otra me nombra y la saludo. Me invita a pasar.

Hola, ¿cómo estás? Me pregunta mientras abre una hoja del expediente en la que sólo figura mi nombre. Quiero contarle de mi enojo contenido en los juzgados la mañana del lunes pasado, del desgaste que me produce el eterno juicio por la pensión alimenticia, de la impunidad, del cinismo, la hipocresía y la mezquindad de Elway y su familia, sin considerar al tonto de su abogado. Quiero contarle de mi pérdida de memoria, de cómo me descubrí anteayer en el estacionamiento del banco buscando con desesperación mi tarjeta para hacer un retiro, ir a hacer el súper y pasar a pagar el agua. De cómo revisé cada uno de los recovecos donde supuse que podría estar el plástico. De cómo fui encontrando el recibo del agua, la lista del mandado y el mandado mismo en la cajuela; el comprobante y el dinero al interior de mi puño apretado. Del miedo que sentí cuando, incapaz de hacer el recuento, intenté volver en mis pasos sin poderme explicar cómo llegué hasta allí y me eché a llorar. Por otra parte, comprendo que se trata de una pregunta retórica, que no estoy sobre ese diván por mí sino por mi

hija, y no es el momento para contárselo. Respondo entonces que estoy bien y dejo que sea ella quien me explique de qué va la sesión.

Poco después me dirige hacia una mesita donde hay hojas, acuarelas y lápices de colores. Me pide dibujar un paisaje. Imagino un prado con una enorme jacaranda y me las arreglo para que eso parezca. Me solicita integrar a la imagen otro elemento de la naturaleza. Pienso en la familia de golondrinas que habita el doble nido de nuestra cochera, dibujo en extremos opuestos ambos nidos. Cuando me estimula a agregar un tercer elemento, dibujo un personaje que se detiene a apreciar el vaivén de las golondrinas que sobrevuelan la jacaranda. Me da tiempo para detallarlo.

En seguida me pide describir mi boceto. Me induce a ubicarme en cada uno de los elementos que he trazado, repensarme siendo el árbol, una golondrina y el espectador. Me incita a plasmar al reverso de la hoja lo que veo, lo que siento y lo que pienso. Reconozco que situarme en cada uno de estos lugares me da distintas perspectivas. Al ser una jacaranda me percibo magnífica, sabia, morada y verde, protectora, dadora de una enorme sombra, al tiempo que lluevo flores alfombrando el paraje convirtiéndolo en un lugar apacible, acogedor. Al tomar el papel de la golondrina me siento concurrida, el primer concepto que viene a mi mente es el de comunidad, pienso en la multiplicidad y el fortalecimiento de los vínculos que se crean con cada vuelo, en el privilegio de poder acudir a otro nido. Al ser el espectador intento alejarme de los juicios impuestos por el deber ser. Me cuesta no opinar desde lo extraña que me resulta la interacción que tienen las golondrinas de mi cochera. Una noche, mientras mi yo voyerista los espiaba, vi que uno de los pajaritos –el macho, claro está– prefería ir a dormir al nicho deshabitado. Reparé en que esa costumbre comenzó desde que empollaban, no era raro que ahora dejara a la andarina sola y de noche a cargo de las crías. Cuando

Noel, mi esposo actual, me preguntó qué hacía, le conté la dinámica de los golondrinos y él me aseguró que era normal, incluso sano: *el pajarito necesita espacio, su espacio. Si no, ¿en qué momento va a pensar?* En otra ocasión llegamos a casa cuando ya estaba oscuro, permanecemos dentro del auto y observamos juntos a la familia. Días antes constatamos que habían nacido cuatro crías, sin embargo, ese día parecía haber una multitud mayor. Efectivamente, al filo del nido enumeramos tres aves adultas, Noel y yo formulamos teorías distintas. Por ejemplo, yo pensé que era un descaro del gorrión llevar a presentarles su nueva conquista a los pajaritos bebé y a su mamá, me enojé muchísimo y quise culpar de la desavenencia al nicho desocupado. No digo que una cosa fuera consecuencia de la otra, pero al tercer día encontramos un pajarito pequeño y malnutrido en el piso. Al parecer, los débiles no tienen cabida en las alturas, lo echaron por no defender su lugar y su comida. Las crías crecieron y estaba más que justificado que el golondrino papá no durmiera con ellos, apenas cabían. Mientras los andarinos emprendían sus primeros vuelos, el macho había vuelto a anidar con una pajarita distinta. Quedaban tres de las cuatro crías a quienes los padres aún alimentaban.

Otra mañana nos dimos cuenta de que uno de los bodoques estaba en el piso, supusimos que mientras aprendía a planear, ensayaba su aterrizaje. Empero, pasó el resto de la tarde de espaldas en una esquina, como avergonzado de no poder ascender. Esa noche le dimos asilo, lo metimos en una cajita, le dejamos agua y pan molido para que agarrara fuerza. Al día siguiente lo subimos al nido donde encontré disecado al tercer pajarito. No supe bien qué hacer, así que con cuidado lo dejé allí, esperaba que los padres le dieran la enhorabuena y repitieran la lección de pilotaje. A los pocos minutos descubrimos que estaba de nuevo en el piso, el último de los hermanos iba y venía de un cable colgante a su esquina, como queriéndolo alentar. Se rindió ante las deficientes alas del regordete y pasó el resto de la mañana

a su lado. Supongo que también había enfermado, al cabo de unas horas se entumió hasta caer de costado. Intentamos reanimarlo pero no había mucho más que hacer. Lo que quedaba de la familia emigró a los pocos días. Por un tiempo me cuestioné si al notar la inesperada conducta familiar debí haber derribado ese segundo nicho, pero cómo iba a imaginarme una narrativa con un final tan triste. Además, quién soy yo para moralizar a los gorriones.

La terapeuta insiste y me pregunta: *de qué te das cuenta, para qué te es útil*. Aprecio en lontananza que mi jacaranda tiene el aspecto de un cerebro. Enuncio los lóbulos frontal, parietal, occipital y lateral. Distingo en el área frontal uno de los nidos, el otro está más cerca del cerebelo. Equiparo los nidos con neuronas, echo en falta muchos otros entre el parietal y los laterales. Asimilo a mi familia extendida con cada uno de esos nidos. Amplío la analogía y pienso en términos de sinapsis, en cómo las conexiones en desuso se van relegando hasta llegar al olvido y convertirse en nichos desiertos. Caigo en cuenta de lo afortunada que he sido, pues al poco tiempo de mi divorcio encontré una familia maravillosa que nos adoptó a mi hija y a mí. Fuimos muy felices, nos consolidamos como familia y disfrutamos de una extraordinaria abuela cuentahistorias —que dicho sea de paso preparaba la comida más chiqueona y deliciosa— sumamos tíos generosos y primos amables que nos regalaron estampas llenas de risas, abrazos y complicidad. Una vez que volvió a ser necesario emigrar, encontramos a los Grijalva, que nos ayudaron a sanar y a amplificar nuestra consciencia. Se multiplicaron los abuelos y con ellos el amor, la aceptación, el respeto, la paciencia, la confianza, llegaron más tíos y más primos que nos hacen sabernos arropados y fuertes. Advertí que la vida son esos constantes viajes, que mis hijos y yo tenemos la certeza de que siempre hay cerca una estación donde hacer escala. Sonrío, me doy cuenta de que no necesito el enojo, que sólo preciso comenzar por perdonarme algunas malas elecciones. Respiro y me

despido. Me siento profundamente agradecida, me urge salir a acicalar las alas de la joven alondra que aguarda por mí en la sala de espera.

ESCRITURA EN ABONOS CHIQUITOS DESDE MI COMUNA NUDISTA

Olga de la Fuente González-Karg

I'm just like any modern woman, trying to have it all.

Loving husband, a family.

*It's just, I wish I had more time to seek out the dark forces and
join their hellish crusade.*

Morticia Addams

2 de mayo

Hoy mientras acompañaba* a Mijita A a sus clases en línea, escuché a Mijita B jugar sola con sus muñecas. “¡Ya se acabó el coronavirus! ¡Ya podemos salir!”, festejaba. Festejaban las muñecas. Tal vez todos deberíamos de jugar a que esto termina.

Hace tiempo que dejé de pensar en el regreso a clases. Mejor me hice a la idea de que voy a seguir siendo la maestra de mis hijas por un buen rato. Hay días mejores que otros. En los días malos, sueño con dormir un sueño profundo hasta que esto termine. Pero ese sueño podría durar años y entonces me perdería de muchos momentos entrañables. A veces quisiera salir huyendo; más de una vez me he encerrado en el coche a llorar. Cuando apenas llevábamos dos o tres semanas de confinamiento hablé con mi psicólogo por videollamada. Me sentí tan feliz de ver a otro ser humano que olvidé mis temas de ansiedad y entonces él me declaró emocionalmente estable y casi me dio de alta. Recuerdo que

me preguntó si había llorado. Le dije que no. Después de colgar caí en la cuenta de que no había llorado por falta de tiempo, y eso me puso mal. (Esto es lo equivalente a llevar tu coche al taller porque está haciendo un sonido extraño, que tu coche funcione perfecto frente al mecánico, y que el sonido regrese cuando ya te fuiste y el taller cerró.) Los diez días subsecuentes los pasé llorando (adentro del coche estacionado y también fuera de él).

(*Acompañar a sus clases en línea: sentarse al lado de la niña a repetir frases inspiracionales como “pon atención”, “no juegues con mi computadora”, “tu goma está frente a ti”, “yo no lo puedo hacer por ti” y así. Repetir hasta el cansancio.)

3 de mayo

Hace varios días que todas las pláticas de Mijita B empiezan con “cuando se acabe el coronavirus...” Se está volviendo una obsesión. Tiene tres años.

4 de mayo

Anoche soñé con piojos. Piojos en mi cabeza. Piojos en el lavabo. Piojos gigantes, saltarines y voladores. Desperté angustiada y llena de comezón. En la tarde busqué en Google por qué Britney Spears se rapó. Entre todas las razones que encontré –que más que razones eran especulaciones de sus fans– me gustó la de la tatuadora, que dice haber estado con ella ese 16 de febrero de 2007. Al parecer, Spears le dijo que se había rapado porque estaba harta de que todos le tocaran la cabeza. Hay una extraña lógica en esto: Britney intentaba retomar el control de su vida. Me pregunto cuánto tiempo se habrá ahorrado en peinados y lavados y cepillados en las mañanas subsecuentes a su crisis. Me pregunto también si los calvos sueñan con piojos y despiertan agitados. Seguro que no.

5 de mayo

La pandemia tiene sus ventajas. Yo, por ejemplo, vivo en una comuna nudista. Las mijitas son almas libres; la ropa les estorba. Desnudan a sus muñecas y corren ligeras mientras avientan calzones, vestidos y calcetines sin ninguna intención de recoger. En otras circunstancias, haría como que guardo el decoro y me apresuraría a taparles sus partes expuestas. A falta de público, las niñas deambulan encueradas y llenas de collares de colores que ellas han hecho. Supongo que será complicado readaptarlas a la sociedad, pero ya habrá tiempo para preocuparse por eso.

6 de mayo

Lista de cosas que he encontrado en la casa de campo de mis padres donde paso la cuarentena:

- Una “guía definitiva para trabajar con los chakras”. Después de una lectura rápida de aproximadamente cuarenta segundos, he llegado a la conclusión de que experimento inestabilidad en mis campos bioelectromagnéticos.
- Una especie de huipil egipcio. Es de algodón blanco y me llega hasta los tobillos. La primera vez que lo usé, me lo puse al revés y no me di cuenta hasta la tarde cuando mi esposo me preguntó que de quién era esa bata. A mí me parece que es una bata muy elegante.
- Once libros de técnica de navegación a vela.
- Una receta para un cóctel, escrita en una comanda de restaurante. La encontré adentro de una caja de madera labrada, en la biblioteca del tapanco que hemos convertido en nuestro centro de operaciones. No reconozco la letra.

Comanda 14782

Rodajas de pepino

2 oz de tequila blanco

1/2 oz de endulzante

Hojas de hierbabuena

5 granos de pimienta negra

Jinger (sic) ale

Agua mineral

- Una fotografía de mis papás a principios de los noventa. Están sentados frente a una mesa redonda. Hay otras personas fuera de cuadro. Lo sé porque recuerdo ese día. Fue un evento de los padres de niños veleristas y yo era la niña velerista de mi casa. Alguien tuvo a bien congelarlos a media carcajada. Mi papá mira a la cámara; sus ojos se ven diminutos de tanto reír. Mi mamá mira a alguien que está junto a ella: supongo que se trata del o de la responsable del chiste (alguien tuvo que haber contado un chiste). Soy una clara combinación de los dos: la sonrisa de mi mamá, los ojos de mi papá. No heredé los rizos de Marilyn moderna de mi mamá; tampoco la calvicie prematura de mi papá. Quisiera ponerme el suéter con veleros bordados de mi papá, envolverme en el chal anaranjado de mi mamá y abrazarlos a los dos. Hace poco le pregunté a mi mamá si alguna vez había sido feliz en su matrimonio. Ella me contestó que las épocas de las regatas y los viajes con otras familias veleristas fueron sus favoritas.

- Siete frascos de desmaquillante para ojos sensibles. Todos de diferentes marcas. Todos a punto de terminarse. Yo tenía la misión de acabar con todos los excedentes de esta casa, pero llevo casi dos meses

sin maquillarme. Ayer intenté desmaquillar a las mijitas después de que usaron sus plumones para pintarse como personajes de película ochentera de Almodóvar. Fue inútil. Les ardió la cara y ni siquiera se les quitó la pintura. Sospecho que ya caducaron.

- Diez gorras manchadas de bloqueador y decoloradas por el sol.

- Siete rompevientos.

- Doce sombreros.

- Arañas. Una por cada noche que hemos pasado aquí. Todas han perecido bajo el golpe de un ejemplar antiguo de la revista *Architectural Digest*.

- Unos premios para perro. Cordelia, nuestra mascota de 8 años, encontró unos palitos de carnaza que estaban escondidos en una especie de cubeta ornamental de madera con tapa y caracteres chinos. La cubeta se encuentra junto a la chimenea y tiene un mecanismo secreto para abrirla. Cordelia se sentó junto a ella y me miró fijamente durante diez minutos hasta que se me ocurrió investigar. Me atrevo a clasificar este suceso como uno de los momentos más felices del encierro de la mascota. (Como si ella percibiera el encierro...)

7 de mayo

La dramaturga Sarah Ruhl, en su libro de ensayos *100 essays I don't have time to write on umbrellas and sword fights, parades and dogs, fire alarms, children and theater*, utiliza una estrategia para explicar la sensación de una escritura en constante interrupción: cada vez que uno de sus hijos la interrumpe, deja la oración a medias y... También publica los dedazos de sus hijos en el teclado4947vndhe738. Si yo la

imitara, este texto sería una colección de frases sin terminar. Recuerdo que cuando vivía en Nueva York y no tenía hijas, pasaba mis días en una oficina para escritores necesitados de un espacio libre de distractores donde estaba prohibido hablar. No se escuchaba nada más que el sonido de dedos tecleando con frenesí. Hoy vivo rodeada de tanto ruido que no escucho ni el sonido de mis pensamientos. (Las voces y las pisadas de las personas chiquitas son de grandes alcances.) Sin embargo, he aprendido que sí es posible trabajar así. Lectura y escritura en abonos chiquitos.

8 de mayo

Cuando termine el aislamiento, voy a

(No. Nadie me ha interrumpido. Hoy simplemente me siento incapaz de imaginar. Además, ¿qué podría escribir que no se haya dicho ya y que no sea un lugar común?)

9 de mayo

He aprendido que un *ronin* es un samurái desempleado. Lo cuenta Rivka Galchen en su libro *Pequeñas labores*. Necesito inventarme una palabra exótica que defina mi estatus de escritora desempleada. Me ahorraría muchas explicaciones. (La gente es muy rara y siempre quiere saber a qué te dedicas cuando hay tantas otras preguntas mucho más interesantes, como por qué los 47 *ronins* de la leyenda japonesa regresaron a la vida doméstica antes de vengar la muerte de su amo.) Mientras tanto, la próxima vez que tenga que llenar una forma oficial, escribiré *samurái desempleada* en la columna de profesión: si escribo *ronin*, casi nadie me va a entender, y hay algo de caché en la palabra samurái. ¿Cuántos desempleados dejará la pandemia? Vamos a necesitar muchos términos para todas las profesiones.

10 de mayo

Hoy murió Rafael. Después de casi 45 días en terapia intensiva, su corazón no resistió más. Duele mucho. Duele ver triste a la gente que quieres.

11 de mayo

Mis días deambulan entre la preocupación y la (sobre) ocupación.

12 de mayo

Soñé que veleaba. O más bien intentaba velear. Una regata estaba por comenzar, pero cada vez que intentaba salir al agua, algo olvidaba y tenía que regresar. Al final me quedé en tierra porque alguien me dijo que las olas del mar estaban llenas de coronavirus. Esas olas gigantescas que rompían frente a veleros diminutos me provocaron una maraña de sentimientos encontrados: un apetito voraz por la libertad y un terror a lo desconocido. Desperté en una cama rodeada de motivos náuticos.

13 de mayo

Cuando termine el aislamiento, me voy a subir a un velero.

LO QUE SE DESCOMPONE EN EL REFRIGERADOR

Olivia Zerón

Y de repente, un día, ya es octubre. En mi café favorito, cerca de casa, ahora hay pan de muerto. Por meses dejé de venir. El café estaba cerrado y yo no asomaba ni la nariz. Recientemente, me sumé a la nueva tradición de llevar mi propia mesa (dos banquitos de la cocina) al parque de enfrente y pedir que me lleven ahí el desayuno. En vez de sillas, me siento en una banca.

A mi hijo, que en julio cumplió dos años, le gusta esta nueva modalidad. Entre bocado y bocado mira un perro que pasa, corre hacia la fuente que nunca tiene agua, ve algún camión “graaande” o simplemente gira o baila mientras picotea un pan dulce o se embadurna de yogurt o huevo hasta los codos. Las primeras veces íbamos sólo él y yo. “Mami y Pau”, como dice él. Le encanta la calle. Es una fascinación que se le desbordó después de meses de encierro. “¿Vamo a la calle?”, pide varias veces al día. Y cada vez es más específico: “¿vamo al callejón del Aguacate con Apio?”, “¿vamo a casa de los abuelos en México en el coche de mambi?” Me dice mami o mambi, con “b”. No lo corrijo, desde luego.

Ya es octubre. En estos meses raros, de días repetidos e incertidumbre, Pau dejó de ser un bebé y se transformó en un niño pequeñito y parlanchín. Su nuevo vocabulario incluye palabras como “coronavirus” y “cubrebocas”. (Ya me arrepentí de decir que dejó de ser bebé. ¡No ha dejado de serlo! Apenas tiene dos años, sigue usando pañal y sus piernitas aún son gordas. Me niego a aceptar que la pandemia se llevó a mi bebé.)

Durante el periodo de férreo confinamiento, hubo un día en que salimos porque yo tenía que ir por dinero. Recuerdo la impresión que me dio ver las calles vacías, la plaza de los Coyotes acordonada, los negocios cerrados. Mi hijo pedía ir a la fuente y su papá y yo le explicamos que no podíamos pasar. Le señalamos las cintas naranjas. Los coyotes de bronce, sin su acostumbrada fiesta de agua ni personas haciéndose fotos, parecían tristes. Ese día me puse tan nerviosa en el cajero automático que olvidé mi tarjeta. Me imaginaba que entre esas paredes de vidrio anidaban todos los coronavirus. Me eché medio bote de gel antibacterial y al llegar a casa me rocié en Lysol.

La otra cosa que recuerdo de aquella tarde solitaria por el centro de Coyoacán es que fue la primera vez que Pau anduvo, ya con pasos firmes y seguros, por la calle; una manita a su papá y la otra a mí. Para él también fue un acontecimiento: era una personita caminado igual que las demás. Después de eso, nos habituamos a hacer paseos por la colonia sin llevar carriola. Casi siempre salíamos a caminar en fin de semana. Un ratito y luego de vuelta a casa. Todavía no usábamos cubrebocas en la calle. Aún no había consenso sobre su utilidad real para evitar contagios. Ahora Pau nos pide la mascarilla para salir, como si fuera un zapato.

Antes de la pandemia, el plan era inscribir a Pau en un kínder en agosto. Dado que eso no pudo ser, un grupo de mamás nos organizamos en una “burbuja” y nos empezamos a reunir una vez por semana en Los Viveros. Los primeros viernes solo caminábamos, hacíamos picnics improvisados y dejábamos a les niños disfrutar del espacio abierto y la naturaleza. Pero pronto, empezamos a hacer planes para tener actividades más concretas y dirigidas, como la visita que hicimos a una granja en Xochimilco, un lugar verde y hermoso, donde cosecharon tomates, recogieron huevos en

un gallinero y convivieron con cabras bebés en un corral. En nuestra pequeña burbuja los cuidados son colectivos, todas vemos por todes y aportamos lo que podemos, desde el patio donde ahora nos reunimos y comida para compartir, hasta ideas. Así, poco a poco, esta “burbuja” se está transformando en una especie de mini kínder autogestionado en el que entre todas acordamos reglas, analizamos opciones y tomamos decisiones de acuerdo a nuestros tiempos y economía. Ya tenemos unas increíbles clases de música y estamos empezando una nueva etapa en la que habrá actividades de motricidad, arte, ciencia y no sé qué más. ¡Cuánta alegría nos da saber que estamos logrando, con creatividad, no resignarnos al aislamiento y a la ausencia de socialización para nuestras hijas e hijos!

Curiosamente, aunque no me sorprende en absoluto, son grupos de mujeres como éste los que me han sostenido a lo largo de la pandemia. Esta “burbuja” es un ejemplo. Otro, fue el taller “Pequeña labores”, de literatura y maternidad, que cursé cuando el confinamiento llevaba unos tres meses y que terminó durando más de lo planeado porque a todas nos dio un espacio de reflexión colectiva; un paréntesis urgente para abrazarnos a la distancia, escucharnos y fortalecernos: era esperar el zoom de cada sábado para respirar. El taller terminó, pero nosotras seguimos juntas de esa forma amorosa que las mujeres sabemos, y siempre estaré agradecida por eso. Mis amigas también han sido importantes. Las he visto casi nada, pero nos hemos mantenido cerca usando el whatsapp. Ahí nos contamos cómo nos sentimos, compartimos recetas, tips de limpieza y organización de la casa, la vida y el trabajo. También nos aconsejamos en los momentos oscuros en los que alguna se ha quebrado. Siempre siento que están ahí, son mi botón de pánico. Sin embargo, echo en falta su presencia física. Y qué decir de mi mamá, a quien le confesé un día, por ahí de los cuatro meses de encierro, que me estaba asfixiando y me ayudó a recuperar el aire.

Fue así que hice mi primera burbuja con ella, mi papá y mi hijo. Solo así conseguí tener la calma mínima y el espacio, entre el cansancio abrumador, para poder trabajar. En mi casa había ya demasiada tensión y una imposibilidad real para distribuir el tiempo entre lo profesional y las labores de la casa y cuidados, sin ayuda de ningún tipo. Empecé a vivir con mi maleta y la de Pau siempre listas para pasar unos días fuera y luego volver.

Es octubre y en octubre lo que sentimos es que el año se escapó. Pero 2020 partió desde mucho antes, y esto aún no termina. El lugar común de todas las charlas es jugar a pronosticar cuándo habrá pasado esto, cuándo estaremos del otro lado.

– Yo pienso que va a seguir por lo menos hasta la mitad de 2021.

– Todo dependerá de cuándo esté lista la vacuna, dicen que llegará para principios del año que entra.

– Uy, pero falta que se aplique a una buena cantidad de personas en todo el mundo para que sea efectiva.

– Claro, se tiene que lograr eso que llaman la inmunidad del rebaño, ¿no?

– O esperar que se desarrolle un tratamiento...

– ¿Alguien sabe qué onda con eso que le suministraron a Trump?

– Pues que ese tratamiento no es confiable, está en fase experimental.

– A mí se me hace que se inventó el covid como estrategia de campaña.

Y entonces, hay suspiros, silencios... en realidad no tenemos idea de qué va a pasar. Me siento en una especie de *reality show* global en el que se está midiendo nuestra capacidad de adaptación a una situación límite. Me da cierta calma pensar que, al menos, ya sabemos cómo cuidarnos. Esa idea me ha permitido flexibilizarme y qué bueno, porque empezaba a sentir la vida cancelada. No toda la vida, me refiero al disfrute de varios aspectos que la conforman y le dan sentido. Me siguen haciendo falta alegrías y abrazos. Sueño con un abrazo largo, sincero, reparador. También he tenido momentos, confieso, en los que he estado a punto de mandar todo el carajo a pesar del riesgo, pero no lo he hecho. Soy madre e hija. No me atrevo a arriesgar a mis mayores afectos.

Hay quienes piensan que nos hemos doblegado y dejado dominar por la psicosis, y se declaran en resistencia. Sobre esto también he tenido discusiones varias con amistades y personas cercanas, a quienes quiero y respeto. Yo pienso distinto. Soy una creyente de la Organización Mundial de la Salud. En el fondo, me parece que estamos atravesando un luto colectivo de la forma en que solíamos vivir. Una fase del proceso es la negación y cada quien la expresa a su modo. No me refiero al tipo de negación de los antimáscaras, sino a la nostalgia. Yo también estoy de luto de muchas cosas. Últimamente sueño que corro, que no estoy aquí.

Hoy, por fin, me decidí y entré a mi café favorito. Estoy en una mesa al lado de una ventana abierta. Pedí una jarra de té y un pastel de zanahoria. Como antes. Casi. Atrás de mí un señor tosió. Quise venir aquí a revisar mi diario de la pandemia, a ver si aquí me pongo menos triste.

Voy a compartir solo algunos momentos significativos de lo que ha sido para mí un túnel largo y poco iluminado. El cierre será abrupto. De hecho, no habrá cierre. El túnel sigue y lo único que sé, a veces, es que cada día empieza y termina.

Marzo 20

Último viernes antes del inicio de la llamada “Jornada de Sana Distancia”.

Estoy en el banco esperando mi turno. Quiero abrir una cuenta. Hay muchísima gente pero siento la urgencia del ahora o nunca, como si estuviera por golpear un huracán catastrófico, categoría 5, en las costas inexistentes de esta ciudad. Por primera vez siento temor. Me la he pasado haciendo colas en bancos y en cada uno toman medidas distintas. En un Santander te forman afuera y cuando pasas te ponen gel antibacterial. En HSBC no te ponen gel, haces fila dentro pero hay un empleado supervisando que los clientes guarden distancia. En BBVA no están haciendo nada.

Estoy un poco tensa. El tiempo pasa lento. No paro de escuchar tosidos, resoplidos, estornudos... Si alguien se sienta al lado mío, me cambio de lugar sin hacer aspavientos, saco discretamente mi gel y me lo aplico aunque no haya tocado nada. Más vale. Además, hace calor. Ya me quiero ir.

Mientras espero mi turno, pienso en pendientes domésticos. Necesitamos sentarnos a hacer una lista exhaustiva de las labores para que podamos organizarnos y dividirnos de forma justa. Creo que eso podría ahorrarnos muchos conflictos. Es importante que no sea sólo verbal, tiene que haber un papel que diga quién hace qué cada día, incluido todo lo que tiene que ver con Pau. Eso me da igual de miedo que la pandemia, caray.

Marzo 25

Segundo domingo de cuarentena. Estoy triste. Estuve triste todo el día. Agotada.

No puedo con los enojos constantes y los gritos. Mi hijito bebé, que comienza a hablar, repitió un insulto feo. “No exageres”. Voy viendo que lo más difícil del encierro va a ser la pareja. (Odio el “me cago en la puta”, si por lo menos fuera otro)

Marzo 26

Mi agenda dice “cena con amigas de la Prepa”. Nos íbamos a reunir después de años. Se canceló. Hace dos días comenzó la “Jornada de Sana Distancia”.

Abril 8

Pau me dice “te quiero” y me abraza. Es lo más bonito que me ha pasado. Todo lo demás me da igual.

Abril 14

Semana de estrés y agotamiento. Tuve mi primera entrega: un análisis de 10 cuartillas sobre la política energética y medioambiental de un país. Elegí Chile. El día de mi deadline y el anterior estuve sola con Pau, tratando de avanzar durante su siesta, mientras veía videos o lo enchufaba a videollamadas con su abuela y abuelo, y por las noches después de bañarlo y dormirlo, ya sin energía ni capacidad de concentración. Si no hubiera sido por la ayuda de mi mamá a la distancia, no lo hubiera logrado. Casi colapso.

Abril 16, sábado

Tuve terapia en línea. Hablé de cómo puedes estar a piedra y lodo con alguien y aún así estar lejos. ¿Qué significa la cercanía? No basta con compartir una casa, una cama o un hijo.

Se siente raro que el terapeuta vea mi casa y yo ver la casa del terapeuta.

También hablé de la tristeza constante que siento cuando pienso en la gente que la está pasando realmente mal y la va a pasar peor. Impotencia. Desolación. Qué pinche mundo.

Abril 16, el mismo sábado

Terminó siendo un lindo día.

Corté, limpié y cociné nopales del jardín. Pau me ayudó a “transferir” (una de sus actividades favoritas del momento). Transfirió los nopales sin espinas a un recipiente, luego los nopales partidos a una olla con agua, después los nopales asados a su platito de elefante. Le encantaron. Me pedía más. Ahora ama la nopalera. La señala con el índice con el que ordena su mundo. “¡Oa, nopal!, ¡pica!, ¡mmm...!”

Hace unos días Pau lloró viendo un video para niños en el que un ratón le da un mordisco a una luna de queso. “No, no, nooo”, decía con su carita de puchero y lagrimitas rodándole por las mejillas. Me conmovió mucho atestiguar en él esa fragilidad que implica sentir. De eso no lo voy a poder proteger. No siempre. Casi nunca. ¿O sí? Hasta ahora todo lo que lo rodea es amor. ¿Por cuánto tiempo? Está experimentando un enamoramiento existencial. Una

explosión sensorial. Me pide que le ponga piano, escucha, se queda introspectivo. Me imagino su cerebro haciendo asociaciones, atando cabos, organizándolo todo. Mete los pies en nuestros zapatos. “Graaaandes”, dice.

Abril 22

Un sueño: Había una pausa en la cuarentena y la reacción de la gente en la ciudad era salir a correr en estampida por las calles aún sin autos circulando. Yo corría, no sé la razón, por Circuito Interior, cerca del Aeropuerto. Estaba nublado y era de mañana. Parecía que iba a llover. La adrenalina se nos desbordaba, el miedo, un cúmulo de emociones incontrolables. Una manada de cebras huyendo de los leones. Corríamos por correr, sin saber a dónde, por necesidad y rebeldía, para estar AFUERA y sentirnos vivos. Iba sola. Recuerdo la felicidad que me provocaba sentir el aire fresco en la piel, el movimiento de mis músculos, la libertad. Era una felicidad ansiosa.

Mayo 2

A veces me pongo rímel. Color en las mejillas, siempre. Me baño diario (salvo excepciones), me pongo perfume. Casi todos los días me visto igual, con alguna variación. Uso ropa cómoda que también me guste.

No me va el abandono personal, me da para abajo, lo evito a toda costa. Estoy usando mucho un overol de shorts con un top abajo. No quiero ensuciar ropa. Además, me muero de calor. Últimamente me duele la cabeza cuando me recojo el pelo, así que ando despeinada, con paliacates amarrados o sombrero si salgo al jardín.

Necesito esos pequeños rituales de normalidad. Me aferro a ellos. Me ayudan a sentir que los días empiezan y acaban, y a quererme.

Ante tanta adversidad siento la necesidad de hacer una lista de las cosas bonitas que también están pasando, que quiero recordar:

– Pau juega a que toca “la sonatina” en el piano y la tararea mientras presiona las teclas con sus deditos.

– Va a todos lados con una bocina verde para poder escuchar música: “boshina, la boshina”.

– Uno de mis pasatiempos es buscar música para él que me guste también. Disfruto descubrir cómo se va apropiando de las canciones y se las aprende.

– Yo le pongo más piano. Su papá a Miles Davis.

– Tengo tres playlists que son suyas. Una la empecé desde el embarazo. Van creciendo con él.

– Pau se sabe los nombres de las plantas del jardín y les tiene cariño. Entiende, de alguna forma, que vivimos con ellas, que hay que cuidarlas y regarlas, y acariciarlas suavemente. Abraza al árbol de limón. Nuestro jardín, qué fortuna tenerlo.

– Soy niña otra vez y junto con Pau hacemos que todo sea especial: despertar; el primer “hola, buenos días, pedacito”; Elmo, el bebé, la casita, el hipopótamo “Papapopo”, gatito “Silencio”, los cuentos, la foca, el oso, la rana grande, la chica, el piano, nuestro perro Apio y el gato Queniqué; escuchar a los pajaritos cantar e imitarlos; ver llover; abrazarnos en la mecedora del jardín a mirar cómo el viento mueve las hojas de los árboles por las tardes; sentir el pasto con los pies descalzos; cortar limones o nopales; regar plantas y de paso el cochecito; reír hasta el cansancio, hasta

que a mamá le duela la mandíbula; las caricias porque sí, manos chiquitas, manos grandes; el amor en la piel; sanar el dolor, consolar, explicar, SENTIR, sentir mucho, todo: “Pau, ¿te digo un secretito?”; hablar bajito al oído, acariciar con la voz: “todo el universo completito te quiero yo a ti, a ti, a ti”; la orejita que se acerca a mi boca para escuchar otra vez, un susurro que es una declaración de amor a gritos, un susurro que le pone la piel chinita y le provoca sonreír; el abracito de brazos cortitos; “mi niño lindo, mi cotorro”; y el cotorro repite “cotorro”, “cotorrito”, el cotorro entiende un día que él es el cotorro; aprende los colores y las formas, y que en los libros hay palabras que juntas cuentan cosas; le gustan las letras, su favorita es la “P” con la que empieza su nombre, busca “pes” en todos lados, me pide que las recorte; la rana grande está encuerada, la chiquita también, Apio también pero tiene el cuerpo cubierto de pelo, él solo tiene pelo en la cabeza; risas, “pelo en la cabeza”, más risas.

– Tenemos un cuaderno de dibujo y una caja grande de cartón en la que vamos pegando recortes que buscamos en revistas, cuando algo le gusta lo señala y me dice: “¿lo recortamos?”

Mayo 10

Le compré un regalo a mi mamá por el Día de las Madres. Como no nos estamos viendo, se lo mandé a su casa. En una notita le escribí que mucho de lo bueno que tengo como mamá se lo debo a ella. Por ejemplo, una paciencia que desconocía que tenía. Por mi parte, decidí celebrarme pasando un día lindo con Pau. Comimos en el jardín. Me serví una copa de vino. Soy de la idea de que deberíamos aprovechar cualquier pretexto para celebrar. Lo creo cada vez con más fuerza conforme me voy haciendo mayor y acumulo experiencias como terremotos y, ahora, una pandemia.

Me siento sola.

Mayo 13

Antes de Pau perdí un embarazo. Un día fuimos al ultrasonido y la bolita había dejado de latir. Me recuerdo preguntándome reiteradamente ¿por qué no se quedó? Y sintiendo que yo no había sido suficiente. ¡Qué locura! Luego, cuando Pau estaba en mi panza le decía mucho, sobre todo cuando me bañaba, como si en ese momento me pudiera escuchar mejor: “quédate, hijito, te prometo cuidarte mucho y hacerte todo lo feliz que pueda”. Cuando cumplí tres meses de embarazo y decidimos empezar a dar la noticia respiré, pero nunca se me quitó por completo el miedo.

A veces pienso en cómo hubiera sido ese hijo o hija si el embarazo hubiera seguido. ¿Se parecería a Pau? También pienso que si hubiera nacido, entonces Pau no existiría. Esa idea es un muro. No puedo imaginarme que Pau no existe.

Mayo 14

Sueño con levantarme tarde un día.

Mensaje a la terapeuta: *Espero que estés bien. Oye, sé que está difícil la terapia a distancia pero realmente la necesitamos. Estamos alcanzando unos niveles de tensión muy difíciles de llevar. Ojalá me puedas responder para ponernos de acuerdo. Muchas gracias.*

Mi hijo aprendió la palabra “complicado” durante el confinamiento. “Copicaooo”, dice. Curiosamente, eso lo tranquiliza cuando se frustra. Le explico que lo que quiere

hacer es complicado y que poco a poco va a aprender. Él repite la palabra y listo. Ojalá decirla me funcionara de la misma forma.

También entiende qué es equivocarse, otra novedad. La otra noche, después del baño, me enredé para ponerle el mameluco. “Te lo puse mal, me equivoqué’”, le dije. Terminamos en ataque de risa. ¡“Mambi equivocó”! Me gusta que se ría de los errores. Yo también quiero ser así.

Mayo 15

Tengo que escribir sobre mi parto para el taller. En alguna libreta o nota de voz hice el relato meses después, justo para no olvidarlo. Solo pierdo tiempo buscando y me da coraje que se me haya perdido. Siento que no voy a poder recordar bien todo lo que pasó.

Mayo 22

Noticia: ya no odio cocinar. De hecho, me está gustando. Pau me acompaña mientras cocino. Lo siento frente a mí y lo dejo que juegue con los ingredientes. Voy entendiendo que el amor también se da a través de la comida. Es lindo prepararle algo y escuchar de su voccecita que está rico.

En otros temas, Pau tiene tremenda mamitis.

Junio 29

– Pau y yo pasamos el fin de semana en Tequisquiapan con mi mamá y papá.

- Me agobia volver.
- Me entusiasma el nuevo proyecto en el que estoy trabajando.
- Pau canta sin parar esa de Manu Chau de “Me gustas tú” y la va a adaptando: “me gusta Apio, me gustas tú”, “me gustan las guayabas, me gustas tú”, etcétera.

Julio 12

En mi agenda dice, encerrado en un círculo de color rojo: EL CUMPLE DE PAU EN CUARENTENA

Julio 13

En mi agenda dice, encerrado en un círculo de color morado: MI CUMPLE EN CUARENTENA

Julio 14

Para el cumpleaños de Pau hicimos un asado y pusimos una alberca inflable en el jardín. Vino mi mamá. La pasamos bien. Lo malo: mi computadora se mojó porque mi mamá la usó para hacer una videollamada con mi papá y ahora no prende.

Para mi cumpleaños pedimos comida de restaurante. Mi mamá lo organizó. Luego apagamos velitas por segundo día consecutivo y comimos pastel de chocolate. Pau está fascinado con el ritual de las velitas, las mañanitas y, sobre todo, con el sabor del pastel. Su papá y él me regalaron una succulenta grande que se llama Aleta de tiburón.

Julio 25

Pau le canta una canción al coronavirus. También lo encontramos en un cuento. En el dibujo aparece un domador con su látigo tratando de dominar a un microbio. En vez de una fiera salvaje, el domador le teme a un ser diminuto, microscópico, como el que nos tiene ahora sumidos en esta incertidumbre.

Julio 26

“Nosotras”, para referirnos a hombres y mujeres. Hoy escuché a una investigadora hablando así frente a muchas personas en una reunión académica de la especialidad que estoy cursando. Lo dijo así, sin explicación previa, sin justificarse. Me alegró el día de este lado de la pantalla.

Agosto 1

No es sólo la incertidumbre de lo que vendrá, es empezar a dudar si el pasado realmente existió y si fui yo la que estuvo ahí. ¿Qué hago aquí? ¿Mi momento del día es cuando hago una casita de cartón para mi hijo? ¿Dónde quedó mi vida?

Retomé la letra manuscrita. Saberla me constata que hace muchos, muchos años, la aprendí. No sé explicar el placer que me da, la sensación de conexión con mi infancia, con ese pasado que a veces siento perdido. Pienso en dejarlo todo y empezar de cero. Bueno no todo, ni a mi hijo ni a mi perro.

Agosto 15

Testimonio del paso del tiempo es mi hijo, el pasto sin cortar, las plantas que crecen. La lluvia, a veces. Lo que se descompone en el refrigerador. El baño que ya se ensució y hay que volver a limpiar. El barniz descarapelado de mis uñas. Mi pelo cuando se asoman las canas. El nuevo *deadline* que llega y al que nunca sé cómo voy a llegar. No hay tiempo. Nunca hay tiempo para nada. No hay movimiento. Y esta no es la quietud de la calma sino de lo que se pudre.

Agosto 21

Primer viernes de “burbuja” en los Viveros. Pau escaló una montaña de tierra. Se acordó de Mar y Tadeo, aunque hacía mucho que no se veían. Le dio gusto, pero estuvo tímido. No sabe cómo convivir. Este espacio con más niñas y niños era urgente.

A mí también ya se me olvidó cómo convivir. A las mamás de Mar y Tadeo las vi la última vez en una reunión que organizamos para aterrizar juntas la experiencia de la marcha del 8M y el paro del día posterior. Hablamos de feminismo, de cómo había sido la experiencia de cada una. Teníamos ganas de organizar un grupo de reflexión y lectura. Sabíamos que venía la pandemia pero éramos ingenuas. Qué lejano parece nuestro 8M.

Agosto 30

Llevamos medio año de confinamiento y este fue mi primer fin de semana sin Pau y sola. Una parte de mí que se había estado borrando volvió en avalancha. La cama de mi amiga me abrazó y dormí hasta que se me abrieron solitos los ojos.

No puedo pensar a largo plazo pero lo que estaba viviendo se tiene que acabar.

Un día apenas y ya extraño a mi bebé bonito, mi amorcito dulce, ese cuerpecito que se me acurruca, su olor, su mirada profunda. Lo extraño y, al mismo tiempo, lo necesitaba lejos.

Octubre 8

Pau y yo seguimos conversando sobre la lechita de mamá que se acabó. “Pau se la tomó toda”, dice mientras me toca los pechos. Eso también pasó en estos meses, poco antes de su cumpleaños. Hubo días en los que lloró con sentimiento al darse cuenta de que ya no me salía casi nada. Yo le decía que aunque ya no tenía lechita lo quería mucho y me gustaba mucho abrazarlo y darle besitos. Mi mamá se inventó un cuento sobre una mariposa que chupa miel de una flor y también se acaba, y ya no me acuerdo qué pasa después pero hay un final feliz.

Lo más bello de estos meses ha sido el vínculo que se ha formado entre nosotros. La forma en que nos divertimos juntos, la complicidad, acompañarlo a entender cómo se siente. Últimamente inventamos muchos cuentos: yo digo una parte, él otra. Los contamos de memoria en cualquier momento. Sentir sus caricias y besos, y escucharlo decirme abiertamente, muchas veces, fuerte y bajito, que me quiere, me ha sobrepasado. No vi venir esta explosión de amor. No así. Le digo que soy la mamá más contenta cuando me dice que me quiere. No miento. Nunca había recibido un amor así de puro y transparente. Yo sé que es un cliché, pero ese amor le da sentido a todo e ilumina el túnel por el que a veces atravieso. Es mi certeza.

Hay días en que me siento motivada con las cosas que hago. Y entiendo malabares y cansancios. Pero otras, nada tiene

sentido porque el mundo es un lugar demasiado jodido. Y las personas seguimos girando en nuestras ruedas de hámster o persiguiéndonos las colas. En mi momento de quiebre más duro durante la pandemia sentí culpa de ser madre. Sentí que me había encaprichado cuando ni en el mundo ni en mi vida hay condiciones para serlo. También me da culpa haber traído una vida más a esta jodidez (pandemia, calentamiento global, violencia, pobreza). Luego, el *cachorro* me rescata. Y pienso: es esto. Aquí está el sentido de todo. Entonces encuentro paz.

QUERIDO DIARIO

Paula Castagnetti

Así empezaba siempre que escribía en esos cuadernitos con estampas de corazones y tonos rosados que me regalaban mis tías porque era nena. Amaba ese momento de intimidad, escondida para que nadie pudiera descubrir mis secretos dejaba ir en palabras, frases y dibujitos como una forma de catarsis y autoafirmación.

Hoy es parecido, escribir en estos días de encierro y metamorfosis es un poco eso, otro poco intentar ordenarme, otro poco dejar un registro de este proceso tan singular. Gestar en cuarentena.

Como muy poco y me falta energía para hacer casi cualquier otra cosa que no sea comer. Las náuseas, la acidez, los dolores de cabeza y el agotamiento son aparentemente “normales” en el primer trimestre, tan normales que nadie habla de eso. Hubo un día que empecé a mandarles mensajes a mis amigas mamás casi a modo de reclamo: no aguanto más, ¿cuánto va a durar esto?, ¿a vos te pasó?, ¿por qué no me dijiste?

Por costumbre o por instinto intento ordenarme, ordenar el tiempo. Los días son un montón de cosas y también una sola gran amalgama de rutinas domésticas, cocina, limpieza, videollamadas, mensajitos de ¿cómo te sentís? y la ventana, siempre la misma ventana frente a la que el malestar me obligó a pasar muchas horas. Empecé a notar pequeños cambios imperceptibles en ese recorte de la realidad que se exhibe constantemente delante mío. Alguien cambió el foquito de su sala, hay visitas en la casa de la pareja que hace ejercicio, bajaron el toldo en el balcón amarillo y gigante que tanto envidio. El atardecer es uno de los mejores

momentos y la ropa que cuelgan los vecinos en sus azoteas se transforma en personajes animados durante los días de viento. Hubo una tarde en que estuve mucho tiempo, de ninguna manera podría decir cuánto, viendo cómo una blusa sacudida en medio de la tormenta se desprendía de uno de sus dos broches y quedaba sujeta sólo de una esquinita, al borde del abismo de ese cielo inmenso y revoluto. En ese mismo abismo al que a veces podría caerme si no escribiera.

Por lo que leí, el agotamiento está relacionado a esta etapa gestacional, la placenta todavía no está formada y este pequeño visitante abreva todo de mí sin esa bendita intermediaria, seguramente el contexto también hace su trabajo a pesar de mis intentos por atravesar la angustia que me causa la incertidumbre. Esto recién empieza y ya tengo la sensación que gestar es darlo todo, es pura entrega, puro cuerpo dispuesto. La cabeza se me revuelve y me aparecen miles de pensamientos: ¿será momento de traer una vida a este mundo?, ¿este ser eligió llegar ahora?, ¿por qué?, ¿cómo será el mundo cuando nazca?, ¿nacerá?, ¿seguiremos usando barbijos?, ¿le daré de amamantar con guantes? Y así una serie de preguntas apocalípticas y ridículas que terminan cuando me duermo, porque eso por suerte siempre pasa. Dormir.

Hay otros momentos en los que me siento mejor. Entonces la gestación está colmada de una satisfacción muy primitiva e inexplicable. En esos momentos agradezco tener a mi disposición este tiempo de otro orden, en el que puedo observar los pequeños cambios en mi cuerpo, estar en contacto con las sensaciones y procesos más profundos y soñar una vida compartida con esta personita que eligió anidar en mi útero, alimentarse de mí y crecer conmigo.

El hogar

Leo siempre noticias de Argentina como si estuviera allá pero estoy en Ciudad de México, en el hogar que construimos acá desde hace años. Nuestro plan, mío y de Mariano, era

volver a Buenos Aires cuando me embarazara, volver a parir y hacer nido allá al menos un tiempo, cerca de nuestras familias. Me embaracé cuando todo este revuelo sci-fi estaba empezando y ahora no sabemos si vamos a poder regresar según lo planeado. Mi hogar en este momento es un espacio inmaterial, es un tránsito y un devenir.

Sueño mucho, casi siempre estoy embarazada en los sueños.

Hoy el día está gris y me gusta porque es diferente a todos los días soleados de primavera. Sólo le tengo un miedo atroz a la nostalgia que se me escurre sin que me dé cuenta, como el agua que se mete por las ventanas que no cierran bien y que notas cuando ya formó un charco.

La imaginación

Hoy me vi en el espejo del baño con una remera ajustada que me marcaba la panza y las tetas y me impresioné. Le pedí a Mariano que me sacara una foto para mandarle a mi familia.

Necesito las fotos, verme en esa imagen despegada de mí me ayuda a entender la transformación, la plasman en una forma irreductible de mi cuerpo en plena metamorfosis. También necesito que otros la vean. Confirmar en ellos que esto es real, que no lo estoy imaginando, que la panza crece y que todo cambia. En medio del encierro pandémico esas imágenes capturadas son casi la única vía de contacto. Como si pudieran reemplazar el abrazo las aprovecho y me tomo y comparto más fotos que nunca.

A los 15 años con mi primer novio, mientras escuchábamos *Ok Computer*, fantaseábamos con un futuro en el que tendríamos dos hijites, una niña y un niño. Nos encantaba la idea, supongo que algo de eso nos tranquilizaba en medio de tanto desamparo generacional. Iban a llamarse Casandra y Lautaro y eso era todo lo que podíamos imaginar.

Dar vida a alguien más es tan inabarcable que no podés pensarlo seriamente. Después, durante muchos años estuve convencida de que no iba a ser madre, que ese nivel de responsabilidad y entrega no cabía en mis capacidades y deseos.

Alerta meteorológica

Querido diario, hoy por primera vez en mucho tiempo me despertó la angustia. Un llanto como de sudestada. La mismísima cloaca que nace en el centro de mí, drenando su mugre.

Estuve horas así, Mariano me abrazaba y apapachaba con toda su suavidad y ternura pero eso más que consolarme le daba rienda suelta a la congoja. Cancelé mis compromisos del día y me dediqué a dejarme ser en ese estado. Pensé que lo mejor era no pelearme conmigo misma. Dormí la siesta, comí chocolate y hablé con mi mamá. Juntas fantaseamos con la llegada de bebite en un futuro sin cuarentena ni “nueva normalidad”. En algún momento de la charla ella manejó un coche que nos llevó de vacaciones a playas, lagos y montañas. Cocinamos nuestros platos favoritos y descansamos del encierro, el aislamiento y las preocupaciones prenatales. Nunca le dije que estaba angustiada, no hizo falta. Ahora es de noche y el día se me quedó pegado al cuerpo como ropa mojada. Estoy más tranquila pero agotada, a pesar de la siesta de dos horas y media ya estoy empezando a quedarme dormida.

Ya es de mañana, soñé mucho y así y todo siento que el tiempo no se reinició, anoche y ahora son dos espacios en continuidad, un sólo gran bloque. Tengo intacta desde ayer, una sensación eléctrica en mi torrente sanguíneo. El afuera me devuelve un contraste apabullante, la mañana está tranquila y silenciosa. Se oyen pájaros alrededor, algunos en la ventana o en los árboles de la cuadra, otros más allá, la ciudad es infinita y suya a esta hora. La ciudad de los pájaros.

Cada tanto algún coche irrumpe como una ola que se abre y un poco más lejos el susurro de una multitud escondida y asustada.

Todo en mí cambia, el sueño, el hambre, los miedos, las expectativas, las tetas que crecen, el útero que se expande y se pone tirante, la cadera y la cintura que le hacen lugar. La mujer en la que me reconocía sólo existe ahora como parte de un juego constante de equilibrio y desequilibrio.

En mi cuerpo laten dos corazones, uno al doble de tiempo que el otro.

LA SEMANA QUE FUI SOMBRA

Regina Pieck

Hace unos veranos fui a un campamento con mi hermana a San Miguel Regla, Hidalgo. Era un campamento para jóvenes con discapacidades intelectuales y mi hermana necesitaba que fuera con ella una “sombra” o acompañante; alguien que la cuidara y que la ayudara a vestirse, peinarse, comer y bañarse.

La idea de ser su sombra fue mía. Llevaba un año viviendo fuera de México y era una buena oportunidad para pasar tiempo de calidad juntas. Además, también era una manera de poner a prueba algunas de las estrictas reglas que mi mamá había impuesto en la vida de mi hermana desde nuestra infancia. Todos los días, su rutina tenía que repetirse minuto por minuto. Debía despertarse todos los días a la misma hora, vestirse y desayunar cereal libre de gluten y azúcar, leche sin lactosa y fruta. Durante el desayuno, mi mamá o su cuidadora le hacían una cola de caballo con gel, como me la hacían a mí cuando era niña antes de ir a la escuela. Baño en las noches para tranquilizarla, cenar en privado para que no tenga más estímulos y dormir temprano. En general, su alimentación debía ser libre de azúcar y gluten: lo primero, porque podía aumentar sus niveles de hiperactividad, que de por sí ya eran elevados, lo segundo porque un doctor le había dicho a mi mamá que había una correlación entre el comportamiento de las personas en el espectro autista y el gluten. Su conducta podría mejorar si lo eliminaban. No había nada que perder (más que unas deliciosas pastas, pizzas y panes, pero mi hermana no reclamó cuando se instauró el nuevo régimen). En fin, ella también parecía entusiasmada de ver que íbamos a ir de viaje juntas.

Cuando subimos al camión me puse un poco nerviosa, pero intenté ignorarlo. No había calculado que ésta podría ser una experiencia emocionalmente difícil para mí. A pesar de haber crecido con una hermana dos años menor con autismo –y a lo mejor por eso– siempre me ha costado trabajo interactuar con personas con discapacidades intelectuales. Cuando los veo me debato entre llorar, evitar la situación e intentar demostrarles que no pasa nada, que yo sí sé convivir con ellos, que soy experta. Pero siempre salgo con el corazón un poquito roto. Los jóvenes del camión, la mayoría de los cuales eran mucho más verbales que mi hermana, estaban muy interesados en hablar conmigo. Habían escuchado *mucho* de mí. Y esto es porque una de las características del autismo es la ecolalia, que es la repetición en monólogo de palabras o frases, típica del autismo (en general, las actividades repetitivas son características de las personas en el espectro, sobre todo en casos severos como mi hermana). Mi hermana habla de mí en sus monólogos en la escuela, así que sus compañeritos tenían mucha curiosidad. Asumí mi papel e intenté conversar un poco con ellos durante el camino. Mientras tanto, ella veía hacia la ventana.

No recuerdo haber ido antes a Hidalgo, pero San Miguel Regla me pareció un lugar hermoso. La hacienda, la construcción más grande del pueblo, fue construida hace trescientos años por orden de don Pedro Romero de Terreros, conde de Regla, para procesar y purificar el oro y la plata que se extraían de las minas de Real del Monte, que queda a veinte kilómetros al suroeste. El terreno de la hacienda es enorme y el edificio es de piedra traída de los alrededores y unida con estuco natural con baba de nopal, con grandes arcos que conforman patios. Por todas partes se ve o se rumora evidencia de la antigua actividad minera. Aún se conservan los hornos que utilizaban en el siglo XVIII para extraer plata y es un secreto a voces que el subsuelo está lleno de túneles secretos para transportar estos metales preciosos.

El campamento no era como otros en casas de campaña o cabañas compartidas con decenas de jóvenes con discapacidades intelectuales. Nos repartimos en habitaciones de la hacienda, según las necesidades de cada quién. Mi hermana y yo nos instalamos en una sólo para nosotras. Para ella es demasiada disrupción compartir su cuarto con alguien más. Sobre todo, si es alguien que no va a guardar silencio o apagar la luz a cierta hora, pues podría causar una espiral de conflictos antes de dormir que terminara en interrumpir el sueño de todos y todas las presentes. Tener nuestro propio cuarto era la mejor apuesta.

Los organizadores del campamento nos dieron una hora para instalarnos y nos convocaron al comedor a cenar y darnos la bienvenida. Explicaron las reglas, el horario, las actividades que haríamos. Algunas me parecieron incompatibles con las habilidades de mi hermana, pero no dije nada. A lo mejor no la conozco tan bien, pensé. Cenamos. La comida tampoco me parecía ideal para jóvenes con hiperactividad (¿leche con chocolate antes de dormir?), pero me limité a no dársela a mi hermana y seguir de sombra, en silencio. Fuera de mis dudas, todo marchaba bien. Ella parecía estar contenta con mi compañía y yo también.

La mañana siguiente decidí comenzar a aplicar mis reglas, distintas a las de mi madre. En lugar de decirle qué se debía poner y cómo se debía peinar, le iba a dar la libertad de elegir. Tenía veintitantos años, ya no era una niña, estaba en su derecho de autodefinirse, pensé. ¿Te quieres peinar?, pregunté. No, dijo. Perfecto. Asunto resuelto. Le cepillé un poco el pelo y lo dejé suelto, como el mío. Ahora, la ropa. Abrí el clóset: ¿qué te quieres poner? Aquí está tu ropa. Debíamos estar las dos vestidas y arregladas a las ocho de la mañana para ir a la hora del desayuno. Pero mi propuesta de *self-fashioning* había convertido la mañana en un caos. Al darle tantas opciones, mi hermana las quería todas. En cuanto le ponía una prenda, quería otra, después otra y

finalmente otra. Yo tuve la paciencia de cambiarle la ropa cada una de las veces hasta que vi que ya eran cerca de las ocho y la obligué a quedarse con lo que había escogido al final: unos jeans, una playera verde y un cinturón. Siempre un cinturón. Me di un regaderazo y me puse lo primero que encontré. Llegamos tarde al desayuno y ella no se quiso sentar a la mesa. Ya estaba de mal humor. Logré que comiera un poco parada en una esquina. Habíamos comenzado el día con el pie izquierdo.

Ese día la actividad fue la tirolesa en una parte de la hacienda que está compuesta por pequeños lagos entre la antigua construcción de la hacienda inundada. Entre el agua se levantan arcos enormes de piedra y partes de la antigua construcción, una especie de fuerte del que sobresalen cuatro chimeneas. Me imagino que ahí había más hornos para procesar el oro y la plata de Real del Monte. La inundación sucedió a principios del siglo XX, cuando la compañía de luz quiso construir una presa en el cauce del río y se desbordó hacia la hacienda. Los misteriosos edificios en ruinas bajo el agua me enchinan la piel. La naturaleza no habla como nosotros, pero sí se manifiesta, reclama territorios, protesta nuestras invasiones. Los compañeros de mi hermana estaban felices tirándose de la tirolesa desde la parte alta de uno de los edificios en ruinas hasta el otro lado del lago. Los organizadores intentaron animar a mi hermana de que subiera, igual que sus compañeros. Negativa total. No había discusión. Yo sabía que no era buena idea, pero intenté persuadirla por verme cooperativa ante la gente del campamento. Aún más resistencia. Una organizadora llegó a insistir. La respuesta esta vez vino con gritos. No, tranquila, está bien, no te subes, le dije. Más gritos. No había ya nada que hacer. Estábamos en crisis. Sacar a mi hermana de un enojo no es fácil. Distraela, pensé. Vamos a caminar, le dije. Me siguió, enojada y repitiendo, en su ecolalia, que no se quería subir a la tirolesa, que no, que no quería, pero me siguió.

Caminamos por la orilla del “lago” o los edificios en ruinas, inundados por la insaciabilidad de los hombres, y seguimos el camino sin saber a dónde llegaríamos, cruzamos un puente de madera, medio precario, que nos llevó a otra parte de la hacienda. El pasto estaba verde por las lluvias de verano y los árboles, altos, llenos de hojas verdes, nos cubrían del sol. Me hubiera gustado saber más de botánica o dendrología para identificar los tipos de árboles que veía. Pensaba en un libro que me había contado mi novio, *La vida secreta de los árboles* de Peter Wohlleben, donde dice que los árboles se comunican entre ellos a través de sus raíces. Me propuse leerlo llegando a casa. Caminar, poco a poco, tranquilizó a mi hermana. La ecolalia había cambiado de tono. En lugar de repetir el episodio de la tirolesa, ahora describía lo que veía, los árboles, las plantas, las flores, te gustan, decía, te gusta caminar. Llegamos a unas habitaciones escondidas con una alberca privada. La construcción era más elegante, sus acabados con mayor detalle. Eran las habitaciones y el baño de la Condesa, doña María Josefa Rodríguez de Pedroso de la Cotería y Rivas Cacho, Condesa de Regla (por matrimonio) y Marquesa de Villahermosa de Alfaro y Condesa de San Bartolomé de Xala (por propio derecho). En medio del bosque, lejos de las actividades de la mina, pero con perspectiva para supervisar desde lo alto, pasaba sus días escribiendo cartas y, una vez viuda, a cargo de los asuntos de la mina.

Cuando terminamos nuestro recorrido ya era la hora de cenar. Cenamos pan dulce con leche y nos fuimos al cuarto. Sugerí un baño y obtuve una negativa tajante. No. Yo también estaba cansada y no tenía ganas de pelear. A pesar de que la rutina de mi mamá indica que toca baño en las noches, decidí que no pasaría nada por un día. Le ayudé a ponerse la pijama y caímos muertas en la cama.

Al día siguiente, nos levantamos frescas después de un sueño de diez horas. Hoy tendría que ser un mejor día. Me

bañé y vestí rápido cuando noté que ella todavía tenía ganas de seguir en la cama. Cuando salí, comenzamos de nuevo con el ritual de ponerse la ropa. Decidí eliminar las opciones y elegir yo unos jeans, una blusa y un cinturón. No le pareció buena idea. Abrió el clóset y sacó otros jeans (casi idénticos). Está bien, entonces esos, le dije. Y le ayudé a ponérselos. La noté incómoda. ¿Qué pasa?, pregunté. Quiero esos jeans, me dice, señalando los míos. ¿Los míos? ¡Pero ya me los puse!, repliqué. Sí, los míos, dijo imitándome. No, vamos a desayunar con lo que traes puesto, le dije, así estamos bien las dos. En ese momento se paró con los brazos cruzados en la esquina del cuarto en posición de resistencia y dijo que no quería salir ni desayunar. Su posición era clara: o le daba mis jeans o no salíamos de ahí. Cedí. Había perdido todo el control o autoridad, si es que en algún momento en mi vida tuve una pizca de autoridad sobre mi hermana. Intercambiamos pantalones y fuimos a desayunar, un poco tarde y con la nueva costumbre de comer parada en una esquina, pero más o menos en paz.

La actividad de ese día iba a ser tiro con arco. De una vez decidí que no iríamos. No sé cómo haya salido con los demás jóvenes, pero estaba segura que sería otro fracaso con mi hermana y que sólo estaría parada y aburrida, en la parte de atrás. Fuimos otra vez a caminar por el bosque. Pensé en buscar las habitaciones de la condesa y meter los pies en la alberquita. Mi hermana me siguió, feliz de caminar. Cuando éramos niñas, me gustaba pensar que yo era la única persona que la entendía. Que mis papás estaban tan preocupados por las medicinas, los doctores, las dietas, los berrinches o la rutina que no intentaban entenderla de una manera más horizontal. Yo estaba más cerca y, aunque no me contaba nada, la observaba, trataba de convivir con ella a su manera y también a veces a la mía. Ella siempre había premiado esta cercanía con una mirada especial, con nombrarme más que a los demás y, hasta esa semana, con no hacerme berrinches. Yo pensaba que sabía manejar sus

humores, calmarla, persuadirla. Pero a las hermanas, con autismo o sin autismo, no les gusta recibir órdenes de sus hermanas. Mi hermana me estaba diciendo que esta nueva dinámica en la que habíamos entrado –yo diciéndole qué hacer, yo siendo la encargada de la famosa rutina (y, además, alterándola)– no le gustaba ni un poco. A mí tampoco. Pero no había mucho que hacer. Ella no se podía cuidar sola.

Ese día, después de la cena, los organizadores iban a pasar una película de Pixar, *Shrek*, creo, en la capilla de la hacienda. Nosotras decidimos ir al cuarto. No había bañado a mi hermana en dos días y tenía que suceder esa noche, sí o sí. Entrando al cuarto, cerré las cortinas y, sin decir nada por miedo a la reacción, prendí el agua de la regadera y saqué su pijama, poniéndola sobre la cama. De inmediato mi hermana supo cuáles eran mis intenciones. No te quieres bañar, dijo. Te tienes que bañar, mi amor, le hablé con voz suave, hace dos días que no te bañas. Ya es hora. ¡NO! ¡NO QUIERES! Se golpeó con el puño en el pecho. Por favor, rápido y salimos, le rogué. Sintiéndome mal por obligarla, pero pensando que sería mejor para ella, le comencé a quitar la ropa. Ella continuaba reclamando. Logré que entráramos al baño, pero no que se acercara a la regadera. ¡NO TE QUIERES BAÑAR!, seguía. Se golpeaba y se arañaba el cuerpo hasta dejarse toda la piel lacerada mientras yo le rogaba que no lo hiciera, que estaba bien, que no se tenía que bañar, pero que no se lastimara, por favor. La abracé para contenerla y que se dejara de lastimar y ella continuó gritando por varios minutos hasta que se calmó. El baño estaba ya lleno de vapor y yo, sin darme cuenta, empapada en lágrimas. Me quité la ropa y me senté a llorar debajo del chorro de agua. Mi hermana estuvo unos momentos parada tranquila en la esquina, con los brazos cruzados y después, sola, se metió a la regadera conmigo.

Los siguientes dos días los pasamos más o menos igual, sin unirnos a las actividades, que no estaban pensadas para

una joven que se encuentra hacia el lado más profundo del espectro autista, y tomando largas caminatas por la hacienda. Las resistencias de mi hermana continuaron pero yo aprendí rápido a ceder a ellas. Ella marcó la pauta de los siguientes días y así, aunque sin bañarnos todos los días, comiendo poco o paradas y poniéndose la ropa que ella quisiera, las veces que ella quisiera, convivimos mejor y nos desgastamos menos. Dejé de insistir en mi autoridad y me replegué a mi posición de sombra, en silencio, pero siempre junto a ella. Nunca volví a encontrar las habitaciones de la Condesa. Pensaba mucho en ella y en una carta que tenían exhibida (en facsímil) en la biblioteca, que escribió en tiempos de la Independencia, en enero de 1814, a don Felipe Sáinz de Baranda. En ella habla sobre la insurrección y la peste que “devoran” a México. “Crea usted que, dentro de cien años, cuando se lea la metamorfosis momentánea que ha experimentado la América, pasando de la mayor opulencia a la mayor miseria en el corto periodo de tres años, no lo han de creer y se descalificará de ponderación o hipérbole poética”. Las ilusiones de la dueña de una próspera mina española en México de que las insurrecciones sean pasajeras y todo quede en su lugar. Tal vez algún día yo recuerde esta semana como hipérbole poética.

Le dijimos adiós a la hacienda de los edificios inundados, de las habitaciones que desaparecen y de los túneles escondidos y subimos emocionadas al camión para volver a casa. Yo quería ver a mi mamá, dormir y entregar esta enorme responsabilidad descontrolada que me había dominado. Cuando mi mamá nos recogió nos encontró a las dos agotadas, más flacas y un poco lastimadas. Caminando juntas al coche, me di cuenta de que había perdido mi sombra.

CRÓNICA DE UNA MATERNIDAD ELEGIDA

Sofía Valenzuela Fuentes

Venimos en la carretera de regreso de la playa. Yo tenía pronosticado que me bajara toda la semana que estaríamos allá y siete días después aún no llegaba. Paramos a comer en Sayulita y me entró una llamada de mi papá. Cualquier llamada de mi papá después de las 2 de la tarde son malas noticias.

– Adivina quién acaba de dar positivo a COVID.

– ¿Mi hermana?

– Así es.

Regresamos de la playa en viernes porque el lunes empiezo a trabajar, queríamos tener *un fin de semana tranquilo*. Hace 3 años regresaba de la maestría, embarazada. Volvíamos de Europa, sin trabajo, a montar de nuevo el departamento, a regresar a las entrevistas de trabajo antes de que se notara la pancita. Y no lo logré, 9 meses parecen demasiado largos para algunas cosas, demasiado cortos para encontrar trabajo. Parí y me tomé un año para volver a la vida laboral, porque el privilegio y porque estaba siendo muy feliz. Regresamos de la playa en viernes porque el lunes empiezo a trabajar. Me tomó dos años volver a tener un trabajo formal y tengo 7 días de retraso.

El silencio del carro, la lluvia de agosto, la noticia de mi hermana con COVID, el mareo de la carretera. Pareciera que elijo los tiempos más inestables para reproducirme. Con el primer embarazo sentía el vértigo a lo desconocido, tirarme a un vacío sin saber qué esperar. Con el segundo ya sé que

el vacío no está vacío, ya sé qué esperar y eso es lo que más miedo da.

Me entra una llamada de mi hermana.

– ¿Cómo ves todo el drama familiar? –le digo.

– Acaba de ponerse peor. Mi mamá también dio positivo.

Pienso. Me encanta pensar en la carretera, o mejor aún en los trenes, es mi lugar favorito para soñar. Pienso en que por fin me gustaba mi cuerpo, cuerpo que ya se siente un poquito infladito de la panza, fue la dieta, el nivel del mar o las cervezas. ¿Cervezas?

Mi boca sabe a moneda de cobre y tengo 7 días de retraso, parar en la farmacia a comprar una prueba suena reiterativo pero de alguna manera tenemos que empezar esta historia.

Le llamo a mi mamá, está tensísima. Me intenta tranquilizar, es su forma de tranquilizarse. Si supiera que estoy nerviosa por otra prueba posible positiva.

Pienso. ¿Qué van a decir mis amigos progre? ¿Traer otra criatura al mundo en plena pandemia? De por sí hacen un gran esfuerzo en adaptarse a nuestra vida de papás de una, ahora que tengamos dos ¿nos olvidamos de las amistades? Hace tan poco hablábamos de planes de viajes, debatíamos que traer tantos hijos al mundo es lo que lo tenía tan jodido. ¿Por qué siempre siento que les debo explicaciones?

– Va a estar bien, Morsa. Vamos a seguir siendo felices, ahora más– me dice Pablo mientras maneja la última curva antes de la recta larga para llegar a Guadalajara.

Pienso. Es su culpa, quiero que sea su culpa. Él lo sabe, pero veo en su cara que se siente fatal, tiene miedo de decir cómo se siente. No puede estar feliz, no en este momento.

Paramos en la farmacia a comprar la prueba. Esa noche no pude dormir, ¿otro síntoma del embarazo?

En mi prepa católica llegué a marchar una vez en contra del aborto. Íbamos todas vestidas de blanco con globos y listones en el pelo que nos hacían sentir bonitas. Me hacía sentido. No me cuestionaba mucho (nada) en esa etapa. En la universidad lo empecé a razonar, pero no me hizo sentido hasta que me embaracé de María, no porque quisiera abortar sino porque hasta ese día sentí en el verdadero peso de la maternidad, la entrega de mi cuerpo, el cambio de planes y de privilegios laborales. Recuerdo pensarlo mientras íbamos tarde a algún lado en bicicleta y me dolía un poco el vientre con la velocidad, aceleré más.

Era sábado y desperté temprano, bajé al baño a hacerme la prueba. La puse boca abajo, la tomé y volví a la cama con Pablo. Se la entregué, “tu dime”, le dije. Su cara lo dijo todo.

Hacía 3 meses que dejé de asustarme cuando me preguntaban que para cuando el segundo y hacer un fuerte pfff, no, nunca, con María tenemos suficiente por ahora. Empecé a desearlo, desear sentirlo moverse en mi panza, parirla, olerlo, amamantarla. Sin embargo con ese deseo venía un enojo profundo al propio deseo. Para qué traer una criatura a este jodido mundo, pensaba, a quedarse en casa, a que no lo puedan venir a conocer sus abuelos, a vivir su infancia con un maldito cubrebocas, a crecer a un mundo que según los científicos le quedan ¿30 años? como lo conocemos y comience a ser un desastre natural tras otro, tras crisis económica, migratoria. No. No quiero traer a otra criatura a esto. Me meto a Google a buscar cuántos niños nacieron en plena guerra mundial. Al parecer muchos.

Los días que siguieron lloré mucho, Pablo y yo hablamos poco. Un silencio frío rondó por la casa. Me decido a hacer cita con una de mis parteras, la mujer más sabia que conozco. Quiero hablar con ella, con alguien que no sea Pablo, quiero

ser honesta y decir cómo me siento, aunque no esté segura del todo. Quiero llorar con alguien. La ví y me abrazó. Sé que no debo, ella debe saberlo también, al parecer algunos estudios dicen que soy población vulnerable, pero no me importa, necesito tanto ese abrazo. “Le abriste la puerta”, me dice, “ese bebé ya quería llegar y con tu deseo lo dejaste entrar”. No me gusta creer en que las cosas pasan así, pero en este momento me hace sentido. Por fin puedo soltar mis miedos tan grandes como mis lágrimas. No puedo ni hablar de tanto llorar, eso justo necesitaba, un momento lejos de María y de Pablo para poder sentir y dejar de pensar.

Llegué a casa con la sensación de estar muy agripada pero en realidad era el resultado del llanto. Empiezo a acarrear cosas de la comida de la cocina a la mesa mientras le cuento a Pablo todo lo que me dijo la partera, que ella estuvo en una situación similar y que su pareja no tomó postura. “Hacemos lo que tú quieras”. ¿Hasta dónde llega el respeto a las decisiones de las mujeres y hasta dónde la pasmosidad de los hombres de no saber qué carajos hacer? Nos sentamos a comer y antes de empezar tomé su mano, miré sus ojos amorosos y le dije, “vamos a ser papás”. Se desplomó en llantos y risas. Nunca lo había visto llorar así. Me senté arriba de él y lloramos los dos.

Hace unos días di con un artículo que hablaba sobre por qué las flores florecen en primavera. Resulta que es por estrés. Empiezan a recibir más sol del que estuvieron acostumbradas durante el invierno y al sentir que su vida corre peligro, su defensa es florecer, reproducirse, dejar algo vivo, preservar la especie, y antes de que lleguen las lluvias sacan lo último que les queda de energía para sacar su flor y dar su fruto. Recuerdo, antes de ser mamá, cuando sentía turbulencia en los aviones y me ganaba el miedo de morir pensaba, no me puedo morir sin hacer un bebé. Algo así como las plantas estresadas por el sol.

Encontré un nuevo lugar de paz y es en mi vientre. Ahí cabe toda la esperanza, toda la luz en medio de esta oscuridad. Cuando pongo las manos sobre él, no hay pandemia ni cambio climático. Quizá nunca va a haber un momento perfecto para reproducirse, pero mi fecha posible de parto es al inicio de la primavera.

Escribo mientras siento un bebé moverse en mi vientre. Sostengo que es de los mayores privilegios de ser mujer, uno que nunca nos van a quitar. Ni siquiera ese Dios que era hombre y que creó el universo sintió a su creación dar pataditas en lo más interno de su ser.

UNA SUCESIÓN DE PEQUEÑOS PLACERES

Marisol García

Recibí la noticia de estar embarazada al tercer mes de casada, lo cual me tomó por sorpresa. No sabía si reír o llorar, siempre creí que el amor y ser madre no eran para mí. En lo más profundo de mi ser acepté esa gran responsabilidad, asumí que ser madre era parte de esa etapa que estaba en construcción. Había un nuevo ser que se aferraba a mí, pese a que no me dejaba comer (mi primer manjar culinario era el cereal de chocolate).

Yo no tenía una construcción muy clara de mi rol como madre ni como esposa, admito que el divorcio de mis padres me dejó concepciones extrañas. Mis recuerdos no eran tan nítidos sobre mi madre siendo mi madre. Todo era una bebida mal mezclada que en momentos del embarazo se apoderaba de mi mente porque “ellos”, mis padres, eran felices y yo no. La maternidad es un camino de claroscuros.

Avanzaba el embarazo, disfrutaba disfrazar mis pensamientos de dolor con reuniones con amistades, sin embargo el silencio y la soledad eran los protagonistas en esos precisos momentos en donde yo estaba rodeada de personas. El ruido y el caos se volvían silencio.

Conducir el auto formaba parte de ese ritual. Desde antes de ser madre era un pequeño gran placer, sentir el viento frío rozar mi cara, observar el movimiento de la ciudad, al conductor de al lado, cantar y fumar (en el embarazo no hubo más olor a cigarro, sólo el impregnado en el auto). La voz perfecta para huir, construir otras vidas, ser viento, renunciar a todo. También disfrutaba dormir al medio día. Durante la siesta, en el cuarto entraba un rayo de sol

delicioso que también me alejaba por completo de cualquier pensamiento negativo.

Cuando nació Antonio todo fue tan rápido que no pude tener claridad de lo que sentía con su llegada, ni en la cesárea ni en el rush al verlo o cuando su padre me lo enseñó lleno de fluidos. Él lloraba y yo no. Horas después, pude ponerlo encima de mí, observarlo y tomarlo de la mano. Descubrí ahí lo que quería para él y para mí: un niño amoroso pero independiente, lleno de luz, alegría. Quería que él borrara de mí todas esas nostalgias, pero no fue así.

Esos primeros años de maternar fueron duros, un laberinto para encontrarme y sanar, de enseñanza y reconciliación, todo en pares. En casa hubo una neblina densa durante mucho tiempo. Todo lo que sentía era muy distinto a lo que pensaba que debía ser como mamá. No rechazaba a mi bebé, pero no me encontraba a mí. ¿Dónde quedaba ante toda esa atención que requiere ese nuevo ser? ¿Por qué lloraba casi todos los días? Ocultaba todo malestar frente a mi familia y amistades. Siempre sonriente, funcional, amorosa, recreaba a una madre que lo da todo y en perfecto estado. Sola, tenía un nuevo placer: amamantar en silencio, observar a mi bebé.

Casi no hablaba con él, me convertí en una tumba para soportar esa labor que yo creía asumida en lo más profundo del alma. Quería huir, deseaba no sentirme ahogada por el llanto, el dolor, por el hecho de que una nueva vida dependía de mí. La luz que sentí durante el embarazo me había abandonado, dejando paso a esa maldita neblina. Sin embargo, no me sentí capaz de abandonar a mi familia. Tenía 26 años, estaba casada y con un hijo, mis padres venían a juzgarlo todo desde el cómo el hijo no era tapado y la forma en que lo amamantaba. Todo era reproche.

Al cabo de un año, por arte de magia y fortaleza interna, abatí esa oleada, o al menos eso creí. Conservo en mi mente los recuerdos de caminar con mi hijo una tarde soleada,

era pequeño y disfrutaba de la luz que él irradiaba. Pero durante seis años seguidos esa neblina se apoderó de mí en diversas épocas del año, estudiando la maestría, cuando iba manejando el auto, en mi relación. Dejaba de levantarme, lloraba por días, ataques de ira... un ciclo sin fin. Eso sí: el rol como madre, por extraño que parezca, siempre lo llevaba a cabo día tras día. No sé si por esas oleadas grises mi hijo se vio afectado en su habla, hasta los 4 años con ayuda de una terapeuta habló, le diagnosticaron Asperger que al final resultó en un problema de hipersensibilidad y falta de estructura, yo sólo fui observadora de toda esa bola de nieve y lo que hice instintivamente fue sacarlo adelante, cumplir con sus terapias, ser más exigente conmigo como madre para que mi hijo fuera “funcional”.

Esos seis meses sin él fueron una bocanada de aire fresco, era por momentos libre, sin obligación, la mente disfrutaba ese estado de oasis pero sólo era una salida momentánea y cómoda para no resolver lo profundo. Mi hijo tenía entonces 6 años, curiosamente esa separación pasó rápidamente en su mente y en la mía, no todo estaba resuelto pero comenzó en mí un camino de búsqueda y curación.

Al regreso de esa separación, un día en un ataque de furia muy molesta tomé mi auto y al salir de casa le pegué con la puerta de casa, estaba poseída por esa nube gris que me hizo llorar desconsoladamente y a la vez reflexionar a dónde iba a parar si hubiera manejado así por la ciudad. Probablemente me hubiera impactado en algo peor, eso me hizo abrir los ojos a lo que me pasaba.

La vida misma va dando señales en las cuales debemos parar y dejar todo para sanar, después de todo eso, sentía esa carga pesada que provenía de mi infancia, el divorcio de mis padres. Mi forma de ir por la vida sin mirar atrás y sin temor, ya no era posible con un hijo.

Decidí ir a terapia, tocar fondo, trabajar con los fantasmas de mi vida, sanar. Durante cuatro años he trabajado en mí, en reconstruirme, en hablar con alguien diferente de mis miedos, reconciliarme con mi pasado, la maternidad, viajar ligero... Una de cada cinco madres padecen depresión post parto, pero el silencio, la soledad y el miedo a sentirse juzgadas hacen que no tomen medidas ante ello. La depresión, la ansiedad y la salud mental de alguna manera afectan a nuestros hijos desde el vientre, en el vínculo cuando son pequeños.

Once años después materno por segunda vez, esta ocasión mi perspectiva ha cambiado, reconozco mis miedos y dudas como madre pero he podido buscar ayuda y tener una tribu. He convertido todo ese dolor en fortalezas y hoy que estamos ante la incertidumbre de lo que pasará en el mundo por la pandemia, tengo esperanza y vida dentro de mí. Los pequeños grandes cambios comienzan desde lo más simple, retomé lo que más me gusta hacer y me genera placer, que es escribir, además de estar con mi pequeño Antonio sintiendo su luz.

FAUNA

Stefany Garza González

Un chaparrón de verano llegó acompañado de un inquilino particular que se alojó en un recoveco de mi tronco. Ahí pasaba sus días con bastante actividad y, aunque no se veía, aquel huésped alteró mi silueta. Yo sentía cómo sus raíces se infiltraban hasta lo más profundo. ¿Quién se iba a imaginar el alboroto que consigo traería? Mi única labor arbórea era disfrutar el sol, procurar la hidratación y no crecer torcido. Yo no me percibía árbol especial, era un árbol cualquiera. Bien plantado y erguido, pero un árbol cualquiera. Hasta el día en que mi ocupante tronó mi corteza, inaugurando un desfile de criaturas sin igual. Ese brote húmedo y arrugado se asomaba contento con un potencial expansivo que resultaba un completo misterio para mí, pero que provocaba una urgencia de arroparlo con mi follaje, protegerlo de depredadores y mecer mis ramas para proveerle luz, rocío y aire fresco. De pronto, sentí un animalito que llegó de un salto. Sin preámbulos o presentaciones clavó su boca con un pinchazo y comenzó a roer mi piel. ¡Qué actividad tan desagradable! Y yo nada más viendo y sintiendo cómo me rasgaba el esfuerzo monumental de aquel terciopelo que parecía no tener éxito. Se cansaba, echaba algún que otro alarido, acurrucándose enroscaba su colita y se dormía con un bostezo al lado de mi preciado brote. De tanto roer, provocó el escurrir de una dulzura lechosa. A chorros caía mi savia, despertando el interés de un pequeño colibrí que a besos la aprovechaba. Para mi sorpresa, en un santiamén, se instaló en mí un ejército de colibríes que a toda hora bebían de la cascada. Iniciaron un bullicio alimentario, atrayendo insectos, como un montón de hormigas rojas que, incluyendo la ocasional mordida, rendían hasta la última

gota. Mientras este frenesí ocurría, un folívoro comenzó a escalar a paso lento pero seguro hasta mi copa, para instalar sus aposentos y cubrirse con mis hojas. Mi verdor le daba calor, con él que se arropaba y pasaba gran parte del día dormido aquel perezoso suavcito, sólo despertaba para comer y hacer del baño.

Transcurrían día y noche de mucho comer y mucho dormir, hasta que la calma se tambaleó gracias un monito aullador estrepitoso que con constantes monosílabos cantaba al balancearse entre mis ramas. Ese monito juguetón no da paz, se pesca bien de la cola y da tumbos de un lado al otro. Todo el tiempo me preocupa que se caiga, pues es muy impulsivo. Un día lo hizo, ¡qué horror! Casi se me caen las hojas del susto. No pude hacer mucho ante su brinco temerario, sólo mantenerme firme para que se enderezara y siguiera sus actividades locuaces. Afortunadamente no le pasó nada. Aquellos días de boscosa tranquilidad habían quedado muy atrás. Mis frutos maduraron y no tardó en llegar un alado comensal. La fruta fresca resulta de lo más placentera, aunque chorrea todo a su paso, entre sus picoteos, dejando una pegajosa huella. Me resigné a las manchas y restos frutales, eventualmente me limpiaría, porque había mucho más en qué ocupar mi atención, entre ellos otros pequeños mamíferos ávidos de probar la novedad. Qué más daba estar pintado de todos lados. Una de las actividades que me dejan hasta con dolores troncales es la de sostener a un puma durante sus siestas diurnas, escoge mis ramas para hacerlo y no me queda de otra más que sostenerlo, pues es su lugar predilecto. Aun teniendo una cueva, que a veces aprovecha, prefiere hacerlo encima de mí y eso implica aguantar su peso completo por largos ratos. También aguantar el ocasional zarpazo o araño porque me usa para practicar sus técnicas de cazador eficaz.

Así, una fauna muy variada me utiliza por completo. Cada animal con sus tiempos y exigencias, cada uno esperando

todo de mí. No dan tregua. Yo: su hogar, alimento y cama. Ellos: mi todo. Incluso a la distancia también han de consternarme otros seres. Por ejemplo, un lobo con un repertorio bastante amplio de aullidos que logra los escuche aún en su ausencia. Entendí que tiene un montón de sonidos para expresarse y es cuestión de prestarle mucha atención para saber qué pretende comunicar. Pretendo enseñarle mi propio lenguaje, por ahora no parece entender mis cantos, quizá muy pronto los replique. Me mantiene alerta al mínimo ruido, incluso imaginario. Más alerta estoy hoy en día, pues, maravillado, me encontré con que mi brote está acompañado de un polluelo que tiene un ferviente deseo de volar. De momento extiende sus alas practicando, se frustra si no logra la velocidad o desplazarse con la gracia que quisiera ya dominar. Es torpe aún, se mueve curiosamente hacia atrás levantando la cola con ahínco. Pero sé que ese movimiento hacia atrás lo usará pronto de impulso y se lanzará de un momento a otro al vacío pues no se aprende a volar más que volando.

Hasta este punto es lo que tengo que contar, pero qué árbol tan especial me he vuelto ya. Sé que muy pronto otros animales vendrán para acompañar a este brote que crece y crece y, aunque no sé qué tipo de epífita es, ya llegará su tiempo de florecer y seguramente no dejará de sorprenderme. Continuará...

(CASI) DIARIO DE PANDEMIA

Tae Solana Shimada

Para Mei, para Michi y para Diego, mis pilares en el encierro.

I.

Un diario.

Sin fechas.

Espacio físico para escribir.

Escribir como salvavidas. Escribir para preservar(nos).
Escribir como lugar de resistencia, como trinchera.

Siempre me sorprendió uno de los superpoderes que la cama de mi hija tiene sobre mí: me hace soñar desde los primerísimos segundos en que me duermo. Sueños de un alto nivel de intensidad que a veces hasta me avergüenza un poco soñarlos ahí, al lado suyo.

Hay días en que ser mamá me pesa mucho. Días en los que conectar con mi hija se vuelve imposible, realmente titánico y, por muy deconstruida que quiero pensarme, me genera una culpa tremenda. Y pienso que esto sólo me pasa a mí; que las madres, efectivamente y como dicta el patriarcado, aman de manera incondicional y por sobre todas las cosas a sus cachorrxs. Salvo yo.

Según sé, algunas mamíferas son capaces de no reconocer a sus propias crías, si, mientras paren, pasa algo que las asusta o las desconcentra. Conocí una vez a una borrega que había parido a dos borregos en una noche de tormenta en el campo. Mientras el primer borreguito nacía un rayo cayó muy cerca de donde ella estaba y, cuando volteó, no supo de quién era esa cría. Por lo tanto nunca lo amamantó. Yo a veces me siento más borrega que otra cosa, que otra especie.

II.

Leo de alguien que siempre ha deseado ir a alguna parte. No a cualquiera, sino a un país en específico.

Yo siempre he tenido un sólido deseo de ir a Japón. Finalmente tengo un vínculo genético (si es que eso de verdad existe) con ese país.

Cuando era niña mis abuelos vivían en un rancho y yo creía que cuando íbamos ahí íbamos a Japón. Como no tenía dudas sobre ello, nunca lo hablé con nadie. Simplemente lo daba por hecho.

Emprender viaje.

Una casita en medio del campo.

Una mujer y un hombre.

Se habla en japonés, se come comida japonesa, se escucha música japonesa. De alguna manera es Japón. La geografía es un invento.

Pasé largas temporadas ahí con mis abuelos y, casi siempre, dos de mis primos a quienes sería más correcto llamar hermanos.

Ellos también estuvieron confundidos.

Fue una maestra quien nos hizo ver que estábamos geográficamente equivocadxs: adultocentrismo.

El primer número telefónico que aprendí de memoria fue el de esa casa: la de mis hermanos-primos. Todavía lo recuerdo, así como la canción que mi madre le inventó, justo para que nos fuera fácil recordarlo: 5 48 40 28 (y en mi mente suena la canción).

También así mi hija se aprendió, desde muy pequeñita, mi número celular.

III.

Una mujer recibe una beca para ir a Japón en los comienzos de su relación amorosa con un amigo de su padre.

Desamor.

Un libro con hojas de filo rojo: un diario. Otro.

Cada uno tiene en su haber al menos, y si bien le ha ido, una historia de desamor.

Nota: encontrar una cita al respecto.

Las que parecen no llevarlo muy bien son mis manos. Ni siquiera hemos entrado en la fase dos de la pandemia y ellas ya están rotas; ajadas de tanto lavarse y tanto lavar.

¿Me quedarán manos para acariciarte cuando todo esto pase?

IV.

Cinco historias, una variable y algunas particularidades:

Primera:

Japón, años 30.

M, inspirado por la valentía de su hermano mayor, quien caminó desde China hasta la costa coreana con un balazo en la pierna izquierda, quiere unirse a la Tokkōtai en la Segunda Guerra Mundial.

Una particularidad:

M es considerado niño tesoro entre la gente del pequeño pueblo pescador en el que nació.

Una consecuencia:

El padre de M se opone a su deseo y lo convence para que se vaya por un tiempo a un país lejano: México, donde un conocido de la familia tiene una tienda de abarrotes.

Misma historia, algunas variables:

Japón años 20.

M es considerado niño tesoro por la gente del pequeño pueblo pescador en el que nació.

En el período de entreguerras es educado como kamikaze. Honor máximo al que cualquier hombre podía aspirar.

Una particularidad:

Después de algún tiempo, se descubre que M padece un problema en la vista: miopía.

Una consecuencia:

Deshonor. La vida de M pierde sentido. Decide entonces abordar un barco que lo llevará a un país muy lejano: México.

A otra vida.

Segunda:

Una niña es vendida por su madre alcohólica como sirvienta a una casa de geishas. Está condenada a seguir ahí por el resto de su vida. O por lo menos ésa es su mejor opción.

Su tío se entera, va por ella y se la lleva a un país muy lejano: México.

A otra vida.

Tercera:

Hace tiempo, en Japón, en cada pueblo costero había un sistema de compuertas a manera de protección contra las inundaciones. Cuando un tifón se acercaba, se hacía sonar una campana. La gente se concentraba en un refugio y había un encargado de abrir la enorme compuerta.

En Yamaguchi, el comisionado era un niño de apenas 6 años. Lo amarraban con una gran cuerda y él, sin titubeos, cruzaba el pueblo y salvaba a su gente de la tragedia.

Niño tesoro.

Cuarta:

Montevideo años 30.

Laura tiene 10 años. Su hermana mayor trabaja en una tintorería. El ballet ruso está por primera vez en la ciudad y la contrata para que vaya a planchar los vestuarios al teatro Sodre.

Laura, a petición de su hermana, la acompaña y ve el espectáculo (alguna pieza de Tchaikovsky, no sabe, no recuerda cuál) por entre la piernas del escenario. Tras bambalinas, dice con cierto pudor, y en sus ojos brilla la niña que fue.

Laura nunca volvió a ver un espectáculo de ballet. De hecho nunca más fue al teatro.

Hoy, a sus 88 años, recuerda hasta el más mínimo detalle y confiesa siempre haber querido volver a ver un ballet. El que fuera.

A su hija esto le enoja.

A su nieto le sorprende y conmueve.

Y sí. Al final de nuestras vidas volvemos a ser como niños e inspiramos, en los que nos quieren, ternura.

¡Qué suerte!

Quinta:

Manuel, mientras ésta le duró, tuvo una vida simple: se vestía humildemente. No atesoraba objetos materiales. Ayudaba a sus semejantes. Trataba a los animales con respeto y siempre estaba de buen humor.

No conoció a sus padres. Creció en el orfanato del pueblo y, cuando tuvo edad suficiente para trabajar, se buscó la vida solo.

Trabajó casi siempre como costurero en una sastrería. Ganaba muy poco. Apenas si le alcanzaba para pagar la renta del pequeño cuarto que alquilaba en una pensión del centro. Afortunadamente no tenía que preocuparse por la comida porque la dueña de la fonda de la esquina siempre lo esperaba con una abundante cena a la vuelta del trabajo.

Su tiempo libre lo dedicaba a leer.

Había terminado por lo menos dos veces cada uno de los libros de la biblioteca del pueblo, incluyendo enciclopedias y diccionarios.

Manuel murió repentinamente. Sin estar enfermo ni quejarse de dolencia alguna.

Era de mañana y la señora de la pensión lo encontró desplomado en medio de la pequeña habitación.

Todo el pueblo lo lloró.

Muerte de santo.

V.

Cosas que se dicen en Japón:

Si pones un zapato de alguien que ha huido o se ha escapado en el horno de la cocina, el mismo volverá por su propio pie.

Si no terminas hasta el último grano de arroz de tu plato, los ojos se te harán como pasas.

Me ga tsubureru.

Cosas misteriosas, incomprensibles y fascinantes sobre Japón, enumeradas por Sei Shonagon:

- Ennegrecerse los dientes como práctica de belleza.
- Encontrar deprimente el uso de un vestido color ciruelo el tercero o cuarto mes del año.
- Observar elegantes los huevos de pato. O un niño pequeño que comiendo fresas.

- Contar el revés de un bordado entre las cosas sórdidas. Así como una mujer poco atractiva que cuida mucho a sus niños.

- Considerar sórdido el interior de la oreja de un gato.

VI.

Reflexiones sobre la maternidad que, aunque no las haya dicho/escrito yo, me representan como si de mi boca/dedos, mi corazón y/o mi pluma hubieran salido:

(Gracias, Romina Paula, por hablar de manera tan precisa y clara sobre este viaje que es la maternidad).

“El secreto mejor guardado de la maternidad: el absoluto, el tiempo completo.

Ya no hay fuga posible; sólo se elige entre culpas: la de estar, la de irse, la de dar, la de quitar.

Verse obligado a formular leyes. Ser consciente de la arbitrariedad de la mayoría de esas leyes y verse obligado a formularlas igual. Porque sí, porque lo digo yo.

Estuve pensando que tal vez tenga un puerperio tardío. Lo que no me pasó en los dos primeros años, me pasa ahora: no sé muy bien quién soy ni qué hacer ni cómo actuar.”

VII.

Sin embargo hay días en que la cuarentena y sus rincones me gustan y pienso que voy a extrañar estar así.

Últimamente tengo un juego nuevo que juego por las noches y en soledad. Empezó sin darme cuenta. Me siento en el comedor y miro por la ventana de la sala. Afuera está oscuro.

Sé qué es lo que se ve por esa ventana. Pero, por las noches es distinto; pareciera otro el paisaje. Sólo alcanzo a ver una luz amarilla, cálida, muy brillante que parece respirar y, que por una razón que no logro entender, me hace sentir en la playa. Y pienso: “gracias, mente, por procurarme esos estados de bienestar”.

Hoy es un buen día, noche.

Y como todo esto es extrañamente cíclico, elástico (o más bien, espirálico o búclico o loopico, ya no sé), lo bueno del día de ayer parece haberse esfumado, el mal humor reaparece, la cosa parece no avanzar y por más esfuerzos por comunicar(se), lo que devuelve la otra –mi hija– parece estar en otro idioma. Pero no un idioma que yo podría, si estudiara, aprender. No. Un idioma completamente extraño, ajeno a mí.

Ayer quería escribir que, ahora que el miedo a enfermarse había desaparecido, todo era más fácil. Lástima que no lo hice: hoy el miedo ha vuelto.

VIII.

Noticias:

China. Agosto (no importa el año).

El embotellamiento más largo –en cuanto a longitud y a duración– de la historia: once días y casi cien kilómetros de autos.

Quizá habíamos sabido de un acontecimiento semejante en letra de algún gran escritor.

Hoy se hace realidad: símbolo de la época.

Esta época.

Quilmes. Septiembre (tampoco importa el año).

Encontraron en la isla Martín García una ballena varada. La gente del lugar la ayudó a volver al mar.

Hoy, quince días más tarde, la misma ballena amaneció muerta en la costa de Quilmes.

El ejemplar corresponde a una ballena del orden *mysticetos*, comúnmente llamadas ballenas barbadas.

Estos enormes animales carecen de dientes y en su lugar tienen láminas llamadas barbas en la mandíbula superior. Son lisas, flexibles, con bordes deshilachados, colocadas en dos filas paralelas, semejantes a enormes peines y están compuestas de queratina, la misma sustancia de la que está compuesto el pelo, los cuernos, las uñas y las plumas.

Curiosamente las ballenas barbadas poseen, durante su fase fetal, unos pequeños dientes que van desapareciendo mientras se desarrollan y son sustituidos por barbas permanentes antes de que nazcan.

Buenos Aires. Septiembre (sigue sin importar el año).

Hace tres días que no para de llover. La ciudad es un caos. Hay inundaciones por todos lados.

La avenida Sarmiento está prácticamente cubierta por agua. Los patos del planetario piensan que es una extensión del lago en el que viven y hoy nadan entre autos.

IX.

Otras citas:

“No hay amores estériles. Y es inútil tomar precauciones. Cuando te dejo llevo dentro de mí el dolor, como una especie de hijo horrible.” Marguerite Yourcenar

“Los placeres violentos poseen finales violentos y tienen en su triunfo su propia muerte, del mismo modo en que se consumen el fuego y la pólvora en un beso voraz.” Shakespeare

Algo sin importancia:

Él no puede decir te amo y Ella, en lugar de encontrarlo profundamente sospechoso, se dedica a justificarlo. Aún ante sí misma. Sobre todo ante sí misma. Se repite que cuando los hechos hablan, las palabras están de más.

Lo curioso es que Él se dice rendido admirador de las letras. ¿Por qué alguien que aprecia tanto las letras no es capaz de pronunciarlas?

Pero Ella no se hizo esta pregunta. Al menos no de manera racional. No mientras estaba con Él.

Hoy, que el tiempo ha pasado, Ella mira para atrás y descubre la verdad: Él nunca la amó. No importa. Ya no.

X.

Rutinas diarias en días de encierro:

recorro mi casa; miro detenidamente los rincones. Tiendo a ver casi siempre las mismas cosas, las que más me gustan. Como si necesitara confirmar que siguen ahí. Como si su presencia le devolviera algo de certeza a lo poco real que tiene este tiempo.

Miro mis plantas, soy testigo de cada milímetro que crecen,
de cada retoño, de cada pérdida. Les hablo, celebro sus
brotes. Me hace bien.

LA COSA

Tania Regalado

Mamá y Papá llegaron a casa con algo nuevo. Primero pensé que era un juguete. Tenían varios días redoblando esfuerzos por complacerme. Temí. Seguro me llevarían a ese lugar a donde llevan a otros como yo, los adoloridos. Hace no mucho, aún puedo oler el día, me habían dejado ahí. Después entendí que en ese terrorífico lugar me arreglaron la pata izquierda que ya no quería caminar. Ese día me asusté mucho, la cara de mamá estaba triste, preocupada. Esa no era una buena señal. Yo conozco todas las caras de mamá, mi favorita es la que va acompañada de: ¡vamos a la calle! y la de ¡sólo un cachito, se ha portado bien!

El caso es que llegaron con La Cosa. Cuando cruzaron la puerta, los abuelos, que estaban en casa, se pusieron contentísimos, se abalanzaron hacia ella, le mostraron los dientes y le comenzaron a hablar cambiando la voz, como a veces lo hace mamá conmigo. Yo también me puse contento, el ambiente era festivo, corrí, metí la nariz para descubrir lo que había tras la tela, pero la abuela me alejó con un NO. ¿Qué le pasaba? Ella nunca había usado el fastidioso NO conmigo. Me alejé confundido.

Luego comenzó una discusión que se ha repetido ya varias veces. Yo no entiendo todo, solo ubico palabras como: sí, no, pelos, chiquito, sucio.

Los primeros días fue muy difícil averiguar qué era aquello que vino a robarnos el sueño. Antes las noches eran calmadas. Otro de mis momentos favoritos: todos juntos en el cuarto de dormir, descansando del agitado y caluroso día. Pero ahora las noches son tormentosas, La Cosa hace

unos sonidos horrorosos que me asustan, me despiertan y sacan a mamá y papá de la cama. Los veo de reojo, cansados, lagañosos y ojerosos, meciendo a La Cosa hasta hacerla callar.

Mamá y papá han bajado la guardia. Por fin pude ver a La Cosa. Es pequeñito, como un cachorro, sin pelo, se mueve mucho, es ruidoso y a veces huele exquisito. Papás le quitan unos trapos que resguardan ese fabuloso olor, pero nunca me permiten acercarme. Me alejan tras un: ¡Jonás, no seas cochino! ¿Qué será eso que huele casi mejor que un jugoso bistec?

Ahora todo gira alrededor de La Cosa, mis horarios de comida y calle ya no son exactos, como antes. Papás ya no hablan tanto conmigo porque apenas se me acercan, La Cosa comienza a gritar. A mí no me gusta La Cosa, hace todo para que la atención solo sea para ella. Hace poco comenzó con algo que le llaman sonrisa. ¡Los tiene estupefactos! La he estado observando para averiguar cómo es eso de la sonrisa, ya lo estoy ensayando. Pronto volverán a mí las miradas. Otra cosa que les encanta es el baño. Todos los días, cuando comienza a oscurecer, bañan a La Cosa. Yo los miro desde lejos. Muy astuta La Cosa, le gusta jugar sucio. Mira que dejarse someter a tal tortura con tal de ganarme su afecto. ¡Que con su pan se lo coma!

La Cosa ni me habla ni me mira. Teme que me gane su afecto con una sola de mis miradas. Siempre lo he hecho así con todos. Dicen que soy encantador. Pero La Cosa se resiste, lo que me confirma lo que ya pensaba. Es un duro contrincante.

Este asunto está llegando al límite. Los juguetes siempre habían sido míos y solo míos. Ahora La Cosa tiene más que yo y más divertidos. ¡Eso sí no lo permitiré! En esta jungla hay un solo Rey y soy yo. He llegado a la conclusión de que La Cosa no es muy intrépida. Al primer descuido, esos juguetes serán míos, aunque mamá y papá se molesten.

Tuve un resbalón. Caí en sus provocaciones. Le lamí los pies –vaya señal de debilidad–. Debo confesar que se sintió delicioso y fue divertido. Pero de inmediato me deshice de su sabor y guardé la compostura. Ya también le besé el rostro. Ni siquiera intentó meter las manos como todos para defenderse. Hasta me regaló una de esas horripilantes sonrisas que no logro igualar.

Ayer La Cosa me dio una ofrenda de paz, me acercó unos de sus juguetes. Lo tomé vacilante. Estaba seguro de que toda esa puesta en escena era una trampa. No fue así. ¡Cómo nos reímos! Me miró casi con los mismos ojos que me mira mamá.

La Cosa se llama Matías, lo descubrí ayer cuando nuestros papás se molestaron con nosotros. No les gustó que escarbáramos en las macetas. Todo nos quedó tan bonito. No saben apreciar el arte. Cuando nos gritaron usando el tono molesto, los dos corrimos rápido, aunque él tiene solo dos patas y yo cuatro, nos movimos casi a la misma velocidad. Estamos castigados. Matías estaba un poco triste, lloró un rato. Me quedé a su lado y recogí sus lágrimas con mi lengua. Nos quedamos dormidos abrazados.

Matías es muy divertido, inventamos un idioma que solo nosotros entendemos, mamá y papá nunca lograrán descifrarlo. Nuestros días son intensos: despertamos, paseamos, jugamos, comemos, jugamos, descansamos, paseamos, comemos, jugamos y bueno, a Matías le toca baño. Por más divertido que finge que es, no estoy dispuesto a compartir con él ese momento y en lo último del día nos vamos a dormir a nuestro cuarto. Mi Matías es mejor que cualquier juguete. Mamá dice que es mi hermano. No entiendo qué significa eso, solo sé que La Cosa es mía y sólo mía.

EL PUENTE

Tania Villanueva Martínez

Me desperté sobresaltada por un sonido muy agudo. Me tomó unos segundos darme cuenta de que se trataba del rechinido de las llantas del metro que frenaba bruscamente. Estábamos en la estación Insurgentes. Menos mal que no me pasé.

Al subir las escaleras hacia la salida recordé el sueño que tuve mientras me arrullaba el sonido de los vagones pasando por ese túnel infinito. Estaba en el pueblo otra vez. Era la fiesta de San Juan, el día del nacimiento de Matías, pero en vez de estar en el hospital dando a luz, iba caminando invisible, ligera, en medio de la procesión, disfrutando de la música y el olor de los ramos que adornaban el carruaje en el que llevaban al santo rumbo a la iglesia. Era de noche, se veían algunas estrellas, brillaban las veladoras en las manos de las mujeres y algunas luces de bengala con las que jugaban los niños. Se respiraba la humedad tibia del verano. Sentí en el cuello la caricia suave de los labios de Martín, mi novio de la secundaria, al que sólo podía ver a escondidas debajo del puente lleno de flores. El puente había sido siempre mi resguardo, una especie de andamio en mi vida y testigo de las experiencias más significativas.

No era usual que cabeceara en cualquier lugar. Bueno, no lo era hasta que nació mi hijo, hace dos meses, y ya no dormía más de dos o tres horas de corrido. Haber optado por la lactancia materna exclusiva había sido una apuesta salvaje, pero no podía dar marcha atrás, a pesar de la cantaleta diaria de Sergio, mi esposo, sobre apaciguarme y darle fórmula algunas veces. Sabía que tenía buenas intenciones, pero no me entendía. En todos lados decían que amamantar era lo

mejor y yo quería lo mejor para mi hijo, quería ser lo mejor para él.

Miré el reloj mientras me abría paso entre la gente, tan rápido como podía con esos zapatos incómodos, y me angustió saber que llegaría tarde a clase (solo un par de minutos, pero no quería meterme en problemas). Todo ahí había sido muy complicado desde que llegué. Tenía experiencia y el semestre estaba por comenzar, por eso me habían aceptado, pero la directora de la carrera, mi jefa, no había disimulado su descontento con mi barriga, que ya se dejaba ver a través de cualquier ropa y desde todos los ángulos. No sabía si ella tendría hijos o no, tampoco me importaba mucho, pero esperaba un poco más de comprensión o solidaridad por estar frente a otra mujer. Mi mamá, con cuatro hijos, había sido directora de una escuela primaria. Seguro que ella nunca habría tratado así a una maestra embarazada.

En la foto de nuestra familia, que aún se puede ver en mi buró entre lanolina, trapitos manchados de leche y la lamparita de noche, está ella firme, orgullosa, parada detrás de mis hermanas mayores, cargándome con el brazo izquierdo y rodeando con el derecho a mi papá. Al bebé de la foto, mi hermano Rafael, lo carga el abuelo, que siempre quiso un hijo. Después de muchos abortos espontáneos, mi abuela “sólo le pudo dar una niña”, mi mamá, en un parto en el que casi mueren ambas. Mi abuela nunca se volvió a embarazar. En la foto, mi abuela está sentada junto a mis hermanas, al frente. Detrás de todos, al lado izquierdo, se ve la entrada a la casa y en el lado opuesto, al fondo, las vías del tren y una parte del puente que fue más que el escenario de todas nuestras andanzas y travesuras. Mis papás, tíos y abuelos habían participado en su construcción, junto con las demás familias que vivían en las casas más cercanas a ese ramal

del río. Habían pedido apoyo al gobierno para el material desde hacía tiempo y, finalmente, el año en que nací, les entregaron un cargamento de tablones y herramientas básicas. Ese mismo año lo inauguraron. Cuentan que al principio parecía frágil, endeble, a algunos les daba miedo cruzarlo, pero conforme pasó el tiempo se fue haciendo claro que el puente no solo podía sostenerse a sí mismo, también podía sostener a otros, a muchos, a todos. Sostenía las risas de las fiestas, la lágrimas que terminaban en el río, las carrozas fúnebres y las carretas con el maíz cosechado. Era el lugar de juego de los niños, el camino a la escuela y al trabajo, el punto de encuentro de amantes. El puente comunicaba, conectaba dos formas de existencia; era vida y se fue poblando de historias, guardó secretos, hazañas, emociones. Crecí ahí, en ese pueblo que era en realidad una pequeña ciudad, una cabecera municipal. Vivimos en aquella casa de las orillas, cerca del río, principalmente bajo el cuidado de mi abuela.

Entré al salón tratando de recuperar el aliento y me encontré con las caras somnolientas de los veintisiete alumnos inscritos en ese grupo. Por un momento no supe qué estaba haciendo ahí. Pensé en el tiempo dedicado a la preparación de la clase que, en medio del cuidado de un bebé, resultaba un enorme desafío y en que la mayor parte de mi sueldo se iría en pagarle a la niñera que cuidaría a Matías mientras yo daba clases, pero estaba decidida a seguir trabajando, aunque por ahora fuera poco o algo que no me gustaba tanto. No sabía qué, pero había algo que no tenía sentido. No pude evitar preguntarme cómo habría sido este tiempo si hubiera seguido los consejos de mi mamá: dejar por un semestre el trabajo, regresar al pueblo para que ella y mi abuela me ayudaran con el bebé. Ahora mismo podría estar caminando sobre el puente, con ese olor terroso que tantos recuerdos evocaba, escuchando el crujido de la madera, sabiéndome segura y sostenida, con el aire fresco de la mañana en la cara, viendo el campo tan verde que se extendía hacia el sur

y esperando el paso del tren, para perderme en su estruendo hipnótico. Seguro que podría dormir un poco más. Quizás no me sentiría tan sola.

Cuando estaba embarazada alguien me dijo: “una vez que te conviertas en madre, nunca más volverás a estar sola”. Era verdad y no. Salvo las cuatro horas que me tomaba llegar a la universidad, dar mi clase y volver a casa, pasaba todo el tiempo, día y noche, junto a Matías. Y cuando no estaba con él, pensaba en él, me hacía falta. En ese sentido, estaba siempre acompañada, él venía conmigo a todas partes, como cuando lo llevaba dentro. Pero, paradójicamente, era precisamente eso lo que me hacía sentir más sola. Ese lazo tan fuerte, esa responsabilidad de una vida (otra vida), el miedo y la necesidad apremiante de protegerlo de cualquier peligro; ese profundo, extraño e inexplicable amor no podía compartir con nadie. Ni siquiera Sergio, que era su papá, lo vivía de la misma manera. Tampoco Sofía, que era la única amiga con un bebé. Ella solo decía que sí, que al principio acostumbrarse a la vida con un bebé era un poco duro. Había un abismo que me separaba del mundo. Estaba sola.

Esa sensación la había experimentado después de la muerte de mi papá, muchos años atrás. Mientras lloraba por su pérdida me di cuenta que para mi mamá y mis hermanos era distinto. Tenía esa certeza: nunca nadie iba a estar en mi piel. En eso se parecían el duelo y la maternidad.

Transcurrió una hora y media y la clase terminó, no sé bien cómo porque me había costado mucho trabajo concentrarme, hablar con fluidez, recordar. Dicen que durante el embarazo, el cerebro de las mujeres cambia y produce algunos de estos efectos. Lo que me pasaba no sabía si podía achacarlo a una extensión de aquel *pregnancy brain*: una especie de niebla mental que nos hace más distraídas y olvidadizas durante el embarazo, a la falta de sueño que tanto me pesaba o a esa tristeza muda que arrastraba como un velo desde el día que siguió al parto.

Tenía mucha prisa por salir de ahí, quería no regresar. Me sentí aliviada de haber terminado la jornada, me urgía ir a casa a ver a mi hijo, abrazarlo, que me vaciara los pechos. Por fortuna, a esa hora no había mucha gente en el metro y pude sentarme. Saqué el teléfono de mi bolsa y vi que tenía tres llamadas perdidas de mi hermano. Me inquietaba un poco su insistencia, nunca hablábamos mucho, pero mejor le llamaría desde casa, ahí no había muy buena señal. Si fuera algo importante, me habría dejado un mensaje de voz. Volví a guardar el teléfono y miré a mi alrededor. Una mujer acababa de entrar para ofrecer dulces; mostraba sus productos con una mano y con la otra sostenía la manita de una niña de tres o cuatro años. Al fondo del vagón, había una mujer embarazada y del otro lado, dos mujeres más, que parecían madre e hija, llevaban cargando a un bebé envuelto en gruesas cobijas. A pesar de nuestras diferencias, me vi en cada una de ellas. Sentí la mano de la niña en la mía, el revoloteo en mi vientre, el calor del bebé en los brazos, la alegría de esas vidas que nos acompañaban, las contradicciones de ser mamá. Compartíamos un secreto.

La maternidad había sido para mí una experiencia extraordinaria. Única. Desde el momento en que supe que había una vida creciendo dentro de mí, todo me parecía asombroso. Había en mi cuerpo un ser humano con huesos, uñas, un corazón que latía a toda velocidad. Era increíble. Cuando Matías nació, se afirmó en mí todo lo que era capaz de sentir por ese bebé aún desconocido, su sonrisa, todo lo que él hacía día a día para adaptarse a la vida extrauterina. Yo era su sostén y su conexión con el mundo. Algo único e irrepetible. Y a la vez, estaba ahí viendo a otras mujeres-madres, pensaba en todas las personas que me rodeaban, todos hijos de madres, pensaba en los millones de seres humanos que nacen todos los días, en los millones de madres que están cada día viendo crecer a sus hijos, sorprendiéndose igual que yo con Matías. Ser madre era lo más común y corriente. Ordinario. Otra semejanza entre la maternidad y

la muerte: ordinarias y extraordinarias a la vez.

Dos paradas más adelante entró al vagón un grupo de jóvenes haciendo planes para las vacaciones y con sus voces se fueron mis pensamientos al pueblo, una vez más. Durante los años de la universidad, regresé todos los veranos ahí, a visitar a mi hermano, a mis abuelos y a mi mamá, que cuidaba de ellos y ahora fungía como madre de su madre. Yo iba a verlos, a pasar tiempo con mi familia, pero sobretodo a reencontrarme conmigo. Una parte importante de mí siempre ha estado ahí. Recordé las tardes en las que salía a caminar por el campo, más allá de las últimas casas, hasta que empezaba a oscurecer. Entonces, regresaba al puente, que a pesar de ser el mismo ahora se veía tan distinto, a esperar que las luciérnagas comenzaran su baile luminoso. Quería volver a esos días en que todo era más fácil.

El resto del día en casa transcurrió más o menos de la forma habitual: Matías pegado al pecho buena parte del tiempo, mientras yo trataba de cocinar, comer con una mano, cabeceaba por segundos, intentaba leer o adelantar algo del trabajo mientras hacía danzas interminables por todo el departamento para arrullarlo. Tenía los brazos y el alma cansados. Hubo juegos simples, más leche y sus primeras sonrisas. Cuando dejó de llover salimos un rato a pasear, esperaba que se durmiera en la carriola porque yo estaba exhausta y necesitaba descansar, aunque fuera caminando como sonámbula por las calles. Ya faltaba poco para que regresara Sergio del trabajo, el día me había parecido eterno. El cielo había tomado un tono gris claro muy particular y lo cruzaban por momentos pequeñas parvadas. Envidié esa libertad. Miré el teléfono y vi que tenía más de doscientas notificaciones de un chat de mamás al que me había metido la asesora de lactancia. Esa tribu era un apoyo, hasta un alivio algunas veces, pero muchas otras era una fuente de angustia para una mamá primeriza como yo: era importantísimo llevar al bebé pegado al cuerpo siempre, hacer colecho

hasta que los niños decidan salir de la cama de los padres, usar solamente ciertos pañales, prepararse desde ahora para la alimentación complementaria con los métodos más innovadores, nada de dejar dormir al bebé aparte, la muerte de cuna, tal escuela de natación, el peligro del reflujo y de las medicinas contra el reflujo, la estimulación oportuna, los pediatras antilactancia, la competencia velada entre mamás por ver cuál bebé logra hacer qué cosa primero.

Matías no durmió, a pesar de estar tan cansado. No sabía por qué pasaba, pero siempre había tenido mucha dificultad para dormir, especialmente en el día. Regresamos a casa derrotados. Alisté la tina para el baño y fui a buscar mi teléfono, quería hablar con Sergio para saber si ya vendría. Me había dejado un mensaje de voz en el que me decía algo sobre una junta de última hora y haber salido más tarde, mucho tráfico, era mejor no esperarlo. El segundo mensaje de voz era de mi hermano, decía que esperaba que pronto pudiéramos ir al pueblo los tres. Quería conocer a su sobrino y también necesitaba que les ayudáramos en las faenas para reparar el puente, esta temporada las lluvias habían estado particularmente intensas y se estaba venciendo. Me entusiasmó la idea de pasar unos días ahí, pero pensé en los trabajos y lo difícil que sería ausentarnos. Hablaría más tarde con Sergio para organizarnos.

Lo metí a la tina cuando ya había oscurecido. Aún me costaba trabajo hacerlo sola, me daba miedo que se resbalara y más en días como este que no dejaba de llorar y moverse. Estaba muy irritable y yo empezaba a ponerme igual, pero trataba de pensar que dentro de poco podríamos dormir un par de horas antes de la siguiente toma. Matías no dejaba de llorar, se arqueaba, gritaba, le urgía dormir, pero yo no lograba vestirlo en medio de sus contorsiones. Su llanto empezó a herirme y unas lágrimas escurrieron por mi cara. Traté de respirar con calma mientras terminaba de ponerle el mameluco y nos acomodábamos entre los cojines de la

cama para darle leche. Se quedó dormido muy pronto y lo dejé en la cuna para poder ir a la cocina a cenar algo antes de acostarme. Suspiré con alivio al salir del cuarto y en ese instante empezó a llorar de nuevo. Un llanto espantoso, gritos, mucha desesperación. Traté de darle leche una vez más pero rechazó el pecho, lloraba. No sirvió mecerlo, no sirvieron los arrullos, solo lloraba, llorábamos, ¡ya duérmete! ¿qué quieres? ¡por favor! ¿qué más quieres? No me reconocía. ¿En qué me había convertido?

Quise sostenerlo más tiempo, pero no pude. Lo dejé en la cuna y me refugié en el baño. Escapaba de sus gritos y de mí. Mi llanto ahogaba el resto de los sonidos, los gritos del bebé y la llegada de Sergio, que se había apurado para entrar y contestar el teléfono. Lo había escuchado desde las escaleras y corrió porque supuso que tendría que ser algo importante, nadie llamaba a casa. Al otro lado de la línea, la voz triste de mi mamá anunciaba que la tormenta de esa noche había roto el puente. Seguía lloviendo y no alcanzaba a verlo bien: no sabía si lo podrían salvar.

GEOGRAFÍA [BITÁCORA] DEL CUERPO MATERNO

Tatiana C. Candelario

I. [Piernas]

La niebla lo cubría todo. O casi todo. No alcanzaba a ver más allá de un metro o dos de distancia. El frío parecía cortar mi piel y el aire por momentos se volvía difícil de respirar. Estaba a tres mil metros de altura sobre el nivel del mar. El sitio preciso: el Nevado de Toluca, una montaña que se encuentra a 115 km de la Ciudad de México. Fui a entrenar para el primer maratón que correría: el de Chicago. Era mi tercera y última distancia larga de 32 kilómetros antes de la prueba final. Después de dos horas y media corriendo, mis piernas ya no dieron más. Paré. Mi única compañera era la neblina. Los otros corredores de mi grupo estaban adelante o detrás de mí. No los veía. Soy muy testaruda y quise seguir, pero mi cuerpo no respondió. Así que lloré un poco por el agotamiento que sentí pero ahora comprendo que también lloré porque experimenté mi cuerpo con una consciencia plena, de la que pocas veces he sido capaz (las otras dos veces han sido en el quirófano). Experimenté la satisfacción de subir una montaña corriendo, la fuerza en mis piernas, brazos y pulmones. La libertad del movimiento. Siempre he creído que correr es como bailar, flotar por un instante. Toda danza, todo cuerpo. Todo cuerpo danza.

II. [Sistema circulatorio]

¿Oyes las olas?

Abro los ojos. El dolor es muy fuerte pese a la anestesia (el dolor anestesiado). ¿Qué hago aquí? Escucho el oleaje pero

no hay mar. La luz del techo me lastima, me hace cerrar los ojos. Después de un instante los vuelvo a abrir. Abrir y cerrar una y otra vez hasta lograr habitar de nuevo el cuerpo. Si no estoy en la playa, ¿dónde estoy?

Sólo después de unos instantes logro recordar: estoy en el hospital, tendida en una camilla que me llevará al elevador rumbo a la habitación para la ¿recuperación? de una operación que jamás debió ser. Hace un par de horas la camilla iba en dirección contraria. El camillero me lleva al quirófano donde el doctor que acabo de conocer colocará un filtro en la vena cava para evitar que el trombo, el coágulo que tengo en la pierna izquierda me provoque una embolia pulmonar.

¿Qué?, ¿pero qué es una trombosis?, ¿qué es una embolia pulmonar?, ¿qué es un filtro removible?, ¿anticoagulantes?, ¿de inmediato?, ¿no hay otra salida? No pueden operarme. Tengo un bebé de 18 días de nacido. No puedo morir. No puedo. Tengo un hijo recién nacido. No puedo tomar medicamentos, estoy lactando. ¿Qué?, ¿cómo que no hay opción?, ¿a qué hora fueron mis últimos alimentos? No, por supuesto que no deseo dejar a mi hijo sin su madre.

Confundida y temblando de frío y de miedo, me suben a una silla de ruedas y me llevan a la habitación para prepararme para el quirófano. Abrazo a Rodrigo y pienso que esto debe ser un gran error. Lloro. Lo miro tan pequeño y tan vulnerable. Así me siento yo también. Quisiera desmoronarme pero no puedo, tengo su frágil cuerpo entre mis manos y será él quien me dé la fuerza para enfrentar lo que está por venir. Mientras lo envuelvo en mis brazos siento su cuerpo cálido, suave, frágil; contemplo su rostro y lloro. Nunca pensé que me pasaría esto. Aunque las tragedias de la vida son inevitables, uno jamás espera una. Nunca se está listo para la enfermedad o la muerte. ¿Oyes las olas?

Todavía intento quedarme con él unos momentos más, quiero darle de comer por última vez de mis pechos redondos, llenos de leche dulce y tibia. Me dicen que el bebé no puede pasar a la habitación y que será mejor que se lo lleven de inmediato pues un hospital no es el mejor lugar para un recién nacido. Lloro más. No quiero separarme de él. ¿Y si no salgo viva de la operación?, ¿y si es la última vez que lo tengo entre mis brazos? ¿No hay forma de que esto sea una equivocación? ¿Hay alguna salida hacia el mar?

Recuerdo cuando habitaba mi cuerpo. Nos imaginé muchas veces frente al mar. Él con su sonrisa llenando todo el ambiente de alegría, sus pequeños pies junto a los míos sobre la arena.

¿Recuerdas que te leí Moby Dick mientras crecías y habitabas en mí?

Después de que se lo llevaron todo se volvió confuso. Trato de recordar si pasó una hora o dos antes de que me llevaran al quirófano. Trato de recordar, pero no lo logro. Una neblina cubre la habitación y mi memoria.

Ahora voy en la camilla, llevo puesta la bata azul del hospital. Debajo de ella hay un cuerpo dolido. Una herida sin cicatrizar. Una pierna izquierda que me duele a más no poder. Unos senos llenos de leche que ya no habrán de alimentar. Unos brazos que extrañan al recién nacido. Una conciencia aturdida por el temor de la muerte. ¿La muerte olerá a sal? ¿a mar?

Tiemblo. De miedo y de frío. Que te suban o bajen –según sea el caso– en una camilla mientras te llevan al quirófano es aterrador. Son minutos angustiantes. Segundos en los que piensas en la muerte, pero te aferras a la vida. A ese destello luminoso que se desprende de la luz artificial. Quisieras bajarte de la camilla, tomar tus cosas y marcharte diciendo que se han equivocado, que te encuentras de maravilla,

quizá mejor que nunca, y que todo ha sido una enorme equivocación; que tú lo que estás buscando es la salida que te lleve al mar.

Aprietas los puños. Las puertas del elevador se abren. Aprietas más los puños. No hubo posibilidad de huir. Pocas veces hay posibilidades de huir ¿al destino?

III. [Brazos]

El calor es sofocante. Estamos a 36 grados. Traigo puesto mi traje de baño verde. Es un bikini que me encanta, hace varios veranos que me acompaña a la playa. De fondo está el mar y todos esos cuerpos atléticos caminando sobre la arena. Mi vientre, mis piernas, mis senos, todo mi cuerpo me gusta. Me siento feliz y saludable. El cabello se me alborota y lo traigo más chino que nunca. El calor provoca estragos en él, pero esta vez se me ha acomodado bien. Una foto: los rayos del sol atraviesan parte de mi pelo e iluminan mi cara. Estoy radiante. La felicidad no cabe en una foto, pero ahí estoy intentando capturarla y dejar registro de ese instante en la playa de Ipanema.

Miro todos esos cuerpos atléticos, unos caminan, otros juegan en el mar, otros corren y se ejercitan. Mi cuerpo no está tan moldeado y está muy lejos de la perfección, pero me siento bien en él. Me gusta saberme capaz de correr 5, 10, 15 kilómetros. Un maratón, quizá. Ese día de playa decido no correr, me tiendo en la playa a leer y disfrutar del sol. Al día siguiente C y yo iremos al jardín botánico. ¿Dónde se guarda tanta felicidad?

Toma otra foto más antes de que oscurezca.

IV. [Vientre]

Siento un profundo dolor. El más fuerte que he experimentado en toda mi vida, pero debo guardar silencio.

Será mejor gritar silenciosamente hasta desgarrar el viento. Y después del silencio, una vez que el dolor se ha ido, todo es luz.

Miro de nuevo esta fotografía: ahí estoy al fondo, tendida en la camilla con el cuerpo cubierto por una manta azul manchada de sangre y en primer plano su cuerpo de recién nacido lleno de sangre. Está llorando y lo sujetan las manos de la doctora. En esta fotografía hay dolor y felicidad. La vida es esa herida palpitante. La vida de un recién nacido que no sabe por qué está ahí sintiendo por primera vez el aire, el oxígeno, el ruido... Después del ruido, de nuevo la luz.

El cuerpo se desdobra: es placer y es dolor. Nunca es neutro. Se transita de un estado a otro. Antes de aprender a hablar aprendemos a sentir. Antes de ser nombre, somos cuerpo exigiendo leche materna. Somos llanto que expresa hambre que desconoce la palabra, el concepto. Somos un cuerpo bañado en sangre y líquido amniótico. Y entre el dolor y el aturdimiento lo tomaré entre mis brazos y sólo entonces comprenderé de qué está hecho el universo.

El cuchillo hace un largo y profundo corte en la piel. El material que emplea la doctora es frío pero no lo noto. Es mi cuerpo y, sin embargo, ignoro todo lo que están haciendo con él: anestesia, corte, mover y sacar órganos. Hace frío en el quirófano. Siempre hace frío en un quirófano, pienso.

Dicen que son más de seis centímetros de piel y carne lo que atraviesa el cuchillo. Yo no siento absolutamente nada debido a la anestesia. No siento las piernas. No siento el abdomen. No siento nada de la cintura para abajo. No siento cómo saldrá mi bebé de mi vientre. No siento. No. El dolor vendrá después, en unas horas y será muy fuerte. Como una ola me arrastrará a la profundidad del dolor. Saldré medio inconsciente, flotando y quedará tendida sobre una camilla de algún frío hospital. Lo único que podrá devolverme la

conciencia y que me traerá de vuelta a la realidad es su llanto.

Unas horas después, en la habitación todo me dolerá. Tanto que me cuestionaré cómo podré reponerme después de sentir tanto dolor. Me preguntaré de qué estoy hecha. No sólo de piel y carne y huesos y sangre: hay más. Y el cuchillo no sólo va a herir y transformar para siempre mi piel. La tersa piel. El cuchillo atraviesa algo más que un cuerpo, llega a los huesos y a la mente y a la sustancia que no se ve pero de la que estoy hecha. Ese corte me transformará para siempre. El cuchillo que te atraviesa la piel en una cesárea te transforma. Un hijo también.

Saldré otra del hospital. Durante días me costará reconocermé en el espejo y no sólo por los kilos que tengo de más, por la piel que gestó a un bebé durante 9 meses, por las ojeras de noches sin dormir, no sólo no me reconoceré en ese rostro lleno de dolor y cansancio acumulados. No me reconoceré porque soy otra. Estoy mutando. Te dicen que es normal, que todas las mujeres pasan por eso, que las hormonas todavía están ahí presentes alterándolo todo. Alterándote. Pero no, no te reconoces porque junto a tu bebé naciste tu también. Te llevará meses, quizás años, comprenderlo.

V. [Pulmones y corazón]

Me levanto cansada. Abandono el calor de la cama y me visto para ir a correr. Calzo mis tenis y salgo a entrenar a la Villa Olímpica. Estoy trotando y me duelen las piernas. Me siento exhausta. Tal vez se deba a la carrera de 21 km del domingo pasado, pienso. Cuando inician las repeticiones de velocidad decido no hacerlas.

Empiezo a trotar despacio, muy despacio. Me pongo la sudadera y salgo de ahí mirando a mis compañeros de la pista muy agitados y excitados por las endorfinas liberadas por la velocidad. Se dan la mano, se golpean con el puño,

hacen gestos de victoria. Yo, que casi siempre quiero estar ahí y que me aferro día con día a ese pelotón, hoy los miro extrañada. Casi siempre me exijo demasiado en la pista. Pese a que no tenga su musculatura, trato de seguirles el paso y aunque no lo consigo, en los momentos de recuperación intento alcanzarlos para iniciar la siguiente repetición con ellos, aún sabiendo que a los cien metros habrán de separarse. Y les miro las espaldas y las piernas torneadas. Fuertes. De hombre. Y yo también quiero ser fuerte (y lo soy, aunque de distinta forma y aunque en ese momento ignore cuánto). Me aferro a ellos. A mí. Al futuro.

Pero hoy no fue así. Hoy acepté que me siento cansada. Hoy supe que no quería intentar ser fuerte. Hoy acepté mi cansancio y abracé mi debilidad con ternura. Y no pasó nada. A ellos por supuesto no les interesa si estoy yo ahí o no. Es una lucha y una tregua conmigo. Regreso a casa y me meto en la cama. Tengo las piernas y las manos congeladas. Me abrazo a mí misma y me acuesto en posición fetal. Debajo de las cobijas intento descansar. Hoy me vino la menstruación y por eso me siento especialmente cansada. Me doy *permiso* de decir que hay días que me siento débil y frágil. Y que me muero de ganas por quedarme en cama. Tardé varios años en reconocer esto: que la menstruación me vuelve mucho más sensible y débil por unos días. Durante toda mi vida me negué la oportunidad de irme a la cama con un té caliente para aliviar los cólicos. Pensaba que las mujeres que sufrían y se quejaban por los cólicos eran muy débiles. Que la única forma para quitar el dolor era haciendo ejercicio, mucho. No tomo medicamentos para casi nada pero, ¿qué tiene de malo tumbarse por la tarde en la cama y afrontar que estás cansada?

Crecí en un ambiente familiar en el que las mujeres están solas haciéndole frente a la realidad. Mi mayor y más querido ejemplo: mi abuela. Ella fue madre soltera y sacó adelante a sus cinco hijas. Una mujer del campo, una mujer otomí

que no terminó la primaria y que sin saber leer y escribir dejó su pueblo en el Estado de México para irse a la Ciudad de México a trabajar como empleada doméstica. Ella nunca tenía tiempo para cansarse. Tampoco para quejarse. Nunca dispuso de una tarde serena para tomarse un té caliente y olvidarse del mundo. Tenía que atender a sus “patrones”, a sus hijas y hasta a sus nietos. Después de verla a ella yo sabía que no podía quejarme, no al menos con las condiciones que tenía. Nadie me lo pidió pero me sentía débil si lo hacía. Mi madre tampoco nunca se quejó de dolores premenstruales. ¿Cómo iba a salir yo con que esos días me sentía débil y con dolores? Pero ahora puedo aceptar mi debilidad y con ello reconocer mi fortaleza.

Sin dejar de luchar, hago una tregua conmigo. Me doy la mano y hago señal de victoria. Por hoy, me quedo en cama.

VI. [Pecho]

18 días después de tu nacimiento, me encuentro tendida en una cama de hospital. Mi brazo derecho tiene una aguja conectada a mi vena por la que pasa el medicamento para adormecer el dolor. El cuerpo está medio adormecido; el alma también. ¿Cómo lograré despertarlos? Tardará más tiempo del que yo quisiera. Seguiré adormecida varios meses más, años quizá. Será mejor que decida despertar.

Los senos me duelen, están llenos de leche que ya no servirá para alimentar a mi bebé. Cada que lo pienso las lágrimas no pueden dejar de caer y con el rostro empapado pienso en su cuerpo pequeñísimo, dulcísimo lejos de mí. Nunca pensé que habría de separarme de mi bebé tan pronto. No puedo morir.

La muerte pesa. La idea de la muerte, quiero decir. Pero cuando tienes un hijo recién nacido pesa mucho más. El peso se vuelve insoportable. Te paraliza. De no haber sido por él, me hubiera dejado ir al fondo; abrazar la muerte y

rodar junto con ella pero... la luz. Me aferro a la luz artificial de la habitación para no caer junto con ella y hago todo lo posible por permanecer. Quiero mirar otra vez sus dulces ojos, llenos de ingenuidad y sorpresa por el mundo que se presenta por primera vez ante él. Quiero tener su cuerpo otra vez entre mis brazos, una y otra vez y muchas veces más para llenarlo de besos. Quiero escuchar su llanto y arrullarlo y calmarlo, así que por más dolor y miedo que tenga me aferro a algo que me haga tocar tierra. Esta vez no me dejaré llevar por el oleaje. Mira: afuera es de noche y desde algún lugar se podrán contemplar las estrellas claramente. Cierra los ojos. Intenta dormir.

Regreso del hospital. Salí viva y eso es un milagro. No hay duda. Llego a casa y veo a Rodrigo. Lo tomo entre mis brazos y lo lleno de besos y lágrimas. Estoy viva. Ya no podré lactarlo, pero estoy viva. No podré cargarlo durante dos semanas, pero estoy viva. Me lo ponen a un lado. Le canto y me asombro.

¿Cuánto tiempo dura la felicidad?

Estuve más de un año observando cómo salía leche de mis pezones. Poca, pero a diario. Mi cuerpo ya no producía suficiente porque no había succión de parte de mi bebé, pero mi mente se resistía. Era terriblemente doloroso. La gente me decía que debía sentirme contenta de tener a mi bebé en los brazos y que lo de la lactancia era lo de menos. Pero ahí estaban aquellas gotas blancas recordándome mi condición. Mi vulnerabilidad.

Después de la operación dormía con miedo a no despertar. Pensaba en el filtro que traía en la vena y en la posibilidad de que se rompiera. O de que el anticoagulante no fuera lo suficientemente potente para deshacer los posibles coágulos y me diera otra trombosis que resultara fulminante. Ese riesgo existe sigue latente, pero ya no pienso en él. ¿Quién no va a morir? Cierro los ojos y me dejo mecer por la

posibilidad de la muerte, pero bien abrazada a la vida, al deseo de ver la sonrisa y los ojos de mi hijo a la mañana siguiente.

VII. [La cadera y los pies]

Los pantalones ya no me cierran. En lugar de seguir mi senda, me dejé arrastrar por el mar de la indecisión y de los deberes que nunca acaban. Como si al ser madre mi camino se bifurcara, tomé aquella ruta que me fue alejando cada vez más de la rama principal. La maternidad no sólo te cambia el cuerpo, te transforma la mente. Tener un hijo era algo que anhelaba tanto que al final terminé por desdibujarme a mí misma y centré mi energía y mi amor en mi hijo. ¿Pero cómo puedo amarlo si no me amo yo primero? ¿No es así? ¿No debería de ser así?

Tengo la pierna izquierda más hinchada (tres centímetros, dice la angióloga) que la derecha. Tengo muchas várices. Una cicatriz que atraviesa mi abdomen. Tendré que vivir con anticoagulantes toda mi vida porque me pusieron un filtro en una vena. No podré volver a correr nunca más un maratón ni correr por tres horas seguidas. Debo usar medias de compresión diario por el resto de mis días. Esos cambios sucedieron de golpe. De la noche a la mañana yo ya era literalmente otra (no solamente porque me convertí en madre, sino porque la trombosis transformó mis actividades, incluyendo mi cuerpo). La maternidad transforma. Hace desaparecer casi por completo a la otra persona, a la que no era madre. Parece que esa que fui y que se levantaba todos los días a las seis de la mañana para ir a correr fue en otra vida. Sí. Lo fue. Para vivir el duelo y aprender de él primero debo aceptar la muerte.

Mi terapeuta dice que estoy muy enojada porque la maternidad me arrebató muchas cosas. Yo no lo he podido enunciar así porque en mi ideal la maternidad da, no quita. Pero sí, la maternidad se lleva muchas cosas (hasta hice una

lista de todo lo que me quitó, una lista como cuando voy al súper).

Me ha costado casi cuatro años adaptarme a esta vieja-nueva piel. Reconciliarme conmigo. Ya no correré maratones, pero puedo caminar y abrazar a mi hijo y, quizás, con un poco de suerte y disciplina, vuelva a correr 10 kilómetros y sentir el viento en mi piel. Danzar nuevamente con él, porque al final, todo danza. Todo cuerpo danza.

UNA CESÁREA

Vania Reséndiz Cerna

Había revivido mi cesárea sólo con mi psicoanalista y no tan detallado porque siento que hay muchas cosas de las que quiero hablar, y claro, el inconsciente hace de las suyas en sesión.

Todo comenzó así: mi padre A, que es médico gastroenterólogo, me dijo que yo no podía parir por mi edad, mis caderas ya no daban. Mi hija estuvo la mayoría del embarazo sentadita, sin cambiar de posición. Mi madre siempre me había dicho que yo estuve sentada mucho tiempo y que una semana antes de mi llegada mi posición cambió y pudo tener un parto. Le encanta decir que nací como tapón de sidra. Al principio, mi ginecóloga me alentaba hasta a gatear para que V tuviera la posición adecuada, pero a mí siempre me resonaba lo que mi padre me decía. Cuando pasaron las semanas y las cosas no mejoraban me metí a clases de natación para embarazadas para poder lograr que V se moviera, pero no fue así. Mi suegra me decía que me moviera más para que tuviera un parto. Mi esposo me decía que le daba mucho miedo que yo pariera, que él prefería una cesárea, muchos en mi familia opinaban menos yo.

Caminé despacio durante todo mi embarazo pues al principio de éste estuve dos meses y medio en reposo absoluto a causa de dos sangrados. Durante mucho tiempo tuve miedo y el moverme despacio me daba algo de seguridad, sentía que así V seguiría gestándose sin complicaciones. Después mi ginecóloga me dijo, *Vania, has pasado por tanto, te costó mucho trabajo embarazarte, yo digo que tengas una cesárea, te quitas de problemas*, le conté a mi madre y me dijo: yo opino lo mismo, con su tono de voz contundente, de psicoanalista,

como si estuviera en sesión. Yo solo me enojé y pensé: *por qué tienes que opinar de todo y pensar que lo que dices deben ser las acciones que yo tengo que llevar a cabo* (porque regularmente así me he guiado, ante su mirada). No le dije nada. Mi madre siguió insistiendo en una cesárea, así no haría sufrir a mi hija. Además, me decía que mi hermana tuvo una y se recuperó muy pronto, y bueno, V no cambiaba de posición, entonces lo mejor era una intervención quirúrgica.

Un día, recibí un correo de Recursos Humanos, dándome información para tramitar mi incapacidad (odio esa palabra pues cuando estamos embarazadas no estamos incapacitadas, al contrario, pero éstos son los términos que se manejan en cuestión de salud). Mi compañero me dijo que eso ayudaba a la empresa porque el seguro iba a cubrir parte de mis honorarios, entonces comencé a juntar mis papeles y le pedí que me acompañara a la cita para comenzar el proceso. Acudimos a la clínica que me correspondía y nos dijeron que buscáramos un consultorio y dejáramos mis papeles en el recipiente que estaba al lado de la puerta para que me llamaran, examinaran y me asignaran una cita con un médico. Yo quería salir rápido de ahí (el ambiente hospitalario me pone nerviosa, recuerdo todo lo que vi cuando me llevaron a urgencias con hepatitis, pero esa es otra historia), y recorrimos el pasillo de los consultorios hasta encontrar uno donde había pocas tarjetas. Pensé que si colocaba mis papeles ahí podríamos pasar rápido. Después de un rato me llamaron y entramos, todo el consultorio que era tan gris, triste, tan desolador... La enfermera me dijo que me sentara, abrió mi cartilla y comenzó a interrogarme. No entendía bien las preguntas que me hacía, iba muy nerviosa, y creo que eso la irritó porque me tenía que repetir sus cuestionamientos. Me regañó por no llevar el control de mi embarazo, sin darme un tiempo para decirle que sí lo llevaba pero con una médica particular; mi esposo intervino y le dijo que sí teníamos el control gestacional y yo seguí con algo así como: vinimos a tramitar mi incapacidad laboral.

Eso creo que la irritó más, pues el usar el servicio de salud pública como mero trámite no le pareció. Me dio flúor con un cepillo dental desechable y me dijo cómo limpiarme la boca porque la higiene bucal era importante durante el embarazo. Su enojo crecía, cuando de pronto lanzó la pregunta: *¿tiene sífilis?*, yo no di crédito, pensé, vio algo en mí, qué pasó, respondí con un simple: no. (Tiempo después conté esto en el círculo de lactancia al que acudía y una compañera me dijo: había escuchado muchas historias del seguro pero que te hicieran una pregunta así, no. Después reímos, fue la primera vez que pude reír al contar este episodio.) Al término de la entrevista me midió la presión, me dijo que no estaba alta pero a punto estarlo y había que monitorearme. Me comentó los pasos a seguir para que me tratara un ginecólogo del IMSS y me diera mi incapacidad. Salimos del consultorio y le dije a mi esposo que por favor nos fuéramos, que después seguíamos con los trámites. Al subirnos al auto no hice más que llorar, lloré mucho por la forma en que me trataron, le dije a mi compañero que no quería volver. Lo arreglamos, mi hija y yo no volvimos, el seguimiento de mi embarazo fue con mi ginecóloga de toda la vida (tiempo después regresamos para la primera vacuna de mi hija, yo iba aterrada, pero ese día con ayuda de una colega que conocía a una enfermera, todo fue diferente). De ahí mi presión comenzó a subir, me mandaron medicamento para regularla. ¡El momento en que comenzábamos a preparar todo para tomarme la presión y llevar bitácora era tan difícil! Respiraba profundo y pensaba: por favor que esta vez no salga alta (creo que eso no ayudaba). Así estuve desde la semana 35 de embarazo, me daba miedo al pensar que el medicamento podía hacer estragos en la gestación de mi hija, me sentía culpable y no sabía si iba poder lograr llegar a término.

En uno de los ultrasonidos, mi ginecóloga notó que V no estaba creciendo de la manera adecuada y debían monitorearla. Aunado a esto estaba el tema de mi presión

alta y además mi ginecóloga me anunció que saldría de viaje durante una semana. Le preocupaba mi salud, por lo que me estuvo monitoreando a diario con ultrasonidos y con un aparato que medía el ritmo cardíaco de V. Probablemente habría que adelantar la cesárea. Le conté a mi madre y me dijo que le hablara a mi ginecólogo de la Ciudad de México para saber su opinión, pues también llevaba mi seguimiento en dicha ciudad ya que ahí comencé el largo tratamiento para lograr embarazarme. Me inyectaron los inductores de maduración pulmonar para V como forma de prevención por si tenía un parto prematuro (uno de mis mayores miedos durante el embarazo). Le hablé a mi médico materno fetal y me comentó que tenía que hacerme un ultrasonido muy específico para medir niveles de crecimiento de la bebé, de la placenta, del líquido amniótico y ya no recuerdo de qué más. Para ello acudimos con una médica en Oaxaca que nos dijo que el líquido amniótico estaba bajando y nos recomendó hacer la cesárea lo antes posible. Así fue que comenzamos a apartar la habitación del hospital, a decirle a nuestra familia, a hacer la maleta, a acomodar todo en casa para cuando llegáramos. De pronto mi esposo ya le había avisado a sus amigos, amigas, a toda su familia. Yo solo le dije a mis papás, mis hermanos, cuñada, por supuesto a mi abuelita (ella a mis tíos) y a mi padre M, pues tenía tanto miedo que llegué a pensar que no podría lograrlo. Quería decirle a mi padre M, lo había contactado hacía poco, como a la mitad de mi embarazo (tenía años sin hablar con él), para darle la noticia, para que supiera que venía otra nieta en camino, para que supiera que una de sus hijas estaba embarazada, para que me abrazara. Le conté del proceso y me calmó, él también es médico. También le avisé a dos amigas y a mi amigo P (una de las entonces amigas se encargó de avisarle a quien quiso y así muchas personas se enteraron del día y hora de mi cesárea).

Llegó el día, el 3 de mayo (el día de los trabajadores de la construcción, ¡ah cómo me gusta decir esta frase!) de 2018. Estaba programada a las cuatro de la tarde y debía ingresar al hospital a las doce del día. Ese día me trenzaron el cabello, mi madre me acompañó, quería llevarlo como cuando mi abuelita me hacía mis trenzas de niña (no sé por qué no fui con ella, supongo que pensé en no molestarla pero hubiera querido verla antes, pues siempre me da la fuerza que necesito). Llegamos al hospital alrededor de las diez de la mañana e hicimos los trámites correspondientes para ingresar a la habitación a esperar la hora programada. Llegaron mis médicos para revisarme, sentí alivio. De pronto comenzó a llegar mucha gente, toda mi familia, la familia de mi esposo, las amigas y los amigos entraban y salían de la habitación, yo trataba de mantener la conversación mientras mis nervios crecían.

Comenzaron a vendarme las piernas y una enfermera me preguntó: ¿te depilaste? Contesté: las piernas sí, las traigo depiladas, ella a su vez: no, el vello público. Yo reí por mi respuesta, ella no. De pronto llegó el enfermero y me cambiaron de cama, me trasladaron al quirófano, comenzaron a lavarme, me pusieron la anestesia. Comencé a sentir comezón en las axilas, un poco en la garganta: estaba teniendo una reacción alérgica. Colocaron el antihistamínico. A las 4:45 pm escuché el llanto de V y al doctor decir: llora, llora, llora. Un alivio y felicidad inmensa invadieron todo mi sentir, mi cuerpo, todo. Memo me dijo, ya nació, por supuesto lloré, no la pusieron en mi pecho, no tuve la oportunidad de al menos una cesárea humanizada porque el pediatra (esposo de mi ginecóloga), no lo hizo así. Como podía, trataba de ver dónde estaban pesando, midiendo y limpiando a V, Memo se volteaba y me decía, todo bien, diez dedos en manos, diez dedos en pies, todo bien. Una enfermera tomó una foto con su papá y de pronto el pediatra me la acercó ya con la ropita que elegimos usaría por primera vez, la besé y lloré. Memo la cargó de una manera

tan segura y natural que parecía que ya lo había hecho o al menos practicado mucho. Al verlos juntos mi mundo se tornó iluminado de amor, empecé a sentir paz dentro de mí. Luego nos fuimos en el elevador, yo en camilla, mi hija en los brazos de su papá. Comencé a temblar mucho, no supe por qué. Salimos del elevador y todas las visitas seguían ahí, pero yo sólo quería abrazar a mi hija. Todo fue muy rápido, una cesárea lo es, la recuperación que viene después es lo que se hace eterno (esa es otra historia).

DIARIO PERSONAL DE UNA MADRE AGOBIADA

Viviana Oropeza Gracia

18 de agosto de 2020

Hoy tuve un día maravilloso. Fue mi cumpleaños. Un día antes mi marido me preguntó si quería ir a desayunar. Yo, con un poco de más de realidad, le respondí: “Vamos a ver cómo amanecemos y qué tal duerme E”. Él me miró confiado y asintió.

Resultó que E se despertó como seis veces para pedir pecho. Yo, entre dormida y despierta, me incorporaba y le ofrecía pecho. Él tomaba poquito y se quedaba dormido, yo no insistía. A las 7:45, casi como reloj, E despertó llorando; mi otro hijo, A, abrió la puerta de par en par, entró a la recámara y gritó “Buenos días, mami. Ya es de día”. Hay veces en las que pienso que su voz es como un taladro, especialmente los días en los que no he podido dormir.

Finalmente sí fuimos a desayunar. Decidí que quería pasar un buen día. Me alisté, alistamos a los hijos y salimos. Estaba emocionada, no tanto por mi cumpleaños, sino porque hoy empezó un taller de escritura al que me inscribí. Mamás inquietas, mamás curiosas, mamás abiertas a la discusión y respetuosas al intercambio de opinión. En suma: el grupo ideal para comentar y discutir con honestidad temas alrededor de la maternidad. Exactamente lo que estaba buscando.

Hoy fue un buen día.

19 de agosto de 2020

Tarde de juegos con el vecino. Estoy orgullosa de que A se pueda defender. En varias ocasiones, el vecinito le ha gritado y le ha quitado sus juguetes, pero hoy mi hijo ha sido capaz de decirle: “No me empujes”, “no me grites”. He escuchado su voz, he escuchado cómo se defiende. Él ha crecido y nosotros también.

20 de agosto de 2020

Mi pequeño bebé ha tenido una noche difícil. Si él no duerme bien, yo no duermo bien. En fin. Ya estoy un poco acostumbrada. Hemos salido los cuatro para ir a la clase de natación. Se nos hizo tarde y cuando se nos hace tarde, muchas cosas salen mal. Salimos de malas. Además, es muy estresante estar los cuatro en el auto. A no para de gritar, cantar, hacer preguntas. Para mí, el lugar del copiloto es incómodo para amamantar. Todo el recorrido estuve inquieta porque E no pudo comer bien. Entre gemidos, llantos y patadas, finalmente cedió y se quedó dormido. El estrés en el auto me mata.

21 de agosto de 2020

Mi casa se ha convertido en hospedaje para la tarde de juegos de dos amigos de A. Casi diario están E y JE en la casa, pero hoy estaba cansada. Hoy no tenía muchas ganas de recibir visitas ni de cuidar a más niños que a los míos. Mis vecinos lograron hacer una pequeña reunión y finalmente cenamos juntos otra vez. No logro transmitirles que a las 10 de la noche ya es muy tarde para que los niños estén despiertos. En fin. Los niños se divirtieron; mi marido y yo, a las 11 de la noche lavando trastes, recogiendo juguetes, arreglando la casa. Acabamos muertos. Todos los días acabamos muertos.

23 de agosto de 2020

Otro buen día. Podría acostumbrarme a ellos. Fuimos al Ajusco con unos vecinos. A se portó de maravilla. Jugó, anduvo en bici, corrió. Acabó rendido. E también se adaptó. En general, tuvimos un día de lujo. Y no llovió. Solo hasta el final, A se enojó muchísimo. Yo creo que tenía sueño. Me preocupa no poderlo ayudar a calmarse. Cuando llega al límite, siempre dice: “es que no me puedo tranquilizar”.

25 de agosto de 2020

A veces pienso que soy una madre terrible: mi paciencia es cero y no quiero jugar con mis hijos, ¿Cómo sé que estoy siendo una buena madre? ¿Cómo me verán mis hijos a la distancia? ¿Serán felices? ¿Cómo se sabe si una madre no ha fracasado?

Una amiga me ha dicho que los hijos son el reflejo de los padres. ¿En serio? A veces lo dudo. Todos los días puedo ver que mi hijo mayor es inmensamente feliz. Juega, canta y se ríe todo el tiempo. La alegría de vivir esos momentos con él es fugaz.

28 de agosto de 2020

¿En quién me he convertido? No me reconozco. Estoy enojada todo el tiempo. Iba a escribir “casi”, pero no, realmente estoy enojada todo el tiempo. En algún lugar leí que ser mamá involucra librar batallas insignificantes todo el tiempo. ¿Neta? ¿Todo el tiempo? Es agotador.

2 de septiembre de 2020

Constantemente, mi hijo me reclama que no lo dejo hablar. En principio uno quiere que sus hijos tengan voz propia, y es cierto: hay veces en las que no dejo que termine de hablar cuando ya le estoy arrebatando la palabra para llamarle la

atención. ¿Cómo sé que podrá defender su voz, que será escuchado si su propia madre no lo escucha?

4 de septiembre de 2020

Lo pienso todo el tiempo: ¿cómo educar a mis hijos para enfrentar este mundo tan horrible? ¿cómo educarlos fuertes, pero con sensibilidad, cómo educarlos solidarios, cómo educarlos feministas? Nada está escrito, nada garantiza que lo que les diga o lo que les enseñe rendirá frutos.

7 de septiembre de 2020

Mi esposo me dijo que A, mi hijo mayor, grita y se enoja con mucha frecuencia, que debo encontrar otra forma de hablar con él, porque está aprendiendo todo de mí. Me avergüenzo cuando él me hace ver mis errores y me da terror saber que él me ve como soy. Hay días en los que consigo no gritar ni una sola vez. En esos días, reímos. En esos días hay más sol en nuestra vida.

12 de septiembre de 2020

Esta pandemia vino a joder la vida de todos. Jamás creí que diría algo así: ¡Quiero a mis hijos lejos de mí! (al menos por un rato).

14 de septiembre de 2020

Llevo días pensando sobre qué podría ser un cuento. Mi cerebro está vacío. Le platico a mi hermano y a mi cuñada. Veo que hacen el esfuerzo por entender, pero no logro transmitirles lo importante que es para mí este taller. Sólo mi esposo lo sabe. Me conoce. En fin, tras una pequeña discusión, me quedo con lo que señala mi hermano: “Vivas, siempre te vas a estar cuestionando si eres una buena madre”. ¡Qué tortura!

20 de septiembre de 2020

Leyendo los textos que nos han propuesto en el taller, caigo en la cuenta de que no tengo tribu. Sólo somos mi marido y yo. Hay tantos temas que discutir, tantas preguntas que plantearse. ¿Qué tanto deben saber mis hijos de mí, de lo que siento al ser su madre? ¿Debo o quiero enseñarles todos mis defectos? Seguro los vivirán, seguro me juzgarán. Ser mamá es de lo más difícil que he vivido.

22 de septiembre de 2020

Hoy leí un cuento llamado “Ahorita vengo”. Me encantó. Es la historia de una madre que sale de su casa, deja a sus hijos y mientras se aleja, se cuestiona si ellos la extrañarán en el caso hipotético de que no regresara. Es un texto maravilloso. Dibujó una sonrisa cómplice en mi rostro. Esa sonrisa me gusta, es una sonrisa de empatía. La autora se cuestiona si sería capaz de abandonar a sus hijos. No lo sé con seguridad, pero podría entender que muchas madres hemos escuchado esa voz alguna vez.

25 de septiembre de 2020

Llevo días con el estómago pegado porque no he podido trabajar. Básicamente, mi trabajo es leer y escribir. Nada complicado, ¿no? Paso horas en la cocina, en la lavadora, en el cuidado de los hijos y, básicamente, en que todo parezca que marcha bien. ¡Es agotador!

28 de septiembre de 2020

Lo pienso frecuentemente: ¿por qué decidí tener otro hijo? Tengo 20 kilos de más, tengo senos enormes, nada me queda y se me cae el cabello de a montón... Justo cuando mi primer hijo se empezaba a separar de mí porque conquistaba su “yo ya puedo solito”, decidí embarazarme. Y ya sabía que otro embarazo era otro duelo, que otro embarazo era un

cansancio adicional y acumulado. ¿Por qué quise otro hijo?

Sé que la razón principal del segundo hijo fue el deseo de ver a mi primer hijo acompañado. No quería que transitara esta vida solo. Pero ¿es razón suficiente para querer un segundo hijo? ¿Lo tuve porque quise o porque quise darle a mi primer hijo un hermano? Me pregunto constantemente: ¿qué razón vale más? ¿Qué egoísmo materno justifica mi segundo embarazo? ¿Qué historia le voy a contar? Lo que no sabía es que cuando ya tienes un hijo, el otro sufre. Todos sufren. No hay tiempo, nunca hay tiempo.

¿Por qué me quejo? ¿Acaso por ser mamá perdí el derecho de hablar? Frecuentemente lo pienso: La maternidad es un camino que uno transita en solitario y en silencio.

Todo el tiempo lo miro: agarrado a mi seno, buscando su seno, durmiendo, riendo, todo inocente y bello. Afortunada y agradecida.

29 de septiembre de 2020

Hoy discutimos la relación-tensión que se tiene entre una madre y una hija. No había reflexionado con profundidad la relación que tengo con mi madre. Sé que la quiero; ahora que soy madre, la respeto más, la entiendo más. Debí haber sido durísimo criar a cuatro hijos. También entiendo más a mi papá. Creo que mi relación con mi mamá es compleja; creo que cedo en muchas cosas, pero no logro descifrar realmente por qué cedo: ¿porque no quiero pelear, porque no quiero defender un punto de vista personal, porque la respeto, porque soy la hija menor? Por supuesto que he experimentado su mirada juzgadora y descalificadora, pero todavía no sé hasta qué punto eso me afecta.

Ser madre es una de las tareas más difíciles que he elegido realizar.

EL PRINCIPIO DE NUESTRO TIEMPO (AUTOENTREVISTA CON PARÉNTESIS)

Zulai Macias Osorno

Yo: Buenas noches. Sabemos que hace más de cuatro años pariste a un niño. ¿Podrías contarnos cómo fue tu experiencia?

Zulai: ¿Hablar del nacimiento, de mi parto, del inicio de nuestro tiempo? No sé cómo hacerlo o, por lo menos, no sé cómo ni por dónde empezar.

Y: Desde el principio.

Z: ¿Y cuál es el principio?

Y: Quizá cuando supiste que ya no había vuelta atrás.

Z: Entonces fue cuando me hice unas veinte *selfies* con el papá de mi hijo antes de irnos a dormir.

(Esta noche la pasamos o la pasé en vela. Prefiero hablar en singular porque tu papá se echó uno que otro ronquido de esos que ya conoces. Como sabes, a veces lo llamo Chronos por su obsesión con los medios minutos y los segundos, así que le tocaba por *default* manejar el cronómetro. Cada que sentía uno de esos dolores que instintivamente me llevaban a hacerme bolita, como último acto reflejo y como si en eso se nos fuera tu nacimiento, le metía un codazo para que anotara el momento preciso de la contracción, no fuera a ser que perdiéramos la claridad de su patrón rítmico si dejábamos de contar alguna. ¿Respirar?, ¿relajarme?, ¿pensar que una más es una menos? Al pensamiento lo tenía nublado y a cada intento de inhalación siempre le ganó la urgencia de

envolverme en mí misma. Cada que mi codo lo alcanzaba, él se paraba como resorte, intentando demostrar que estaba bien despierto, y anotaba la hora, el minuto y el segundo de la contracción. Su veredicto de toda la noche: “Todavía no son rítmicas ni regulares”).)

Y: Pero ¿por qué se tomaron las *selfies*? Algún indicio tuvo que llevarlos a posar delante de un celular.

Z: Entonces ese no es el principio. A lo mejor fue cuando se me rompió la fuente echada en mi nidito.

(Sí me dieron ganas de hacer nido. Fui bastante precavida y desde hacía tiempo todo estaba listo para tu llegada, así que ese nido fue para empollar: unos días antes me había mudado al colchón que estaba en el que sería tu cuarto. De ahí no me movía; en ese lugar dormía sola y contestaba mensajes y llamadas. Y fue justo ahí que una fuga constante de agua entre mis piernas me sorprendió. Llamé a tu papá para pedirle que no se tardara tanto en regresar. Estaba de vuelta a los quince minutos.)

Y: ¿Puede ser que esas ganas de echarte a esperar fueran el anuncio de lo inminente?

Z: Esperaba poder estar otras dos semanas tumbada sin mirar más allá de mi redondez.

(Todavía tenía casi tres semanas de margen para cargarte dentro. Dos días antes, por consejo de mi ginecóloga en turno, que me dijo que me echara una chela y me relajara, nos habíamos idos de paseo a unas aguas termales. Era primero de enero de 2016 y hacía mucho frío. El viento helado me hacía abrazarme al tiempo que me invitaba a sumergirme en esas aguas tibias. Recuerdo que dejé que el movimiento de los demás bañistas ondulara mi cuerpo y me imaginé que así te sientas tú, mi esperado Chamoy. O te sentías, cuando todavía tenías espacio para navegar dentro de mí.

Meses después leí, aunque puede ser que antes ya lo hubiera escuchado, que una manera natural de desencadenar el parto son los baños de agua caliente.)

Y: Pero esas dos semanas no pasaron...

Z: No. Dos horas después estábamos en un consultorio desconocido, con un señor desconocido haciéndome un tacto. La ginecóloga en turno había salido de vacaciones y, claro, no alcanzaría a llegar. Nos remitió con un colega. El diagnóstico: todo bien, estaba acomodado y el cordón había dado dos vueltas alrededor del cuello. De igual forma podría ser parto natural, para el que tanto había estudiado. Este señor, ahora el ginecólogo en turno, nos mandó a casa. Acordamos que lo llamaríamos a media noche, porque seguro a esa hora tendríamos que encontrarnos en la clínica.

(Con mi hasta hace unas horas ginecóloga habíamos acordado un parto de ensueño: una tina llena de agua tibia, pelotas de Pilates por todos lados, mi doula masajeándome la cadera y tu papá recibiendo con sus propias manos. Imaginaba música de fondo, velas aromáticas y lágrimas de felicidad cuando el cordón dejara de latir y tu padre lo cortara. ¿A quién se le ocurre irse de vacaciones en fin de año?)

Y: Entonces, ¿a qué hora ingresaste al hospital? ¿Cuánto tiempo duró tu trabajo de parto?

Z: Ingresé a las 7 am. ¿Cuánto tiempo duró el trabajo de parto? No sé qué momento se cuenta como el banderazo de salida. Sé que estuve tres horas en una cama.

(Una llamada nos despertó; era el ginecólogo. “¿A qué hora me va a llamar, señora? Yo creo que ya se tiene que ir al hospital. La veo a las seis de la mañana”. “Ah, sí, sí, ahí lo veo”. Era tres de enero. Me vestí con la ropa que hace mucho había escogido para ese momento. Miré el reloj. ¡Ya son las

seis! ¡Córrele que llegamos tarde! Lo bueno que esa fiesta no podía empezar sin mí. Ingresamos a las 7 am a la clínica, una de los dos que existen en Querétaro con la sala de labor y expulsión juntas que, además, tiene tina y cuando nace el bebé, no se lo llevan a ningún lado. Llegué con ocho centímetros de dilatación. “¿Cómo aguantó tanto?”. “Las contracciones no han sido constantes y he soportado el dolor”. “Bueno, ahora sí vienen las buenas, así que pásele, ahí voy”. “Me gustaría usar la tina”. “Mmm.... Yo no hago eso”. Fin de la historia.)

Y: ¿Entonces te pidieron acostarte y parir en esa posición?

Z: No, no. El ginecólogo en turno no estuvo en la sala más que en contadas ocasiones. La verdad es que me dejó hacer lo que necesitaba sin intervención. Bueno, la necesaria.

(Fui yo la que me acosté y no me quise mover más. Sentía que si permanecía inmóvil, el dolor no me encontraría. Así que ahí tienes a la querida doula, recordándome cómo respirar, queriéndome tomar de la mano, creo que un poco confusa sobre qué necesitaba. Tu papá, al lado mío, al pie del cañón. Claro, todavía anotando el minuto y segundo de la contracción. “Ya deja de anotar, ¿no?”. Y así fue como por fin guardó el papelito en el que había registrado puntualmente cada contracción que, dicho sea de paso, nunca fueron ni regulares ni rítmicas. Yo sólo quería cerrar los ojos, no mirarme, no mirarles. Muchas veces dije que no podía o que ya no podía. Y que ya te sacaran de mí. Las imágenes que corrían paralelas al dolor eran cuchillos abriéndome la panza para sacarte YA. Pero no todos fueron llantos y gritos, si es que los hubo. Cuando estuvimos en el cuarto y me miré con bata de hospitalizada y con mis Crocs blancas, le pedí a tu papá que me tomara una foto. En la foto tengo cara de niñita traviesa.)

Y: Hablando de intervenciones médicas, ¿cuáles te tocaron?

Z: En la recepción me dieron una pastilla. Me la tomé sin preguntar qué era. A la fecha sigo googleando para saber qué era y todavía no encuentro respuesta. Cuando rompí fuente, parece ser que no se abrió del todo el saco amniótico, así que después de esperar mucho tiempo, de pujar y pujar sin que pudiera salir Chamoy, creo que me lo abrieron más. Y la episiotomía. Tampoco me salvé de eso.

(Aquí entre nos, no la vi tan grave. La herida me sanó rapidísimo y ya ni me acuerdo de ella.)

Y: ¿Hasta qué momento dejaste de llamarlo Chamoy?

Z: Hasta ese día. Antes no tenía nombre.

(Algunas de las veces que dije que no podía más, la doula me preguntó que cómo te ibas a llamar. Ella sabía que aún no tenías nombre, pero acertó a preguntar en el momento exacto. La respuesta vino con una contracción: ¡Darío! Ahí tomaste forma humana. De fondo escuché decir a tu papá: “¡Se llama Darío!”, con sorpresa y asentimiento. A la que, a la fecha, no le acaba de caer el veinte de que no te llamas Fernando, es a tu abuela paterna, que esperaba perpetuar el nombre del patriarca, así que sí, a ti te está hablando cuando la oyes gritar ¡Chamoy!)

Y: Sé que hace unos años recién te mudaste a Querétaro. Tú mamá, papá, hermana y hermano viven en CDMX. Son tres horas de distancia, pero, al final, son horas de distancia. ¿Quién estuvo contigo?

Z: Dentro de la sala, mi doula, que tomó unas fotos que no hubieran existido si no hubiera estado ahí. Por supuesto, mi compañero, el ginecólogo en turno, el pediatra y un enfermero. Tengo la sensación que, exceptuando a la recepcionista, no había nadie más en la clínica. Y, claro, toda mi familia estaba en la sala de espera, cuentan que muy tensos.

(Cuando el día anterior salimos de la consulta le llamé a tu abuela: “Hola, ya se me rompió la fuente, pero yo les aviso cuando esté yendo al hospital para que se vengan para acá. ¡No vengan todavía!”. No quería tenerlos esperando horas y horas. ¿Crees que me hicieron caso? En la clínica le pedí a tu papá que ahora sí le hablara a tu abuela, que le dijera que ya podían ir viniendo. Se rio. “La verdad es que están aquí desde ayer”. A la par de mi imperativo ¡todavía no vengan!, y la respuesta contundente de la abuela, “no, no, tú nos dices”, ya estaban en el carro manejando hacia Querétaro.)

Y: ¿A qué hora diste a luz?

Z: A las 10:04 am. Así quedó asentado en algún documento de nacimiento.

(Dijeron que pesabas casi 3 kilos y que medías 52 centímetros. Este último dato es dudoso porque al mes medías 48 centímetros. También te vistieron y al terminar se acordaron que no te habían bañado, y justo cuando estaban por pasarme a un cuarto, cayeron en cuenta que faltaba imprimir las huellas de tus pies en el certificado de nacimiento. ¿A quién se le ocurre nacer un tres de enero, cuando el cuerpo de cualquiera ya pide esquina?)

Y: ¿No crees que ya le hemos dado muchas vueltas?

Z: Sí.

Y: ¿Podrías hacer el intento de describir tu parto?

Z: No.

(Son imágenes y ya no puedo evocar el dolor, aunque sé que hubo mucho. Tampoco puedo desplegarme y mirarme desde fuera. Estaba toda yo ahí, en ese presente tan presente. Puedo decir que muchas veces pensé que quería ir al baño, pero más bien eran unas ganas feroces de pujar. Por el

contrario, recuerdo al ginecólogo pidiéndome pujar cuando no tenía ganas. “Pero no quiero”, “Ah, bueno”. Y me dejó en paz. Y que en un momento de absoluta ausencia del exterior, pude percibir que hacía un guiño, como dando la señal de ahora sí ahí viene. De pronto, vi desplegarse a un ejército de doctores frente a mí. Parecía todo el aparato médico encarnado entre mis piernas. Un ginecólogo, un pediatra, un enfermero, un papá y un varón naciendo.)

Y:...

Z: Cada vez se vuelve más nebuloso. Me arrepiento de no haberlo descrito con lujo de detalle el mismo día o al siguiente. Hoy, después de cuatro años y medio, empiezo apenas a poder escribir. Antes ni la tentación tenía de hacerlo. Sólo quería dormir al lado del cachorro. Un placer mamífero que hasta hoy en día me sigo dando.

Y: ¿Con qué *hubieras* te quedas?

Z: Parí rodeada de privilegios. Aun así, me hubiera gustado tener voz. Había planificado qué quería y mi compañero lo sabía. Pero enmudecí ante mi propio cuerpo pariendo. Me hubiera encantado animarme a tocarle la cabeza a mi bebé mientras salía de mi cuerpo, pedir que me dejaran ver mi placenta y que, así como lo acostaron de inmediato en mi pecho, le hubieran dejado el cordón sin cortar durante mucho tiempo más. Se lo cortó el ginecólogo y ya luego hicieron la payasada de que el papá se lo acortara. Me hubiera encantado sentirme familiarizada, desinhibida con mi propia desnudez, tan animal, tan abiertamente vulnerable y liminar. Por el contrario, creo que luché intensamente por negar mi ruptura y el archivo de todas las mujeres parturientas en el que me estaba convirtiendo.

(Ojalá pudiera evocar el dolor de mis caderas abriéndose para darte vida, un dolor que inauguró o potenció la ambivalencia de mi maternidad.)

ÍNDICE

Nota introductoria - Mara Rahab Bautista L.	3
Prólogo - Isabel Zapata	4
Manifiesto de madres en pandemia	6
Abida Ventura - <i>Cambio de planes</i>	10
Adriana Pacheco - <i>Mala madre</i>	23
Andrea Guerrero - <i>Volcán</i>	28
Bárbara García Hoyo - <i>Matrioshka</i>	34
Bertha Gutiérrez - <i>¿Súper mamás?</i>	36
Brenda González Solórzano - <i>Life Is What Happens</i>	38
Brenda Morales Muñoz - <i>Sólo quiero un capuchino</i>	51
Daniela Avilés - <i>Elegí conocerte</i>	58
Diana Morán - <i>El encuentro</i>	66
Edith Llamas Camacho - <i>El círculo de la muerte</i>	72
Eréndira Olivera Benítez - <i>Hipo</i>	75
Gina Jaramillo - <i>Adiós, diente tres</i>	80
Jael de la Luz - <i>Registro de pequeños rituales</i>	81
Jessica Delgadillo Siordia - <i>El día de la marmota</i>	96
Laura de la Torre - <i>Diario</i>	106
Mane Pérez Expósito - <i>Otra vez en la sala de operaciones</i>	110
María Antonieta Mendivil - <i>Lengua materna</i>	117
María Paulina Guzmán Bedolla - <i>Un parto que parte</i>	130
Mariana Roca C. - <i>En el taxi</i>	132
Marien Villafaña - <i>Parto de José Gabriel</i>	136
Martha Bátiz - <i>Envidia</i>	148
Maya Morales - <i>Días de pandemia</i>	154
Mónica Martínez Gómez - <i>Ahorita vengo</i>	160

Noemí Martínez - <i>Álbum de familia</i>	171
Olga de la Fuente González-Karg - <i>Escritura en abonos chiquitos desde mi comuna nudista</i>	176
Olivia Zerón - <i>Lo que se descompone en el refrigerador</i>	183
Paula Castagnetti - <i>Querido diario</i>	201
Regina Pieck - <i>La semana que fui sombra</i>	206
Sofía Valenzuela Fuentes - <i>Crónica de una maternidad elegida</i>	214
Marisol García - <i>Una sucesión de pequeños placeres</i>	219
Stefany Garza González - <i>Fauna</i>	223
Tae Solana Shimada - <i>(Casi) Diario de pandemia</i>	226
Tania Regalado - <i>La Cosa</i>	238
Tania Villanueva Martínez - <i>El puente</i>	241
Tatiana C. Candelario - <i>Geografía (bitácora) del cuerpo materno</i>	249
Vania Reséndiz Cerna - <i>Una cesárea</i>	260
Viviana Oropeza Gracia - <i>Diario personal de una madre agobiada</i>	266
Zulai Macías Osorno - <i>El principio de nuestro tiempo (autoentrevista con paréntesis)</i>	272

EL TRAS PATIO

México. Otoño, 2020